



Cuadernillo de Lengua y Literatura

2 año

Profesor Luciano Xausa

CLASES DE PALABRAS

CONTENIDO

- 1) Sustantivo**
 - 2) Adjetivo**
 - 3) Verbos**
 - 4) Verboides**
 - 5) Adverbios**
 - 6) Pronombres**
 - 7) Preposiciones**
 - 8) Conjunciones**
 - 9) Reglas Generales de la Tildación**
 - 10) Reglas de la Puntuación**
 - 11) TIPOS DE CUENTOS**
 - 12) Diferencias entre el cuento y la novela. Carmen Roig**
 - 13) Tesis sobre el Cuento**
 - 14) Narradores**
- Anexo | Cuentos página 60**

“Si uno pregunta la solución de un problema, el conocimiento no permanece. Es como si uno lo hubiera pedido prestado. En cambio, si lo piensa uno mismo, es como haberlo adquirido para siempre”

CRITERIOS GENERALES DE LA MATERIA

La materia estará centrada en dos ejes fundamentales: lectura en voz alta y escritura y reescritura. Ambas estrechamente relacionadas y sumamente necesarias.

Para tal fin el alumno deberá incorporar y seguir una serie de hábitos que permitirán desarrollar esta tarea. Entre ellos: guardar silencio, no interrumpir la lectura del otro, contar con el material de lectura para poder seguirla, entre otros.

Criterios de Evaluación

Debido a que en esta materia NO se toma evaluación final, y por ende tampoco recuperatorio, ya que considero que el aprendizaje es progresivo, y por lo tanto la evaluación deber ser progresiva, para aprobar, el alumno deberá cumplir con dos condiciones:

- 1) **Prestar Atención**
- 2) **Cumplir con lo que el profesor les pide.**

Aunque parece fácil, la primera condición lleva a la segunda y viceversa. Por lo tanto, si no se cumple con la primera, no puede cumplirse con la segunda y así es como se desapueba la materia. Es decir, son la cara de una misma moneda.

Con **CUMPLIR** quiero decir, desde entrar a horario, hacer caso a los llamados de atención, leer cuando se lo piden, escribir, mantenerse en silencio, no molestar a sus compañeros etc, etc, etc, hasta tener la carpeta completa y el material de clase.

ACLARACIÓN IMPORTANTE (1)

En ningún caso el profesor será el responsable de que **Aprueben** o **Desaprueben**, sino que cada uno de ustedes, con su trabajo o no, en tanto cumplan ambas condiciones antes dicha, serán responsables de aprobar o desaprobar. Deberán tener 2 de los 3 trimestres aprobados, y si o sí uno de esos 2 deberá ser el último. Es decir, si aprobaran el 1ro y el 2do pero no el tercero, se llevarán la materia a rendir.

MATERIAL DE CLASE

Utilizaremos para el 1er trimestre un cuadernillo que se encuentra en la fotocopidora de la escuela. Se llama "Cuadernillo de Lengua de 2º año. Prof. Luciano Xausa"

ACLARACIÓN IMPORTANTE (2)

>>>>>>><<<<<<<< El material de clase NO es optativo, es necesario >>>>>>><<<<<<<<

Categorías gramaticales

Es el nombre bajo el que se agrupan todas las palabras del idioma, distribuidas por clases. Estas clases son: sustantivos o nombres, adjetivos, verbos, adverbios, preposiciones, pronombres, conjunciones y artículos.

(1) El Sustantivo

Es la parte de la oración cuyo significado determina o nombra seres o cosas, ya sea personas, objetos, sensaciones, sentimientos, ideas, etc.

En la oración, el sustantivo, cumple la función de Núcleo del Sujeto. (NS)

Clases de Sustantivos

Los sustantivos pueden ser:

- Comunes: que son las palabras que utilizamos para referirnos a las personas, animales o cosas de la misma clase o especie, de una forma general. Por ejemplo: niño, perro, río.

Se clasifican en: Concretos – Abstractos – Individuales – Colectivos.

Buscar ejemplos de cada uno.

- Propios: son los que nombran los objetos sin señalar sus características. Las palabras que utilizamos para referirnos a una sola persona, animal o cosa, distinguiendo a cada uno de ellos de los demás de la misma especie. Por ejemplo: Luis, Argentina, Colón, Unión. Los nombres propios se escriben siempre con mayúscula.

Entonces, mientras que el sustantivo común dice qué es el objeto, el propio sólo dice cómo es.

Actividad 1

En el crucigrama a continuación hay 10 sustantivos propios y 10 comunes.

Buscalos y colórealos. Luego ubicalos en la columna correspondiente.

M	E	S	A	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A	J	H	C
A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	LL	M	N	L	Ñ	U	P	U
A	S	C	O	L	O	M	B	I	A	B	C	D	E	F	A	G	P	O	A
I	A	B	C	D	E	S	I	L	L	A	V	W	X	Y	P	U	I	R	D
J	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	I	T	T	T	R
K	A	U	T	O	B	U	S	Y	U	V	Q	W	X	X	Z	C	E	U	O
L	L	K	M	Q	W	E	R	T	Y	U	I	O	P	S	F	G	R	G	E
M	LL	J	N	Z	S	A	N	T	A	N	D	E	R	M	N	V	B	A	W
N	N	I	Ñ	A	E	T	Y	H	B	W	P	S	E	F	Q	G	H	L	S
E	B	H	O	X	V	B	Q	J	C	E	L	I	B	R	O	T	R	U	D
M	O	G	P	V	B	A	V	Ñ	D	D	Q	G	U	E	H	F	T	H	R
R	R	F	Q	O	N	R	G	E	F	G	E	C	F	G	H	H	Y	G	F
A	R	E	R	N	U	C	J	H	R	H	R	O	N	A	L	D	O	R	G
C	A	D	S	R	O	E	O	C	H	J	W	R	Y	U	M	O	P	E	T
N	D	C	T	E	P	L	P	U	Y	K	E	F	T	I	L	O	Q	A	Y
Ñ	O	B	U	D	Q	O	P	T	J	O	P	E	D	R	O	Q	P	R	W
O	R	A	V	A	V	N	Q	S	U	U	R	T	A	Q	M	L	O	P	Q
P	R	S	T	U	V	A	X	E	Y	Z	A	P	A	P	E	L	E	R	A
Q	Z	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	Ñ	O	P	Q
R	S	T	B	R	A	S	I	L	U	V	W	B	O	G	O	T	A	X	Y

SUSTANTIVOS PROPIOS	SUSTANTIVOS COMUNES

Actividad 1.1

Luego de leer el texto a continuación, extraé los sustantivos comunes y propios que haya.

EL ÁRBOL MÁGICO

Hace mucho mucho tiempo, Pablo paseaba por un prado en cuyo centro encontró un árbol con un cartel que decía: soy un árbol encantado, si dices las palabras mágicas, lo verás.

Pablo trató de acertar el hechizo, y probó con abracadabra, tan-ta-ta-chán, patas de cabra y muchas otras, pero nada. Rendido, se tiró suplicante, diciendo: "¡¡por favor, arbolito!!", y entonces, se abrió una gran puerta en el árbol. Todo estaba oscuro, menos un cartel que decía: "sigue haciendo magia". Entonces Pablo dijo "¡¡Gracias, arbolito!!", y se encendió dentro del árbol una luz que alumbraba un camino hacia una gran montaña de juguetes y chocolates.

El niño pudo llevar a todos sus amigos (Martha, Carmen, Diego) a aquel árbol y tener la mejor fiesta del mundo, y por eso se dice siempre que "por favor" y "gracias", son las palabras mágicas.

Actividad 1.2

Transcribí de los siguientes textos los Sustantivos. Sepáralos según sean propios o comunes.

– *Entre las frondosa maleza de las islas abundan animales hermosos y útiles al hombre. El delicado colibrí, esa joya del aire, vuela de flor en flor. El chajá pasta en la hierba, el zorzal la calandria y el jilguero alegran con sus cantos deliciosos. Todas las bellezas y riquezas del delta le hacen comparable a aquel sitio de la antigua Grecia cantado por los poetas y ponderado por los filósofos. (Marcos Sastre)*

– *Un sol de pleno verano castiga sin piedad las cabecitas de los muchachos que se han quedado inmóviles junto al brocal. Pasa muy señorona una gallina picoteando imaginados granos de maíz... Por el agujero del balde se escurren gotas que al chocar con el agua en las profundidades del pozo, ponen al arrepentimiento de ambos niños una sonora sucesión de puntos suspensivos. (Leopoldo Chizzini Melo)*

Actividad 1.3

Ordená alfabéticamente los siguientes Sustantivos:

Pared – Libro – Sol – Reloj – Enero – Palma – Revoque – Sal – Sensación – Plumón – bicicleta – Nubecita– Cocina – Bosque – Ventana – Horno – Sábalo – Agujero – Dedal – Teatro – Niño – Fábrica – Obra – Chicharra – Colectivo – Cigüeña – Yuyo.

Actividad 1.4

Colocá el Sustantivo común que corresponde a los que se dedican a:

Ej. De Poesía = Poeta

Música:	Arquitectura:	
Abogacía:	Geometría:	Física:
Imprenta:	Albañilería:	Historia:
Pesca:	Teatro:	Aviación:
Magia:	Fotografía:	Medicina:
Gimnasia:	Pintura:	Astronomía:
Literatura:	Geografía:	Magisterio:
Escultura:	Odontología:	Botánica:

Actividad 1.5

Escribí el significado de los siguientes Sustantivos Colectivos:

Ejemplo: de Vocabulario= Conjunto de Palabras

Tejado:	
Constelación:	Siglo:
Cordillera:	Recua:
Banda:	Maquinaria:
Vocerío:	Vestuario:

Actividad 1.6

De cada una de las palabras a continuación, escribí el femenino correspondiente.

Ejemplo. de Yerno: Nuera

Héroe:	Trabajador:	
Pianista:	Marqués:	Macho:
Barón:	Profeta:	Suegro:
Virrey:	Hijo:	Dueño:
Padrino:	Príncipe:	Profesor:
Caballero:	Duque:	Gallo:
Actor:	Bailarín:	Espía:
Elector:	Don:	Rey:
Poeta:	Conde:	Emperador:
Peón:	Patrón:	Colegial:

(2) EL ADJETIVO

Es la parte de la oración que tiene como función Modificar Directamente al sustantivo.

Es la palabra que completa el significado del sustantivo ya sea Calificándolo o Determinándolo.

- El adjetivo es *Calificativo* cuando expresa o describe una cualidad del sustantivo. Esta característica puede ser **concreta** o **abstracta**: concreta es cuando son perceptibles por los sentidos. Por ejemplo: gato blanco, coche grande. Abstractas son las subjetivas. Por ejemplo: problema difícil, partido horrible.

Tipos y Ejemplos de Adjetivo Calificativo

Especificativo: los que señalan una cualidad del sustantivo que lo distingue del resto.

- *me gustan los zapatos negros (señala un tipo concreto de zapatos)*
- *vi una película interesante (señala un tipo concreto de película)*
- *mujer alta*
- *casa grande*
- *hombre santo*
- *alumno bueno*
- *corredor veloz*
- *maquina lenta*
- *sandía madura*
- *manzana jugosa*

Explicativo: es cuando describe una característica que es propia del sustantivo. Suele ir antes del sustantivo.

- *blanca nieve (la nieve siempre es blanca)*
- *dulce azúcar (el azúcar siempre es dulce)*
- *manso cordero*
- *fiero león*
- *verde pradera*
- *frío invierno*
- *violenta tempestad*
- *fresco viento*
- *noche oscura*
- *roja sangre*

- El adjetivo es *Determinativo* cuando limita la extensión del sustantivo al cual modifica. Por ejemplo: *tres árboles* – *doble porción* – *ese banco*.

Los Determinativos son palabras que acompañan al sustantivo para concretarlo, determinarlo y aportar información sobre el mismo, (género, número, situación en el espacio o posesión), es decir, son actualizadores del sustantivo.

Por ejemplo, cuando decimos "Ese balón es mío", las palabras ese y mío son determinantes que actualizan y concretan al sustantivo "balón", al especificar que no se trata de un balón cualquiera sino de "ese" en concreto y que además me pertenece.

En los determinativos se incluyen también los Artículos.

El Cuadro a continuación describe cada una de las clases y su definición

Clase	Definición
Artículos	Son palabras que acompañan a los sustantivos que son conocidos por el que habla y el que escucha. El, la, las, lo, los.
Demostrativos	Indican la proximidad o lejanía del sustantivo. <u>Cercanía</u> : este, esta, estos, estas. <u>Distancia media</u> : ese, esa, esos, esas. <u>Lejanía</u> : aquel, aquella, aquellos, aquellas.
Posesivos	Indican a quien pertenece lo designado por el sustantivo. Se refieren a: <u>Un solo poseedor</u> : mi, mis, mío, mía, míos, mías; tu, tus, tuyo, tuya, tuyos, tuyas; su, sus, suyo, suya, suyos, suyas. <u>Varios poseedores</u> : nuestro, nuestra, nuestros, nuestras; vuestro, vuestra, vuestros, vuestras; su, sus, suyo, suya, suyos, suyas.
Indefinidos	Señalan una cantidad imprecisa de lo nombrado. Ejemplos: Un, uno, una, alguno, cualquiera, ninguno, pocos, muchos, escasos, demasiados, bastantes, otros, tantos, todos, varios...
Numerales	Señalan un orden o una cantidad precisa. Pueden ser: <u>Cardinales</u> : uno, dos, tres, cuatro... <u>Ordinales</u> : primero, segundo, tercero, cuarto... <u>Partitivos</u> : mitad, tercio, cuarto... <u>Multiplificativos</u> : doble, triple, cuádruple...
Interrogativos	Acompañan a los sustantivos para hacer preguntas sobre cantidad o naturaleza. Ejemplos: ¿Cuántos libros tienes?, ¿Qué fruta prefieres?
Exclamativos	Acompañan a los sustantivos y expresan sorpresa o emoción. Ejemplos: ¡Qué libros tan bonitos!, ¡Cuánta fruta comes!
Determinantes Interrogativos y Exclamativos : <i>qué, cuánto, cuánta, cuántos, cuántas, cuándo, cuál, cuáles, dónde.</i>	

ACLARACIÓN IMPORTANTE

Los Determinantes Demostrativos, Posesivos, Indefinidos, Numerales, los Exclamativos e Interrogativos pueden funcionar también como Pronombres, por lo que hay que tener mucho cuidado para NO CONFUNDIRSE.

Cuando acompañan al nombre, son Determinantes. Cuando sustituyen al nombre, es decir, se ponen en su lugar son Pronombres. En este caso, las formas masculinas y femeninas, se escriben con acento si hay riesgo de confusión. Las formas átonas (sin acento) de los Posesivos mi, tu, su, siempre funcionan como determinantes.

Actividad 2.1

Luego de leer el siguiente texto, extraé los adjetivos calificativos que haya.

Por frente a la ventana, donde me he sentado a coser, acaba de pasar, lento y pesado, un carro lleno de trigo. En la calle ha quedado un reguero de pajuelas y espigas amarillas. Y todo mi corazón se va tras ellas, y mis ojos no se cansan de contemplarlas y mis dedos tamborillean en los vidrios transparentes de la ventana, con ansias de traspasarlos y alargarse hasta palpar ese rastro dorado. Cuando era niña, ¡cuánto me gustaba jugar en las parvas de trigo! Mi cabello rebelde y negro tomaba reflejos dorados bajo las pajitas brillantes que se prendían a él. Era en la época donde el aire es tibio y el viento tiene olor a margaritas. Yo era una chicuela salvaje y alegre y mis ojos no tenían entonces esta expresión ávida y triste que tienen ahora. (Juana de Ibarbourou)

Actividad 2.2

Reconocé los Adjetivos del siguiente texto e indicá los Sustantivos a los cuales modifican.

Nuestro huerto es nuevo y pequeñito. Sus árboles recién empiezan a dar algunos frutos. El último invierno un naranjito ostentó ocho esferas de oro vivo entre sus ramas tiernas. Esta primavera en el manzano cuajaron hasta dos docenas de flores. Varios gorriones descubrieron este tesoro. (Juana de Ibarbourou)

Actividad 2.3

Buscá y coloreá en la sopa a continuación, todos los Adjetivos Determinativos que haya. Luego escribilos aparte.

ADJETIVOS DETERMINATIVOS

I	E	O	V	I	T	A	M	A	L	C	X	E	A	U	W	S	Z
V	F	K	B	U	J	N	N	D	C	J	Y	F	P	G	G	B	G
A	G	D	A	X	T	M	P	Y	V	G	I	I	Z	P	S	H	U
L	A	N	I	D	R	O	L	A	R	E	M	U	N	X	V	Q	M
H	Q	D	N	U	M	E	R	A	L	C	A	R	D	I	N	A	L
W	U	E	I	N	T	E	R	R	O	G	A	T	I	V	O	N	P
B	H	Q	Z	I	Y	C	O	X	T	M	Q	M	T	I	E	U	C
Z	J	F	Q	Y	X	T	Y	A	H	L	M	P	H	V	I	G	Q
R	O	D	I	N	I	F	E	D	N	I	M	I	F	D	R	Q	P
X	D	Y	T	M	R	E	O	V	R	F	N	L	V	Z	W	B	T
U	T	A	E	V	I	K	L	V	A	E	R	Q	S	I	R	R	M
T	E	M	T	H	E	S	P	O	S	E	S	I	V	O	C	L	D
J	A	U	N	L	D	B	H	Y	U	V	O	S	O	Q	G	P	B
E	H	R	O	V	I	T	A	R	T	S	O	M	E	D	V	R	E
U	A	O	V	I	T	I	T	R	A	P	L	A	R	E	M	U	N
U	U	T	E	T	K	Q	M	P	K	P	J	Z	J	N	T	P	B
G	J	E	N	H	A	Q	B	G	K	G	M	S	S	O	F	H	Y
O	J	M	J	T	A	W	U	F	J	Y	Y	Z	J	C	H	S	Y

Los adjetivos pueden expresar las cualidades de los sustantivos con mayor o menor intensidad. A esta variación de intensidad la llamamos **Grado del Adjetivo**.

Grados del Adjetivo

Grado	Definición
Positivo	El adjetivo aparece tal y como es en su forma normal (grande, chico, bueno, malo)
Comparativo	De <u>Superioridad</u> : Más grande que... De <u>Igualdad</u> : Tan grande como , Igual de grande que... De <u>Inferioridad</u> : Menos grande que...
Superlativo	Expresa una cualidad en su más alto grado, y puede ser: <u>Absoluto</u> : El grado máximo, sin tener en cuenta otro objeto. Muy grande o grandísimo . <u>Relativo</u> : El grado máximo, teniendo en cuenta el resto del grupo al que pertenece. El más grande de la ciudad.

Algunos adjetivos, en ciertas ocasiones, pueden formar los distintos grados con palabras especiales, como se muestra a continuación:

POSITIVO	COMPARATIVO	SUPERLATIVO
Alto	Superior	Supremo
Bajo	Inferior	Ínfimo
Bueno	Mejor	Óptimo
Malo	Peor	Pésimo
Grande	Mayor	Máximo
Pequeño	Menor	Mínimo

PLATERO Y YO | Juan Ramón Jiménez

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro. Lo dejo suelto y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: "¿Platero?", y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal... Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar; los higos morados, con su cristalina gotita de miel... Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco por dentro, como de piedra... Cuando paseo sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo.

Actividad 2.4

Algunas veces encontramos que de un adjetivo procede un sustantivo abstracto, por ejemplo de largo procede largura. Teniendo esto en cuenta indica el sustantivo abstracto que procede de los siguientes adjetivos:

Curioso:

Ambicioso:

Gordo :

Bello:

Inteligente:

Malo:

Bueno:

Amplio:

Oscuro:

Luminoso:

Actividad 2.5

Busca e indica el significado de los siguientes adjetivos.

Maleable

Vasto

Onírico

Decrépito

Prodigioso

Actividad 2.6

Especificar qué tipo de Adjetivos son los de la lista a continuación.

Grande

Fuerte

Traidor

Prodigioso

Pequeño

Cierto

Antiguo

Pobre

Probable

Actividad 2.7

Indica si los adjetivos de las siguientes oraciones están en grado positivo, comparativo o superlativo, y explique por qué.

Un jardín hermosísimo

La calle ancha

Los árboles más verdes

Una nieve muy blanca

El hombre alto

La niña más rubia

Actividad 2.8

Señala si estos adjetivos superlativos son absolutos o relativos, y por qué.

Mi gato es muy tranquilo.

El edificio Empire State es el más alto de Nueva York.

Ha sido padre por primera vez, es el más feliz de los hombres.

Es una película malísima.

La casa de Bernarda Alba es la mejor de las obras de García Lorca.

Ha fallado un gol facilísimo.

No soy tan alto como Messi, pero soy más rápido que él.

(3) EL VERBO

El verbo es una palabra, con estructura bimembre, que puede indicar una acción (comer, jugar, correr, saltar, pensar, dibujar); un estado de ánimo (reír, llorar, parecer, suspirar, soñar) o acontecimientos de la naturaleza (nevar, llover, temblar)

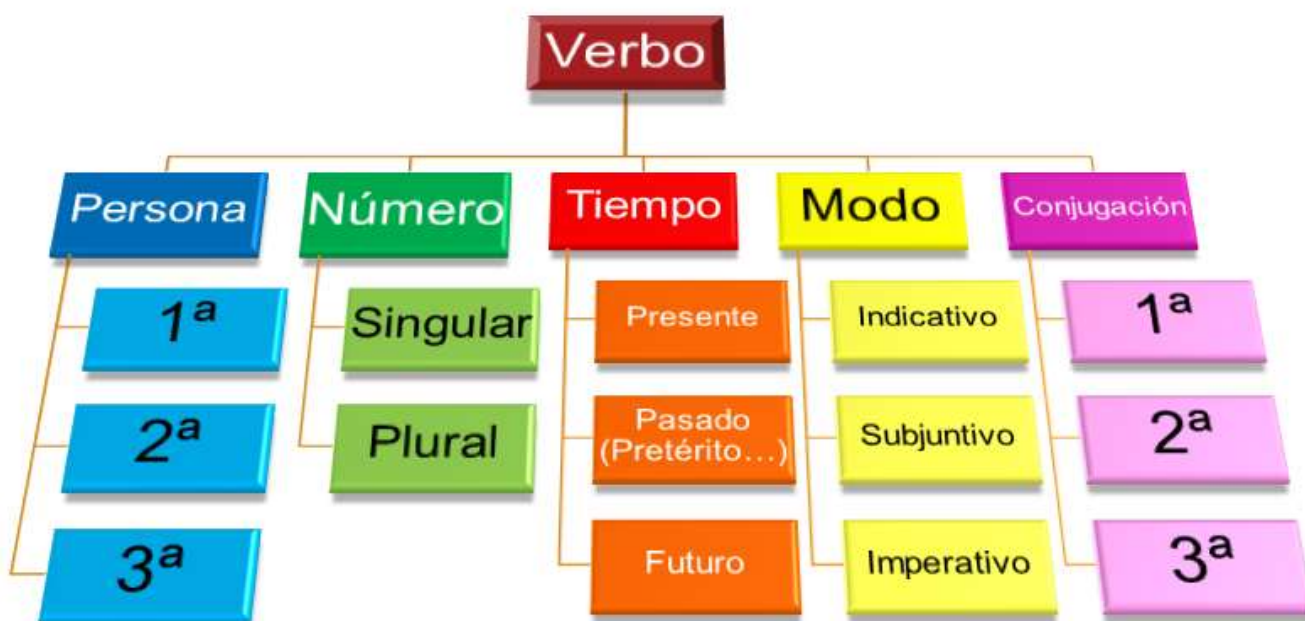
Ejemplos de:

a) Acción: Ella come muy rápido – Pedro juega con la pelota – El perro corrió hasta que alcanzó a su dueño.

b) Estado de ánimo: El mono ríe nerviosamente – Los Sabaleros/Tatengues lloran sin parar – Tu hinchada parece triste.

c) Fenómeno natural: Hoy nevará toda la tarde – Anoche llovió fuertísimo – Temblará pronto.

En la oración, el verbo funciona como el núcleo del predicado (NP). En la terminación verbal podemos identificar la persona que realiza (*1ra, 2da o 3ra*), el número de personas (*Singular o Plural*), el tiempo en que se realiza la acción (*presente, pasado o futuro*), el modo en que se realiza (*Indicativo, Subjuntivo o Imperativo*), y la conjugación a la que pertenece (*1º si termina en Ar–, 2º si termina en Er–, 3º si termina en Ir–*)



Modos del verbo

• El indicativo

Expresa la acción como un hecho real.

Presente, pretérito, futuro, copretérito y pospretérito.

Voy a la fiesta
Compro un par de zapatos
Llegaré tarde

El subjuntivo

Presenta la acción del verbo como una posibilidad.

Presente, pretérito (1º y 2º forma) futuro

Ojalá regreses pronto
Creo que puedo comprar los zapatos

El imperativo

Indica una orden, un ruego, un consejo.

¡Sal de ahí inmediatamente!
Abre la puerta, por favor

3.1 Accidentes del Verbo

Los verbos pueden tener variaciones que son denominadas *accidentes del verbo*. Esas variaciones pueden ser de diferentes maneras. Pueden variar en número y persona; o sea, un verbo puede estar en primera, segunda o en tercera persona. Pero estos también pueden estar en singular o en plural.

También pueden variar en tiempo y en concordancia. Según el tiempo, el verbo puede estar en presente, pasado o futuro. Y atendiendo al modo, puede variar en tres formas:

modo indicativo, modo subjuntivo, modo imperativo, a las que se agrega el Infinitivo (que es el verbo raíz de donde parten los modos).

1* El **modo indicativo** expresa un hecho cierto, positivo o negativo.

2* El **modo subjuntivo** expresa duda, deseo o condición.

3* El **modo imperativo** expresa una orden que debe cumplir una segunda persona.

MODOS	TIEMPOS SIMPLES	TIEMPOS COMPUESTOS
INDICATIVO	Presente (juego) ----- Pretérito imperfecto (jugaba) ----- Pretérito perfecto simple (jugué) ----- Futuro (jugaré) ----- Condicional (jugaría)	Pretérito perfecto compuesto (he jugado) ----- Pretérito pluscuamperfecto (había jugado) ----- Pretérito anterior (hube jugado) ----- Futuro perfecto (habré jugado) ----- Condicional perfecto (habría jugado)
SUBJUNTIVO	Presente (juegue) ----- Pretérito imperfecto (jugara o jugase) ----- Futuro (jugare)	Pretérito perfecto (haya cantado) ----- Pretérito pluscuamperfecto (hubiera jugado o hubiese jugado) ----- Futuro perfecto (hubiere jugado)
IMPERATIVO	Presente (juega)	

3.2 Verboides

Los verbos pueden variar de una forma diferente que no está definida ni por el tiempo, ni por el número, ni por el modo, ni por la persona. Son las **Formas No Personales de los verbos**.

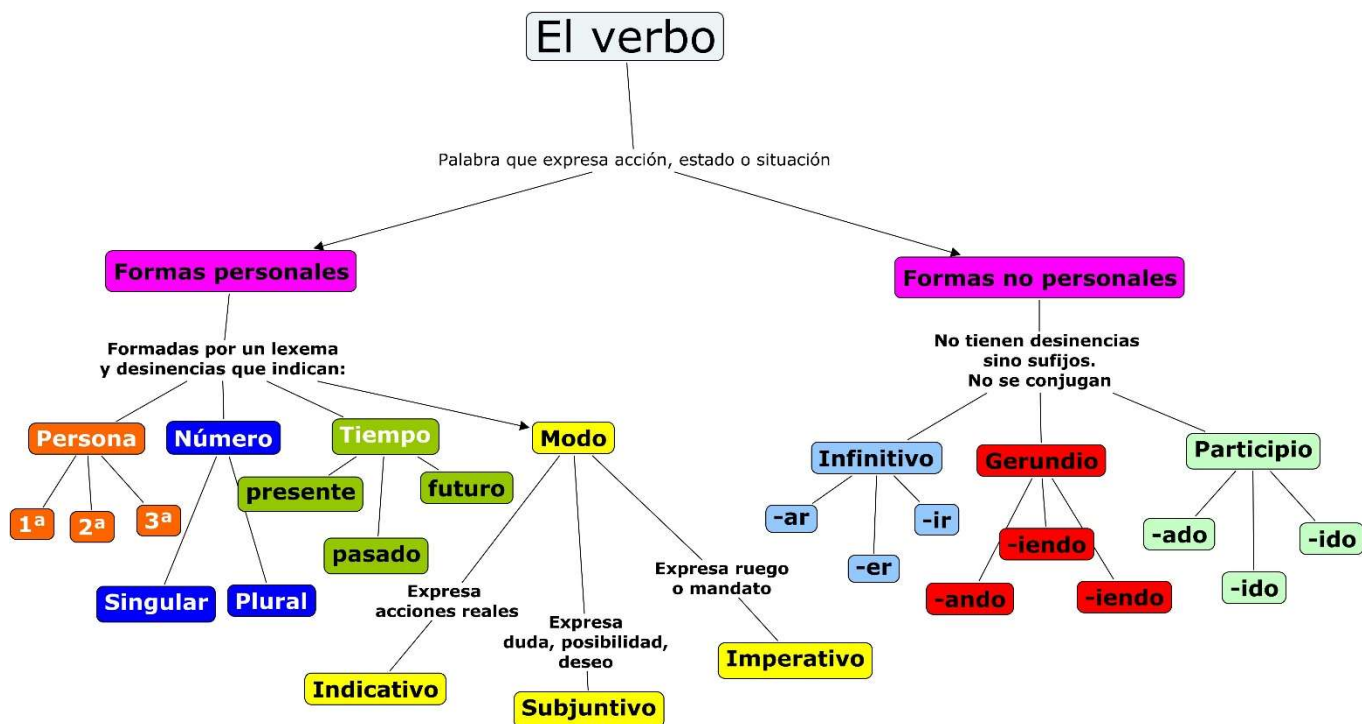
Estas formas se llaman: **infinitivo, participio y gerundio**.

1 – El verbo estará en **infinitivo** cuando termine en *ar, er o ir*.

2 – Estará en **participio** cuando termine en *ado, ido, so, to o cho*.

3 – Estará en **gerundio** cuando termine en *ando o iendo*.

El siguiente cuadro sinóptico sintetiza lo dicho hasta aquí:



3.3 Conjugación de los verbos

En castellano, entonces, tenemos que todos los verbos en infinitivo, es decir sin conjugar, terminan en “Ar”, “Er” o “Ir”. De acuerdo a esto se clasifican en diferentes conjugaciones.

Existen tres conjugaciones para los verbos:

1ª Conjugación: verbos terminados en **AR** (saltar, caminar, amar, arrastrar, etc.)

2ª Conjugación: verbos terminados en **ER** (correr, comer, leer, querer, etc.)

3ª Conjugación: verbos terminados en **IR** (vivir, sonreír, ir, salir, etc.)

En el cuadro a continuación vemos un ejemplo de conjugación verbal

VERBO SALIR

Infinitivo: salir

Gerundio: saliendo

Participio: salido

MODO INDICATIVO**Presente**

yo	salgo
tú	sales
él, ella, usted	sale
nosotros, nosotras	salimos
vosotros, vosotras	salís
ellos, ellas, ustedes	salen

Futuro

yo	saldré
tú	saldrás
él, ella, usted	saldrá
nosotros, nosotras	saldremos
vosotros, vosotras	saldréis
ellos, ellas, ustedes	saldrán

MODO CONDICIONAL

yo	saldría
tú	saldrías
él, ella, usted	saldría
nosotros, nosotras	saldríamos
vosotros, vosotras	saldríais
ellos, ellas, ustedes	salían

Pretérito imperfecto

yo	salía
tú	salías
él, ella, usted	salía
nosotros, nosotras	salíamos
vosotros, vosotras	salíais
ellos, ellas, ustedes	salían

Pretérito indefinido

yo	salí
tú	saliste
él, ella, usted	salíó
nosotros, nosotras	salimos
vosotros, vosotras	salisteis
ellos, ellas, ustedes	salieron

MODO SUBJUNTIVO**Presente**

yo	salga
tú	salgas
él, ella, usted	salga
nosotros, nosotras	salgamos
vosotros, vosotras	salgáis
ellos, ellas, ustedes	salgan

Pretérito imperfecto

yo	saliera
tú	salieras
él, ella, usted	saliera
nosotros, nosotras	salieramos
vosotros, vosotras	salierais
ellos, ellas, ustedes	salieran

MODO IMPERATIVO**Afirmativo**

(tú)	sal
(usted)	salga
(vosotros/-as)	salid
(ustedes)	salgan

Negativo

(tú) no	salgas
(usted) no	salga
(vosotros/-as) no	salgáis
(ustedes) no	salgan

Futuro

yo	saliere
tú	salieres
él, ella, usted	saliere
nosotros, nosotras	salieremos
vosotros, vosotras	saliereis
ellos, ellas, ustedes	salieren

Pretérito imperfecto

yo	saliese
tú	salieses
él, ella, usted	saliese
nosotros, nosotras	saliésemos
vosotros, vosotras	salieseis
ellos, ellas, ustedes	saliesen

► **Ya hemos dicho que existen 3 Modos:** Modo Indicativo, Modo Subjuntivo, Modo Imperativo. (ver cuadro pág.14 y 15)

- El Modo Indicativo expresa la realidad tal como es, y se conjuga en diferentes tiempos: Presente, Pasado o Pretérito, Futuro y Condicional (tiempos simples); Pretérito Perfecto Compuesto, Pretérito Pluscuamperfecto, Pretérito Anterior, Futuro Perfecto, Condicional Perfecto (tiempos compuestos). Por ejemplo:

Presente

Yo amo, tú amas, él ama, etc.

Yo como, tú comes, él come, etc.

Yo vivo, tú vives, él vive. etc.

Pretérito (Pasado) Imperfecto

Yo amaba, tú amabas, él amaba, etc.

Yo comía, tú comías. él comía, etc.

Yo vivía, tú vivías, él vivía, etc.

Pretérito Perfecto Simple

Yo amé, tú amaste, él amó, etc.

Yo comí, tú comiste, él comió, etc.

Yo viví, tú viviste, él vivió, etc.

Futuro

Yo amaré, tú amarás, él amará, etc

Yo comeré, tú comerás, él comerá, etc.

Yo viviré, tú vivirás, él vivirá, etc.

F. Condicional

Yo amaría, tú amarías, él amaría, etc.

Yo comería, tú comerías, él comería, etc.

Yo viviría, tú vivirías, él viviría, etc.

Pretérito Perfecto Compuesto

Yo he amado, tú has amado, él ha amado, etc.

Yo he comido, tú has comido, él ha comido, etc.

Yo he vivido, tú has vivido, él ha vivido, etc.

Pretérito Pluscuamperfecto

Yo había amado, tú habías amado, él había amado, etc.

Yo había comido, tú habías comido, él había comido, etc.

Yo había vivido, tú habías vivido, él había vvido, etc.

Pretérito Anterior

Yo hube amado, tú hubiste amado, él hubo amado, etc

Yo hube comido, tú hubiste comido, él hubo comido, etc.

Yo hube vivido, tú hubiste vivido, él hubo vivido, etc.

Futuro Perfecto

Yo habré amado, tú habrás amado, él habrá amado, etc.

Yo habré comido, tú habrás comido, él habrá comido, etc.

Yo habré vivido, tú habrás vivido, él habrá vivido, etc.

F. Condicional Perfecto

Yo habría amado, tú habrías amado, él habría amado, etc.

Yo habría comido, tú habrías comido, él habría comido, etc.

Yo habría vivido, tú habrías vivido, él habría vivido, etc.

- *El Modo Subjuntivo* expresa acciones que se consideran posibles, deseables o dudosas. No hace referencia exacta al tiempo real. Se conjuga en los siguientes Tiempos: Presente, Pretérito Imperfecto, Futuro (tiempos simples), Pretérito Perfecto, Pretérito Pluscuamperfecto, Futuro Perfecto (tiempos compuestos). Por ejemplo:

Presente

(que) Yo ame, tú ames, él ame, nosotros amemos, etc.

(que) Yo coma, tú comas, él coma, nosotros comamos, etc.

(que) Yo viva, tú vivas, él viva, etc.

Pretérito Imperfecto

(que) Yo amara o amase, tú amaras o amases, él amara o amase, etc.

(que) Yo comiera o comiese, tú comieras o comieses, él comiera o comiese, etc.

(que) Yo viviera o viviese, tú vivieras o vivieses, él viviera o viviese, etc.

Futuro

(que) Yo amare, tú amares, él amare, nosotros amaremos, etc.

(que) Yo comiere, tú comieres, él comiere, etc.

(que) Yo viviere, tú vivieres, él viviere, etc.

Pretérito Perfecto

(que) Yo haya amado, tú hayas amado, él haya amado, etc.

(que) Yo haya comido, tú hayas comido, él haya comido, etc.

(que) Yo haya vivido, tú hayas vivido, él haya vivido, etc.

Pretérito Pluscuamperfecto

(que) Yo hubiera amado, tú hubieras amado, él hubiera amado, etc.

(que) Yo hubiera comido, tú hubieras comido, él hubiera comido, etc.

(que) Yo hubiera vivido, tú hubieras vivido, él hubiera vivido, etc.

Futuro Perfecto

(que) Yo hubiere abandonado, tú hubieres abandonado, etc.

(que) Yo hubiere comido, tú hubieres comido, etc.

(que) Yo hubiere vivido, tú hubieres vivido, etc.

- El Modo Imperativo expresa una orden, un mandato o un ruego y se conjuga sólo en
Tiempo Presente.

3.4 Complementos

Las palabras que complementan el sentido de los verbos se llaman complementos. Estos pueden ser: complemento directo u Objeto directo (OD), complemento indirecto u Objeto Indirecto (OI) y complemento circunstancial (CC). El complemento en general es todo conjunto de palabras que completa el significado de un sustantivo o de un verbo, limitándolos convenientemente.

El Complemento Directo u Objeto Directo (CD u OD) es la parte de la oración que recibe de manera directa y en primer lugar la acción del verbo. Responde a las preguntas: ¿qué? o ¿a quién?

Por ejemplo:

Quiero ver una película → ¿qué quiero ver?

Celebramos la victoria del equipo → ¿qué celebramos?

Julio César derrotó a los galos → ¿a quién derrotó Julio César?

Esperamos a tu hermano → ¿a quién esperamos?

Mimamos a nuestro gato → ¿a quién mimamos?

Se puede sustituir siempre por los pronombres lo, los, la, las:

Julio César derrotó a los galos → Julio César los derrotó

He aprobado el examen → Lo he aprobado

Al pasar la oración a pasiva, el OD se convierte en sujeto paciente:

Golpeé el balón (OD) → El balón (suj. pac.) ha sido golpeado por mí

El Complemento Indirecto (C.I) es la parte de la oración que recibe de manera indirecta la acción del verbo. Por ejemplo: *Llevó flores a su madre*.

"flores" recibe de manera directa y en primer lugar → C.D.

"a su madre" recibe la acción de manera indirecta → C.I.

El Complemento Indirecto puede sustituirse por *le, les* y en algunos casos por *se*:

Llevó flores a su madre → *Le* llevó flores → *Se* las llevó

Compré un regalo a mi esposa → *Le* compré un regalo → *Se* lo compré

Andrés echó abono a la planta → Andrés *le* echó abono

El Complemento Circunstancial (CC) tiene la función sintáctica de informar sobre las circunstancias en las cuales transcurre la acción del verbo.

Por ejemplo:

Partiremos mañana → indica las circunstancias temporales de la acción

Los circunstanciales más habituales en español son los siguientes:

<u>Tipo</u>	<u>Pregunta para reconocerlo</u>	<u>Ejemplo</u>
CC de lugar	¿Dónde?	Ha estacionado la moto <i>allí</i> .
CC de tiempo	¿Cuándo?	Iremos a la piscina <i>el lunes</i> .
CC de modo	¿Cómo?	No me gusta que contestes
así. CC de causa	¿Por qué?	No trabajamos <i>por una huelga</i> .
CC de cantidad	¿Cuánto?	Aquel año trabajamos <i>mucho</i> .

CC de finalidad	¿Para qué?	Compró quesos <i>para cenar</i> .
CC de compañía	¿Con quién?	Salió a comer <i>con sus amigos</i> .
CC de instrumento	¿Con qué?	Cortó el jamón <i>con un cuchillo de sierra</i> .
CC de material	¿Con qué material?	Hizo una escultura <i>con hierro fundido</i> .

Aclaración: la afirmación y la negación (o cualquier sintagma que vuelva la oración negativa, como *jamás*) no son circunstanciales. Sintácticamente se analizan como Modificador Directo (M.D.).

3.5 Los verbos pueden ser Transitivos e Intransitivos

Si decimos “*Yo seco mis medias en el microondas*”, la acción de secar transita (pasa) hacia “las medias” (en el microondas describe sólo el lugar donde se produce ese tránsito, ese camino). Estamos, pues, ante un verbo transitivo. (“Transitivo” viene de *transire*, que en latín significaba “pasar”: la acción pasa de un lado a otro).

Pero si decimos “*La bandera ondea a media asta*”, la acción de ondear no transita hacia ninguna otra palabra, se queda en el mismo sujeto; y a media asta forma también un complemento circunstancial –igual que en el microondas– que no prolonga la acción sino que la enmarca. Estamos ante un verbo intransitivo.

Los verbos transitivos necesitan un objeto directo que complete el sentido de la oración; que responde a la pregunta qué. Si decimos “Krupoviesa pegó”, aún nos queda saber qué pegó Krupoviesa (y a lo que pegue, será el objeto directo).

En cambio, los intransitivos no necesitan un OD que complete el sentido de la oración. Si decimos “*Lady Gaga duerme*” no necesitamos saber nada más (y por eso dormir es un verbo intransitivo). Lo mismo sucedería con *afloorar*, *desaparecer* y otros muchos verbos intransitivos que no envían la acción a ningún sitio. Los verbos intransitivos no tienen Objeto Directo, pero pueden estar complementados con un circunstancial cualquiera. Por ejemplo “*Lady Gaga duerme mucho, poco, en el piso, los lunes, etc.*”

Actividad 3

Transcribí todos los Verbos del siguiente texto y clasificalos según la conjugación a la que pertenezcan (1ra, 2da o 3ra).

“Dicen, lo cual es improbable, que la historia fue referida por Eduardo, el menor de los Nelson, en el velorio de Cristián, el mayor, que falleció de muerte natural, hacia mil ochocientos noventa y tantos, en el partido de Morón. Lo cierto es que alguien la oyó de alguien, en el decurso de esa larga noche perdida, entre mate y mate, y la repitió a Santiago Dabove, por quien la supe. Años después, volvieron a contármela en Turdera, donde había acontecido. La segunda versión, algo más prolija, confirmaba en suma la de Santiago, con las pequeñas variaciones y divergencias que son del caso. La escribo ahora porque en ella se cifra, si no me engaño, un breve y trágico cristal de la índole de los orilleros antiguos. Lo haré con probidad, pero ya preveo que cederé a la tentación literaria de acentuar o agregar algún pormenor.”

Jorge Luis Borges. “La Intrusa” en El Informe de Brodie. Emecé

Actividad 3.1

Completar los espacios en blanco con el Verbo Conjugado Correctamente.

Abreviaciones ► P.= Persona; PL./ S.=Plural /Singular; T.= Tiempo; P./ Pr./ F= Pasado /Presente/Futuro; Inf.= Infinitivo.

Una vieja princesa conduce un camión | Sergio Centurión

La verdad es que no _____ (vivir 3ªP.PL.T.P) felices por siempre. Apenas unos meses más tarde _____ (discutir 3ªP.PL.T.P) y el príncipe azul _____ (preferir 3ªP.S.T.P) _____ (volver Inf.) a ser sapo antes que _____ (seguir Inf.) con ella. Una noche _____ (escapar 3ªP.S.T.P) del Palacio y nunca más se _____ (saber 3ªP.S.T.P) de él. La princesa se _____ (quedar 3ªP.S.T.P) sola, la monarquía _____ (entrar 3ªP.S.T.P) en decadencia y pronto _____ (perder 3ªP.S.T.P) todo su dinero y su poder. Los años _____ (pasar 3ªP.PL.T.P) y la princesa, que ya no _____ (ser 1ªP.S.T.P) princesa sino una pobre mujer, se _____ (hacer 3ªP.S.T.P) vieja y demacrada. Hay quienes _____ (decir 3ªP.PL.T.P) que ahora _____ (manejar 3ªP.S.T.Pr.) un camión de transporte. _____ (Asegurar 3ªP.PL.T.P) que sólo _____ (recuperar 3ªP.S.T.Pr.) su dulce sonrisa de princesa cuando las ruedas de su camión _____ (aplantar 3ªP.PL.T.P) sapos en la ruta.

_____ (acomodar 3ªP.S.T.P) los adornos que se _____ (haber 3ªP.PL.T.P) desprendido del árbol. _____ (encender 3ªP.S.T.P) las luces de colores y _____ (sacar 3ªP.S.T.P) los paquetes de un bolso. _____ (faltar 3ªP.PL.T.P) cinco minutos para la medianoche y _____ (parecer 1ªP.S.T.P) que pronto _____ (comenzar 3ªP.S.T.F) a nevar. Todo _____ (estar 3ªP.S.T.P) en silencio. _____ (asegurar 3ªP.S.T.P) las puertas de la casa y las ventanas. Se _____ (sentar 3ªP.S.T.P) en el sillón. _____ (poner 3ªP.S.T.P) seis balas en el cargador y _____ (esperar 3ªP.S.T.P) paciente a que alguien intentara entrar por la chimenea.

EL LOBO | Petronio (Siglo I)

_____ (Lograr 1ºP.S.T.P) que uno de mis compañeros de hostería, un soldado más valiente que Plutón, me _____ (acompañar 1ºP.S.T.P). Al primer _____ (cantar 1ºP.S.T.Pr.) del gallo, _____ (emprender 1ºP.PL.T.P) la marcha; _____ (brillar 1ºP.S.T.P.) la luna como el sol a mediodía. _____ (llegar 1ºP.PL.T.P) a unas tumbas. Mi hombre se _____ (parar 3ºP.S.T.Pr.); empieza a conjurar astros; yo me _____ (sentar 1ºP.S.T.Pr) y me pongo a contar las columnas y a canturrear. Al rato me _____ (volver 1ºP.S.T.P.) hacia mi compañero y lo _____ (ver 1ºP.S.T.P.) desnudarse y dejar la ropa al borde del camino. De miedo se me _____ (abrir 1ºP.S.T.P) las carnes; me _____ (quedar 1ºP.S.T.P) como muerto. Lo vi orinar alrededor de su ropa y convertirse en lobo.

Lobo, _____ (romper 3ºP.S.T.P) a dar maullidos y _____ (huir 3ºP.S.T.P) al bosque. _____ (Ir 1ºP.S.T.P) a recoger su ropa y vi que se _____ (haber 1ºP.S.T.P) transformado en piedra.

_____ (desenvainar 1ºP.S.T.P) la espada y temblando _____ (llegar 1ºP.S.T.P) a casa. Melisa se _____ (extrañar 3ºP.S.T.P) de verme llegar a tales horas. "Si hubieras llegado un poco antes", me _____ (decir 1ºP.S.T.P), "hubieras podido ayudarnos: Un lobo _____ (haber 3ºP.S.T.P) penetrado en el redil y _____ (haber 3ºP.S.T.P) matado las ovejas; fue una verdadera carnicería; _____ (lograr 3ºP.S.T.P) escapar, pero uno de los esclavos le _____ (atravesar 3ºP.S.T.P) el pescuezo con la lanza."

Al día siguiente _____ (volver 1ºP.S.T.P) por el camino de las tumbas. En lugar de la ropa petrificada había una mancha de sangre.

_____ (entrar 1ºP.S.T.P) en la hostería; el soldado estaba tendido en un lecho. Sangraba como un buey; un médico estaba curándole el cuello.

Actividad 3.2

Sustituye los infinitivos por la forma verbal que corresponda.

(Ej.: Ahora estar todos contentos = Ahora estamos todos contentos)

- Ayer estar en casa jugando con mis primos
- Mientras yo hacer los deberes, tú poder prepararme la merienda.
- El año próximo nosotros estudiar más
- Hace cinco años ir a Córdoba con mis abuelos.
- Para Reyes me regalar tres libros.
- Hace media hora abrir el libro y no leer ni una página.
- No creer que llegar mis padres todavía.
- Me decir que llegar el jueves.
- Mi perro se comer todo.
- Creer que llegar pronto.
- No poder entrar nadie que no saber hacerlo bien.
- Creo que venir mañana.
- Si finalizar pronto, salir.
- Estar seguro de que cerrar la ventana.
- No estoy seguro de que cerrar bien la ventana, porque entrar agua.
- Desear que Mercedes encontrar la pulsera.

Actividad 3.3

Escribe en pasado primero y después en futuro las siguientes acciones

- Las flores florecen en primavera.
- Pedro escribe.
- Mamá llega de viaje.
- Trota el caballo.
- Los caballos beben.
- Los moros guerrear.
- Yo no quiero.
- La abuela madruga.
- No viene nadie.
- Hoy salgo a la calle.
- Bebemos vino.

Actividad 3.4

Pon las siguientes acciones en condicional simple:

- Salgo a la calle.
- Venía a las tres.
- Subirá al desván.
- Como mucho.
- Pisó fuerte.

Actividad 3.5

Completá los espacios en blanco conjugando el verbo escribir correctamente.

- Si tuviese papel _____ una carta
- Si _____ pronto la carta, tendremos tiempo.
- No _____ esta carta, me dijo mi padre.
- Cuando _____ usted a su amigo, salúdelo.
- Dije que _____ usted una carta.

Actividad 3.6

Completá los espacios en blanco conjugando el verbo hablar correctamente.

- Cuando _____ de esto la semana pasada no lo entendí.
- Quisiera _____ contigo.
- Yo no _____ si no fuera por ti.
- Ahora _____ tú, yo no quiero.
- Si me _____ claramente, sería más fácil.
- Cuando le _____ ni me prestó atención.

Actividad 3.7

Completá los espacios en blanco conjugando el verbo **CORRER** correctamente.

- No _____ que te caerás.
- No _____ por ese camino, niños.
- Si _____ más deprisa, ganaría la carrera.
- Mientras tú _____ yo te cronometraba.
- _____ nosotros ahora.

(4) ADVERBIOS

El adverbio es un tipo de palabra invariable que tiene por función modificar de distintas formas al verbo, a un adjetivo, u otro adverbio. Es un término que no varía porque no posee género ni número. Por tanto, se puede afirmar que los adverbios poseen dos características básicas: la de modificador, y que es una palabra invariable.

Existen una gran cantidad de adverbios y los mismos se clasifican teniendo en cuenta la forma que estos modifican al término que acompañan. La Gramática de la lengua española señala que los adverbios se clasifican teniendo en cuenta cuatro criterios.

Ejemplo:

Lee mucho. Es muy alto. Vive bastante lejos.

En las oraciones anteriores, las palabras subrayadas poseen significado propio y modifican a otras palabras. Son adverbios.

Decimos que un adverbio es una clase de palabra dotada de significado que modifica a un verbo, a un adjetivo o a otro adverbio.

Ahora nieva. Mi árbol está más hermoso. Muy pronto saldrá el sol.

Particularidades

- El adverbio es invariable, porque no admite morfemas de número ni de género.

Ejemplo:

Luis lee mucho. Luisa lee mucho. Luis y Luisa leen mucho.

- El adverbio puede admitir algunas modificaciones. Pueden llevar morfemas derivativos para formar diminutivos o aumentativos.

Ejemplo:

Grandote, Chiquito, Ahorita, Prontito, Tempranito.

- Algunos pueden admitir morfemas de grados como los adjetivos.

Ejemplo:

Lejísimos, prontísimo, tardísimo

- También se pueden formar adverbios añadiendo la terminación *–mente* a los adjetivos. Si admiten variación de género se añade al femenino de los mismos.

Ejemplo:

Tristemente, cordialmente, cómodamente, amargamente, bruscamente.

Entonces, el Adverbio es una clase de palabra que:

- **Sintácticamente** tiene la función de modificar verbos (*ven aquí*), adverbios (*demasiado tarde*) o adjetivos (*muy inteligente*).
- **Morfológicamente** es invariable en género y en número: *Juan estudia mucho* / *María estudia mucho* / *Ellos estudian mucho*.
- **Semánticamente** aporta información circunstancial de Lugar, Tiempo, Modo, Cantidad, Afirmación, Negación, Duda.

El Cuadro a continuación describe lo antes dicho

Clase	Adverbios	Locuciones adverbiales
Lugar	aquí, allí, ahí, allá, acá, arriba, abajo, cerca, lejos, delante, detrás, encima, debajo, enfrente, atrás, afuera, fuera.	al final, a la cabeza, a la derecha, a la izquierda, al otro lado...
Tiempo	antes, después, pronto, tarde, temprano, todavía, aún, ya, ayer, hoy, mañana, siempre, nunca, jamás, próximamente, prontamente, anoche, enseguida, ahora, mientras...	de repente, de pronto, a menudo, al amanecer, al anochecer, en un periquete, con frecuencia, de tanto en tanto, a última hora, de vez en cuando, por la noche, por la mañana, por la tarde...
Modo	bien, mal, regular, despacio, rápido, así, aprisa, como, adrede, peor, lento, mejor, fielmente, estupendamente, fácilmente, finalmente...	a sabiendas, a tontas y a locas, a oscuras, sin más ni más, en resumen, a la buena de Dios, a ciegas, a la chita callando, de este modo, a las buenas, a las malas, por las buenas, por las malas, a manos llenas, de alguna manera...

Cantidad	poco, mucho, bastante, más, menos, algo, demasiado, casi, sólo, solamente, tan, tanto, todo, nada, muy, aproximadamente...	al menos, con todo, más o menos, todo lo más, como máximo, como mínimo...
Afirmación	sí, también, cierto, ciertamente, efectivamente, claro, verdaderamente...	desde luego, en verdad, en efecto, sin duda, sin ninguna duda, en realidad...
Negación	no, jamás, nunca, tampoco...	de ninguna manera, ni por ésas, ni mucho menos, ni por asomo...
Duda	quizá, quizás, acaso, probablemente, posiblemente, seguramente...	tal vez, a lo mejor, puede que...

Actividad 4.

Escribe los adverbios y las palabras a las que complementan de las siguientes oraciones.

- Este árbol es muy alto.
- El tren avanzaba lentamente.
- Andrea está fuera.
- Luis canta bien.
- Ayer llegué cansado a clase.
- Juan come despacio.
- La liebre es bastante rápida.
- Diego es más alto.

Actividad 4.1

Escribe los adverbios de las siguientes oraciones y la clase a la que pertenecen.

Todos saben que vivo lejos de la ciudad. Si hace buen tiempo saldrá bien la excursión. Pasaremos ahora a otra cuestión. Finalmente, llegaron los invitados. ¿Acaso crees que lo sé? Ve despacio, quiero ver el paisaje. Cuesta menos de lo que piensas.

Actividad 4.2

En las siguientes oraciones hay locuciones adverbiales. Escríbelas y poné la clase a la que pertenecen.

- De vez en cuando la vida nos sonrío.
- Debe tener más o menos doce años.
- Al otro lado del río hay un parrillero.
- A lo mejor nos toca el Quini 6.
- Sin duda, leer es la mejor manera de formarse.
- Encontramos libros a manos llenas.
- No vi a Marisa ni por asomo.
- Te ofrezco como máximo cien pesos.
- Ya les sirvo la cena en un ratito.
- Apareció en la meta a última hora.
- Víctor es, desde luego, el mejor alumno.

Actividad 4.3

Separá todos los adverbios del texto y ubicalos en la columna que corresponda.

Muchos alumnos siempre miran aquí y allá mientras explico la lección. Los que están más cerca procuran moverse despacio. Los que se sientan detrás siempre hacen ruido y nunca parecen estarse quietos. Yo no me enfado con ellos: quiero que comprendan que solamente ellos pueden decidir si quieren aprovechar el tiempo o no. Efectivamente, creo que eso es lo más importante que pueden aprender. Quizá un día me den las gracias.

Lugar	Tiempo	Modo	Cantidad	Afirmación	Negación	Duda
-------	--------	------	----------	------------	----------	------

(5) Pronombre

Por su etimología, la palabra **pronombre** significa "en vez del nombre", "por el nombre" o "en lugar del nombre". Es decir, son las palabras que señalan o representan a personas u objetos, o remiten a hechos ya conocidos por el hablante y el oyente. Podríamos decir que son palabras que sustituyen a los nombres.

Ejemplo:

"Pedro jugó un partido el sábado. Él marcó dos goles".

En la segunda oración la palabra Él es un pronombre porque sustituye a Pedro.

"Tengo varios juguetes, éste te gustará".

Éste es un pronombre porque sustituye a juguete (Este juguete te gustará).

Las formas de los Pronombres Demostrativos, Posesivos, Indefinidos, Numerales y los Exclamativos e Interrogativos pueden funcionar también como Determinantes, por lo que hay que tener mucho cuidado para NO CONFUNDIRSE.

- Cuando acompañan al nombre, son Determinantes.
- Cuando sustituyen al nombre, es decir, se ponen en su lugar son Pronombres.
En este caso, las formas masculinas y femeninas, se escriben con acento si hay riesgo de confusión.

Las formas neutras de los Demostrativos (*esto, eso, aquello*) siempre son pronombres, es decir, funcionan como un sustantivo.

La forma *quién–quiénes* de los Interrogativos y Exclamativos siempre es pronombre, nunca determinante.

5.1 Pronombres Personales

Yo leo un libro.	Tú lees un libro.	Ella lee un libro.
Nosotros saltamos.	Vos saltáis.	Ellos saltan.

Las palabras destacadas en la tabla anterior se refieren a personas que realizan una acción cuyos nombres no se mencionan. Son pronombres **personales**. Pueden ser tres:

Persona	Remiten, señalan o se refieren a...	Ejemplos
1ra	La persona que habla o escribe.	yo, nosotros, nosotras
2da	La persona con quien se habla (la que escucha) o a la que se escribe.	tú, vos
3ra	La persona o cosa de quien se habla o escribe.	él, ella, ellos, ellas

Además de los pronombres personales citados en los ejemplos de la tabla anterior, a los que llamamos pronombres personales **sujeto**, hay otras formas que se refieren a personas u objetos que reciben una acción o participan de ella. Son los pronombres personales de **objeto**.

He comprado un libro . <u>Lo</u> he comprado. (El libro)
He leído una revista . <u>La</u> he leído. (La revista)
Regalé un pastel a mi hermano . <u>Le</u> regalé un pastel. (A mi hermano)
Compré una revista a mis padres . <u>Les</u> compré una revista. (A mis padres)

PRONOMBRES PERSONALES				
	Sujeto	Objeto		
		Sin preposición	Con preposición	
1ª persona	yo	me, conmigo	mí	Singular
2ª persona	tú	te, contigo	ti, usted	
	vos			
3ª persona	él, ella, ello	se, consigo, le, lo, la	sí	
1ª persona	nosotros, nosotras	nos	nosotros, nosotras	Plural
3ª persona	ellos, ellas	los, las, les	ellos, ellas	

5.2 Pronombres Demostrativos

Los pronombres demostrativos remiten a nombres indicando **proximidad** o **lejanía** respecto a las personas que hablan y escuchan.

<u>Éste</u> estudia mucho.	<u>Ése</u> canta muy bien.	<u>Aqué</u> l es nuevo.
----------------------------	----------------------------	-------------------------

PRONOMBRES DEMOSTRATIVOS

<u>SINGULAR</u>			<u>PLURAL</u>		
éste	ésta	esto	éstos	ésta	Cercanía
ése	ésa	eso	ésos	ésas	Distancia media
aqué	aqué	aquello	aqué	aqué	Lejanía

5.3 Pronombres Posesivos

Los pronombres posesivos **señalan** a un nombre y además indican si el objeto **pertenece** a una o varias personas que se llaman poseedores.

Tu reloj se parece al mío .	La nuestra es más cariñosa.
------------------------------------	------------------------------------

PRONOMBRES POSESIVOS

<u>Un solo poseedor</u>			<u>Varios poseedores</u>			
<u>1ª persona</u>	<u>2ª persona</u>	<u>3ª persona</u>	<u>1ª persona</u>	<u>3ª persona</u>		
mío	tuyo	suyo	nuestro	suyo	Singular	Masculino
míos	tuyos	suyos	nuestros	suyos	Plural	
mía	tuya	suya	nuestra	suya	Singular	Femenino
mías	tuyas	Suyas Su/sus	nuestras	suyas	Plural	

5.4 Pronombres Indefinidos

Son pronombres indefinidos los que señalan a personas o cosas de **forma imprecisa**, pues son difíciles de limitar o precisar con exactitud.

Varios sabían algo .	Muchos no sabían nada .
------------------------------------	---------------------------------------

PRONOMBRES INDEFINIDOS

Singular			Plural	
Masculino	Femenino	Neutro	Masculino	Femenino
un, uno	una	uno	unos	unas
algún, alguno	alguna	algo	algunos	algunas
ningún, ninguno	ninguna	nada	ningunos	ningunas
poco	poca	poco	pocos	pocas
escaso	escasa	escaso	escasos	escasas
mucho	mucha	mucho	muchos	muchas
demasiado	demasiada	demasiado	demasiados	demasiadas
todo	toda	todo	todos	todas
			varios	varias
otro	otra	otro	otros	otras
mismo	misma	mismo	misimos	misimas
tan, tanto	tanta	tanto	tantos	tantas
alguien				
nadie				
cualquier, cualquiera			cualesquiera	
quienquiera			quienesquiera	
tal			tales	
		demás	demás	
	bastante		bastantes	

5.5 Pronombres Numerales

Son los que informan con exactitud de **cantidades y órdenes de colocación** referidos a nombres, pero sin mencionarlos.

Tengo doce .	He llegado el duodécimo .	Te han servido el triple de lo normal.
---------------------	----------------------------------	---

CLASES DE PRONOMBRES NUMERALES

Cardinales	Señalan de una cantidad exacta.	Quiero uno, dos, tres, cuatro .
Ordinales	Señalan del orden de distribución.	Primero, segundo, tercero, cuarto
Fraccionarios	Señalan divisiones de una unidad.	Quiero la mitad, tercio, cuarto, etc.
Multiplicativos	Señalan múltiplos.	Quiero el doble, triple, cuádruple, etc.

5.6 Pronombres Relativos

Los pronombres relativos se refieren a un nombre ya citado en la oración, llamado **antecedente**, sin necesidad de repetirlo.

Ayer recibí la carta .	Me enviaste una carta .
Ayer recibí la carta que me enviaste.	

PRONOMBRES RELATIVOS

que, el cual, la cual, lo cual, los cuales, las cuales, quien, quienes, cuyo, cuya, cuyos, cuyas, donde.

5.7 Pronombres interrogativos y exclamativos

Los pronombres interrogativos expresan **preguntas** a la vez que señalan nombres.

¿ Qué te vas a poner?	¿ Cuántos has leído?	¿ Por qué vienes?
------------------------------	-----------------------------	--------------------------

¡ Qué de goles!	¡ Cuánto ganas!
------------------------	------------------------

PRONOMBRES INTERROGATIVOS Y EXCLAMATIVOS

qué, quién, quiénes, cuál, cuáles, dónde, cuándo, cuánto, cuánta...

5.8 Acentuación de Pronombres (Acentos diacríticos)

La última excepción a las reglas generales la constituye un grupo cerrado de palabras que llevan o no tilde según su función gramatical.

El Lleva tilde cuando es pronombre personal y no lo lleva cuando es artículo. Ej:

Él llegó más tarde.

El libro de lengua

Tu Lleva tilde cuando es pronombre personal y no lo lleva cuando es adjetivo posesivo.

¿*Quié*n eres tú?

Tu auto

Mi Lleva tilde cuando es pronombre personal y no lo lleva cuando es adjetivo posesivo (o nota musical).

Me lo traje a *mí*.

Ese es mi celular.

Si Lleva tilde cuando es adverbio afirmativo o pronombre reflexivo y no lo lleva cuando es conjunción condicional o nota musical (sustantivo).

Sí, en la caja está tu celular.

Si estudian, van a aprobar lengua.

De o *Se* Llevan tilde cuando son verbos (dar, ser, saber).

Déme un vaso – *sé* bueno – no *sé* qué pasa.

Te Lleva tilde cuando es sustantivo (la infusión) y no lo lleva cuando es pronombre.

Este, Ese, Aquel (con sus femeninos y plurales) Llevan tilde cuando son pronombres y no lo llevan cuando son adjetivos. Tampoco se acentúa el punto cardinal este.

Me gusta *éste* y no *aqué*l...

Este/ Ese /Aquel tema es muy importante.

Es incorrecto acentuar esto, eso, aquello, pues no podemos decir esto pantalón/es. *Aquel* (con sus femeninos y plurales) no lleva tilde cuando es pronombre indefinido:

Aquel que quiera revisar el examen... (= cualquiera que...)

*Aqué*l que está junto a la ventana... (= *aqué*l en concreto.)

Solo Lleva tilde cuando equivale a *solamente* y no lo lleva cuando es el masculino de sola.

Aprobarán lengua *sólo* si estudian...

El que no baila se queda solo.

* Obviamente, sola nunca lleva tilde.

Notar que un solo libro, aunque equivale en sentido a solamente un libro, es el masculino de una sola libreta, luego no lleva tilde.

Aun Lleva tilde cuando equivale a todavía (Adv. Tiempo) y no lo lleva cuando equivale a incluso.

No vino *Aún*.

Aun lloviendo, vino a verme. (= a pesar de que llovía, vino igual.)

Mas Lleva tilde cuando es adverbio de cantidad y no lo lleva cuando equivale a pero (Conj. Adv. o Cop.)

No se lo repito *más*.

Lo intento, mas no puedo. (= pero no puedo.)

Dos mas dos es cuatro.

Que, Quien, Cual, Cuando, Donde, Como, Cuanto Llevan tilde cuando son interrogativos o exclamativos y no lo llevan en cualquier otro caso. En otras palabras: sólo se acentúan cuando sustituyen o acompañan a una persona, cosa, cantidad, lugar, etc. desconocidos o que causan admiración.

¿Qué querés? ¡Qué fácil! ¿Cuánto vale? ¿Para qué? ¿Por qué? ¡Cómo quema!, ¿Quién lo dice?

* El último que es una conjunción copulativa, los dos anteriores son completivos. Atención a las interrogativas y exclamativas indirectas:

- Me admiro de cuanto sabe. (cuanto = la cantidad – conocida – de cosas que sabe.)
- Me admiro de cuánto sabe. (cuanto = la cantidad – sorprendente – de cosas que sabe.)
- Ignoro cuánto sabe. (cuanto = la cantidad – desconocida – de cosas que sabe.)
- Se escribe como se lee. Averigua cómo se lee. Es increíble cómo se lee. (La primera es relativa, la segunda interrogativa y la última exclamativa.)
- Está donde lo dejé. Ya recuerdo dónde lo dejé.
- Más delicado es el caso de que:
- Se preocupa por que todo vaya bien. (que es conjunción, no sustituye a nada.)
- Se pregunta por qué todo va bien. (qué sustituye a la causa – desconocida – de que todo vaya bien.)
- Se preocupa porque todo va mal. (éste no viene al caso, pero puede marear.)

Actividad 5.

Extraer del siguiente texto todos los pronombres Personales, Demostrativos o Posesivos que haya.

La Ley de la Hospitalidad | Al-Tanukhi

Trescientos prisioneros comparecen ante Zaida y éste ordena que los decapiten. Uno de los prisioneros exclama: "¡No nos matéis sin antes darnos de beber, que estamos sedientos!". Zaida les da de beber y después reitera la orden de decapitarlos. "¡Antes, señor —exclama ahora el prisionero—, dadnos de comer, que estamos hambrientos!". Zaida les da de comer, pero cuando va a hacer ejecutar su orden oye: "Señor, éramos tus prisioneros; ahora nos hemos convertido en tus huéspedes", y no tiene más remedio que ponerlos en libertad.

Actividad 5.1

Colocar correctamente en los espacios en blanco, los pronombres Personales, Demostrativos y Posesivos que faltan.

EL ESPEJO CHINO | Anónimo

Un campesino chino _____ fue a la ciudad para vender la cosecha de arroz y _____ mujer le pidió que no _____ olvidase de traerle un peine.

Después de vender _____ arroz en la ciudad, el campesino _____ reunió con unos compañeros, y bebieron y lo celebraron largamente. Después, un poco confuso, en el momento de regresar, _____ acordó de que _____ mujer _____ había pedido algo, pero ¿qué era? No _____ podía recordar. Entonces compró en una tienda para mujeres lo primero que _____ llamó la atención: un espejo. Y regresó al pueblo.

Entregó el regalo a _____ mujer y _____ marchó a trabajar _____ campos. La mujer _____ miró en el espejo y comenzó a llorar desconsoladamente. La madre _____ preguntó la razón de aquellas lágrimas.

La mujer _____ dio el espejo y _____ dijo:

– _____ marido ha traído a otra mujer, joven y hermosa.

La madre cogió el espejo, _____ miró y _____ dijo a _____ hija:

No tienes de qué preocuparte, es una vieja.

Actividad 5.2

Separar los pronombres de las oraciones a continuación e Indicar la clase a la que pertenecen.

- ¿Quieres venir a la fiesta conmigo?
- Juan se afeita dos veces al día.
- Nosotras exigimos que se nos respete.
- A nadie le gusta que le presionen.
- El candidato les pidió el voto indirectamente.
- El nuestro todavía no ha llegado.
- Quienes hayan terminado pueden guardar los bártulos.
- Nacho siempre espera que alguien le ayude.
- Uno siempre desea lo mejor para todos.
- Estaba tan harto que sólo se comió medio.
- Las tuyas son mucho mejores.
- Felipe y yo somos buenos amigos: nos ayudamos siempre
- Le gustaban todos los cuadros, pero se quedó con ese.
- Te lo diré una vez más: estoy cansado.
- Estos zapatos son baratos, pero prefiero aquellos.
- ¿Qué esperas de esta situación?

Actividad 5.3

Remplazá los Nombres de las siguientes oraciones por el pronombre más adecuado que corresponda.

1. Julio, Ana y yo tenemos la misma edad: _____ tenemos la misma edad
(ellos, todos, alguien, varios, nosotros)
2. Messi se cayó del caballo: _____ se cayó del caballo
3. Ariana Grande y tú son muy educados: _____ son muy educados
4. Escribieron una carta a sus padres: _____ escribieron una carta
5. Estacionó el coche en dos maniobras: _____ estacionó en dos maniobras

6. Ya han colocado los bancos en la plaza: Ya _____ han colocado en la plaza
7. Por aquí pasan muchos peatones: Por aquí pasan _____ peatones.
8. Su bicicleta es muy ligera: _____ es muy ligera
9. Admiramos a Miley Cyrus por su bondad: _____ admiramos por su bondad.
10. Lo explicó sin tapujos al hijo: _____ lo explicó sin tapujos.
11. ¿Te has llevado alguna cosa de mi cuarto?: ¿Te _____ has llevado de mi cuarto?
12. Ha sido el primer cliente que ha entrado en mi tienda: Ha sido _____ que ha entrado en mi tienda
13. ¿Por qué razones no te has defendido?: ¿Por _____ no te has defendido?

Actividad 5.4

Separá entre los Pronombres de los Determinantes.

- Estos vaqueros son más resistentes que éstos.
- Él no se atrevía a decir el secreto.
- ¿Qué vestido te vas a poner?
- Nuestros problemas son más difíciles que los tuyos.
- Tus padres trajeron esto para ti.
- Nadie encontró una mochila como la tuya.
- Mi familia se preocupa por mí.
- Ustedes deberían ir a esa tienda.

Actividad 5.5

Clasificá los pronombres siguiendo la tabla.

Pronombre	Clase de pronombre	Número	Persona
Nuestro			
Éstas			
Te			
Mucho			
¿Quiénes?			
Aquello			
Ellas			
Séptima			
Poco			
Lo			
Mío			
Demasiados			
Que			
Les			
Tuyas			
Varias			
Esos			
Seis			
Conmigo			

6) La preposición

Existen ciertas palabras que nos sirven para relacionar las ideas que contienen las oraciones con el fin de darle sentido. Estas palabras son las preposiciones.

La preposición es una palabra invariable que constituye un nexo ya que une palabras, oraciones e incluso proposiciones denotando la relación que tienen entre sí. Las preposiciones pueden indicar origen, procedencia, instrumento, destino, tiempo, causa, dirección, lugar, medio, finalidad, punto de partida, motivo, etc.

Usos de las principales preposiciones

Preposición	Uso	Ejemplos
a	– Indicar distancia. – Expresar modo. – Señalar lugar. – Expresar tiempo.	El pueblo está a poca distancia. Está tejido a mano. Pronto llegaremos a la ciudad. Tomaremos el té a las cinco.
bajo	– Expresar la idea "debajo de". – Expresar sometimiento.	El libro está bajo la mesa. Actuó bajo las órdenes del director.
contra	– Indicar oposición. – Indicar rechazo.	El ciclista chocó contra el árbol. Todos están contra mí.
de	– Indicar posesión. – Expresar materia o contenido. – Señalar la parte de un todo.	El libro de mi madre me gusta. La casa de madera necesita pintura. Me dio un pedazo de pan.
en	– Indicar lugar. – Señalar tiempo. – Expresar medio o instrumento.	Pon el libro en la cartera. Ocurrió en 1989. Siempre viaja en tren.
sobre	– Indicar el lugar "encima de". – Expresar la idea "acerca de".	Dejó el sombrero sobre la cama. El libro versa sobre la vida de Antón.

6.1 Locuciones preposicionales

Son expresiones formadas por varias palabras que equivalen a preposiciones.

Ejemplo:

Saltó por encima de la tapia.
Estuvo junto a sus padres.
Navegamos rumbo a la costa.

Preposiciones y locuciones preposicionales

Preposiciones	a, ante, bajo, cabe, con, contra, de, desde, en, entre, hacia, hasta, para, por, según, sin, so, sobre, tras, mediante y durante
Locuciones preposicionales	debajo de, detrás de, enfrente de, a favor de, en medio de, en contra de, a través de, encima de, de acuerdo con, rumbo a, camino de, a fuerza de, junto con, en vez de, por delante de, junto a, antes de, con arreglo a, lejos de, a falta de

- La preposición "**cabe**" casi no se usa. En su lugar, usamos la locución "**junto a**".
- La preposición "**so**" tampoco se utiliza; pero podemos encontrarla en textos de hace tiempo con un significado relacionado con "**bajo**".

7) La conjunción

Es una clase de palabra invariable que une palabras independientes entre sí, o también oraciones.

*No vine **porque** llovía. Grité **pero** no me oyó.*

7.1 Locuciones conjuntivas

Son grupos de palabras que equivalen a conjunciones.

No vendrá por más que quieras.

7.2 Clases de conjunciones

Coordinantes. Unen o relacionan oraciones o palabras independientes, de la misma categoría; es decir, que una no depende de la otra, no está subordinada a la otra.

Copulativas	y (e), ni
Disyuntivas	o (u)
Adversativas	mas, pero, sino, sino que, sin embargo, no obstante
Distributivas	ya... ya, bien... bien, ora... ora, sea... sea

Subordinantes. Unen o relacionan oraciones de manera que una depende de la otra, una está subordinada a la otra.

Comparativas	que, como, igual... que, tal... como, tanto... como, más...que, menos... que...
Completivas	que, si
Temporales	cuando, mientras, apenas, en cuanto, antes de que
Causales	pues, como, porque, ya que, puesto que
Finales	para, a que, para que, a fin de que
Condicionales	si, con tal que
Concesivas	aunque, a pesar de que, si bien, por más que
Consecutivas	así, luego, tanto que, conque, tan... que, tanto... que

REGLAS GENERALES DE LA TILDACIÓN

En las palabras, los sonidos se articulan, es decir, se entrelazan entre sí; a cada uno de los núcleos de articulación de los sonidos se los llama **sílaba** que es el núcleo más elemental porque ya la pronunciación no puede dividirse más.

Por ejemplo:

Núcleos: GA LE RA

La unión de las tres forma la palabra...

En todas las palabras hay una sílaba que suena más fuerte que las otras. A esta sílaba se la llama **Tónica**. La sílaba tónica puede llevar tilde escrito o no.

Por ejemplo en GaLEra, ViaJEro, ConducTOR...

Actividad.1) Marque con un círculo la sílaba tónica en las siguientes palabras: ánimo – mimos – goma – éste – aún – Hércules – amasa – anotan – queso – seco – eje – alinear – genio.

Luego. Uniendo todas las sílabas tónicas se puede leer una frase escondida, transcribirla.

Actividad. 2) Luego de leer un cuento, transcribí doce palabras y destacá la sílaba tónica.

Reglas Generales

- 1) Si la sílaba tónica es la última, la palabra es **AGUDA**. Y llevan tilde si terminan en **n, s o vocal**.
- 2) Si la sílaba tónica es la anteúltima, la palabra es **GRAVE**. Y llevan tilde cuando terminan en **consonante** que no sean ni **n**, ni **s**.
- 3) Si la sílaba tónica es la antepenúltima, la palabra es **ESDRÚJULA**. Éstas siempre llevan tilde.

Los **monosílabos** no llevan tilde, salvo cuando es para diferenciar sus funciones. Por ejemplo: él (pron. 3ª Pers.sing) y el (artículo).

*** Recuerden: existen dos clases de vocales.**

- Abiertas: **a – e – o**
- Cerradas: **i – u**

Diptongo

En muchas palabras las sílabas se forman con la unión de vocales. Por ejemplo: Bai–le, sue–ño, pei–ne.

A esta unión de vocales en una misma sílaba se la denomina **diptongo**.

El diptongo se forma con la combinación de:

- 1) una vocal abierta y una cerrada: ejemplo... naipe, virreina, auto.
- 2) una vocal cerrada y una abierta: ejemplo... viajan, piedad, partieron.
- 3) dos vocales cerradas: ejemplo... huidizo, buitres, viuda.

Cuando la mayor “fuerza de voz” cae sobre la vocal cerrada como en el caso de: **oído** o **días**, el diptongo no se forma; las vocales no se unen y pasan a formar parte de sílabas diferentes.

Ejemplo: o – í – dos. O **dí** – as.

En estos casos se produce lo que se conoce como **hiato**.

¿Cuándo se forma un hiato?

El Hiato se forma cuando, dos vocales juntas forman dos sílabas consecutivas y no se pronuncian como una sola sílaba.

Ejemplo: **te-a-tro**, **a-é-re-o**, **vi-gí-a** , **ve-o**, **sa-lí-as**, ...

¿Cuándo se acentúa gráficamente el hiato?

1) Cuando están formados por dos vocales abiertas (iguales o diferentes).

Por ejemplo:

- **a-cre-e-dor** (aguda cuya terminación no es ni /vocal, ni /n , ni /s)
- **zo-ó-lo-go** (esdrújula).

2) Cuando están formados por vocal abierta átona más una vocal cerrada tónica. Por ejemplo: **pa-ís**, **ca-í-a**, **re-ír**, **ba-úl**, **Ra-úl**, **a-ta-úd**.

3) Cuando están formados por una vocal cerrada tónica más una vocal abierta átona. Por ejemplo: **des-va-rí-o**, **dí-a**, **son-rí-e**, **in-si-nú-a**, **dú-o**, **a-cen-tú-o**.

4) Cuando la **h** intercalada no impide la formación del hiato ni el acento gráfico. Por ejemplo: **bú-ho**, **re-hú-so**, **a-hín-co**, **va-hí-do**, **pro-hí-ben**, **a-hú-man**, **tur-bo-hé-li-ce**.

Ahora, cuando la vocal acentuada es la **abierta**, el diptongo se mantiene.

Ejemplo: subió; Su – **bió**

A efectos ortográficos, existen tres clases de hiatos, según el tipo de vocales que están en contacto:

- A.** Combinación de dos vocales iguales: Saavedra, dehesa, chiita, duunviro.
- B.** Vocal abierta + vocal abierta distintas: caen, ahogo, teatro, meollo, héroe, coartada.
- C.** Vocal abierta átona + vocal cerrada tónica o viceversa: caímos, día, aúllan, púa, reís, líe, reúnen.

(Son también hiatos de este tipo los que afectan a las sucesiones de tres o cuatro vocales, siempre que sea tónica una cerrada. Ejemplos: sa – lí – ais, ca – í – ais).

Acentuación gráfica de los hiatos:

Las palabras con hiato se acentúan de acuerdo con lo siguiente:

Orientación de uso	Ejemplos
Hiatos formados por dos vocales iguales o por vocal abierta (a, e, o) + vocal abierta llevan tilde de acuerdo a la orientación de usos generales de la acentuación de las palabras agudas, llanas o graves y esdrújulas, tanto si alguna de las vocales es tónica como si ambas son átonas.	Una de las dos vocales es tónica: caótico, bacalao, aldea, Jaén, toalla, león, poeta, zoólogo, poseer. Las dos vocales son átonas: acreeador, traerán, coordinar, línea, acarreador, arbóreo.
Hiatos formados por vocal abierta (a, e, o) átona + vocal cerrada (i, u) tónica, llevan tilde, independientemente que lo exijan o no las reglas generales de la acentuación ortográfica.	País, caía, raíz, Caín, reír, increíble, reía, heroína, baúl, ataúd.
Hiatos formados por vocal cerrada (i, u) tónica + vocal abierta (a, e, o) átona llevan tilde, independientemente de que lo exijan o no las reglas generales de la acentuación ortográfica.	Desvarío, día, sonríe, mío, río, insinúan, dúo, acentúo, elegíaco.
La h intercalada entre dos vocales no implica que estas formen un hiato (ver diptongos). Tampoco impide que el hiato con h intercalada lleve tilde si es preciso.	Vahído, ahínco, búho, prohíben, vehículo, turbohélice.

LAS REGLAS DE PUNTUACIÓN

Es más difícil puntuar correctamente que colocar correctamente los acentos, porque si bien las reglas de los primeros son claras y obligatorias, las de los signos de puntuación son muchas veces optativas: una persona colocará una coma donde otro pondría un punto, un punto y coma, o quizá nada. Por ello, más que reglas, se debe hablar de recomendaciones en el uso de los signos de puntuación.

Los signos de puntuación favorecen la correcta interpretación del texto, de lo contrario, su uso incorrecto puede alterar el sentido. Por ejemplo, la misma oración estás acostado

puede significar cosas distintas dependiendo de que tenga la entonación de una pregunta, de una afirmación o de una exclamación de sorpresa. Necesitamos diferenciar estas entonaciones por medio de algún tipo de signo. Lo mismo sucede con las pausas: una coma puede hacer variar dramáticamente el significado de una oración.

Se dice que el Zar Pedro el Grande tenía unos impresos preparados en los que ponía matar no tener piedad con los que firmaba las penas de muerte o sus conmutaciones. Si quería ejecutar al reo, ponía la coma tras matar: matar, no tener piedad; si por el contrario quería que la pena no fuera llevada a cabo, ponía la coma tras no: matar no, tener piedad. Sin llegar a estos extremos de truculencia, pensemos que no es lo mismo decir Elena, te llama Juan, que Elena te llama, Juan. La colocación de estos signos es, portadora de un significado, por lo que hay que pensar muy seriamente si hay que colocar un signo o no y dónde.

Algo que hay que tener muy en cuenta es que, si bien todo signo de puntuación distinto de las comillas implica una pausa en la entonación, no toda pausa debe ser señalada por medio de una coma u otro signo, ya que hay pausas en el discurso que son puramente respiratorias, que se hacen independientemente de la puntuación para poder aspirar aire. No se deben escatimar las comas, pero un uso excesivo de ellas suele resultar agobiante por lo entrecortada que dejan la lectura.

El punto

Es el que indica la pausa mayor. Marca el fin de una oración. Su empleo depende del estilo de cada escritor.

El punto y seguido

Se emplea para separar oraciones dentro del mismo párrafo. El punto y seguido separa las ideas contenidas en cada oración, pero permite mantener la unidad del párrafo. Como ejemplo baste ver la puntuación del presente párrafo.

El punto y aparte

El punto y aparte sirve para separar párrafos. Cuando se considere que la idea que se va a exponer rompe la continuidad con todas las anteriores, es necesario cerrar el párrafo con un punto y aparte (v. la primera página de este capítulo).

El punto final

El uso del punto final indica, simplemente, que el texto ha terminado.

El punto de abreviatura

Se utiliza el punto también para indicar que la palabra se ha abreviado. Es el único uso del punto detrás del cual no hay que poner mayúscula. Hay que destacar que las abreviaturas de unidades del sistema métrico decimal no llevan punto, mayúsculas ni -s de plural.

Sres. ('señores'), dcha. ('derecha'), P.C.E. ('Partido Comunista de España'), etc. ('etcétera')

km ('kilómetro' o 'kilómetros'), m ('metro' o 'metros')

Los puntos suspensivos

Son siempre tres puntos que representan una interrupción o pausa larga, indicadora de que la idea ha quedado sin concluir. Ello puede ser debido a varias razones:

- Se deja inconclusa la frase porque el lector puede finalizarla:

No, si es lo que digo yo siempre: El que a buen árbol se arrima...

- Para permitir al lector sacar sus propias conclusiones sobre aquello que se dice. Resulta así más expresivo lo que se omite que lo que está expreso:

Sí, el nuevo mucho presumir de experto, de perro viejo; pero cuando tuvo que enfrentarse a ello...

- En lugar de la palabra etcétera en las enumeraciones:

El metro de Moscú era un maremágnum de gentes diversas: rusos, ucranianos, alemanes, armenios...

- Para dejar en suspenso una frase que luego se completa con una salida inesperada:

Aquello era desesperante: no sabía si recomenzar el trabajo, apagar el ordenador e irme... de repente me di cuenta de que lo único que pasaba era que había desconectado la pantalla.

- En una cita textual, para indicar que se omite algo, en este caso suelen ir entre paréntesis:

"La cosecha de 1995 ha sido excepcionalmente buena. Tenemos que el trigo (...) ha superado con creces las expectativas..."

La coma

- Se escribe coma entre palabras o grupos de palabras que van formando una serie y no van unidas por las conjunciones y, o, ni. Es decir, para separar una serie de tres o más sintagmas coordinados entre sí, a excepción del último miembro de la coordinación, que irá encabezado por la conjunción coordinante, verbigracia: Sólo han votado a favor Dinamarca, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Alemania. No han aceptado la propuesta ni España ni Irlanda ni Italia. Es posible que a última hora se adhieran a la moción Gran Bretaña, Francia, Grecia o Portugal.

- Se escribe coma para separar dos o más ideas diferentes que forman en conjunto una sola oración. Si hay más de dos, la última idea se separará del resto no con una coma, sino con las conjunciones y, o, ni. Separamos ahora no sintagmas, sino oraciones coordinadas, aplicando el mismo criterio que en el apartado anterior (véanse los ejemplos anteriores).

- Se escribe coma para señalar una pausa debida al cambio del orden habitual entre los elementos de una oración. Con esta pausa se señala un hipérbaton, que no es otra cosa que la colocación de un complemento fuera de su posición habitual en el sintagma. Hay que colocar una coma entre la oración que indica una circunstancia de tiempo, lugar o modo en que se realiza la acción y el resto de ella, si la circunstancia no va expresada en último lugar. Es un caso más de lo dicho antes: si la subordinada adverbial no va al final de la oración compleja, estamos creando un hipérbaton que se señala por pausa en la entonación y por coma en la escritura:

¿Has hablado ya con Bernardo? / Con Bernardo, ¿has hablado ya?

Escuchamos lo que narraba Luis totalmente embobados / Escuchamos, totalmente embobados, lo que narraba Luis.

- Se escribe coma para separar un vocativo del resto de la oración:

Julia, te ha llamado Luis / Julia te ha llamado, Luis.

- También se escribe una coma para separar cualquier complemento explicativo de un nombre, sea éste una aposición o una oración de relativo explicativas:

Los excursionistas, que estaban cansados, se pararon a descansar

A diferencia de: Los excursionistas que estaban cansados se pararon a descansar

- Por último, se ponen entre comas las expresiones (esto es, es decir, por consiguiente, por último, sin embargo, no obstante y otras semejantes) que introducen una explicación:

Elena es un poco histérica; no obstante, actuó con una lucidez admirable en un momento tan difícil.

El punto y coma

El punto y coma supone una pausa menor que la del punto y más larga que la de la coma. En ocasiones, se usa un punto y coma en casos en que se podría usar un punto o una coma, lo que nos indica lo sutil de su uso.

- Se emplea punto y coma para separar series de elementos dentro de los cuales ya se emplean comas. Es decir, que se usa un punto y coma para separar diferentes ideas u oración dentro de la cláusula.

- También se usa (de manera alternante con los dos puntos) para separar frases que indican un hecho y su consecuencia. Es una manera de relacionar oraciones yuxtapuestas entre las que se establece una relación de causa-efecto.

- Se puede emplear para separar oraciones que tratan sobre el mismo tema. Seguimos viendo que las relaciones interoracionales dentro de la cláusula se pueden separar con punto y coma.

- Para unir oraciones relacionadas por una conjunción adversativa pero, sin embargo, no obstante. Las relaciones adversativas por coordinación pueden separarse también por punto y coma.

Elena es un poco histérica; no obstante, actuó con una lucidez admirable en un momento tan difícil.

Los dos puntos.

Los dos puntos tienen como función principal la de llamar la atención del lector sobre lo que viene a continuación. Representan una pausa fuerte semejante a la del punto. Se usan:

- Antes de una enumeración:

Los principales ríos de la provincia de Madrid son: El Tajo, el Jarama, el Alberche y el Henares.

- Ante una cita textual. O lo que es lo mismo, ante la parte literal del estilo directo:

...a lo que don Guillermo respondió: "No me sacaréis de aquí ni a la fuerza"

- Antes de una oración que constituye la confirmación, la conclusión o el resumen de otra que la precede:

...y sufrieron una derrota mayúscula: esta es la consecuencia de su prepotente actuación.

- Después del encabezamiento en una carta

Muy señor mío:

Querida Mabel:

Empleo de los Signos Auxiliares

Los paréntesis

Sirven para delimitar el principio y el final de un fragmento intercalado dentro de otra oración, sobre todo cuando tiene carácter explicativo o aclaratorio aquello que se intercala. Suelen usarse en casos como los siguientes:

Carlos Martín ("El Bolo"), ha sido detenido esta mañana en Buitrago (Madrid), acusado de tres delitos de robo a mano armada. La empresa QUITINOSA, de Madrid, ha afirmado que promoverá la acusación particular (dado que los tres robos han tenido lugar en centros de esta empresa)...

Cabe aclarar que, en la actualidad, se tiende cada vez menos a usar los paréntesis y en su lugar resulta ya más habitual colocar la raya (—), el guión (-) o la coma. El texto anterior queda más apropiadamente puntuado de la siguiente manera:

Carlos Martín,"El Bolo", ha sido detenido esta mañana en Buitrago (Madrid), acusado de tres delitos de robo a mano armada. La empresa QUITINOSA, de Madrid, ha afirmado que promoverá la acusación particular, dado que los tres robos han tenido lugar en centros de esta empresa,...

Los corchetes (o paréntesis cuadrados)

Estos signos son de muy poco uso. Se emplean fundamentalmente cuando en una frase entre paréntesis es necesario intercalar otra también entre paréntesis:

...resultó agraciado con el Premio Especial de la Crítica en 1992 (año en que también obtuvo el Aguila de Oro en la Mostra Literaria de Roma por su novela El sueño culpable [Seix-Barral, 1992])...

Un uso específico de los corchetes es el que sirve para indicar en textos literarios que el editor introduce un comentario personal, una aclaración o rellena una laguna:

La raya (o guión largo)

No se debe confundir la raya (—) con el guión (-), más corto: sus usos son distintos.

La raya se utiliza:

- 1) Para sustituir al paréntesis cuando intercalamos una oración dentro de otra.
- 2) (En el diálogo) Para indicar que toma la palabra otro interlocutor, por ejemplo:

— ¿Y tú qué les has dicho?

— Que no estaba de acuerdo, que me parecía injusto...

El guión

Por su parte, el guión se usa para:

- 1) Separar sílabas de una palabra a final de renglón.
- 2) Separar los dos miembros de una palabra compuesta que no forma unidad (v. capítulo anterior).
- 3) Separar fechas que indican un período: 1953-1998; 15 de diciembre de 1992 - 13 de enero de 1993

Las comillas

Las comillas presentan variantes gráficas: las más habituales son las elevadas (") y las españolas o angulares (« »). Su uso es el mismo:

- 1) Para enmarcar citas literales y frases hechas o refranes:

...y Pepe nos dijo: "Ya no sé qué hacer"

Juan Pedro siempre se juntó con gente interesante por aquello de que "Al que a buen árbol se arrima..."

- 2) Para indicar que una expresión es usada en tono irónico o de broma:

Sí, en tu tienda todo lo que vendes es de "alta calidad" (luego es de calidad pésima).

- 3) Para enmarcar el título de una obra (aunque si se trata de una obra editada independientemente, es más correcto subrayarlo):

Luis Alberto nunca leyó "Crimen y castigo".

(Aunque es preferible Luis Alberto nunca leyó Crimen y castigo)

4) Para escribir palabras extranjeras o incorrectas:

Ten en cuenta que con este "hardware" no puedes sacarle mucho rendimiento a tu "software"

Anduve, anduve, hasta que me "cansuve"

Los signos de admiración (¡!)

Se colocan al principio y al final de una palabra, frase u oración que expresa una fuerte emoción (sorpresa, asombro, ira, decisión, etc.):

¡Nunca!

Salió a la carretera sin rumbo fijo y ¡hala, a tragar millas!

¡Siéntate, estúpido!

Los signos de interrogación (¿?)

Enmarcan una pregunta:

Tú no eres de aquí, ¿verdad?

¿Verdad que tú no eres de aquí?

-
-
-

LITERATURA

TIPOS DE CUENTOS

Así como hay distintos tipos de textos narrativos, también hay distintos tipos de cuentos según a qué tipo de personajes, lugares y acciones refieran.

De acuerdo a la explicación, los cuentos pueden ser:

1) Policial, es cuando hay un conflicto que debe ser investigado por un detective que debe seguir pistas. El clima de suspenso es el que predomina en el relato.

2) Ciencia–Ficción, es cuando se cuenta una historia que refiere a hechos ubicados en el futuro que tienen personajes, lugares o espacios que, si bien son insólitos, se vuelven verosímiles por los aportes científicos. Por ejemplo: viajes interplanetarios, extraterrestres, robots, viajes a través del tiempo, etc.

3) Realista, es cuando se cuenta una historia referida a temas de la realidad, por ejemplo: la pobreza, la política, los sentimientos humanos, la injusticia social, la vida cotidiana, etc.

4) Maravilloso, es cuando se relatan historias inverosímiles, pobladas de reyes, hadas, dragones, brujas, que ayudados por objetos mágicos viven aventuras sobrenaturales, maravillosas.

5) Terror, se cuenta un relato de situaciones desconocidas con fantasmas, aparecidos, muertos que resucitan, zombies, monstruos y la finalidad del narrador es producir miedo, terror o espanto en los lectores.

6) Fantástico, cuenta una historia cotidiana, en un mundo real, en la cual aparece un hecho inexplicable, fantástico, que provoca en el lector la duda de si, ¿es verdad o ilusión, si es fantasía o realidad? Y esta duda no se aclara porque no hay una explicación lógica.

* * *

Diferencias entre el cuento y la novela. Carmen Roig

Para Julio Cortázar, el cuento se relaciona con la fotografía y la novela con el film. En este sentido, la idea de cuento implica una sola secuencia; la del film, una sucesión.

Sin embargo, para algunos el cuento es únicamente una cuestión de extensión. Edgar Allan Poe decía que el cuento es una lectura que necesita de media hora a dos horas. Así, la novela tiene un mínimo de 100 páginas. Para otros, el cuento es la crisis de un asunto y

la novela es el desarrollo de una psicología. Para escribir no hay recetas. Por lo tanto, ambas cosas son relativas, pero a veces resultan cómodas. No olvidar que los géneros se pueden transgredir.

Si bien la novela se estructura también como el cuento en desarrollo, nudo y desenlace, estas tres partes suelen tener una extensión aproximadamente igual, mientras que en el cuento existe una preponderancia de un solo nudo o núcleo alrededor del cual gira la historia.

En cuanto a las técnicas narrativas, se pueden aplicar las mismas en ambos casos, pero dosificadas de distinta manera. Veámoslo:

1) Las descripciones en una novela pueden ocupar muchas páginas. En un cuento son parte del argumento y ocupan la extensión mínima imprescindible.

2) El diálogo en la novela nos da a conocer los personajes, a veces totalmente. En el cuento, está subordinado a la trama del acontecimiento principal y no es un mecanismo independiente.

3) El tratamiento del tiempo en la novela puede ser extenso. En el cuento, está determinado por su reducida extensión. Precisamente en dichos límites está la fuerza del buen cuento.

4) El personaje en la novela puede ser el elemento fundamental, y su presentación ser tan o más importante que la acción, según de qué novela se trate. El personaje en el cuento está supeditado, al igual que todos los aspectos más arriba enunciados, a la trama y al acontecer.

La trama es imprescindible

La trama puede ser más o menos simple, más o menos compleja, pero no puede faltar en un cuento. Lo que hace el cuentista es elegir un hecho: un escándalo, una traición, un homicidio, una incongruencia, un idilio, un lapsus, un desvío; y lo organiza en un cuento. Para ello, combina la idea inicial, o punto de partida, con otros incidentes sucedidos o inventados en función de esa trama que, en realidad, es el cuento mismo.

El estilo de un escritor se descubre también por la forma en que trama sus argumentos. En este sentido, "La noche boca arriba", de J. Cortázar y "El Sur", de J. L. Borges, podrían ser resumidos igual: como la historia de alguien que sueña a otro y al mismo tiempo no sabe si el otro lo está soñando a él. Muchos más cuentos podrían sintetizarse con estas palabras, incluso aquél cuento chino tan conocido de hace veintitrés siglos:

"Hace muchas noches fui una mariposa que revoloteaba contenta de su suerte. Después me desperté, y era Chuang-Tzu. Pero ¿soy en verdad el filósofo Chuang-Tzu

que recuerda haber soñado que fue una mariposa o soy una mariposa que sueña ahora que es el filósofo Chuang-Tzu?"

Por lo tanto, importa más cómo se trame el argumento que el argumento mismo.

Recapitulando:

La "acción" es lo que ocurre en un cuento.

La "trama" es cómo se distribuyen y relacionan dichas acciones.

Esquema de la trama

Tramar es tejer una red. Los hilos de la red son los hechos, lo que sucede en el cuento. Tramar es decidir cómo se organizará dicho tejido para lograr un efecto. Los estudios desarrollados en torno a los cuentos tradicionales han establecido una serie de puntos esenciales de la trama, basados en la estructura de los cuentos de hadas, y que se pueden resumir así:

–El "protagonista": inicia la acción y es el hilo conductor del juego.

–El "antagonista": representa el obstáculo necesario para generar el conflicto y llegar al clímax.

–El "objeto": lo deseado o lo temido.

Lo singular del cuento

El cuento moderno responde a la singularidad. Cada uno de sus aspectos, tanto la anécdota como su tratamiento, es una invención exclusiva de su autor. En este sentido, se puede decir que hay tantos cuentos como autores.

Hasta el Renacimiento, en cambio, la originalidad narrativa radicaba en la novedosa reelaboración de anécdotas tradicionales: se derivaban cuentos de las vertientes folklóricas u orales. La repetición de temas conocidos por el público era uno de los elementos más apreciados en este tipo de narraciones.

El cuento tradicional se organiza principalmente en el plano de la anécdota, como un encadenamiento de acciones. Admite dos variedades:

1) la maravillosa: expone sucesos fabulosos y sobrenaturales; repertorios populares, historias milagrosas, como en "La leyenda áurea", por ejemplo, o en los cuentos de hadas;

2) la realista: expone sucesos verosímiles y cotidianos, a menudo tratados con comicidad, como en los cuentos de Boccaccio y Chaucer.

El cuento moderno se preocupa más por "cómo se cuenta" que por "qué se cuenta". Ha disminuido la utilización de anécdotas con principio, medio y final. Ganó terreno lo ambiguo, el fragmento cargado de sentido y la exploración psicológica.

–El cuento ha pasado de valorar lo dicho a valorar lo no dicho.

Personalmente notamos con asombro el rechazo que manifiestan algunas personas acerca de obras que cuentan hechos conocidos. Recuerdo, por ejemplo, a una persona que se negó a ver la película Titanic, porque ya se sabía que, al final, el barco se hundía... Quien haga la experiencia de rever una película o una obra de teatro, o releer una obra, comprenderá, no sólo el placer que ello implica sino cuánto realmente se aprende y se disfruta de todos aquellos detalles que, en un primer acercamiento, se nos pasaron por alto.

Me llama la atención comprobar que, con la música, no suele suceder lo mismo. Se suele escuchar decenas de veces una canción o una obra que ya se conoce, para disfrutar nuevamente del placer que nos produce. En cambio he oído comentarios despreciativos o la negativa a leer un cuento o una novela, "porque ya se sabe en qué va a terminar"...

Lo no dicho

En el cuento contemporáneo lo que en sí mismo resulta intrascendente o mínimo adquirió la fuerza de una revelación: el nudo del cuento. Los detalles que aislados no cuentan, crecen y se imponen al concentrar el drama o la obsesión del protagonista. La situación mínima, corriente y reiterada de cada día adquiere relieve si el contexto es otro.

Buenos ejemplos de esto son:

1) La desaparición de un abrigo perteneciente a un oscuro funcionario de la administración pública, en "El capote", de Gogol.

2) El alejamiento de un individuo que abandona a su familia para observar qué ocurre en su ausencia, en "Wakefield", de Hawthorne.

3) Situaciones cómicas minúsculas, con muchos cuentos de Chéjov.

4) El recuerdo ocasional, en "Los muertos", de Joyce.

5) La obsesiva inercia de un personaje del montón, en "Bartleby, el escribiente", de Melville.

Hay muchos ejemplos más acerca de cómo, mediante enunciados aparentemente fragmentarios y con historias indirectas, se trata de penetrar en una segunda realidad. Para muchos buenos escritores, escribir cuentos es un modo de hacer aparecer algo que estaba oculto. De ese modo nos hacen ver una verdad que se mantiene oculta hasta el final del cuento y aparece –gracias a la trama– en la forma de revelación. Los cuentos de Kafka, de Borges, de Chéjov, de Hemingway, así lo demuestran.

Cada uno lo consigue a su manera. Veámoslo con un ejemplo: en uno de sus cuadernos de notas, Chéjov registró esta anécdota: "Un hombre, en Montecarlo, va al casino, gana un millón, vuelve a su casa y se suicida".

¿Cómo lo hubiera narrado Hemingway?

Hubiera narrado con detenimiento el casino, la mesa de juego, los movimientos del jugador, su modo de apostar, lo que hace, lo que bebe, pero no hubiera hablado de su estado anímico, de que ese hombre se va a suicidar.

O sea: cuenta una realidad mientras insinúa otra no dicha, pero tanto o más significativa.

* * *

La Novela

La novela es una obra literaria en prosa en la que se narra una acción fingida en todo o en parte, y cuyo fin es causar placer a los lectores con la descripción de sucesos o hechos interesantes, así como de caracteres, pasiones y costumbres. La novela se distingue por su carácter abierto y su capacidad para contener elementos diversos en un relato complejo. Este carácter abierto ofrece al autor una gran libertad para integrar personajes, introducir historias cruzadas o subordinadas unas a otras, presentar hechos en un orden distinto a aquel en el que se produjeron o incluir en el relato textos de distinta naturaleza: diálogos, cartas, documentos administrativos, leyendas, poemas, etc. Las obras de teatro pueden aparecer también como parte de esta construcción narrativa. Todo ello da a la novela mayor complejidad que la que presentan los demás géneros narrativos.

A su vez, requiere que el lector desarrolle una lectura paciente para que pueda seguir el hilo de la historia, recordar los nombres de los personajes y sus relaciones, recordar los lugares donde transcurren las historias y las descripciones que, poco a poco, irán construyendo el relato. No hay que adelantarse ni desesperarse, cada cosa que se cuenta suma para construir la totalidad de la historia.

La Historia

La historia de la novela se puede presentar de 3 maneras:

- **Lineal:** cuando en la obra las acciones tienen un orden lógico.
- **No lineal:** cuando en la obra aparecen alteradas las acciones y no siguen un orden cronológico.
- **Circular:** cuando en la obra se presenta una misma acción que la inicia y la finaliza.

El Hilo

Para seguir la historia y no perderse es necesario ANOTAR SIEMPRE:

- Los Nombres de los personajes principales y con quienes se relacionan.
- Qué hacen o qué son estos personajes.

— Los nombres de los lugares donde ocurren las historias.

>>> De la lectura atenta de estos elementos dependerá que luego puedan contar la historia.

Tesis Sobre el Cuento | Ricardo Piglia (Clarín 6– 11–86)

I

En uno de sus cuadernos de notas Chejòv registró esta anécdota: “Un hombre, en Montecarlo, va al casino, gana un millón, vuelve a su casa se suicida.” La forma clásica del cuento esta condensada en el núcleo de ese relato futuro y no escrito.

Contra lo previsible y convencional (jugar, perder, suicidarse) la intriga se plantea como una paradoja. La anécdota tiende a desvincular la historia del juego y la historia del suicidio. Esa escisión es clave para definir el carácter doble de la forma del cuento.

Primera Tesis: Una cuento siempre cuenta dos historias.

II

El cuento clásico (Poe, Quiroga) narra en primer plano la historia 1 (el relato del juego) y construye en secreto la historia 2 (el relato del suicidio). El arte del cuentista consiste en saber cifrar la historia 2 en los intersticios de la historia 1. Un relato visible esconde un relato secreto, narrado de un modo elíptico y fragmentario.

El efecto de sorpresa se produce cuando el final de la historia secreta aparece en la superficie.

III

Cada una de las dos historias se cuenta de modo distinto. Trabajar con dos historias significa trabajar con dos sistemas diferentes de causalidad. Los mismos acontecimientos entran simultáneamente en dos lógicas narrativas antagónicas. Los elementos esenciales de un cuento tienen doble función y son usados de manera distinta en cada una de las dos historias. Los puntos de cruce son los fundamentos de la construcción.

IV

En “La muerte y la brújula” al comienzo del relato, el tendero se decide a publicar un libro. Ese libro está ahí porque es imprescindible en el armado de la historia secreta. ¿Cómo hacer para que un “gangster” como Red Scharlach esté al tanto de las complejas tradiciones y judías y sea capaz de tenderle a Lönnrot una trampa mística y filosófica? Borges le

consigue un libro para que se instruya. Al mismo tiempo utiliza la historia 1 para disimular esa función: el libro parece estar ahí por contigüidad con el asesinato de Yarmolinsky y responde a una casualidad irónica. “Uno de esos tenderos que han descubierto que cualquier hombre se resigna a comprar cualquier libro, publicó una edición popular de la Historia secreta de los Hasidim”. Lo que es superfluo en una historia es básico en la otra. El libro del tendero es un ejemplo (como el volumen de Las Mil y una Noches en “El Sur”; como “La Cicatriz” en La Forma de la Espada”). De la materia ambigua que hace funcionar la microscópica máquina narrativa que es un cuento.

V

El cuento es un relato que encierra un relato secreto. No se trata de un sentido oculto que dependa de la interpretación: el enigma no es otra cosa que una historia que se cuenta de modo enigmático. La estrategia del relato está puesta al servicio de esa narración cifrada. ¿Cómo contar una historia mientras se está contando otra? Esa pregunta sintetiza los problemas técnicos del cuento.

Segunda Tesis: La historia secreta es la clave de la forma del cuento y sus variantes.

VI

La versión moderna del cuento, que viene de Chejòv, Catherine Mansfield, Sherwood Anderson, el Joyce de Dublineses, abandona el final sorpresivo y la estructura cerrada; trabaja la tensión entre las dos historias sin resolverla nunca. La historia secreta se cuenta de modo cada vez más elusivo. El cuento clásico a la Poe contaba una historia anunciando que había otra; el cuento moderno cuanta dos historias como si fueran una sola.

La teoría del Iceberg de Hemingway es la primera síntesis de ese proceso de transformación: lo más importante nunca se cuenta. La historia secreta se construye con lo no dicho, con el sobreentendido y la ilusión.

VII

“El gran río de los dos corazones” uno de los relatos fundamentales de Hemingway, cifra hasta tal punto la historia 2 (los efectos de la guerra en Nick Adams) que el cuento parece la descripción trivial de una excursión de pesca. Hemingway pone toda su pericia en la narración hermética de la historia secreta. Usa con tal maestría el arte de la elipsis que logra que se note la ausencia del otro relato.

¿Qué hubiera echo Hemingway con la anécdota de Chejòv? Narrar con detalles precisos de partida y el ambiente donde se desarrolla el juego y la técnica que usa el jugador

para apostar y el tipo de bebida que toma. No decir nunca que ese hombre se va suicidar, pero escribir el cuento como si el lector ya lo supiera.

VIII

Kafka cuenta con claridad y sencillez la historia secreta y narra sigilosamente la historia visible hasta convertirla en algo enigmático y oscuro. Esta versión funda lo “kafkiano”.

La Historia del suicidio en la anécdota de Chejòv sería narrada por Kafka en primer plano y con toda naturalidad. Lo terrible estaría centrado en la partida narrada de un modo elíptico y amenazador.

IX

Para Borges la historia 1 es un género y la historia 2 es siempre la misma. Para atenuar o disimular la esencial monotonía de la historia secreta, Borges recurre a las variantes narrativas que le ofrecen los géneros. Todos los cuentos de Borges están contruidos con ese procedimiento.

La historia visible, el juego en la anécdota de Chejòv sería contada por Borges según los estereotipos (levemente parodiados) de una tradición o de un género. Una partida de taba entre gauchos perseguidos (digamos) en los fondos de un almacén, en la llanura entrerriana, contada por un viejo soldado de la caballería de Urquiza, amigo de Hilario Ascasubi. El relato del suicidio sería una historia contruida con la duplicidad y condensación de la vida de un hombre en una escena o acto único que define su destino.

X

La variante fundamental que introdujo Borges en la historia del cuento consistió en hacer de la construcción cifrada de la historia 2 el tema del relato.

Borges narra las maniobras de alguien que construye perversamente una trama secreta con los materiales de una historia visible. En “La muerte y la brújula” la historia 2 es una construcción deliberada de Scharlach. Lo mismo sucede con Acevedo Bandeira en “El Muerto”, con Notan en “Tema del traidor y del Héroe”, con Emma Zunz.

Borges (como Poe, como Kafka) sabía transformar en anécdotas los problemas de la forma de narrar.

XI

El cuento se construye para hacer aparecer artificialmente algo que estaba oculto. Reproduce la búsqueda siempre renovada de una experiencia única que nos permita ver, bajo la superficie opaca de la vida, una verdad secreta. “La visión instantánea que nos hace descubrir lo desconocido no en una lejana tierra incógnita, sino en el corazón mismo de lo inmediato”, decía Rimbaud.

Esta iluminación profana se ha convertido en la forma del cuento.

* * *

NARRADORES

Narrar es contar unos hechos reales o imaginarios que les suceden a unos personajes en un tiempo y en un espacio determinados. Para comprender mejor los textos narrativos es necesario conocer sus elementos básicos: narrador, personajes, estructura, espacio y tiempo.

El narrador es un personaje creado por el autor que tiene la misión de contar la historia. Hay diferentes tipos de narrador según la información de que dispone para contar la historia y del punto de vista que adopta.

Los TIPOS DE NARRADORES pueden ser:

DE 1ª PERSONA

- a) **NARRADOR PROTAGONISTA.** El narrador es también el protagonista de la historia (autobiografía real o ficticia).
- b) **NARRADOR PERSONAJE SECUNDARIO.** El narrador es un testigo que ha asistido al desarrollo de los hechos

DE 3ª PERSONA

- A) **NARRADOR OMNISCIENTE** (que todo lo sabe). El narrador omnisciente es aquel cuyo conocimiento de los hechos es total y absoluto. Sabe lo que piensan y sienten los personajes: sus sentimientos, sensaciones, intenciones, planes...
- B) **NARRADOR OBSERVADOR.** Sólo cuenta lo que puede observar. El narrador muestra lo que ve, de modo parecido a como lo hace una cámara de cine.

2. NARRADOR EN SEGUNDA PERSONA (monólogo)

El narrador se dirige a sí mismo, desdoblado su personalidad para convertirse en narrador y personaje a la vez.

“Gracias a ellos habías aprendido a amar tu ciudad (cosa sorprendente en un carácter difícil como el tuyo este amor mantenido a lo largo de los años hacia unos lugares y unas calles descubiertos sólo al filo de la juventud)”. Señas de identidad, Juan Goytisolo.

ANEXO | CUENTOS

ÍNDICE

Algo muy grave va a suceder en este pueblo Gabriel García Márquez	70
El Pañuelo Silvia Schujer	72
El Besuqueador Elsa Bornemann <i>La edad del Pavo</i> (1990)	73
El Cacto Enamorado Leyenda Diaguita <i>Hechos Prodigiosos</i> (2000)	75
La Leyenda de La Flor del Ceibo Versión de Laura No	76
El Lobo Petronio: <i>capítulo LXII del libro Satiricón</i> (Siglo I)	79
Historia de zorros Niu Chiao <i>Ling kuai lu</i> (siglo IX)	80
El Ciervo escondido Liehtsé (300 A.C.)	80
La Leyenda del Ave Fénix	81
El Origen de los Tres Reyes Magos Egipto 3000 A.C.	82
Mil Grullas Elsa Bornemann (2009)	85
Casa Tomada Julio Cortázar <i>Bestiario</i> (1951)	90
Continuidad de los Parques Julio Cortázar <i>Final del juego 2ª ed.</i> (1964)	94
La noche boca arriba Julio Cortázar <i>Final del Juego</i> (1956)	95
La Sentencia Wu Ch'eng En (siglo XVI)	100
Final para un cuento fantástico I. A. Ireland <i>Visitations</i> (1919)	100
DER TRAUM EIN LEBEN Francisco Acevedo <i>Burzaco</i> (1955)	100
La Llave Dorada Jacob & Wilhelm Grimm (1812)	101
La Torre de Cubos Laura Devetach (1976)	101
La Casa de los Mil Espejos Enrique Mariscal (2007)	104
El Escuerzo Leopoldo Lugones <i>Las fuerzas extrañas</i> (1906)	105
El Gigante Egoísta Oscar Wilde <i>El Príncipe Feliz y otros cuentos</i> (1888)	107
Los Viejos Interminables Cuento de la tradición popular Húngara	111
¿Cuáles son las verdaderas Intenciones de los Cuisés? Roberto Fontanarrosa <i>No sé si he sido claro y otros cuentos</i> (1985)	113
Brecha sobre la conquista Eduardo Galeano	115
El juramento del cautivo Noche Tercera de <i>Las mil y una noches</i> (850 D.C.)	117
Historia de Abdula, el mendigo ciego Anónimo <i>Las mil y una noches</i> (850 DC)	117
Alí Babá y los 40 ladrones Anónimo <i>Las mil y una noches</i> (850 DC)	120
Historia de Aladino y La Lámpara Mágica Noche 731 de <i>Las Mil y Una noches</i> (850 DC)	127
Una Vieja Princesa Conduce un Camión Sergio Centurión <i>Dan ganas de matar</i> (2009)	130

Un Elefante Ocupa Mucho Espacio Elsa Bornemann (1975).....	130
El Encuentro Cuento de la Dinastía T'ang (618–907 DC).....	132
El Cautivo Jorge Luis Borges <i>El Hacedor</i> (1960).....	133
Cinthia Scoch y El Lobo Ricardo Mariño (1994).....	134
Triste Historia de Amor con Final Feliz Gustavo Roldán <i>Cada cual se divierte como puede</i> (1985)	136
El Origen del Fuego. Mito Guaraní Gustavo Roldán.....	138
El Gato H. A. Murena.....	139
Las Medias de Los Flamencos Horacio Quiroga <i>Cuentos de la selva</i> (1918)	141
El espejo Chino Anónimo Cuento Chino.....	142
¿Para qué adular? Anónimo Cuento Chino	143
El Cofre Volador Hans Christian Andersen <i>Cuento de Hadas</i> (1839).....	143
Las Advertencias Anónimo Cuento Chino	145
El crimen casi perfecto Roberto Arlt <i>Revista Mundo Argentino</i> (1940)	145
El Amor y La Locura Leyenda Anónima	149
El peligroso Taumaturgo M. R. Werner, Brigham Young (1925)	150
El cielo ganado Gabriel Cristián Taboada (Buenos Aires, 1972)	150
Sueño infinito de PAO YU Tsao-Hsue-Kin <i>Sueño del Aposento Rojo</i> (1719–1764)	150
Historia de los dos que soñaron Gustav Weil <i>Geschichte des Abbassidenchalifats in Aegypten</i> (1860–62).....	151
El Rey Secreto Pablo de Santis (2005).....	152
Un creyente George Loring Frost <i>Memorbilia</i> (1923)	152
Responsabilidad Estética Luis María Pescetti <i>Nadie te creería</i> (2004).....	152
Bendición del Dragón Gustavo Roldán <i>Dragón</i> (1997)	153
Maldición del Dragón Gustavo Roldán <i>Dragón</i> (1997)	153
El Regalo Ray Bradbury <i>Remedio para melancólicos</i> (1960)	154
El Hombre de Tiza Pablo De Santis <i>Trasnoche</i> (2014)	155
El Dragón Ray Bradbury (1955).....	159
El traje nuevo del Emperador Hans Christian Andersen <i>Aventuras e Historias</i> (1837).....	161
Ricardo el del Copete Charles Perrault <i>Cuentos de Mamá Oca</i> (1697)	164
La Sirenita Hans Christian Andersen <i>Aventuras e Historias</i> (1837)	169
El cuento de los tres hermanos Harry Potter y Las reliquias de la muerte	173
La conspiración de las mujeres hermosas Alejandro Dolina, <i>Crónicas del Ángel Gris</i> (1987)	174
Las Ruinas Circulares Jorge Luis Borges <i>Ficciones</i> (1944)	178
El muerto Jorge Luis Borges, <i>El Aleph</i> (1949)	181
La Intrusa Jorge Luis Borges <i>El Informe de Brodie</i> (1970).....	185
Tlön, Uqbar, Orbis Tertius Jorge Luis Borges, <i>revista SUR N°68, 1940. Ficciones</i> (1944)	188

El Pastor Mentiroso Esopo <i>Fábulas</i> (Siglo IV A.C.)	198
Kilómetro 11 Mempo Giardinelli	199
La última visita del caballero enfermo Giovanni Papini <i>El trágico cotidiano</i> (1906)	202
Polemistas Luis L. Antuñano Cincuenta Años en Gorchs, <i>Medio Siglo en campo de Buenos Aires</i> (Olavarría, 1911)	205
La secta del Loto Blanco Richard Wilhelm <i>Chinesische Volksmaerchen</i> (1924)	205
SENNIN Ryunosuke Agutagawa (1892–1927)	206
La verdad sobre el caso de M. Valdemar Edgar Allan Poe <i>Tales</i> (1845)	210
Ante la ley Franz Kafka <i>Un doctor de campo</i> (1919)	216
La Oveja Negra Patricia Suárez	218
El Amor según Aristófanes	218
Argirea y Selemno (Mito Griego)	219
Hades y Perséfone Mito Griego (versión de Gabriel Rolón)	220
El Kintsugi	221
La leyenda del Picaflor o Colibrí	222
Ventanas Elsa Bornemann “No somos irrompibles”	223
Pequeña ola Elsa Bornemann “No somos irrompibles”	228

Algo muy grave va a suceder en este pueblo | Gabriel García Márquez

Nota: *En un congreso de escritores, al hablar sobre la diferencia entre contar un cuento o escribirlo, García Márquez contó lo que sigue, “Para que vean después cómo cambia cuando lo escriba”*

Imagínese usted un pueblo muy pequeño donde hay una señora vieja que tiene dos hijos, uno de 17 y una hija de 14. Está sirviéndoles el desayuno y tiene una expresión de preocupación. Los hijos le preguntan qué le pasa y ella les responde:

–No sé, pero he amanecido con el presentimiento de que algo muy grave va a sucederle a este pueblo.

Ellos se ríen de la madre. Dicen que esos son presentimientos de vieja, cosas que pasan. El hijo se va a jugar al billar, y en el momento en que va a tirar una carambola sencillísima, el otro jugador le dice:

–Te apuesto un peso a que no la haces.

Todos se ríen. Él se ríe. Tira la carambola y no la hace. Paga su peso y todos le preguntan qué pasó, si era una carambola sencilla. Contesta:

–Es cierto, pero me ha quedado la preocupación de una cosa que me dijo mi madre esta mañana sobre algo grave que va a suceder a este pueblo.

Todos se ríen de él, y el que se ha ganado su peso regresa a su casa, donde está con su mamá o una nieta o en fin, cualquier pariente. Feliz con su peso, dice:

–Le gané este peso a Dámaso en la forma más sencilla porque es un tonto.

–¿Y por qué es un tonto?

–Hombre, porque no pudo hacer una carambola sencillísima estorbado con la idea de que su mamá amaneció hoy con la idea de que algo muy grave va a suceder en este pueblo.

Entonces le dice su madre:

–No te burles de los presentimientos de los viejos porque a veces salen.

La pariente lo oye y va a comprar carne. Ella le dice al carnicero:

–Véndame una libra de carne –y en el momento que se la están cortando, agrega–: Mejor véndame dos, porque andan diciendo que algo grave va a pasar y lo mejor es estar preparado.

El carnicero despacha su carne y cuando llega otra señora a comprar una libra de carne, le dice:

–Lleve dos porque hasta aquí llega la gente diciendo que algo muy grave va a pasar, y se están preparando y comprando cosas.

Entonces la vieja responde:

–Tengo varios hijos, mire, mejor deme cuatro libras.

Se lleva las cuatro libras; y para no hacer largo el cuento, diré que el carnicero en media hora agota la carne, mata otra vaca, se vende toda y se va esparciendo el rumor. Llega el momento en que todo el mundo, en el pueblo, está esperando que pase algo. Se paralizan las actividades y de pronto, a las dos de la tarde, hace calor como siempre. Alguien dice:

–¿Se ha dado cuenta del calor que está haciendo?

–¡Pero si en este pueblo siempre ha hecho calor!

(Tanto calor que es pueblo donde los músicos tenían instrumentos remendados con brea y tocaban siempre a la sombra porque si tocaban al sol se les caían a pedazos.)

–Sin embargo –dice uno–, a esta hora nunca ha hecho tanto calor.

–Pero a las dos de la tarde es cuando hay más calor.

–Sí, pero no tanto calor como ahora.

Al pueblo desierto, a la plaza desierta, baja de pronto un pajarito y se corre la voz:

–Hay un pajarito en la plaza.

Y viene todo el mundo, espantado, a ver el pajarito.

–Pero señores, siempre ha habido pajaritos que bajan.

–Sí, pero nunca a esta hora.

Llega un momento de tal tensión para los habitantes del pueblo, que todos están desesperados por irse y no tienen el valor de hacerlo.

–Yo sí soy muy macho –grita uno–. Yo me voy.

Agarra sus muebles, sus hijos, sus animales, los mete en una carreta y atraviesa la calle central donde está el pobre pueblo viéndolo. Hasta el momento en que dicen:

–Si este se atreve, pues nosotros también nos vamos.

Y empiezan a dismantelar literalmente el pueblo. Se llevan las cosas, los animales, todo.

Y uno de los últimos que abandona el pueblo, dice:

–Que no venga la desgracia a caer sobre lo que queda de nuestra casa –y entonces la incendia y otros incendian también sus casas.

Huyen en un tremendo y verdadero pánico, como en un éxodo de guerra, y en medio de ellos va la señora que tuvo el presagio, clamando:

–Yo dije que algo muy grave iba a pasar, y me dijeron que estaba loca.

FIN

El Pañuelo | Silvia Schujer

Lo que pasa en la pantalla es terrible. Decir tristísimo es poco. El cine es un mar de sollozos ahogados.

Cuando siente que los ojos se le llenan de lágrimas, Marilyn abre la cartera. Primero extrae un manajo de llaves que apoya sobre su falda. Todas amarradas a un huevo dorado con piedras incrustadas en los polos: el llavero. Enseguida saca un peine, un cepillo, uno de dientes y un espejito de mano. Después del espejo, sus dedos se estrellan contra un frasco de perfume metido en una bolsa de nailon de esas que usan en los supermercados para pesar verduras. O las frutas.

Sin quitar un segundo los ojos de la pantalla, Marilyn extrae de la cartera un par de anteojos de sol, el estuche, un rouge, una caja de chicles Adams, una billetera, el portadocumentos que le regalaron, el rollito de papel higiénico que siempre guarda por si le vienen las ganas de ir al baño en un bar. Cospes y un sacapuntas. Cuando su falda queda completamente ocupada aprovecha la butaca de la izquierda que está libre y acomoda la linterna, el encendedor, la agenda, las biromes y el pastillero que aparece en un recodo y días antes ella diera por perdido. Entre tanto, lo que pasa en la pantalla sigue siendo muy triste. Marilyn siente que la cartera se moja con el agua de los ojos y acaso de su nariz.

En una búsqueda a esta altura descorazonada saca una cajita con cuatro cartuchos de tinta lavable, una hebilla con moño, el costurero de bolsillo que le han vendido en el tren. Veinticuatro papeles sueltos con direcciones y teléfonos, tarjetas navideñas de UNICEF, la plantilla de un zapato que le queda grande, el carnet de la pileta, la receta del pedicuro, el monedero con el cierre roto, la agujereadora que equivocadamente se ha llevado de la oficina, las entradas de un concierto al que ya fue, un enchufe de tres patas, caramelos para la tos y dos autitos de carrera del sobrino de una amiga.

Cuando Marilyn encuentra su pañuelo, la película ya ha terminado hace quince minutos.

FIN

El Besuqueador | Elsa Bornemann *La edad del Pavo* (1990)

Le decían «El Besuqueador» o «El Besuquero». ¡Y bien merecido por cierto!

Aquel muchacho tenía una costumbre rarísima.

¿Saben cuál? Pues besar a personajes famosos. Se lo pasaba viajando de un lado a otro, en compañía de su fotografía particular. Iba llevado –tan sólo– por su deseo de estampar sonoros besos en las mejillas de presidentes, actores, deportistas escritores, músicos, bailarines...

A cuanto personaje muy conocido lograba acercarse... ¡CHUIC!... le daba un beso. Su fotografía particular apresaba aquel momento en su maquinita: ¡CLIC!

¡Qué feliz se sentía entonces «El Besuquero»! Tanto como cuando –ya de regreso en su casa– contemplaba su colección de fotografías que tapizaban todas las paredes de la vivienda. Ah... En cada una de ellas podía vérselo besando a algún famoso...

(La mayoría de las veces el muchacho no salía muy favorecido que digamos; tales eran las contorsiones que debía hacer para dar sus «besos a la fuerza»... tantos eran los codazos que propinaba para abrirse paso entre el gentío y los guardaespaldas que suelen rodear a los grandes personajes... En síntesis: salía mal en las fotos... por lo general aparecía como un chiflado... pero ese detalle no empequeñecía su felicidad.)

–¿Se da cuenta de la cantidad de gente importante que llevo besada? –le dijo un día a su fotografía particular–. ¡Soy tan importante como ellos!

Y se puso a cantar:

De mi boquita

nadie se escapa.

Besé a una reina,

también al Papa...

–¡Bah, bah!, ¡más le convendría hacerse gárgaras de talco, en vez de decir tamañas pavadas! –exclamó –de repente– la fotografía, mientras revelaba la última instantánea que le había tomado al Besuqueador, besuqueando al más publicitado futbolista de Mongonesia.

El muchacho se quedó mudo al escucharla. Aquella joven lo había acompañado desde el comienzo de sus viajes a través del mundo... Jamás le había hecho ningún comentario... ¿Qué le pasaría?

–¿Qué le pasa? –le preguntó entonces.

–Pasa que estoy harta, harrta de trabajar para usted, un hombre tan pavo...

–¿Pavo yo?

–¡Pavísimo! ¡Con esa manía de besar porque sí... y jamás un besito para alguien que lo quiera! Además... ¿a usted quién lo besa? ¡Nadie, nunca, le dio un simple besito de amor! ¡Renuncio a mi empleo! ¡No lo soporto más! Adiós.

La joven se fue llorando. ¿Por qué lloraría?

Durante varios meses, el Besuqueador no salió a besuquear, tal era su confusión debido a las palabras de la fotografía.

Encerrado en su casa, pensaba en ellas una y otra vez.

¡Ah...! pero también pensaba en ella una y otra vez...

Hasta que un día, sintió que volvía a tener unas enormes ganas de dar un beso... ¿A quién?

Pues a aquella muchacha anónima.

Entonces, la llamó por teléfono, le mandó un telegrama y le escribió una carta para decírselo...

Y el besito que los unió más tarde fue de amor, de verdadero amor...

Por supuesto, se pusieron de novios y se casaron.

Poco tiempo después, con todas sus ridículas fotos del pasado, el ex-besukeador publicó un álbum titulado: «CUANDO YO ERA PAVO»...

Fue un best-seller.

FIN

El Cacto Enamorado | Leyenda Diaguita *Hechos Prodigiosos* (2000)

Hace cientos de años, en tierras de lo que es hoy la provincia argentina de Catamarca, vivían en guerra permanente las tribus de los Huasanes y los Mallis. La hija del cacique de los Huasanes, llamada Munaylla, que en lengua quechua significa hermosa, había conocido al hijo del gran jefe de los Mallis, Pumahina, nombre que quiere decir valiente.

Munaylla y Pumahina se amaban pero no se atrevían a confesárselo a sus mayores, quienes pretendían que los jóvenes se odiaran tanto como los viejos.

En uno de sus muchos encuentros a escondidas, él le propuso a su novia:

—¡Escapa conmigo! Vayámonos a donde no puedan encontrarnos, será ésa la única forma de estar juntos y de ser felices. Así lo hicieron.

De día se ocultaron en las cuevas protectoras de los cerros, de noche caminaron incansablemente, al amparo de los frondosos árboles.

Hasta Quilla Hatum, la Luna Grande, trató de ocultar su resplandor para que no los descubrieran.

Huyeron durante cuatro días. Al caer la quinta noche, oyeron voces a la distancia; sin duda, eran las de sus perseguidores. Sucedió que ambas tribus se habían puesto en marcha para detenerlos y castigarlos.

Ya habían descubierto sus rastros y se acercaban peligrosamente. Munaylla desesperada, pidió la protección de Pachacámac, el dios cuyo nombre debía pronunciarse con la cabeza inclinada y los brazos elevados al cielo. Pachacámac escuchó el ruego y encontró la forma de salvarlos: convirtió a Pumahina en una planta nunca vista hasta entonces, recta y alta como una torre y cubierta de espinas. Era el cacto. En su interior se refugió Munaylla.

Poco después llegaron los perseguidores pero pasaron de largo junto al cacto sin sospechar que cobijaba a los dos jóvenes. Jamás los hallaron.

Se sucedieron los días y las noches y Pumahina y Munaylla siempre allí, juntos y felices. Ni siquiera cuando Pachacámac los visitó desearon ellos recobrar la forma humana.

Pasó el tiempo y llegó la primavera. Entonces Munaylla ansió ver el cielo y respirar el aire de los cerros, pero ¿cómo hacerlo?

Día tras día fue empujando con su cabeza la verde envoltura que los cubría. Hasta que por fin asomó en forma de espléndida flor de pétalos sedosos y colores brillantes. Así nació la flor del cacto.

Desde aquellos lejanos tiempos, Pumayna defiende a su amor con las agudas espinas de su cuerpo vegetal. Y todas las primaveras ella reaparece y saluda al mundo convertida en flor.

Esta antigua historia la contaban los diaguitas que, aunque aquí aparecen guerreando entre ellos, también supieron luchar con bravura contra los conquistadores españoles en defensa de sus tierras, y de la cultura de su gente.

FIN

La Leyenda de La Flor del Ceibo | Versión de Laura No

Se la llamaba Anahí porque tenía el canto más bello que ninguna otra mujer a lo largo de todo el Paraná. Anahí “la de la voz como pájaro”.

Anahí era la hija de un cacique guaraní, señor de un amplio territorio y de miles de guerreros fieles y valientes. Aunque ya era una joven mujer, Anahí no se había casado ni prometido con hombre alguno. Era arisca y no gustaba de adornos ni vestidos ornamentados. Prefería andar entre la selva para confundir su canto con el de los pájaros o acompañar a los cazadores tras las pistas de las bestias. Su padre, el cacique, la apañaba en sus caprichos y no le exigía que eligiera varón y le diera un nieto para que heredara el cacicazgo de la tribu.

Así, Anahí vivió a gusto en las tierras ancestrales hasta que el desastre cayó sobre los guaraníes y la paz se le perdió para siempre.

Desde poblaciones lejanas comenzaron a llegar rumores de desesperación. Casas flotantes habían atracado en las orillas distantes y de ellas habían descendido hombres pálidos y con el rostro lleno de pelos. Eran guerreros y estaban cubiertos por placas brillantes que los defendían de las flechas y lanzas de los guaraníes.

–Fantasmas blancos, monstruos que devoran almas –se decía.

Anahí y su padre, a pesar de estos rumores, comprendían que no se trataba de seres infernales sino de hombres que venían a conquistar y a dominarlos.

Habían llegado los españoles. Buscaban nuevas tierras y las dominaban con violencia eran temibles porque los movía la ambición.

Un día, mientras Anahí cantaba para su pueblo durante un ritual de agradecimiento a Tupá, su dios creador, los españoles cayeron sobre ellos. Los guaraníes se defendieron con firmeza, pero la realidad del enemigo superaba todos los rumores. Anahí observó con horror que los españoles lanzaban sobre ellos la furia del trueno y que los guerreros guaraníes caían heridos sin que se viera flecha alguna. Las armas de los blancos hacían un ruido ensordecedor y llenan el aire de humo acre. Sin importarle el riesgo, Anahí ayudó en el rescate de los heridos y en el traslado de los débiles.

Horas después, de los guerreros del padre de Anahí no quedaban más que unos pocos. Los españoles habían incendiado el poblado y los sobrevivientes habían huido hacia la selva y se reagrupaban lentamente. Anahí fue de un lugar a otro organizando la tribu, curando heridos y buscando desesperadamente a su padre. Por fin, ya en la oscuridad, uno de los últimos grupos de guerreros que volvían de la batalla le llevó a Anahí el cuerpo sin vida del cacique. Durante toda la noche Anahí realizó los ritos funerarios para su padre. Estuvo en silencio durante horas, trémula y con la mirada ardiente. El dolor y la ira la atormentaban. A lo largo de esas amargas horas nocturnas, Anahí fue sintiendo como si el corazón se le transformara en brazas calientes.

Al amanecer, Anahí fue a ver a los guerreros sobrevivientes, que discutían el futuro de la tribu. En un rincón, apartada, la joven escuchó la discusión de los hombres. Algunos querían rendirse a los españoles para salvar la vida. Otros se oponían a eso, ya que el dolor de ser esclavos de los blancos era demasiado grande. Tampoco se ponían de acuerdo en quién debía liderar lo que

quedaba de la tribu. Anahí no se había casado, por lo tanto, no aportaba ni marido ni hijo que heredara la jefatura. A causa de estas deudas, de la falta de un líder, del temor de sus familias y del miedo a morir, de ser esclavos, el grupo de guerreros de la tribu corría riesgo de desmembrarse. Entonces, Anahí se adelantó y se presentó ante ellos.

—Soy la heredera de mi padre y señora de la tribu, y no permitiré que perdamos la libertad. Debemos dejar un recuerdo de libertad para los que vengan después de nosotros.

A pesar de ver entre ellos rostros hostiles, indiferentes y hasta divertidos, siguió hablando.

—He pensado el modo de enfrentar a este enemigo de armas de trueno y vestiduras impenetrables. Habló durante largo rato y les contó el plan madurado durante la noche de luto y tristeza. Los guerreros escucharon y encontraron sabiduría y coraje en sus palabras y reconocieron en ella el mismo espíritu que su padre.

Al día siguiente, con Anahí como cacique, los guaraníes comenzaron su resistencia frente a los españoles. Día a día, hora tras hora, Anahí mantenía a sus guerreros ocultos en la selva porque sabía que no podían ganarle al enemigo en una batalla abierta. Así, con la ventaja de conocer el territorio, atraían a los españoles hacia la selva en pequeños grupos y allí los atacaban con éxito. Hasta los niños pequeños se atrevían a servir de señuelos para que los enemigos se adentraran en la selva.

Entre los españoles, que habían levantado campamento sobre el antiguo poblado guaraní, empezó a extenderse el terror. Comenzaron a hablar de un terrible cacique guaraní, alto y feroz, más bestia que humano, que comandaba a sus guerreros con poder sobrenatural y cazaba a los españoles como si fueran animales indefensos. Era Anahí, la joven no conocía esos rumores pero tenía un ansia tan intensa de liberar su tierra de los enemigos, que podía llegar a extremos de valentía y fuerza increíbles. Sin embargo, la joven guaraní no era invencible.

Uno de sus guerreros reconoció al hombre que había matado al cacique y Anahí decidió tomar venganza. Una noche en el que el español estaba de guardia, la muchacha se acercó demasiado al campamento: lo suficiente para matar al asesino. En un instante de premonición, Anahí dudó en matar al enemigo. Luego recordó las muchas bondades de su padre y cumplió la venganza. Pero la audacia la traicionó y el asesino de su padre lanzó un grito antes de morir. Anahí huyó desesperada mientras el campamento despertaba y salía en su persecución. Como no se atrevió a refugiarse donde estaba su gente por temor de guiar a los españoles sobre ellos, Anahí fue capturada. Los conquistadores la llevaron atadas de pies y manos ante su comandante. Anahí mantuvo su mirada en alto y una actitud digna mientras el jefe español le interrogaba en un idioma extraño como si esperara que ella lo entendiera.

La joven no se molestó en hablar y, menos aún, en suplicar por su vida. Cuando la llevaron por fin hacia el linde de la selva, Anahí entendía perfectamente que había sido condenada a muerte. Estaba en calma cuando la ataron a un árbol de pequeña talla. Anahí conocía ese árbol desde niña. Era un ceibo y ella había jugado en él y trepado en sus ramas. Miraba esa amada copa sin flor por

sobre su cabeza mientras los españoles prendían fuego debajo de sus pies para cumplir su sentencia de muerte.

La joven estaba en paz: había defendido a su pueblo y ahora iba a reencontrarse con su padre en el Más Allá. Cuando el humo y las llamas envolvieron a Anahí y al árbol, un canto bellissimo surgió de la hoguera. Un canto que hizo huir a los españoles.

La noche pasó y ocultó la desgracia. Al día siguiente, los conquistadores fueron a ver las cenizas, pero encontraron que al árbol donde habían atado a Anahí no se había quemado sino que ahora tenía su copa cubierta por flores de un rojo intenso y textura aterciopelada. Los españoles le tomaron temor al árbol y no quisieron acercarse nunca más a sus ramas. Los guaraníes, en cambio, comprendieron que las flores rojas eran el regalo de Anahí al morir para que la lucha de los guaraníes por la libertad no fuera olvidada.

De ese modo nació la flor del ceibo, que tiene la forma de las llamas que mataron a Anahí y el color rojo de su sangre ofrendada para la libertad de su pueblo.

FIN

El Lobo | Petronio: *capítulo LXII del libro Satiricón* (Siglo I)

Logré que uno de mis compañeros de hostería, un soldado más valiente que Plutón, me acompañara. Al primer canto del gallo, emprendimos la marcha; brillaba la luna como el sol a mediodía. Llegamos a unas tumbas. Mi hombre se para; empieza a conjurar astros; yo me siento y me pongo a contar las columnas y a canturrear. Al rato me vuelvo hacia mi compañero y lo veo desnudarse y dejar la ropa al borde del camino. De miedo se me abrieron las carnes; me quedé como muerto: Lo vi orinar alrededor de su ropa y convertirse en lobo.

Lobo, rompió a dar maullidos y huyó al bosque.

Fui a recoger su ropa y vi que se había transformado en piedra.

Desenvainé la espada y temblando llegué a casa. Melisa se extrañó de verme llegar a tales horas. "Si hubieras llegado un poco antes", me dijo, "hubieras podido ayudarnos: Un lobo ha penetrado en el redil y ha matado las ovejas; fue una verdadera carnicería; logró escapar, pero uno de los esclavos le atravesó el pescuezo con la lanza."

Al día siguiente volví por el camino de las tumbas. En lugar de la ropa petrificada había una mancha de sangre.

Entré en la hostería; el soldado estaba tendido en un lecho. Sangraba como un buey; un médico estaba curándole el cuello.

FIN

El gesto de la muerte | Jean Cocteau *Le Grand Écart* (1923)

Un joven jardinero persa dice a su príncipe:

—¡Sálvame! Encontré a la Muerte esta mañana. Me hizo un gesto de amenaza. Esta noche, por milagro, quisiera estar en Ispahan.

El bondadoso príncipe le presta sus caballos. Por la tarde, el príncipe encuentra a la Muerte y le pregunta:

—Esta mañana ¿por qué hiciste a nuestro jardinero un gesto de amenaza?

—No fue un gesto de amenaza —le responde— sino un gesto de sorpresa. Pues lo veía lejos de Ispahan esta mañana y debo tomarlo esta noche en Ispahan.

FIN

Historia de zorros | Niu Chiao *Ling kuai lu* (siglo IX)

Wang vio dos zorros parados en las patas traseras, y apoyados contra un árbol. Uno de ellos tenía una hoja de papel en la mano y se reían como compartiendo una broma.

Trató de espantarlos, pero se mantuvieron firmes y él disparó contra el del papel; lo hirió en el ojo y se llevó el papel. En la posada refirió su aventura a los otros huéspedes. Mientras estaba hablando, entró un señor, que tenía un ojo lastimado. Escuchó con interés el cuento de Wang y pidió que le mostraran el papel. Wang ya iba a mostrárselo, cuando el posadero notó que el recién venido tenía cola. ¡Es un zorro!, exclamó y en el acto el señor se convirtió en un zorro y huyó.

Los zorros intentaron repetidas veces recuperar el papel, que estaba cubierto de caracteres ininteligibles; pero fracasaron. Wang resolvió volver a su casa. En el camino se encontró con toda su familia, que se dirigía a la capital. Declararon que él les había ordenado ese viaje, y su madre le mostró la carta en que le pedía que vendiera todas las propiedades y se juntara con él en la capital. Wang examinó la carta y vio que era una hoja en blanco. Aunque ya no tenían techo que los cobijara, Wang ordenó:

Regresemos.

Un día apareció un hermano menor que todos habían tenido por muerto. Preguntó por las desgracias de la familia y Wang le refirió toda la historia, Ah, dijo el hermano, cuando Wang llegó a su aventura con los zorros, ahí está la raíz de todo el mal. Wang mostró el documento. Arrancándoselo, su hermano lo guardó con apuro. Al fin he recobrado lo que buscaba, exclamó y, convirtiéndose en zorro, se fue.

FIN

El Ciervo escondido | Liehtsé (300 A.C.)

Un leñador de Cheng se encontró en el campo con un ciervo asustado y lo mató. Para evitar que otros lo descubrieran, lo enterró en el bosque y lo tapó con hojas y ramas. Poco después olvidó el sitio donde lo había ocultado y creyó que todo había ocurrido en un sueño. Lo contó, como si fuera su sueño, a toda la gente. Entre los oyentes hubo uno que fue a buscar el ciervo escondido y lo encontró. Lo llevó a su casa y dijo a su mujer:

—Un leñador soñó que había matado un ciervo y olvidó dónde lo había escondido y ahora yo lo he encontrado. Ese hombre sí que es un soñador.

—Tú habrás soñado que viste un leñador que había matado un ciervo. ¿Realmente crees que hubo leñador? Pero como aquí está el ciervo, tu sueño debe ser verdadero —dijo la mujer.

—Aun suponiendo que encontré el ciervo por un sueño —contestó el marido—, ¿a qué preocuparse averiguando cuál de los dos soñó?

Aquella noche el leñador volvió a su casa pensando todavía en el ciervo, y realmente soñó, y en el sueño soñó el lugar donde había ocultado el ciervo y también soñó quién lo había encontrado.

Al alba fue a casa del otro y encontró el ciervo. Ambos discutieron y fueron al juez, para que resolviera el asunto. El juez le dijo al leñador:

–Realmente mataste un ciervo y creíste que era un sueño. Después soñaste realmente y creíste que era verdad. El otro encontró el ciervo y ahora te lo disputa, pero su mujer piensa que soñó que había encontrado un ciervo que otro había matado. Luego, nadie mató al ciervo. Pero como aquí está el ciervo, lo mejor es que se lo repartan. El caso llegó a oídos del rey de Cheng y el rey de Cheng dijo:

–Y ese juez, ¿no estará soñando que reparte un ciervo?

FIN

La Leyenda del Ave Fénix

La leyenda del Ave Fenix relata la historia de un ave capaz de renacer de sus propias cenizas. Es un símbolo universal de la muerte generada por el fuego, la resurrección, la inmortalidad y el sol. También representa la delicadeza ya que vive solo del rocío sin lastimar a ninguna criatura viviente.

El mito del Ave Fenix es retomado por literatos de todos los tiempos, entre ellos Dante y Quevedo.

Como se trata de una historia ampliamente difundida, aparece con diferentes versiones en tradiciones distantes en el espacio geográfico. En China, que toma el nombre de Feng representa a la emperatriz y junto al dragón, simboliza la confraternidad inseparable. Y el Simurg representa una idea equivalente.

También en la India, aparece una versión local de mito del Fenix: se trata de un ave que al alcanzar 500 años de vida se inmola en vísperas de la primavera en un altar que ha sido especialmente preparado para tal fin por un sacerdote. Pero es la misma ave la que enciende el fuego. Al día siguiente, entre las cenizas, una larva aparece que luego se transforma en un pequeño pájaro. En la tercera jornada, otra vez puede reconocerse al Fénix que regresa a su lugar de origen. En la mitología egipcia tomaba el nombre de Benú.

Forma parte del simbolismo de la alquimia, por el renacimiento a través del fuego. En efecto, ésta ave mitológica, en la leyenda medieval del Fénix, vive en Arabia, pero vuela a Egipto el hogar de la alquimia, para sufrir su muerte ritual y regeneración. En esta versión, se trata de un ave púrpura o roja que al envejecer construye una pira de madera y especias para arrojarse en su interior. Los rayos del sol encienden el fuego y el pájaro aviva la llama utilizando sus alas hasta consumirse en su totalidad. Luego, un nuevo Fénix nace de las cenizas dejadas por el fuego.

En la mitología grecorromana, Hesíodo afirmará que el Fénix vivía nueve veces más que un cuervo. Ovidio la rescatará en su Metamorfosis.

En México, el Fénix aparece siempre en compañía del gran dios Quetzalcoatl y para los primeros cristianos, simbolizaba a Cristo, siendo alegoría de su muerte y resurrección.

Y hasta Plinio la incluirá en su Historia Natural, describiéndola como un águila grande que posee un collar dorado alrededor de su cuello, cuerpo color púrpura y cola azul con algunas plumas

rosadas a la cual nadie jamás vio alimentarse. Estimó su longevidad en unos quinientos cuarenta años y explicó su regeneración se debía a que de los huesos y la médula del Fénix muerto nacen una suerte de gusanos. Por su parte, Isidoro de Sevilla la describirá como un ave muy longeva (quinientos años) que cuando advierte su envejecimiento construye una pira para inmolarse y luego renacer de sus propias cenizas.

FIN

El Origen de los Tres Reyes Magos | Egipto 3000 A.C.

Los mitos de la Natividad y la Epifanía (visita de los Reyes Magos) del Cristianismo se suceden de forma casi idéntica en varias religiones de la antigüedad con sus respectivos dioses. En todas ellas el “elegido” nace de una mujer virgen el 25 de diciembre y su posición es señalada por una estrella que guía a Tres Reyes Magos que van a adorarlo. Los elegidos, además, cuando mueren resucitan a los 3 días.

¿Es casualidad, todos los dioses en aquella época nacían igual, se copiaron entre ellos al redactar sus escritos o son todos el mismo dios?

La narración más antigua que se conoce de todas las religiones que utilizan este mito para mostrar que su elegido es un dios, que nace y muere como tal, es egipcia, tiene 5 mil años antes del nacimiento de Cristo y no se refiere a un dios humano o espiritual sino a un dios astral: el Sol.

La historia está llena de grabados y escrituras reflejando respeto y adoración por este objeto. Es fácil de entender, porque el sol sale todas las mañanas, trayendo luz, calor y seguridad, salvando al hombre del frío y de la oscura noche llena de predadores. Sin él, las culturas sabían que no habría cosechas y que nada sobreviviría. Estas realidades hicieron del sol el objeto más adorado de todos los tiempos. También, estaban muy conscientes de las estrellas. Siguiendo la trayectoria de éstas pudieron reconocer y anticipar eventos que ocurrirían a largo plazo, como los eclipses y las lunas llenas. Ellos catalogaron grupos celestiales en constelaciones.

Por ejemplo, la cruz del zodiaco es una de las imágenes conceptuales más viejas en la historia humana. La cruz refleja al sol pasando figurativamente a través de las 12 constelaciones mayores en el transcurso de un año. También refleja los 12 meses del año, las 4 estaciones, los solsticios y los equinoccios.

El término Zodiaco se refiere a que las constelaciones fueron antropomorfizadas o personificadas como figuras o animales. Las primeras civilizaciones no solamente observaron al sol y las estrellas, también las corporizaron en mitos elaborados descubriendo sus movimientos y relaciones. El Sol, con sus cualidades de dar y salvar la vida es personificado como el representante de un creador invisible, es decir, el “Sol de Dios” o más conocido como la “Luz del Mundo”, “El Salvador de la Humanidad,” etc. Del mismo modo, las 12 constelaciones representaban lugares hacia donde el sol viajaba y fueron identificadas con nombres, casi siempre representando símbolos de manifestaciones de la naturaleza en determinados períodos de tiempo. Por ejemplo, Acuario, era el cargador de agua, que trae las lluvias de la Primavera.

En Egipto, 3 mil años antes de Cristo (A.C.), Horus, fue considerado figurativamente como el Dios Sol, y su vida responde a una serie de mitos alegóricos al movimiento del sol en el cielo. Los jeroglíficos antiguos de Egipto nos permiten saber mucho de este mesías solar. Por ejemplo: Horus, siendo el sol, o la luz, tenía un enemigo conocido como Set, que era la personificación de la oscuridad o de la noche, y, hablando metafóricamente, cada mañana Horus se enfrentaba y derrotaba a Set, mientras que al atardecer, Set conquistaba a Horus y lo enviaba nuevamente al mundo de la oscuridad. Es importante saber que “la oscuridad contra la luz” o “lo bueno contra lo malo” son unas de las dualidades mitológicas que más se conocen y más se reiteran hasta nuestros días.

En rasgos generales, la historia de Horus es la siguiente: Nació el 25 de diciembre de la virgen Isis–Meri. Su nacimiento fue señalado por la estrella del Este y adorado por tres Reyes. A los 12 años ya era un sabio maestro, y a los 30 fue bautizado por Anup, iniciando así su ministerio. Horus tenía 12 discípulos que viajaban con él, haciendo milagros como curar a los enfermos y caminar sobre el agua. Horus tenía muchos nombres como “La Verdad”, “La Luz”, “El Hijo de Dios”, “El Buen Pastor”, “La oveja de Dios” y muchos otros. Después de la traición de Typhon, Horus fue crucificado, enterrado por 3 días y resucitado.

Estos atributos de Horus, se han filtrado en muchas otras culturas del mundo y muchos otros dioses tienen la misma estructura mitológica. Por ejemplo: en Grecia, 1200 años A.C., Attis de Phrygia, nació de la virgen Nana el 25 de Diciembre, crucificado, sepultado y después de 3 días resucitado. En Persia, también 1200 años A.C., Mithra nació de una virgen el 25 de diciembre, tuvo 12 discípulos e hizo milagros, y cuando murió fue enterrado por 3 días y resucitó; fue llamado “La Verdad”, “La Luz”, etc. Curiosamente, el día sagrado para celebrar a Mithra era el domingo. En India, 900 años A.C., Krishna nació de la virgen Devaki con la estrella del Este señalando su llegada, realizó milagros con sus discípulos, murió y resucitó. De nuevo en Grecia, 500 años A.C., Dionysus, nació de una virgen el 25 de diciembre, era maestro, hacía milagros como convertir el agua en vino, fue llamado “El rey de Reyes”, “El Único Hijo de Dios”, “Alfa & Omega”, etc... y después murió y resucitó. Finalmente, el más conocido: Jesucristo, nació de la virgen María el 25 de diciembre en Belén (Bethlehem), su nacimiento fue anunciado por la estrella del Este, que los tres reyes magos siguieron para encontrar y adorar al nuevo salvador. Se convirtió en un gran maestro a los 12 años. Después de ser bautizado a los 30 años por Juan el Bautista, inició su ministerio. Jesús tuvo 12 discípulos que viajaban con él haciendo milagros como curar a los enfermos, caminar sobre el agua, despertar a los muertos, etc. Conocido como “La Luz del Mundo”, “Alfa & Omega”, “Cordero de Dios”, y muchos otros nombres... Después de ser traicionado por Judas y vendido por 30 piezas de plata, fue crucificado, enterrado, después de 3 días resucitó, y finalmente subió a los cielos.

La realidad es que muchos salvadores, de períodos diferentes, por todas partes del mundo, han tenido estas mismas características. La pregunta es ¿por qué estos atributos? ¿por qué nacidos de vírgenes el 25 de diciembre? ¿por qué muertos por tres días y resucitados? ¿por qué 12 discípulos o seguidores?

Lo más notorio de la secuencia de los Dioses es el origen absolutamente astrológico que posee. La estrella del Este es Sirio, la estrella más brillante en el cielo del 24 de diciembre, que se alinea con las 3 estrellas más brillantes del Centurión de Orión. Las 3 estrellas brillantes se llaman hoy en día como fueron llamadas en la antigüedad: Los Tres Reyes.

Los Tres Reyes y la estrella más brillante, Sirio, en línea apuntan al lugar donde sale el sol el 25 de diciembre. Por eso, se dice que Los Tres Reyes “siguen” a la estrella del Este, para localizar el amanecer, el nacimiento del sol.

La Virgen María es la constelación de Virgo, conocida también como la Virgen, pues Virgo en latín significa virgen. La constelación de Virgo también es llamada “La Casa del Pan”, y la representación de Virgo es una Virgen sosteniendo una espiga de trigo. La Casa del Pan es el símbolo del trigo y representa a los meses de agosto y septiembre, el período de la cosecha. Bethlehem (Belén), en hebreo, significa literalmente “La Casa del Pan”. Bethlehem se refiere a la constelación Virgo, un lugar en el cielo y no en la tierra.

Hay otro fenómeno interesante que ocurre cerca del 25 de diciembre, en el solsticio de invierno (para el hemisferio Norte). Del solsticio de verano al de invierno, los días se acortan y son cada vez más fríos. Desde el hemisferio Norte, el sol parece moverse hacia el sur, haciéndose más pequeño. En la antigüedad, el acortamiento de los días y la ausencia de cultivos cuando se acercaba el solsticio de invierno simbolizaba un proceso de muerte. Era la muerte del sol. Ya para el 22 de diciembre, la muerte del sol era total. Después de moverse continuamente por 6 meses, se estaciona en el lugar más bajo y lejano del cielo. Y aquí ocurre algo curioso: el sol deja de moverse hacia el sur, por un período de 3 días. Durante estos 3 días de pausa, el sol está en la vecindad de la constelación de la Cruz del Sur, y después de esta pausa el 25 de diciembre, el sol se mueve 1° grado hacia el norte, anunciando días más largos y calientes. Y así se ha dicho: “el sol muere en la cruz, muere por 3 días, para resucitar o renacer.”

Por esta razón, Jesús y muchos muchos otros dioses del sol comparten la crucifixión, los 3 días de muerte y el concepto de resurrección. Es la transición de moverse hacia el hemisferio norte, trayendo la primavera, y así la salvación. Sin embargo, no celebran la resurrección del Sol, hasta el equinoccio de primavera o Pascua, porque recién allí el día es más largo que la noche, y oficialmente el sol derrota a la oscuridad, y la primavera revitalizadora surge.

Pero probablemente los símbolos astrológicos más obvios, conectados con Jesús, sean los 12 discípulos. Son simplemente las 12 constelaciones del Zodíaco. Jesús, siendo el Sol, viajaba con ellos.

FIN

Mil Grullas | Elsa Bornemann (2009)

Naomi Watanabe y Toshiro Ueda creían que el mundo era nuevo. Como todos los chicos. Porque ellos eran nuevos en el mundo. También, como todos los chicos. Pero el mundo ya era muy viejo entonces, en el año 1945, y otra vez estaba en guerra. Naomi y Toshiro no entendían muy bien qué era lo que estaba pasando.

Desde que ambos recordaban, sus pequeñas vidas en la ciudad japonesa de Hiroshima se habían desarrollado del mismo modo: en un clima de sobresaltos, entre adultos callados y tristes, compartiendo con ellos los escasos granos de arroz que flotaban en la sopa diaria y el miedo, que apretaba las reuniones familiares de cada anochecer en torno a las noticias de la radio, que hablaban de luchas y muerte por todas partes.

Sin embargo creían que el mundo era nuevo y esperaban ansiosos cada día para descubrirlo.

Ah... ¡y también se estaban descubriendo el uno al otro!

Se contemplaban de reojo durante la caminata hacia la escuela, cuando suponían que sus miradas levantaban murallas y nadie más que ellos podrían transitar ese imaginario senderito de ojos a ojos.

Apenas si habían intercambiado algunas frases. El afecto de los dos no buscaba las palabras. Estaban acostumbrados al silencio...

—No tengo hambre —le mentía Toshiro, cuando veía que la niña apenas si tenía dos o tres galletitas para pasar el mediodía. —Te dejo mi vianda —y se iba a corretear con sus compañeros hasta la hora del regreso a las aulas, para que Noamí no tuviera vergüenza de devorar la ración.

Naomi... poblaba el corazón de Toshiro. Se le anudaba en los sueños con sus largas trenzas negras. Le hacía tener ganas de crecer de golpe para poder casarse con ella. Pero ese futuro quedaba tan lejos aún...

El futuro inmediato de aquella primavera de 1945 fue el verano, que llegó puntualmente el 21 de junio y anunció las vacaciones escolares.

Y con la misma intensidad con la que habían esperado sus soleadas mañanas, ese año los ensombreció a los dos: ni Naomi ni Toshiro deseaban que empezaran. Su comienzo significaba que tendrían que dejar de verse durante un mes y medio inacabable.

A pesar de que sus casas no quedaban lejos la una de la otra, sus familias no se conocían. Ni siquiera tenían entonces la posibilidad de encontrarse en alguna visita. Había que esperar pacientemente la reanudación de las clases.

Acabó junio y Toshiro arrancó contento la hoja del almanaque... se fue julio, y Naomi arrancó contenta la hoja del almanaque... y aunque no lo supieran: ¡Por fin llegó agosto! —pensaron los dos al mismo tiempo.

Fue justamente el primero de ese mes cuando Toshiro viajó, junto con sus padres, hacia la aldea de Miyashima; (que es una pequeña isla situada en las proximidades de la ciudad de Hiroshima)

Iban a pasar una semana. Allí vivían los abuelos, dos ceramistas que veían apilarse vasijas en todos los rincones de su local.

Ya no vendían nada. No obstante, sus manos viejas seguían modelando la arcilla con la misma dedicación de otras épocas.

—Para cuando termine la guerra... —decía el abuelo.

—Todo acaba algún día... —comentaba la abuela por lo bajo. Y Toshio sentía que la paz debía ser algo muy hermoso, porque los ojos de su madre parecían aclararse fugazmente cada vez que se referían al fin de la guerra, tal como a él se le aclaraban los suyos cuando recordaba a Naomi.

¿Y Naomi?

El primero de agosto se despertó inquieta; acababa de soñar que caminaba sobre la nieve. Sola. Descalza. Ni casas ni árboles a su alrededor. Un desierto helado y ella atravesándolo.

Abandonó el tatami, (que es una estera que se coloca en los pisos de las casas japonesas tradicionales), se deslizó de puntillas entre sus dormidos hermanos y abrió la ventana de la habitación. ¡Qué alivio! Una cálida madrugada le rozó las mejillas. Ella le devolvió un suspiro.

El dos y el tres de agosto escribió sus primeros haikus (que es un breve poema de diecisiete sílabas, típico de la poesía japonesa).

Lento se apaga

el verano.

Enciendo lámpara

y sonrisas.

Pronto

florecerán los crisantemos.

Espera,

corazón.

Después achicó el rodillo de ambos papeles y los guardó en una cajita de laca en la que escondía sus pequeños tesoros de la curiosidad de sus hermanos.

El cuatro y el cinco se la pasó ayudando a su madre y a las tías. ¡Era tanta la ropa para remendar!

Sin embargo esa tarea no le disgustaba. Naomi siempre sabía hallar el modo de convertir en un juego entretenido lo que acaso resultaba aburridísimo para otras chicas. Cuando cosía, por ejemplo, imaginaba que cada doscientas veintidós puntadas podía sujetar un deseo para que se cumpliera.

La aguja iba y venía, laboriosa. Así, quedó el pantalón de su hermano menor el ruego de que finalizara enseguida esa espantosa guerra. Y en los puños de la camisa de su papá, el pedido de que Toshio no lo olvidara nunca...

Y los dos deseos se cumplieron.

Pero el mundo tenía sus propios planes.

Ocho de la mañana del seis de agosto en el cielo de Hiroshima.

Naomi se ajusta el Obi de su Kimono (que es la faja que lo ajusta) y recuerda a su amigo:

–¿Qué estará haciendo ahora?

“Ahora”, Toshiro pesca en la isla mientras se pregunta:

–¿Qué estará haciendo Naomi?

En el mismo momento, un avión enemigo sobrevuela el cielo de Hiroshima. En el avión, hombres blancos que pulsan botones y la bomba atómica surca por primera vez un cielo. El cielo de Hiroshima.

En ella, una mamá amamanta a su hijo por última vez.

Dos viejos trenzan bambúes por última vez.

Una docena de chicos canturrea “Donguri–Koro Koro–Donguri Ko...” (que es el verso de una popular canción infantil japonesa) por última vez.

Cientos de mujeres repiten sus gestos habituales por última vez.

Miles de hombres piensan en mañana por última vez.

Naomi sale para hacer unos mandados.

Silenciosa explota la bomba. Hierven, de repente, las aguas del río.

Y medio millón de japoneses, medio millón de seres humanos, se desintegran esa mañana. Y con ellos desaparecen los árboles, calles, animales, puentes y el pasado de Hiroshima.

Ya ninguno de los sobrevivientes podrá volver a reflejarse en el mismo espejo, ni abrir nuevamente la puerta de la casa, ni retomar ningún camino querido.

Nadie será ya quién era.

Hiroshima arrasada por un hongo atómico.

Hiroshima es el sol, ese seis de agosto de 1945. Un sol estallando.

Recién en diciembre logró Toshiro averiguar dónde estaba Naomi. ¡Y que aún estaba viva!

Ella y su familia, internados en el hospital ubicado en una localidad próxima a Hiroshima. Como tantos otros cientos de miles que también habían sobrevivido al horror, aunque el horror estuviera ahora instalado dentro de ellos, en su misma sangre.

Y hacia ese hospital marchó Toshiro una mañana.

El invierno insinuaba ya en el aire y el muchacho no sabía si era el frío exterior o su pensamiento el que hacía tiritar.

Naomi se halla en una cama situada junto a la ventana. De cara al techo. Con los ojos abiertos y la mirada inmóvil. Ya no tenía sus trenzas. Apenas una tenue pelusita oscura.

Sobre su mesa de luz, unas cuantas grullas de papel desparramados.

–Voy a morirme, Toshiro... –susurró, no bien su amigo se paró, en silencio, al lado de su cama.

–Nunca llegaré a completar las mil grullas que me hacen falta...

Mil grullas... o “Semba–tsuru”, como se dice en japonés. (Creencia popular japonesa que asegura que haciendo mil aves de papel se logra alcanzar larga vida y felicidad)

Con el corazón encogido, Toshiro contó las que se hallaban dispersas sobre la mesita. Sólo veinte. Después, las juntó cuidadosamente antes de guardarlas en un bolsillo de su chaqueta.

–Te vas a curar, Naomi –le dijo entonces, pero su amiga no lo oía ya: se había quedado dormida.

El muchacho salió del hospital bebiéndose las lágrimas.

Ni la madre, ni el padre, ni los tíos de Toshiro (en cuya casa se encontraban temporariamente alojados) entendieron aquella noche el porqué de la misteriosa desaparición de todos los papeles que, hasta ese día, había habido allí.

Hojas de diario, pedazos de papel para envolver, viejos cuadernos y hasta algunos libros parecían haberse esfumado mágicamente. Pero ya era tarde para preguntar. Todos los mayores se durmieron, sorprendidos.

En la habitación que compartía con sus primos, Toshiro velaba entre las sombras. Esperó hasta que tuvo la certeza de que nadie más que él continuaba despierto. Entonces, se incorporó con sigilo y abrió el armario donde se solían acomodar las mantas.

Mordiéndose la punta de la lengua, extrajo la pila de papeles que había recolectado en secreto y volvió a su lecho.

La tijera la llevaba oculta entre sus ropas.

Y así, en silencio y la oscuridad de aquellas horas, Toshiro recortó primero novecientos ochenta cuadraditos y luego los plegó, uno por uno, hasta completar las mil grullas que ansiaba Naomi, tras sumarle las que ella misma había hecho. Ya amanecía. El muchacho se encontraba pasando hilos a través de las siluetas de papel. Separó en grupos de a diez las frágiles grullas del milagro, y les aprestó para que imitaran el vuelo, suspendidas como estaban de un leve hilo de coser, una encima de la otra.

Con el dedo paspado y el corazón temblando, Toshiro colocó las cien tiras dentro del furoshiki (que es una tela cuadrangular que se usa para formar una bolsa atándola por las cuatro puntas, después de colocar el contenido), y partió hacia el hospital antes de que su familia se despertara. Por esa única vez, tomó sin permiso la bicicleta de sus primos.

No había tiempo que perder. Imposible recorrer a pie, como el día anterior, los kilómetros que los separaban del hospital. La vida de Naomi dependía de esas grullas.

–Prohibida las visitas a esta hora –le fijo una enfermera impidiéndole el acceso a la enorme sala en cuyo extremo estaba la cama de su amiga.

Toshiro insistió: –Sólo quiero colgar estas grullas sobre su lecho. Por favor...

Ningún gesto denunció la emoción de la enfermera cuando el chico le mostró las aves de papel. Con la misma aparente impasibilidad con que minutos antes le había cerrado el paso, se hizo a un lado y le permitió que entrara: –Pero cinco minutos, ¿eh?

Naomi dormía.

Tratando de no hacer el más mínimo ruido, Toshiro puso una silla sobre la mesa de luz y luego se subió. Tuvo que estirarse a más no poder para alcanzar el cielorraso. Pero lo alcanzó. Y en un rato estaban las mil grulla pendiendo del techo; los cien hilos entrelazados firmemente sujetos con alfileres.

Fue a bajarse de su improvisada escalera cuando advirtió que Naoomi lo estaba observando. Tenía la cabecita tirada hacia un lado y una sonrisa en los ojos.

–Son hermosas. Toshi–chan (que es el diminutivo de Toshiro). Gracias.

–Hay un millar. Son tuyas, Naomi. Y el muchacho abandonó la sala sin darse vuelta.

En la luminosidad del mediodía que ahora ocupaba todo el recinto, mil grullas comenzaron a balancearse impulsados por el viento que la enfermera también dejó colar, al entreabrir por un instante la ventana.

Los ojos de Naomi seguían sonriendo.

La niña murió al día siguiente. Un ángel a la intemperie frente a la impiedad de los adultos. ¿Cómo podían mil frágiles avocitas de papel vencer el horror instalado en su sangre?

Febrero de 1976. Toshiro Ueda cumplió cuarenta y dos años y vive en Inglaterra. Se casó, tiene tres hijos y es gerente de una sucursal de un banco establecido en Londres.

Serio y poco comunicativo como es, ninguno de sus empleados se atreve a preguntarle por qué, entre el aluvión de papeles con importantes informes y mensajes telegráficos que habitualmente se juntan sobre su escritorio, siempre se encuentran algunas grullas de origami dispersas al azar.

Grullas seguramente hechas por él, pero en algún momento en que nadie consigue sorprenderlos.

Grullas desplegando alas en las que se descubren las cifras de la máquina de calcular.

Grullas surgidas de servilletitas con impresos de los más sofisticados restaurantes.

Grullas y más grullas.

Y los empleados comentan, divertidos, que el gerente debe creer en aquella superstición japonesa.

–Algún día completará las mil –cuchichean entre risitas–. ¿Se animará entonces a colgarlas sobre su escritorio?

Ninguno sospecha, siquiera, la entrañable relación que esas grullas tienen con la pérdida de Hiroshima de su niñez. Con su perdido amor primero.

FIN

Casa Tomada | Julio Cortázar *Bestiario* (1951)

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura, pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, levantándonos a las siete, y a eso de las once yo le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y me iba a la cocina. Almorzábamos a mediodía, siempre puntuales; ya no quedaba nada por hacer fuera de unos pocos platos sucios. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa y cómo nos bastábamos para mantenerla limpia. A veces llegamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, y a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos. Entramos en los cuarenta años con la inexpressada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por los bisabuelos en nuestra casa. Nos moriríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor nosotros mismos la voltearíamos justicieramente antes de que fuera demasiado tarde.

Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte de su actividad matinal se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su dormitorio. No sé por qué tejía tanto, yo creo que las mujeres tejen cuando han encontrado en esa labor el gran pretexto para no hacer nada. Irene no era así, tejía cosas siempre necesarias, tricotas para el invierno, medias para mí, mañanitas y chalecos para ella. A veces tejía un chaleco y después lo destejía en un momento porque algo no le agradaba; era gracioso ver en la canastilla el montón de lana encrespada resistiéndose a perder su forma de algunas horas. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana; Irene tenía fe en mi gusto, se complacía con los colores y nunca tuve que devolver madejas. Yo aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por las librerías y preguntar vanamente si había novedades en literatura francesa. Desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina.

Pero es de la casa que me interesa hablar, de la casa y de Irene porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro pero cuando un pulóver está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de abajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañoletas blancas, verdes, lilas. Estaban con naftalina, apiladas, como en una mercería; yo no tuve valor de preguntarle a Irene qué pensaba hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba la plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente la entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí se me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez

Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living central al cual comunicaban los dormitorios y el pasillo. Se entraba a la casa por un zaguán con mayólica, y la puerta cancel daba al living. De manera que uno entraba por el zaguán, abría la cancel y pasaba al living, tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, y al frente el pasillo que conducía a la parte más retirada, avanzando por el pasillo se franqueaba la puerta de roble y más allá empezaba el otro lado de la casa, o bien se podía girar a la izquierda justamente antes de la puerta y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y el baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande, si no, daba la impresión de un departamento de los que se edifican ahora, apenas para moverse, Irene y yo vivíamos siempre en esa parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer la limpieza, pues es increíble cómo se junta tierra en los muebles. Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso lo debe a sus habitantes y no a otra cosa. Hay demasiada tierra en el aire, apenas sopla una ráfaga se palpa el polvo en los mármoles de las consolas y entre los rombos de las carpetas de macramé, da trabajo sacarlo bien con plumero, vuela y se suspende en el aire, un momento después se deposita de nuevo en los muebles y los pianos.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del mate. Fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de sillas sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tiré contra la puerta antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo, felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado, y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate, le dije a Irene:

—Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado la parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

—¿Estás seguro?

Asentí.

—Entonces —dijo recogiendo las agujas—, tendremos que vivir en este lado.

Yo cebaba el mate con mucho cuidado, pero ella tardó un rato en reanudar su labor. Me acuerdo que tejía un chaleco gris; a mí me gustaba ese chaleco.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo estaban todos en la biblioteca. Irene extrañaba unas carpetas, un par de pantuflas que tanto la abrigaban en invierno. Yo sentía mi pipa de enebro y creo que Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años.

Con frecuencia (pero esto solamente sucedió los primeros días) cerrábamos algún cajón de las cómodas y nos mirábamos con tristeza.

—No está aquí.

Pero también tuvimos ventajas. La limpieza de la casa se simplificó tanto que aun levantándonos tardísimo, a las nueve y media por ejemplo, no daban las once y ya estábamos de brazos cruzados. Irene se acostumbró a ir conmigo a la cocina y ayudarme a preparar el almuerzo. Lo pensamos bien, y se decidió esto: mientras yo preparaba el almuerzo, Irene cocinaría platos para comer fríos de noche. Nos alegramos porque siempre resultó molesto tener que abandonar los dormitorios al atardecer y ponerse a cocinar. Ahora nos bastaba con la mesa en el dormitorio de Irene y las fuentes de comida fiambre.

Irene estaba contenta porque le quedaba más tiempo para tejer. Yo andaba un poco perdido a causa de los libros, pero por no afligir a mi hermana me puse a revisar la colección de estampillas de papá y eso me sirvió para matar el tiempo. Nos divertíamos mucho, cada uno en sus cosas, casi siempre reunidos en el dormitorio de Irene, que era más cómodo. A veces Irene decía:

—Fíjate este punto que se me ha ocurrido. ¿No da un dibujo de trébol?

Un rato después era yo el que le ponía ante los ojos un cuadradito de papel para que viese el mérito de algún sello de Eupen y Malmédy. Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a no pensar. Se puede vivir sin pensar.

(Cuando Irene soñaba en alta voz, yo me desvelaba enseguida. Nunca pude habituarme a esa voz de estatua o de papagayo, voz que viene de los sueños y no de la garganta. Irene decía que mis sueños consistían en grandes sacudones que a veces hacían caer el cobertor. Nuestros dormitorios tenían el living de por medio, pero de noche se escuchaba cualquier cosa en la casa. Nos oíamos respirar, toser, presentíamos el ademán que conduce a la llave del velador, los mutuos y frecuentes insomnios.

Fuera de eso, todo estaba callado en la casa. De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico. La puerta de roble, creo haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en voz más alta o Irene cantaba canciones de cuna. En una cocina hay demasiado ruido de loza y vidrios para que otros sonidos irrumpen en ella. Muy pocas veces permitíamos allí el silencio, pero cuando tornábamos a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía callada y a media luz, hasta pasábamos más despacio para no molestarlos. Yo creo que era por eso que de noche, cuando Irene empezaba a soñar en alta voz, me desvelaba en seguida.)

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí ruido en la cocina: tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado

de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

—Han tomado esta parte —dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta la cancel y se perdían debajo. Cuando vio que los ovillos habían quedado del otro lado, soltó el tejido sin mirarlo.

—¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa? —le pregunté inútilmente.

—No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que ella estaba llorando) y salimos así a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.

FIN

Continuidad de los Parques | Julio Cortázar *Final del juego* 2ª ed. (1964)

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

FIN

La noche boca arriba | Julio Cortázar *Final del Juego* (1956)

A MITAD DEL largo zaguán del hotel pensó que debía ser tarde, y se apuró a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla. En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado adónde iba. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y él –porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre– montó en la máquina saboreando el paseo. La moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba los pantalones.

Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle Central. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos bajos. Quizá algo distraído, pero corriendo por la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezado. Tal vez su involuntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pie y con la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

Volvió bruscamente del desmayo. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la moto. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla, y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban con bromas y seguridades. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Mientras lo llevaban boca arriba hasta una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños en las piernas. «Usted la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado...» Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas, así va bien, y alguien con guardapolvo dándole de beber un trago que lo alivió en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.

La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Una o dos veces se lamió los labios para beberla. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; unas semanas quieto y nada más. El vigilante le dijo que la motocicleta no parecía muy estropeada. «Natural», dijo él. «Como que me la ligué encima...» Los dos rieron, y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una camilla de ruedas hasta un pabellón del fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerró los ojos y deseó estar dormido o cloroformado. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura. Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera.

Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contracciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento.

Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaron la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó la mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada empezaban las marismas, los tembladerales de donde no volvía nadie. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas. Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas, conocían.

Lo que más lo torturaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se revelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego. «Huele a guerra», pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor de lana tejida. Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedar inmóvil, temblando. Tener miedo no era extraño, en sus sueños abundaba el miedo. Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas. Muy lejos, probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac; un resplandor rojizo teñía esa parte del cielo. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor de la guerra. Se enderezó despacio, venteando. No se oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Había que seguir, llegar al corazón de la selva evitando las ciénagas. A tientas, agachándose a cada instante para tocar el suelo más duro de la calzada, dio algunos pasos. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladerales palpitaban a su lado. En el sendero en tinieblas, buscó el rumbo. Entonces sintió una bocanada horrible del olor que más temía, y saltó desesperado hacia adelante.

—Se va a caer de la cama —dijo el enfermo de al lado—. No brinque tanto, amigazo.

Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala. Mientras trataba de sonreír a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla. El brazo, enyesado, colgaba de un aparato con pesas y poleas. Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucha agua, apenas para mojarse los labios y hacer un buche. La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez, pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo y le clavó una

gruesa aguja conectada con un tubo que subía hasta un frasco lleno de líquido opalino. Un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas tenían un relieve como de gemelos de teatro, eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes; como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor; y quedarse.

Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil. Un trocito de pan, más precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. El brazo no le dolía nada y solamente en la ceja, donde lo habían suturado, chirriaba a veces una punzada caliente y rápida. Cuando los ventanales de enfrente viraron a manchas de un azul oscuro, pensó que no le iba a ser difícil dormirse. Un poco incómodo, de espaldas, pero al pasarse la lengua por los labios resecos y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose.

Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas. Comprendía que estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba el cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. «La calzada», pensó. «Me salí de la calzada.» Sus pies se hundían en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas. Jadeante, sabiéndose acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. La mano que sin saberlo él aferraba el mango del puñal, subió como el escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el amuleto protector. Moviendo apenas los labios musitó la plegaria del maíz que trae las lunas felices, y la súplica a la Muy Alta, a la dispensadora de los bienes motecas. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiendo despacio en el barro, y a la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches. Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva, abandonando la calzada más allá de la región de las ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro. Pensó en los muchos prisioneros que ya habrían hecho. Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Todo tenía su número y su fin, y él estaba dentro del tiempo sagrado, del otro lado de los cazadores.

Oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca. El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Ya lo rodeaban las luces, los gritos alegres. Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una soga lo atrapó desde atrás.

—Es la fiebre —dijo el de la cama de al lado—. A mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno. Tome agua y va a ver que duerme bien. Al lado de la noche de donde volvía, la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Todo era grato y seguro, sin ese acoso, sin... Pero no quería seguir pensando en la pesadilla. Había tantas cosas en

qué entretenerse. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de noche. Bebió del gollete, golosamente. Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto. ¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Trataba de fijar el momento del accidente, y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. El choque, el golpe brutal contra el pavimento. De todas maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; con todo eso, un alivio al volver al día y sentirse sostenido y auxiliado. Y era raro. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. La almohada era tan blanda, y en su garganta afiebrada la frescura del agua mineral. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco.

Como dormía de espaldas, no lo sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra rezumante de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a comprender. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; lo envolvía una oscuridad absoluta. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Estaba estaqueado en el suelo, en un piso de lajas helado y húmedo. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Con el mentón buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales de la fiesta. Lo habían traído al teocalli, estaba en las mazmorras del templo a la espera de su turno.

Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes. Otro grito, acabando en un quejido. Era él que gritaba en las tinieblas, gritaba porque estaba vivo, todo su cuerpo se defendía con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los peldaños del sacrificio. Gritó de nuevo sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarrotadas y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable. El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse de las cuerdas que se le hundían en la carne. Su brazo derecho, el más fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y tuvo que ceder. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Apenas ceñidos con el taparrabos de la ceremonia, los acólitos de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno de plumas. Cedieron las sogas, y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como bronce; se sintió alzado, siempre boca arriba

tironeado por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Los portadores de antorchas iban adelante, alumbrando vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar la cabeza. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha. Cuando en vez del techo nacieran las estrellas y se alzara frente él la escalinata incendiada de gritos y danzas, sería el fin. El pasadizo no acababa nunca, pero ya iba a acabar, de repente olería el aire libre lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja, tironeándolo brutalmente, y él no quería, pero cómo impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón, el centro de la vida.

Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielo raso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen traslúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Jadeó buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegadas a sus párpados. Cada vez que cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado pero gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada... Le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía interminable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala. Y cada vez que se abrían era la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de humo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y el vaivén de los pies del sacrificado que arrastraban para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. Con una última esperanza apretó los párpados, gimiendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque otra vez estaba inmóvil en la cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía la muerte, y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.

FIN

La Sentencia | Wu Ch'eng En (siglo XVI)

Aquella noche, en la hora de la rata, el emperador soñó que había salido de su palacio y que en la oscuridad caminaba por el jardín, bajo los árboles en flor. Algo se arrodilló a sus pies y le pidió amparo. El emperador accedió: el suplicante dijo que era un dragón y que los astros le habían revelado que al día siguiente, antes de la caída de la noche, Wei Cheng, ministro del emperador, le cortaría la cabeza. En el sueño, el emperador juró protegerlo.

Al despertarse, el emperador preguntó por Wei Cheng. Le dijeron que no estaba en el palacio; el emperador lo mandó buscar y lo tuvo atareado el día entero, para que no matara al dragón, y hacia el atardecer le propuso que jugaran al ajedrez. La partida era larga, el ministro estaba cansado y se quedó dormido.

Un estruendo conmovió la tierra. Poco después irrumpieron dos capitanes, que traían una inmensa cabeza de dragón empapada en sangre. La arrojaron a los pies del emperador y gritaron: Cayó del cielo.

Wei Cheng, que había despertado, la miró con perplejidad y observó: Qué raro, yo soñé que mataba a un dragón así.

FIN

Final para un cuento fantástico | I. A. Ireland *Visitations* (1919)

—¡Qué extraño! —dijo la muchacha, avanzando cautelosamente—. ¡Qué puerta más pesada! —La tocó, al hablar, y se cerró de pronto, con un golpe.

—¡Dios mío! —dijo el hombre—. Me parece que no tiene picaporte del lado de adentro. ¡Cómo, nos ha encerrado a los dos!

—A los dos no. A uno solo —dijo la muchacha.

Pasó a través de la puerta y desapareció.

FIN

DER TRAUM EIN LEBEN | Francisco Acevedo *Burzaco* (1955)

El diálogo ocurrió en Adrogué. Mi sobrino Miguel, que tendría cinco o seis años, estaba sentado en el suelo, jugando con la gata. Como todas las mañanas, le pregunté:

—¿Qué soñaste anoche?

Me contestó:

—Soñé que me había perdido en un bosque y que al fin encontré una casita de madera. Se abrió la puerta y saliste vos. —Con súbita curiosidad me preguntó: —Decime, ¿qué estabas haciendo en esa casita?

FIN

La Llave Dorada | Jacob & Wilhelm Grimm (1812)

Zagal, que era muy pobre, tuvo que salir, tras la gran nevada invernal, en su trineo, por leña. Y cuando ya la había reunido y la había cargado, como tenía tantísimo frío, en lugar de irse a su casa quiso antes encender un fuego y calentarse un poco. Cavó en la nieve y cuando estaba limpiando el suelo encontró una llave dorada. Entonces pensó que donde estaba la llave tenía que estar también la cerradura correspondiente, y siguió cavando y encontró una cajita de hierro. « ¡Ay, ojalá sirva la llave! », pensó, pues seguro que había cosas maravillosas y muy valiosas dentro. Buscó, pero allí no había ojo de la cerradura. Al fin, sin embargo, encontró uno pequeñísimo y probó, y la llave entró perfectamente. Así que le dio una vuelta y ahora tenemos que esperar a que abra del todo y entonces veremos lo que hay dentro.

FIN

La Torre de Cubos | Laura Devetach (1976)

“Mi tren es un gusano amarillo y rojo”, pensó Irene. “Chucu—chuf, chucu—chuf”.

La hilera de cubitos se deslizaba sobre los mosaicos pulidos. La niña los empujaba de atrás salpicando el piso con un poco de saliva cada vez que decía “chucu—chuf”.

Mamá no estaba. Tardaría en regresar trayendo su aromática bolsa llena de frutas y verduras. Cuando volviese, Irene la asaltaría y le clavaría los dientes en el jugo abultado de las uvas. Entre tanto, armaba cosas con sus cubitos amarillos y rojos y hablaba con ellos mientras sentía el frío de los mosaicos.

“Haré una torre inmensa, como una víbora parada con la cola”. Pero la idea le pareció un poco simple y decidió hacerle una ventana en el medio, como si la víbora se hubiese tragado una uva de las que traería su mamá. Pero una uva del tamaño de una manzana.

Rojo, amarillo, rojo, amarillo, uno, dos, siete, ocho. Ahora, cuidadosamente, una tablita plana en equilibrio. Sobre la tablita un cubo en cada extremo. Sobre los dos cubitos otro uniéndolos y otra vez rojo, amarillo, rojo, amarillo. La ventana estaba lista en el medio de la torre. Era así, chiquita. Como para que se asomase una persona del tamaño del dedo pulgar de Irene. La torrecita temblaba de miedo de romperse, pero se mantenía firme.

Justo cuando Irene colocaba con suavidad el último cubo se le ocurrió la idea de mirar a través de la ventana.

Primero parpadeó tres veces. Luego cinco, porque desde el otro lado una cabra le sacó la lengua. Dio vueltas alrededor de la torre pero sólo veía mosaicos y cubos que habían sobrado.

Se agachó nuevamente, espiando por el agujerito, y la cabra le dijo: “¡meee!” Irene no sabía qué pensar. Espió de nuevo. Había colinas azules y muchísimos durazneros en flor. Las cabras subían y bajaban por una montañita de todos colores.

Detrás de la ventana Irene no veía nada. Sólo su aburrido piso de mosaicos. Delante de la ventana tampoco. Intentó pasar una pierna por el agujero, pero la punta de su zapato era demasiado

ancha. ¿Y sus piernas? ¿Y su cintura? ¿Y su gran cabezota? No, no podría pasar, ni podría jugar con las cabras en las hermosas colinas.

Metió un dedo y una cabrita lo lamió. Irene lo retiró asustada. Dio varias vueltas alrededor de su torre pero no encontró nada nuevo.

El vendedor de tortas, después de esperar largo rato a que le abrieran la puerta de la calle, le ofreció una riquísima masa cuadrada cubierta de azúcar. “No”, le dijo Irene, apurada porque se fuera para poder seguir mirando por la ventana de la torre.

- “No” –preguntó el viejo–, siempre te gustaron, ¿por qué hoy no?
- Estoy ocupada. Tengo que mirar por la ventana de mi torre.
- ¿De esa torre?

El índice color madera señalaba la finísima torre de Irene.

– Sí, es una torre muy rara. Tiene cabras y colinas azules adentro. Me gusta más que tus tortas de azúcar.

- ¿Pero puedo ver yo también?

El viejo dejó su canasto dulce en el suelo y de rodillas espió por la ventanita.

– ¡Ja ja! –rió–. Esas cabras son muy mal educadas.

– ¿Dónde están? ¿Podrías decirme dónde están? Detrás de la torre no hay nada, delante tampoco. Yo no puedo atravesar ese agujero.

– ¡ Hum...! – meditó el viejo, agachado frente a Irene. Su rostro misterioso se mostraba preocupado–. ¿Probaste pasar por sobre la torre?

– ¡Pero es muy alta! – se quejó Irene–. ¿No te parece que es la torre más alta del mundo?

– Tal vez... podrías voltearla al pasar por encima, pero hay otra solución. Sólo así llegarás a las colinas y a los durazneros.

Irene se tomó la pollera con la punta de los dedos. Con el vértice de sus piernas rozó el último cubito. La finísima torre se estremeció, como el frío, y quedó quietita nuevamente. Irene hizo un saludo al viejo y se puso a saltar por las colinas azules mientras las cabras la miraban muy serias.

Era verano tierno, de durazneros. Era un cielo liso como dibujado en la arena por la palma de una mano. Eran unas briznas de lenguas mojadas y allá, a lo lejos, enroscando humaredas desde las chimeneas, un grupo de casitas.

En Pueblo Caperuzo todos tomaban té con miel a las cinco de la tarde. Aquella miel era como una buena palabra. Irene la extendió suavemente sobre el pan blanco y la comió mientras oía cosas maravillosas.

Los caperuzos eran duendes cubiertos con enormes capuchas de colores. Festearon con pan y con miel la llegada de Irene.

– Nosotros defendemos, explicaron, defendemos al que lo necesita.

– ¿A mí, cuando los chicos quieren pegarme?

– No, porque eso no es importante. Vos tenés fuerza para defenderte sola e inteligencia para resolver tus problemas. Nosotros defendemos otras cosas.

– ¿Qué? preguntó Irene, no muy conforme con los caperuzos.

– Defendemos a los negros, cuando los blancos los desprecian. Les susurramos al oído “negro, negro, tu piel es brillante como la piel de la manzana, tu cuerpo es bueno y buena tu cabeza. Tus manos son raíces que fuera de la tierra morirían. Hay que enterrarlas, aquí, y crecer y transformar los jugos del mundo para dar frutos. Negro, negro, –así les decimos– hay que trabajar y aprender y enseñar hasta que cada brizna del campo reconozca tu buen cuerpo brillante como una manzana”.

– Así les decimos. También el blanco nos oye, sentados en su hombro sin cesar. El laberinto de su oreja es tobogán para nosotros, para que podamos caer dentro de su cabeza clara. “Blanco, blanco, les decimos, que el fino papel que te envuelve no te diferencie de otro hombre. El pan en que hincas el diente es igual al del otro”.

Irene recordó a sus compañeros oscuros. Pedro, por ejemplo, el hijo de la lavandera. Nunca le había contado que los caperuzos le hablaban al oído. ¿Y ella? ¿Los había escuchado alguna vez? Sí, claro. Ahora lo recordaba.

Los duendes de colores la llevaron a las colinas azules. Colgaban de los durazneros ligeros columpios, en los que Irene se hamacó riendo. La boca se llenaba de viento con sabor a té.

Subieron después a delicados botecitos pardos, hechos con cáscaras de nueces y castañas. Meciéndose en el agua color membrillo Irene aprendió nuevas canciones de cuna.

El sol era un jugo lento sobre las colinas azules; Irene pasó toda la tarde conociendo maravillas. Aprendió a hacer delicadas torres de arena, a llamar a los peces rojos, a remontar barriletes desde los barquitos pardos.

Cuando cayó la noche las aguas color membrillo se pusieron más intensas y un incendio de estrellas se volcó en la superficie de las colinas. Las casitas seguían enroscando humaredas con sus chimeneas. Al acercarse al pueblo dejaron atrás el claro garabato de los durazneros.

En una de las casitas, Irene tomó chocolate y después ayudó a sacar las tazas a papá caperuzo. Este era tan alegre, que la niña temía que rompiese las hermosas tacitas y los platitos delicados.

– Siem–pre–la–vo–los–pla–tos–para–a–yu–dar–a–ma–má cantó papá caperuzo bailoteando con el repasador blanco colgado del brazo. Mamá caperuza sonreía mientras adornaba con azúcar unas hermosas tortas calientes.

– Irene se sentía feliz allí. El olor a pan y a durazneros le llenaba el cuerpo. Las casitas caperuzas eran pepitas de luz suspendidas entre las colinas. Cuando regresara a casa le diría a mamá que trataran de vivir como los caperuzos; así de contentos, por lo menos. Le diría a papá que de vez en cuando secasen entre los dos los platos, hiciesen tortas morenas cubiertas de azúcar, y echasen a mamá de la cocina, para luego darle una sorpresa. ¡Tenía tantos papeles en sus portafolios, papá! ¡Y hablaba siempre de cosas tan serias! Así no podían estar contentos. Papá estaba muy poco en casa.

Irene cantó una alegre canción con los caperuzos y luego pensó que debía regresar.

Un pequeñito apilaba cubos dorados, al mirar por la ventanita de la torre, Irene vio a mamá que la buscaba por la casa. Sus aromáticas bolsas de frutas y verduras estaban en el piso, junto a los cubitos amarillos y rojos.

Se levantó la pollera y el vértice de sus piernas rozó apenas la torre dorada. Con los dedos en manojó arrojó un beso para los caperuzos y corrió a morder el jugo de las abultadas uvas de mamá. Estaba segura que si se lo proponía, su casa sería muy pronto una casa de caperuzos.

FIN

La Casa de los Mil Espejos | Enrique Mariscal (2007)

Se dice que hace tiempo, en un pequeño y lejano pueblo, había una casa abandonada.

Cierto día, un perrito buscando refugio del sol, logró meterse por un agujero de una de las puertas de dicha casa. El perrito subió lentamente las viejas escaleras de madera. Al terminar de subirlas se encontró con una puerta semiabierta, lentamente se adentró al cuarto. Para su sorpresa se dió cuenta que dentro de ese cuarto había mil perritos más, observándolo tan fijamente como él los observaba a ellos.

El perrito comenzó a mover la cola y a levantar sus orejas poco a poco. Los mil perritos hicieron lo mismo. Posteriormente sonrió y ladró alegremente a uno de ellos. El perrito se quedó sorprendido al ver que los mil perritos también le sonreían y ladraban alegremente con él. Cuando el perrito salió del cuarto se quedó pensando para sí mismo:

¡Qué lugar tan agradable. Voy a venir más seguido a visitarlo!

Tiempo después otro perrito callejero entró al mismo sitio y entró al mismo cuarto. Pero este perrito al ver a los otros mil perritos del cuarto, se sintió amenazado, ya que lo estaban mirando de una manera agresiva. Posteriormente empezó a gruñir, obviamente vió como los mil perritos le gruñían a él. Comenzó a ladrarles ferozmente y los otros mil perritos le ladraron también a él. Cuando este perrito salió del cuarto pensó:

¡Qué lugar tan horrible es este. Nunca más volveré a entrar aquí!

En el frente de dicha casa se encontraba un viejo letrero que decía:

"La casa de los mil espejos."

Todos los rostros del mundo son espejos... Decide cuál rostro llevarás por dentro y ése será el que mostrarás.

El reflejo de tus gestos y acciones es el que proyectas ante los demás.

FIN

El Escuerzo | Leopoldo Lugones *Las fuerzas extrañas* (1906)

UN DIA DE TANTOS, jugando en la quinta de la casa donde habitaba la familia, di con un pequeño sapo que, en vez de huir como sus congéneres más corpulentos, se hinchó extraordinariamente bajo mis pedradas. Horrorizábanme los sapos y era mi diversión aplastar cuantos podía. Así es que el pequeño y obstinado reptil no tardó en sucumbir a los golpes de mis piedras. Como todos los muchachos criados en la vida semicampestre de nuestras ciudades de provincia, yo era un sabio en lagartos y sapos. Además, la casa estaba situada cerca de un arroyo que cruza la ciudad, lo cual contribuía a aumentar la frecuencia de mis relaciones con tales bichos. Entro en estos detalles para que se comprenda bien cómo me sorprendí al notar que el atrabiliario sapito me era enteramente desconocido. Circunstancia de consulta, pues. Y tomando mi víctima con toda la precaución del caso, fui a preguntar por ella a la vieja criada, confidente de mis primeras empresas de cazador. Tenía yo ocho años y ella sesenta. El asunto había, pues, de interesarnos a ambos. La buena mujer estaba, como de costumbre, sentada a la puerta de la cocina, y yo esperaba ver acogido mi relato con la acostumbrada benevolencia, cuando apenas hube empezado la vi levantarse apresuradamente y arrebatarme de las manos el despanzurrado animalejo.

—¡Gracias a Dios que no lo hayas dejado! —exclamó con muestras de la mayor alegría—. En este mismo instante vamos a quemarlo.

—¿Quemarlo? —dije yo—; pero qué va a hacer, si ya está muerto...

—¿No sabes lo que es un escuerzo —replicó en tono misterioso mi Interlocutora— y que este animalito resucita si no lo queman? ¡Quién te mandó matarlo! ¡Eso habías de sacar al fin con tus pedradas! Ahora voy a contarte lo que le paso al hijo de mi amiga la finada Antonia, que en paz descanse.

Mientras hablaba, había recogido y encendido algunas astillas sobre las cuales puso el cadáver del escuerzo.

¡Un escuerzo!, decía yo, aterrado bajo mi piel de muchacho travieso; ¡un escuerzo! Y sacudía los dedos como si el frío del sapo se me hubiera pegado a ellos. ¡Un sapo resucitado! Era para enfriarle la médula a un hombre de barba entera.

— ¿Pero usted piensa contarnos una nueva batracomiomaquía? —interrumpió aquí Julia con el amable desenfado de su coquetería de treinta años.

—De ningún modo, señorita. Es una historia que ha pasado.

Julia sonrió.

—No puede usted figurarse cuánto deseo conocerla...

—Será usted complacida, tanto más cuanto que tengo la pretensión de vengarme con ella de su sonrisa.

Así, pues, proseguí, mientras se asaba mi fatídica pieza de caza, la vieja criada hilvanó su narración, que es como sigue:

Antonia, su amiga, viuda de un soldado, vivía con el hijo único que había tenido de él, en una casita muy pobre, distante de toda población. El muchacho trabajaba para ambos, cortando madera

en el vecino bosque, y así pasaban año tras año, haciendo a pie la jornada de la vida. Un día volvió, como de costumbre, por la tarde, para tomar su mate, alegre, sano, vigoroso, con su hacha al hombro. Y mientras lo hacían, refirió a su madre que en la raíz de cierto árbol muy viejo había encontrado un escuerzo, al cual no le valieron hinchazones para quedar hecho una tortilla bajo el ojo de su hacha.

La pobre vieja se llenó de aflicción al escucharlo, pidiéndole que por favor la acompañara al sitio, para quemar el cadáver del animal.

—Has de saber —le dijo— que el escuerzo no perdona jamás al que lo ofende. Si no lo queman, resucita, sigue el rastro de su matador y no descansa hasta que puede hacer con él otro tanto.

El buen muchacho rió grandemente del cuento, intentando convencer a la pobre vieja de que aquello era una paparrucha buena para asustar chicos molestos, pero indigna de preocupar a una persona de cierta reflexión. Ella insistió, sin embargo, en que la acompañara a quemar los restos del animal.

Inútil fue toda broma, toda indicación sobre lo distante del sitio, sobre el daño que podía causarle, siendo ya tan vieja, el sereno de aquella tarde de noviembre. A toda costa quiso ir, y él tuvo que decidirse a acompañarla.

No era tan distante; unas seis cuabras a lo más. Fácilmente dieron con el árbol recién cortado, pero por más que hurgaron entre las astillas y las ramas desprendidas, el cadáver del escuerzo no apareció.

¿No te dije? —exclamó ella echándose a llorar—. Ya se ha ido; ahora ya no tiene remedio esto. ¡Mi padre San Antonio te ampare!

—Pero qué tontera, afligirse así. Se lo habrán llevado las hormigas o lo comería algún zorro hambriento. ¡Habrás visto extravagancia, llorar por un sapo! Lo mejor es volver, que ya viene anocheciendo y la humedad de los pastos es dañosa.

Regresaron, pues, a la casita, ella siempre llora, él procurando distraerla con detalles sobre el maizal que prometía buena cosecha si seguía lloviendo; hasta volver de nuevo a las bromas y risas en presencia de su obstinada tristeza. Era casi de noche cuando llegaron. Después de un registro minucioso por todos los rincones, que excitó de nuevo la risa del muchacho, comieron en el patio, silenciosamente, a la luz de la luna, y ya se disponía él a tenderse sobre su montura para dormir, cuándo Antonia le suplicó que por aquella noche, siquiera, consintiese en encerrarse dentro de una caja de madera que poseía y dormir allí.

La protesta contra semejante petición fue viva. Estaba chocha, la pobre, no había duda. ¡A quién se le ocurría pensar en hacerlo dormir con aquel calor dentro de una caja que seguramente estaría llena de sabandijas!

Pero tales fueron las súplicas de la anciana, que como el muchacho la quería tanto decidió acceder a semejante capricho. La caja era grande, y aunque un poco encogido, no estaría del todo mal. Con gran solicitud fue arreglada en el fondo la cama, metióse él adentro, y la triste viuda tomó

asiento al lado del mueble, decidida a pasar la noche en vela para cerrarlo apenas hubiera la menor señal de peligro.

Calculaba ella que sería la medianoche, pues la luna muy baja empezaba a bañar con su luz el aposento, cuando de repente un bultito negro, casi imperceptible, saltó sobre el dintel de la puerta que no se había cerrado por efecto del gran calor. Antonia se estremeció de angustia.

Allí estaba, pues, el vengativo animal, sentado sobre las patas traseras, como meditando un plan. ¡Qué mal había hecho el joven en reírse! Aquella figurita lúgubre, inmóvil en la puerta llena de luna, se agrandaba extraordinariamente, tomaba proporciones de monstruo. ¿Pero si no era más que uno de los tantos sapos familiares que entraban cada noche a la casa en busca de insectos? Un momento respiró, sostenida por esta idea. Mas el escuerzo dio de pronto un saltito, después otro, en dirección a la caja. Su intención era manifiesta. No se apresuraba, como si estuviera seguro de su presa. Antonia miró con indecible expresión de terror a su hijo; dormía, vencido por el sueño, respirando acompasadamente.

Entonces, con mano inquieta, dejó caer sin hacer ruido la tapa del pesado mueble. El animal no se detenía. Seguía saltando. Estaba ya al pie de la caja. Rodeóla pausadamente, se detuvo en uno de los ángulos, y de súbito, con un salto increíble en su pequeña talla, se plantó sobre la tapa.

Antonia no se atrevió a hacer el menor movimiento. Toda su vida se había concentrado en sus ojos. La luna bañaba ahora enteramente la pieza. Y he aquí lo que sucedió: el sapo comenzó a hincharse por grados, aumentó, aumentó de una manera prodigiosa, hasta triplicar su volumen. Permaneció así durante un minuto, en que la pobre mujer sintió pasar por su corazón todos los ahogos de la muerte. Después fue reduciéndose, reduciéndose hasta recobrar su primitiva forma, saltó a tierra, se dirigió a la puerta y atravesando el patio acabó por perderse entre las hierbas.

Entonces se atrevió Antonia a levantarse, toda temblorosa. Con un violento ademán abrió de par en par la caja. Lo que sintió fue de tal modo horrible, que a los pocos meses murió víctima del espanto que le produjo.

Un frío mortal salía del mueble abierto, y el muchacho estaba helado y rígido bajo la triste luz en que la luna amortajaba aquel despojo sepulcral, hecho piedra ya bajo un inexplicable baño de escarcha.

FIN

El Gigante Egoísta | Oscar Wilde *El Príncipe Feliz y otros cuentos* (1888)

Cada tarde, a la salida de la escuela, los niños se iban a jugar al jardín del Gigante.

Era un jardín amplio y hermoso, con arbustos de flores y cubierto de césped verde y suave. Por aquí y por allá, entre la hierba, se abrían flores luminosas como estrellas, y había doce albaricoqueros que durante la Primavera se cubrían con delicadas flores color rosa y nácar, y al llegar el Otoño se cargaban de ricos frutos aterciopelados. Los pájaros se demoraban en el ramaje de los árboles, y cantaban con tanta dulzura, que los niños dejaban de jugar para escuchar sus trinos.

–¡Qué felices somos aquí! –se decían unos a otros.

Pero un día el Gigante regresó. Había ido de visita donde su amigo el Ogro de Cornish, y se había quedado con él durante los últimos siete años. Durante ese tiempo ya se habían dicho todo lo que se tenían que decir, pues su conversación era limitada, y el Gigante sintió el deseo de volver a su mansión. Al llegar, lo primero que vio fue a los niños jugando en el jardín.

–¿Qué hacen aquí? –surgió con su voz retumbante.

Los niños escaparon corriendo en desbandada.

–Este jardín es mío. Es mi jardín propio –dijo el Gigante–; todo el mundo debe entender eso y no dejaré que nadie se meta a jugar aquí.

Y de inmediato, alzó una pared muy alta, y en la puerta puso un cartel que decía:

***"ENTRADA ESTRICTAMENTE PROHIBIDA
BAJO LAS PENAS CONSIGUIENTES".***

Era un Gigante egoísta...

Los pobres niños se quedaron sin tener donde jugar. Hicieron la prueba de ir a jugar en la carretera, pero estaba llena de polvo, estaba plagada de pedruscos, y no les gustó. A menudo rondaban alrededor del muro que ocultaba el jardín del Gigante y recordaban nostálgicamente lo que había detrás.

–¡Qué dichosos éramos allí! –se decían unos a otros.

Cuando la Primavera volvió, toda la comarca se pobló de pájaros y flores. Sin embargo, en el jardín del Gigante Egoísta permanecía el Invierno todavía. Como no había niños, los pájaros no cantaban, y los árboles se olvidaron de florecer. Sólo una vez una lindísima flor se asomó entre la hierba, pero apenas vio el cartel, se sintió tan triste por los niños, que volvió a meterse bajo tierra y volvió a quedarse dormida.

Los únicos que ahí se sentían a gusto, eran la Nieve y la Escarcha.

–La Primavera se olvidó de este jardín –se dijeron–, así que nos quedaremos aquí todo el resto del año.

La Nieve cubrió la tierra con su gran manto blanco y la Escarcha cubrió de plata los árboles. Y en seguida invitaron a su triste amigo el Viento del Norte para que pasara con ellos el resto de la temporada. Y llegó el Viento del Norte. Venía envuelto en pieles y anduvo rugiendo por el jardín durante todo el día, desganchando las plantas y derribando las chimeneas.

–¡Qué lugar más agradable! –dijo–. Tenemos que decirle al Granizo que venga a estar con nosotros también.

Y vino el Granizo también. Todos los días se pasaba tres horas tamborileando en los tejados de la mansión, hasta que rompió la mayor parte de las tejas. Después se ponía a dar vueltas alrededor, corriendo lo más rápido que podía. Se vestía de gris y su aliento era como el hielo.

–No entiendo por qué la Primavera se demora tanto en llegar aquí– decía el Gigante Egoísta cuando se asomaba a la ventana y veía su jardín cubierto de gris y blanco, espero que pronto cambie el tiempo.

Pero la Primavera no llegó nunca, ni tampoco el Verano. El Otoño dio frutos dorados en todos los jardines, pero al jardín del Gigante no le dio ninguno.

—Es un gigante demasiado egoísta—decían los frutales.

De esta manera, el jardín del Gigante quedó para siempre sumido en el Invierno, y el Viento del Norte y el Granizo y la Escarcha y la Nieve bailoteaban lúgubrementemente entre los árboles.

Una mañana, el Gigante estaba en la cama todavía cuando oyó que una música muy hermosa llegaba desde afuera. Sonaba tan dulce en sus oídos, que pensó que tenía que ser el rey de los elfos que pasaba por allí. En realidad, era sólo un jilguerito que estaba cantando frente a su ventana, pero hacía tanto tiempo que el Gigante no escuchaba cantar ni un pájaro en su jardín, que le pareció escuchar la música más bella del mundo. Entonces el Granizo detuvo su danza, y el Viento del Norte dejó de rugir y un perfume delicioso penetró por entre las persianas abiertas.

—¡Qué bueno! Parece que al fin llegó la Primavera —dijo el Gigante y saltó de la cama para correr a la ventana.

¿Y qué es lo que vio?

Ante sus ojos había un espectáculo maravilloso. A través de una brecha del muro habían entrado los niños, y se habían trepado a los árboles. En cada árbol había un niño, y los árboles estaban tan felices de tenerlos nuevamente con ellos, que se habían cubierto de flores y balanceaban suavemente sus ramas sobre sus cabecitas infantiles. Los pájaros revoloteaban cantando alrededor de ellos, y los pequeños reían. Era realmente un espectáculo muy bello. Sólo en un rincón el Invierno reinaba. Era el rincón más apartado del jardín y en él se encontraba un niño. Pero era tan pequeñín que no lograba alcanzar a las ramas del árbol, y el niño daba vueltas alrededor del viejo tronco llorando amargamente. El pobre árbol estaba todavía completamente cubierto de escarcha y nieve, y el Viento del Norte soplaba y rugía sobre él, sacudiéndole las ramas que parecían a punto de quebrarse.

—¡Sube a mí, niño! —decía el árbol, inclinando sus ramas todo lo que podía. Pero el niño era demasiado pequeño.

El Gigante sintió que el corazón se le derretía.

—¡Cuán egoísta he sido! —exclamó—. Ahora sé por qué la Primavera no quería venir hasta aquí. Subiré a ese pobre niño al árbol y después voy a botar el muro. Desde hoy mi jardín será para siempre un lugar de juegos para los niños.

Estaba de veras arrepentido por lo que había hecho.

Bajó entonces la escalera, abrió cautelosamente la puerta de la casa, y entró en el jardín. Pero en cuanto lo vieron los niños se aterrorizaron, salieron a escape y el jardín quedó en Invierno otra vez. Sólo aquel pequeñín del rincón más alejado no escapó, porque tenía los ojos tan llenos de lágrimas que no vio venir al Gigante. Entonces el Gigante se le acercó por detrás, lo tomó gentilmente entre sus manos, y lo subió al árbol. Y el árbol floreció de repente, y los pájaros vinieron a cantar en sus ramas, y el niño abrazó el cuello del Gigante y lo besó. Y los otros niños, cuando

vieron que el Gigante ya no era malo, volvieron corriendo alegremente. Con ellos la Primavera regresó al jardín.

–Desde ahora el jardín será para ustedes, hijos míos –dijo el Gigante, y tomando un hacha enorme, echó abajo el muro.

Al mediodía, cuando la gente se dirigía al mercado, todos pudieron ver al Gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que habían visto jamás.

Estuvieron allí jugando todo el día, y al llegar la noche los niños fueron a despedirse del Gigante.

–Pero, ¿dónde está el más pequeñito? –preguntó el Gigante–, ¿ese niño que subí al árbol del rincón?

El Gigante lo quería más que a los otros, porque el pequeño le había dado un beso.

–No lo sabemos –respondieron los niños–, se marchó solito.

–Díganle que vuelva mañana –dijo el Gigante.

Pero los niños contestaron que no sabían donde vivía y que nunca lo habían visto antes. Y el Gigante se quedó muy triste.

Todas las tardes al salir de la escuela los niños iban a jugar con el Gigante. Pero al más chiquito, a ese que el Gigante más quería, no lo volvieron a ver nunca más. El Gigante era muy bueno con todos los niños pero echaba de menos a su primer amiguito y muy a menudo se acordaba de él.

–¡Cómo me gustaría volverle a ver! –repetía.

Fueron pasando los años, y el Gigante se puso viejo y sus fuerzas se debilitaron. Ya no podía jugar; pero, sentado en un enorme sillón, miraba jugar a los niños y admiraba su jardín.

–Tengo muchas flores hermosas –se decía–, pero los niños son las flores más hermosas de todas.

Una mañana de Invierno, miró por la ventana mientras se vestía. Ya no odiaba el Invierno pues sabía que el Invierno era simplemente la Primavera dormida, y que las flores estaban descansando.

Sin embargo, de pronto se restregó los ojos, maravillado y miró, miró...

Era realmente maravilloso lo que estaba viendo. En el rincón más lejano del jardín, había un árbol cubierto por completo de flores blancas. Todas sus ramas eran doradas, y de ellas colgaban frutos de plata. Debajo del árbol estaba parado el pequeñito a quien tanto había echado de menos.

Lleno de alegría el Gigante bajó corriendo las escaleras y entró en el jardín. Pero cuando llegó junto al niño su rostro enrojeció de ira, y dijo:

–¿Quién se ha atrevido a hacerte daño?

Porque en la palma de las manos del niño había huellas de clavos, y también había huellas de clavos en sus pies.

–¿Pero, quién se atrevió a herirte? –gritó el Gigante–. Dímelo, para tomar la espada y matarlo.

–¡No! –respondió el niño–. Estas son las heridas del Amor.

–¿Quién eres tú, mi pequeño niño? –preguntó el Gigante, y un extraño temor lo invadió, y cayó de rodillas ante el pequeño.

Entonces el niño sonrió al Gigante, y le dijo:

–Una vez tú me dejaste jugar en tu jardín; hoy jugarás conmigo en el jardín mío, que es el Paraíso.

Y cuando los niños llegaron esa tarde encontraron al Gigante muerto debajo del árbol. Parecía dormir, y estaba entero cubierto de flores blancas.

FIN

Los Viejos Interminables | Cuento de la tradición popular Húngara

Hubo una vez un hombre que, habiendo tenido noticias de que había un pueblo cuyos habitantes eran más viejos que Matusalén, decidió personalmente ir a conocerlos.

Mientras paseaba por una de sus calles, vio en la puerta de una casa a un viejito de más de cien años llorando desconsoladamente, a lágrima viva.

Se acercó a preguntarle por qué lloraba así,

– Hijo mío; comprendo que un hombre de mi edad no debe llorar, pero qué quieres que le haga, si mi padre me ha dado una buena paliza.

– Pero ¿cómo? – preguntó el hombre asombradísimo–, ¿tu padre vive aún?

– ¡Claro que sí! Si no lo crees, pasa adentro.

El visitante entró y, en efecto, en una de las habitaciones había un viejo más viejo todavía que el que lloraba en la puerta.

Con sumo respeto a las canas le preguntó:

–Señor, disculpe si lo molesto, pero ¿podría decirme por qué le ha pegado a su hijo, que tan inconsolable llora en la puerta de su casa?

Creo que por su edad ya debería estar disculpado de las zurras.

–Cierto, hijo mío, pero debo decirte que quién desea que lo respeten debe comenzar por respetar a los demás. He zurrado al mocoso, porque le ha faltado a su abuelo, mi padre.

–¡Dios santo! ¿Pero es que su padre vive aún?

–Ya lo creo, allí está, en el jardín, arreglando sus flores que cultiva y quiere tanto. Pasa al jardín si deseas verlo.

Claro que nuestro amigo quería verlo; si para eso había hecho el viaje tan especial, para conocer de cerca a los hombres de tan avanzada edad de los que había oído hablar.

Allá en el jardín, perdido entre las flores de altísimos tallos, estaba un anciano cuya hermosa cabeza semejava a un ovillo de lana blanquísima, con barbas blanquísimas.

–¡Alabado sea Dios! –dijo saludando nuestro amigo–. Si no lo ofendo, quisiera saber qué edad ha alcanzado usted.

El viejito se alisó la barba lentamente y se vio a las claras que le costaba gran trabajo ordenar sus añosos recuerdos.

–Pues, hijo mío, en verdad yo no lo recuerdo. ¿Qué quieres? Han pasado tantísimos años... Pero se me ocurre que el cura de la parroquia, el mismo que me bautizara, se acordará seguramente con más facilidad, pues él siempre anda en estas cosas.

–¿Pero el cura que lo ha bautizado vive aún?

–Ya lo creo que vive. ¿Y por qué no?

Nuestro amigo salió algo mareado de la casa del cura de la parroquia, que vivía en una linda casita con techo de tejas rojas. Llamó a la puerta y salió a abrirle el mismo cura.

–Buenos días, padre.

–Buenos te los dé Dios, hijo mío. ¿En qué puedo serte útil?

–Pues... Mire, padre, yo he venido a este pueblo por su fama de que aquí hay hombres muy ancianos que todavía trabajan.

–No solamente trabajan sino que juegan al fútbol. Si quiere convencerse no le queda más que encaminarse al campo de deportes y allí encontrará dos equipos de viejos jugadores, entrenando.

–¿Es cierto eso, padre? –exclamó perplejo el amigo.

–¡Tan cierto como que me llamo Buenaventura! –replicó picado el cura.

–Le creo, padre, le creo. Pero, ¿podría decirme su edad?

–No tendría ningún inconveniente, hijo mío, pero es el caso que mi memoria ya me falla y debo consultar a los libros de nacimiento. Pero los libros están encerrados en un armario, y las llaves se las ha llevado mi tía, que a estas horas debe estar en el campo, sembrando papas.

–¿Una tía suya vive aún y trabaja?

–Ya lo creo, y si deseas verla tendrás que ir al campo, que dista media legua de aquí.

Nuestro personaje se despidió del cura para ir a ver a la tía, que seguramente sería la más anciana del mundo.

Cuando llegó a la puerta vio, en medio de otras mujeres menos viejas, una que parecía la bisabuela de Matusalén. Era la tía del cura del pueblo.

–¿Podría decirme, venerable anciana, qué edad tiene usted?

Sonrió la viejecita con la boca desdentada.

–No habría ningún inconveniente, buen hombre; pero es el caso que no estoy muy segura de mis años. Si tiene usted mucho empeño en saberlo, puede ir a la casa de mi anciana madre nodriza, que estoy segura de que se acordará.

Nuestro amigo se mesó los cabellos. ¿Es que jamás terminaría la cadena de personas a quienes preguntar? Y siempre cada vez más ancianas...

Hizo una última tentativa. Se dirigió a la casa de la nodriza indicada. Pero esta vez no tuvo suerte. Había salido ¿A dónde? Pues nada menos que a visitar a su madre que, según le habían dicho, estaba con un fuerte dolor de cabeza.

Si la buena anciana nodriza no hubiese salido, tampoco nuestro amigo de este engorro, ni nosotros de este cuento.

FIN

¿Cuáles son las verdaderas Intenciones de los Cuises? | Roberto Fontanarrosa *No sé si he sido claro y otros cuentos* (1985)

Mi investigación se origina, años atrás, un día viajando en auto hacia Mar del Plata, en compañía de mi familia.

Recuerdo que, de pronto, un animalejo grisáceo cruzó irresponsablemente frente a nuestro coche y debí hacer una brusca maniobra para no atropellarlo. Ahora reflexiono y sé que mi actitud fue por demás arriesgada, ya que en ese momento marchábamos a unos 100 kilómetros por hora, pero quedé muy sensibilizado con los accidentes viales desde aquel día en que, con mi viejo Ford, aplasté una pelota de goma marca Pulpo. Desde tan desdichado acontecimiento abandoné por completo la práctica del fútbol, deporte que me apasionaba y que bien hubiese podido constituirse en mi medio de vida. El macabro suceso con la Pulpo me impresionó de tal forma que opté por encaminar mi vida hacia la investigación etológica. ¡Y aún no me explico cómo tuve entereza para seguir conduciendo automóviles luego de aquello!

Por lo tanto, no me arrepiento de haber salvado la vida del pequeño cuis esa tarde cuando se me cruzó en la ruta, aun a costa de que en el vuelco que originó mi maniobra perdieran la vida mi suegra y una tía mía de avanzada edad. La pregunta que comenzó a desvelarme desde aquel momento era: ¿Por qué el cuis arriesga su vida cruzando un camino muy transitado cuando al otro lado de éste no ha de encontrar nada muy diferente a lo que acaba de dejar?

Simplificando, podemos decir: a un costado de la ruta el cuis tiene medio globo terráqueo donde nacer, alimentarse, procrear y terminar sus días. No obstante eso, el pequeño conejo de Indias decide atravesar la superficie vial aun a riesgo de su propia vida para investigar los predios del otro lado del camino. No se trata de elefantes o de animales necesitados de espacio y que consuman alimentos en cantidad. Está comprobado que hay cuisas que subsisten en la mezquindad de pequeñas jaulas y se alimentan con minucias. Son pequeños organismos que deberían conformarse con los ya de por sí amplios campos en que la naturaleza los ha ubicado. Pero no es así. Ustedes los habrán visto, expectantes y nerviosos, arracimados en los costados de la ruta, espiando entre los pajonales de las cunetas, prontos a lanzarse sobre el pavimento procurando alcanzar el otro flanco en una suerte de ruleta rusa a todas luces inexplicable. No son muchos los animales que reniegan tan abiertamente del lugar que les ha conferido una equilibrada distribución natural.

¿Es acaso una falta de inteligencia lo que los lleva a eso?

Permítaseme dudar de tal aseveración. Cualquiera sabe que el cuis es el animal preferido para la investigación científica y conozco mil casos en que estas pequeñas criaturas han colaborado eficazmente a descubrimientos importantísimos para la humanidad. No puede hablarse entonces de ignorancia en especímenes tan relacionados con el estudio.

Mi primera inquietud se volcó hacia una temática muy zarandeada en los estudios etológicos: el caso de especies que se suicidan. Las ballenas árticas, por ejemplo. O los leminges nórdicos. Y allí fue donde me detuve: en los leminges, ya que se trata de una especie de gran similitud con

nuestro cuis nacional. Tanta, que si un cuis desea integrarse a la colonia leminge no debe ni siquiera rendir equivalencias.

Es sabido que todos los años, en una fecha que media entre enero y noviembre, los leminges se reúnen en un número cercano a los 70.000 y comienzan una loca carrera por los bosques hasta alcanzar las alturas de los fiordos noruegos, desde donde se arrojan a las heladas aguas del Ártico. Esto se atribuyó, en principio, a una tendencia suicida colectiva, quizás emparentada con una depuración natural.

Sin embargo, en el año 68, en las costas soviéticas que se hallan frente a los fiordos habitualmente empleados por estos desdichados animalillos para lanzarse en su zambullida final, se detectó la presencia de un leminge, en apariencia sobreviviente del holocausto. El leminge daba muestras de gran excitación y hasta podía interpretarse que estaba contento. Se dedujo que tal vez festejaba el haber salvado la vida, pero el profesor Tapio Lappeenranta de la Universidad de Estudios Naturales de Jyväskylä (Finlandia) llegó a una conclusión más afortunada: dicho leminge celebraba el hecho de ser el ganador de una competencia. O sea, el tropel de leminges que año a año se abalanza como catarata incontenible por los bosques y campiñas noruegas no lo hace con una intención suicida, sino con un sano espíritu competitivo en una justa de cross-country, que incluye el cruce a nado hasta la Rusia Comunista.

El importantísimo descubrimiento mereció muy poco centimetraje en los diarios, pues se produjo el 14 de mayo de 1968, día en que, como todos sabemos, el hombre posó por vez primera sus pies en la luna.

Por lo tanto, la tendencia autodestructiva de los cuises es algo que aún está por verse. En el Centro de Ayuda al Suicida, por ejemplo, durante los largos 20 años de su funcionamiento, no se halla registrado ni un solo caso de llamados de cuises en trance de quitarse la vida. Hay asentados tres de loros, en cambio, uno de los cuales pudo ser disuadido a último momento de ingerir dos pildoras de un activo raticida.

Todo esto me conduce a pensar que los motivos que llevan a los cuises a cruzar sobre el ardiente macadam son muy otros. ¿Simple curiosidad, tal vez? Es posible, el cuis es un animal inquieto, ansioso de acumular conocimientos. Pero, a mi juicio, el impulso principal radica en las ambiciones imperiales del animalejo en cuestión. El deseo, natural al fin, de conquistar nuevas tierras, de anexar territorios. La ambición de escalar a niveles de mayor grandeza. De lograr, en el terreno militar, lo que ya tienen en el rubro científico.

No nos extrañemos si, el día de mañana, la figura del cuis campea en las banderas de guerra, en los estandartes o en los escudos heráldicos.

Tal vez el humilde roedor de nuestros campos esté llamado a reemplazar con su efigie a la vulgar águila o al mismo león, bestias de dudosa prosapia.

¡Quién sabe si no llegará el día en que, así como ahora mencionamos al "Oso Ruso" o al "León Inglés", seamos conocidos, por el orbe todo, como "El Cuis Americano"!

FIN

Brecha sobre la conquista | Eduardo Galeano

¿Cristóbal Colón descubrió América en 1492? ¿O antes que él la descubrieron los vikingos? ¿Y antes que los vikingos? Los que allí vivían, ¿no existían?

Cuenta la historia oficial que Vasco Núñez de Balboa fue el primer hombre que vio, desde una cumbre de Panamá, los dos océanos. Los que allí vivían, ¿eran ciegos? ¿Quiénes pusieron sus primeros nombres al maíz y a la papa y al tomate y al chocolate y a las montañas y a los ríos de América? ¿Hernán Cortés, Francisco Pizarro? Los que allí vivían, ¿eran mudos?

Nos han dicho, y nos siguen diciendo, que los peregrinos del Mayflower fueron a poblar América. ¿América estaba vacía?

Como Colón no entendía lo que decían, creyó que no sabían hablar.

Como andaban desnudos, eran mansos y daban todo a cambio de nada, creyó que no eran gentes de razón. Y como estaba seguro de haber entrado al Oriente por la puerta de atrás, creyó que eran indios de la India. Después, durante su segundo viaje, el almirante dictó un acta estableciendo que Cuba era parte del Asia.

El documento del 14 de junio de 1494 dejó constancia de que los tripulantes de sus tres naves lo reconocían así; y a quien dijera lo contrario se le darían cien azotes, se le cobraría una pena de diez mil maravedíes y se le cortarían la lengua. El notario, Hernán Pérez de Luna, dio fe. Y al pie firmaron los marinos que sabían firmar.

Los conquistadores exigían que América fuera lo que no era. No veían lo que veían, sino lo que querían ver: la fuente de la juventud, la ciudad del oro, el reino de las esmeraldas, el país de la canela. Y retrataron a los americanos tal como antes habían imaginado a los paganos de Oriente.

Cristóbal Colón vio en las costas de Cuba sirenas con caras de hombre y plumas de gallo, y supo que no lejos de allí los hombres y las mujeres tenían rabos. En la Guayana, según sir Walter Raleigh, había gente con los ojos en los hombros y la boca en el pecho. En Venezuela, según fray Pedro Simón, había indios de orejas tan grandes que las arrastraban por los suelos. En el río Amazonas, según Cristóbal de Acuña, los nativos tenían los pies al revés, con los talones adelante y los dedos atrás, y según Pedro Martín de Anglería las mujeres se mutilaban un seno para el mejor disparo de sus flechas. Anglería, que escribió la primera historia de América pero nunca estuvo allí, afirmó también que en el Nuevo Mundo había gente con rabos, como había contado Colón, y sus rabos eran tan largos que sólo podían sentarse en asientos con agujeros.

El Código Negro prohibía la tortura de los esclavos en las colonias francesas. Pero no era por torturar, sino por educar, que los amos azotaban a sus negros y cuando huían les cortaban los tendones. Eran conmovedoras las leyes de Indias, que protegían a los indios en las colonias españolas. Pero más conmovedoras eran la picota y la horca clavadas en el centro de cada Plaza Mayor. Muy convincente resultaba la lectura del Requerimiento, que en vísperas del asalto a cada aldea explicaba a los indios que Dios había venido al mundo y que había dejado en su lugar a San Pedro y que San Pedro tenía por sucesor al Santo Padre y que el Santo Padre había hecho merced

a la reina de Castilla de toda esta tierra y que por eso debían irse de aquí o pagar tributo en oro y que en caso de negativa o demora se les haría la guerra y ellos serían convertidos en esclavos y también sus mujeres y sus hijos. Pero este Requerimiento de obediencia se leía en el monte, en plena noche, en lengua castellana y sin intérprete, en presencia del notario y de ningún indio, porque los indios dormían, a algunas leguas de distancia, y no tenían la menor idea de lo que se les venía encima. Hasta no hace mucho, el 12 de octubre era el Día de la Raza.

Pero, ¿acaso existe semejante cosa? ¿Qué es la raza, además de una mentira útil para exprimir y exterminar al prójimo?

En el año 1942, cuando Estados Unidos entró en la guerra mundial, la Cruz Roja de ese país decidió que la sangre negra no sería admitida en sus bancos de plasma. Así se evitaba que la mezcla de razas, prohibida en la cama, se hiciera por inyección. ¿Alguien ha visto, alguna vez, sangre negra?

Después, el Día de la Raza pasó a ser el Día del Encuentro.

¿Son encuentros las invasiones coloniales? ¿Las de ayer, y las de hoy, encuentros? ¿No habría que llamarlas, más bien, violaciones?

Quizás el episodio más revelador de la historia de América ocurrió en el año 1563, en Chile. El fortín de Arauco estaba sitiado por los indios, sin agua ni comida, pero el capitán Lorenzo Bernal se negó a rendirse. Desde la empalizada, gritó:

– ¡Nosotros seremos cada vez más!

– ¿Con qué mujeres? –preguntó el jefe indio.

– Con las vuestras. Nosotros les haremos hijos que serán vuestros amos.

Los invasores llamaron caníbales a los antiguos americanos, pero más caníbal era el Cerro Rico de Potosí, cuyas bocas comían carne de indios para alimentar el desarrollo capitalista de Europa.

Y los llamaron idólatras, porque creían que la naturaleza es sagrada y que somos hermanos de todo lo que tiene piernas, patas, alas o raíces.

Y los llamaron salvajes. En eso, al menos, no se equivocaron. Tan brutos eran los indios que ignoraban que debían exigir visa, certificado de buena conducta y permiso de trabajo a Colón, Cabral, Cortés, Alvarado, Pizarro y los peregrinos del Mayflower.

FIN

El juramento del cautivo | Noche Tercera de *Las mil y una noches* (850 D.C.)

Famosa compilación de cuentos árabes, hecha en El Cairo, a mediados del siglo XV. Europa la conoció gracias al orientalista francés Antoine Galland. En inglés hay versiones de Lane, de Burton y de Payne; en español de Rafael Cansinos Assens.

El Genio dijo al pescador que lo había sacado de la botella de cobre amarillo:

—Soy uno de los genios heréticos y me rebelé contra Salomón, hijo de David (¡que sobre los dos haya paz!). Fui derrotado; Salomón, hijo de David, me ordenó que abrazara la fe de Dios y que obedeciera sus órdenes. Rehusé; el Rey me encerró en ese recipiente de cobre y estampó en la tapa el Nombre Muy Alto, y ordenó a los genios sumisos que me arrojaran en el centro del mar. Dije en mi corazón: a quien me dé la libertad, lo enriqueceré para siempre. Pero un siglo entero pasó, y nadie me dio la libertad. Entonces dije en mi corazón: a quien me dé la libertad, le revelaré todas las artes mágicas de la tierra. Pero cuatrocientos años pasaron y yo seguía en el fondo del mar. Dije entonces: a quien me dé la libertad, yo le otorgaré tres deseos. Pero novecientos años pasaron. Entonces, desesperado, juré por el Nombre Muy Alto: a quien me dé la libertad, yo lo mataré. Prepárate a morir, oh mi salvador.

FIN

Historia de Abdula, el mendigo ciego | Anónimo *Las mil y una noches* (850 DC)

El mendigo ciego que había jurado no recibir ninguna limosna que no estuviera acompañada de una bofetada, refirió al Califa su historia:

—Comendador de los Creyentes, he nacido en Bagdad. Con la herencia de mis padres y con mi trabajo, compré ochenta camellos que alquilaba a los mercaderes de las caravanas que se dirigían a las ciudades y a los confines de tu dilatado imperio.

Una tarde que volvía de Bassorah con mi recua vacía, me detuve para que pastaran los camellos; los vigilaba, sentado a la sombra de un árbol, ante una fuente, cuando llegó un derviche que iba a pie a Bassorah. Nos saludamos, sacamos nuestras provisiones y nos pusimos a comer fraternalmente. El derviche, mirando mis numerosos camellos, me dijo que no lejos de ahí, una montaña recelaba un tesoro tan infinito que aun después de cargar de joyas y de oro los ochenta camellos, no se notaría mengua en él. Arrebatado de gozo me arrojé al cuello del derviche y le rogué que me indicara el sitio, ofreciendo darle en agradecimiento un camello cargado. El derviche entendió que la codicia me hacía perder el buen sentido y me contestó:

—Hermano, debes comprender que tu oferta no guarda proporción con la fineza que esperas de mí. Puedo no hablarte más del tesoro y guardar mi secreto. Pero te quiero bien y te haré una proposición más cabal. Iremos a la montaña del tesoro y cargaremos los ochenta camellos; me darás cuarenta y te quedarás con otros cuarenta, y luego nos separaremos, tomando cada cual su camino.

Esta proposición razonable me pareció durísima, veía como un quebranto la pérdida de los cuarenta camellos y me escandalizaba que el derviche, un hombre harapiento, fuera no menos rico que yo. Accedí, sin embargo, para no arrepentirme hasta la muerte de haber perdido esa ocasión.

Reuní los camellos y nos encaminamos a un valle rodeado de montañas altísimas, en el que entramos por un desfiladero tan estrecho que sólo un camello podía pasar de frente.

El derviche hizo un haz de leña con las ramas secas que recogió en el valle, lo encendió por medio de unos polvos aromáticos, pronunció palabras incomprensibles, y vimos, a través de la humareda, que se abría la montaña y que había un palacio en el centro. Entramos, y lo primero que se ofreció a mi vista deslumbrada fueron unos montones de oro sobre los que se arrojó mi codicia como el águila sobre la presa, y empecé a llenar las bolsas que llevaba.

El derviche hizo otro tanto, noté que prefería las piedras preciosas al oro y resolví copiar su ejemplo. Ya cargados mis ochenta camellos, el derviche, antes de cerrar la montaña, sacó de una jarra de plata una cajita de madera de sándalo que según me hizo ver, contenía una pomada, y la guardó en el seno.

Salimos, la montaña se cerró, nos repartimos los ochenta camellos y valiéndome de las palabras más expresivas le agradecí la fineza que me había hecho, nos abrazamos con sumo alborozo y cada cual tomó su camino.

No había dado cien pasos cuando el numen de la codicia me acometió. Me arrepentí de haber cedido mis cuarenta camellos y su carga preciosa, y resolví quitárselos al derviche, por buenas o por malas. El derviche no necesita esas riquezas –pensé–, conoce el lugar del tesoro; además, está hecho a la indigencia.

Hice parar mis camellos y retrocedí corriendo y gritando para que se detuviera el derviche. Lo alcancé.

–Hermano –le dije–, he reflexionado que eres un hombre acostumbrado a vivir pacíficamente, sólo experto en la oración y en la devoción, y que no podrás nunca dirigir cuarenta camellos. Si quieres creerme, quédate solamente con treinta, aun así te verás en apuros para gobernarlos.

–Tienes razón –me respondió el derviche–. No había pensado en ello. Escoge los diez que más te acomoden, llévatelos y que Dios te guarde.

Aparté diez camellos que incorporé a los míos, pero la misma prontitud con que había cedido el derviche, encendió mi codicia. Volví de nuevo atrás y le repetí el mismo razonamiento, encareciéndole la dificultad que tendría para gobernar los camellos, y me llevé otros diez. Semejante al hidrópico que más sediento se halla cuanto más bebe, mi codicia aumentaba en proporción a la condescendencia del derviche. Logré, a fuerza de besos y de bendiciones, que me devolviera todos los camellos con su carga de oro y de pedrería. Al entregarme el último de todos, me dijo:

–Haz buen uso de estas riquezas y recuerda que Dios, que te las ha dado, puede quitártelas si no socorres a los menesterosos, a quienes la misericordia divina deja en el desamparo para que los ricos ejerciten su caridad y merezcan, así, una recompensa mayor en el Paraíso.

La codicia me había ofuscado de tal modo el entendimiento que, al darle gracias por la cesión de mis camellos, sólo pensaba en la cajita de sándalo que el derviche había guardado con tanto esmero.

Presumiendo que la pomada debía encerrar alguna maravillosa virtud, le rogué que me la diera, diciéndole que un hombre como él, que había renunciado a todas las vanidades del mundo, no necesitaba pomadas.

En mi interior estaba resuelto a quitársela por la fuerza, pero, lejos de rehusármela, el derviche sacó la cajita del seno, y me la entregó.

Cuando la tuve en las manos, la abrí. Mirando la pomada que contenía, le dije:

—Puesto que tu bondad es tan grande, te ruego que me digas cuáles son las virtudes de esta pomada.

—Son prodigiosas —me contestó—. Frotando con ella el ojo izquierdo y cerrando el derecho, se ven distintamente todos los tesoros ocultos en las entrañas de la tierra. Frotando el ojo derecho, se pierde la vista de los dos.

Maravillado, le rogué que me frotase con la pomada el ojo izquierdo.

El derviche accedió. Apenas me hubo frotado el ojo, aparecieron a mi vista tantos y tan diversos tesoros, que volvió a encenderse mi codicia. No me cansaba de contemplar tan infinitas riquezas, pero como me era preciso tener cerrado y cubierto con la mano el ojo derecho, y esto me fatigaba, rogué al derviche que me frotase con la pomada el ojo derecho, para ver más tesoros.

—Ya te dije —me contestó— que si aplicas la pomada al ojo derecho, perderás la vista.

—Hermano —le repliqué sonriendo— es imposible que esta pomada tenga dos cualidades tan contrarias y dos virtudes tan diversas.

Largo rato porfiamos; finalmente, el derviche, tomando a Dios por testigo de que me decía la verdad, cedió a mis instancias. Yo cerré el ojo izquierdo, el derviche me frotó con la pomada el ojo derecho. Cuando los abrí, estaba ciego.

Aunque tarde, conocí que el miserable deseo de riquezas me había perdido y maldije mi desmesurada codicia. Me arrojé a los pies del derviche.

—Hermano —le dije—, tú que siempre me has complacido y que eres tan sabio, devuélveme la vista.

—Desventurado —me respondió—, ¿no te previne de antemano y no hice todos los esfuerzos para preservarte de esta desdicha? Conozco, sí, muchos secretos, como has podido comprobar en el tiempo que hemos estado juntos, pero no conozco el secreto capaz de devolverte la luz. Dios te había colmado de riquezas que eras indigno de poseer, te las ha quitado para castigar tu codicia. Reunió mis ochenta camellos y prosiguió con ellos su camino, dejándome solo y desamparado, sin atender a mis lágrimas y a mis súplicas. Desesperado, no sé cuántos días erré por esas montañas; unos peregrinos me recogieron.

FIN

Alí Babá y los 40 ladrones | Anónimo *Las mil y una noches* (850 DC)

Había una vez un señor que se llamaba Alí Babá y que tenía un hermano que se llamaba Kassim. Alí Babá era honesto, trabajador, bueno, leñador y pobre. Kassim era deshonesto, haragán, malo, usurero y rico. Alí Babá tenía una esposa, una hermosa criada que se llamaba Luz de la Noche, varios hijos fuertes y tres mulas. Kassim tenía una esposa y muy mala memoria, pues nunca se acordaba de visitar a sus parientes, ni siquiera para preguntarles si se encontraban bien o si necesitaban algo. En realidad no los visitaba para que no le salieran pidiendo algo.

Un día en que Alí Babá estaba en el bosque cortando leña oyó un ruido que se acercaba y que se parecía al ruido que hacen cuarenta caballos cuando galopan. Se asustó, pero como era curioso trepó a un árbol.

Espiando, vio que eran, efectivamente, cuarenta caballos. Sobre cada caballo venía un ladrón, y cada ladrón tenía una bolsa llena de monedas de oro, vasos de oro, collares de oro y más de mil rubíes, zafiros, ágatas y perlas. Delante de todos iba el jefe de los ladrones.

Los ladrones pasaron debajo de Alí Babá y sofrenaron frente a una gran roca que tenía, más o menos, como una cuadra de alto y que era completamente lisa. Entonces el jefe de los ladrones gritó a la roca: “¡Sésamo: ábrete!”. Se oyó un trueno y la roca, como si fuera un sésamo, se abrió por el medio mientras Alí Babá casi se cae del árbol por la emoción. Los ladrones entraron por la abertura de la roca con caballos y todo, y una vez que estuvieron dentro el jefe gritó: “¡Sésamo: ciérrate!”. Y la roca se cerró.

“Es indudable –pensó Alí Babá sin bajar del árbol– que esa roca completamente lisa es mágica y que las palabras pronunciadas por el jefe de los ladrones tienen el poder de abrirla. Pero más indudable todavía es que dentro de esa extraña roca tienen esos ladrones su escondite secreto donde guardan todo lo que roban.” Y en seguida se oyó otra vez un gran trueno y la roca se abrió. Los ladrones salieron y el jefe gritó: “¡Sésamo: ciérrate!”. La roca se cerró y los ladrones se alejaron a todo galope, seguramente para ir a robar en algún lado. Cuando se perdieron de vista, Alí Babá bajó del árbol.

“Yo también entraré en esa roca –pensó–. El asunto será ver si otra persona, pronunciando las palabras mágicas, puede abrirla.” Entonces, con todas las fuerzas que tenía, gritó: “¡Sésamo: ábrete!”. Y la roca se abrió.

Después de tardar lo que se tarda en parpadear, se lanzó por la puerta mágica y entró. Y una vez dentro se encontró con el tesoro más grande del mundo. “¡Sésamo: ciérrate!”, dijo después. La roca se cerró con Alí Babá dentro y él, con toda tranquilidad, se ocupó de meter en una bolsa una buena cantidad de monedas de oro y rubíes. No demasiado: lo suficiente como para asegurarse la comida de un año y tres meses. Después dijo: “¡Sésamo: ábrete!”. La roca se abrió y Alí Babá salió con la bolsa al hombro. Dijo: “¡Sésamo: ciérrate!” y la roca se cerró y él volvió a su casa, cantando de alegría. Pero cuando su esposa lo vio entrar con la bolsa se puso a llorar.

—¿A quién le robaste eso? —gimió la mujer. Y siguió llorando. Pero cuando Alí Babá le contó la verdadera historia, la mujer se puso a bailar con él.

—Nadie debe enterarse que tenemos este tesoro —dijo Alí Babá—, porque si alguien se entera querrá saber de dónde lo sacamos, y si le decimos de dónde lo sacamos querrá ir también él a esa roca mágica, y si va puede ser que los ladrones lo descubran, y si lo descubren terminarán por descubrirnos a nosotros. Y si nos descubren a nosotros nos cortarán la cabeza. Enterremos todo esto.

—Antes contemos cuántas monedas y piedras preciosas hay —dijo la mujer de Alí Babá.

—¿Y terminar dentro de diez años? ¡Nunca! —le contestó Alí Babá.

—Entonces pesaré todo esto. Así sabré, al menos aproximadamente, cuánto tenemos y cuánto podremos gastar —dijo la mujer.

Y agregó:

—Pediré prestada una balanza.

Desgraciadamente, la mujer de Alí Babá tuvo la mala idea de ir a la casa de Kassim y pedir prestada la balanza. Kassim no estaba en ese momento, pero sí su esposa.

—¿Y para qué quieres la balanza? —le preguntó la mujer de Kassim a la mujer de Alí Babá.

—Para pesar unos granos —contestó la mujer de Alí Babá.

“¡Qué raro! —pensó la mujer de Kassim—. Éstos no tienen ni para caerse muertos y ahora quieren una balanza para pesar granos. Eso sólo lo hacen los dueños de los grandes graneros o los ricos comerciantes que venden granos.”

—¿Y qué clase de granos vas a pesar? —le preguntó la mujer de Kassim después de pensar lo que pensó.

—Pues granos... —le contestó la mujer de Alí Babá.

—Voy a prestarte la balanza —le dijo la mujer de Kassim.

Pero antes de prestársela, y con todo disimulo, la mujer de Kassim untó con grasa la base de la balanza.

“Algunos granos se pegarán en la grasa, y así descubriré qué estuvieron pesando realmente”, pensó la mujer de Kassim.

Alí Babá y su mujer pesaron todas las monedas y las piedras preciosas. Después devolvieron la balanza. Pero un rubí había quedado pegado a la grasa.

—De manera que éstos son los granos que estuvieron pesando —masculló la mujer de Kassim—. Se lo mostraré a mi marido.

Y cuando Kassim vio el rubí, casi se muere del disgusto.

Y él, que nunca se acordaba de visitar a Alí Babá, fue corriendo a buscarlo. Sin saludar a nadie, entró en la casa de su hermano en el mismo momento en que estaban por enterrar el tesoro.

—¡Sinvergüenzas! —gritó—. Ustedes siempre fueron unos pobres gatos. Díganme de dónde sacaron ese maravilloso tesoro si no quieren que los denuncie a la policía.

Y se puso a patalear de rabia. Alí Babá, resignado, comprendió que lo mejor sería contarle la verdad.

—Mañana mismo iré hasta esa roca y me traeré todo a mi casa —dijo Kassim cuando terminaron de explicarle.

A la mañana siguiente, Kassim estaba frente a la roca dispuesto a pronunciar las palabras mágicas. Había llevado 12 mulas y 24 bolsas; tanto era lo que pensaba sacar.

—¿Qué era lo que tenía que decir? —se preguntó Kassim—. Ah, sí, ahora recuerdo... Y muy emocionado exclamó: “¡Sésamo: ábrete!”.

La roca se abrió y Kassim entró. Después dijo “Sésamo: ciérrate”, y la roca se cerró con él dentro.

Una hora estuvo Kassim parado frente a las montañas de moneda de oro y de piedras preciosas. “Aunque tenga que venir todos los días —pensó—, no dejaré la más mínima cosa de valor que haya aquí. Me lo voy a llevar todo a mi casa.” Y se puso a morder las monedas para ver si eran falsas. Después empezó a elegir entre las piedras preciosas. “Aunque me las llevaré todas, es mejor que empiece por las más grandes, no vaya a ser que por hoy o por mañana no pueda venir y me quede sin las mejores.” La elección le llevó unas cinco horas. Pero en ningún momento se sintió cansado. “Es el trabajo más hermoso que hice en mi vida. Gracias al tonto de mi hermano, me he convertido en el hombre más rico del mundo.” Y cuando cargó las 24 bolsas se dispuso a partir.

—¿Qué era lo que tenía que decir? —se preguntó—. Ah, sí, ahora recuerdo... Y muy emocionado dijo: “Alpiste: ábrete”.

Pero la roca ni se movió.

—¡Alpiste: ábrete! —repitió Kassim.

Pero la roca no obedeció.

—Por Dios —dijo Kassim—, olvidé el nombre de la semilla. ¿Por qué no lo habré anotado en un papelito?

Y, desesperado, empezó a pronunciar el nombre de todas las semillas que recordaba: “Cebada: ábrete”; “Maíz: ábrete”; “Garbanzo: ábrete”.

Al final, totalmente asustado, ya no sabía qué decir: “Zanahoria: ábrete”; “Coliflor: ábrete”; “Calabaza: ábrete”.

Hasta que la roca se abrió. Pero no por Kassim sino por los cuarenta ladrones que regresaban. Y cuando vieron a Kassim, le cortaron la cabeza.

—¿Cómo habrá entrado aquí? —preguntó uno de los ladrones.

—Ya lo averiguaremos —dijo el jefe—. Ahora salgamos a robar otra vez.

Y se fueron a robar, después de dejar bien cerrada la roca.

Pero Alí Babá estaba preocupado porque Kassim no regresaba. Entonces fue a buscarlo a la roca.

Dijo “Sésamo: ábrete”, y cuando entró vio a Kassim muerto. Llorando, se lo llevó a su casa para darle sepultura. Pero había un problema: ¿qué diría a los vecinos? Si contaba que Kassim había sido muerto por los ladrones se descubriría el secreto, y eso, ya lo sabemos, no convenía.

–Digamos que murió de muerte natural –dijo Luz de la Noche.

–¿Cómo vamos a decir eso? Nadie se muere sin cabeza –dijo Alí Babá.

–Yo lo resolveré –dijo Luz de la Noche, y fue a buscar a un zapatero.

Camina que camina, llegó a la casa del zapatero.

–Zapatero –le dijo–, voy a vendarte los ojos y te llevaré a mi casa.

Eso nunca –le contestó el zapatero–. Si voy, iré con los ojos bien libres.

No –repuso Luz de la Noche. Y le dio una moneda de oro.

–¿Y para qué quieres vendarme los ojos? –preguntó el zapatero.

–Para que no veas adónde te llevo y no puedas decir a nadie dónde queda mi casa –dijo Luz de la Noche, y le dio otra moneda de oro.

–¿Y qué tengo que hacer en tu casa? –preguntó el zapatero.

–Coser a un muerto –le explicó Luz de la Noche.

–Ah, no –dijo el zapatero–, eso sí que no –y tendió la mano para que Luz de la Noche le diera otra moneda.

–Está bien –dijo el zapatero después de recibir la moneda–, vamos a tu casa.

Y fueron. El zapatero cosió la cabeza del muerto, uniéndola. Y todo lo hizo con los ojos vendados. Finalmente volvió a su casa acompañado por Luz de la Noche y allí se quitó la venda.

–No cuentes a nadie lo que hiciste –le advirtió Luz de la Noche.

Y se fue contenta, porque con su plan ya estaba todo resuelto. De manera que cuando los vecinos fueron informados que Kassim había muerto, nadie sospechó nada.

Y eso fue lo que pasó con Kassim, el malo, el haragán, el de mala memoria. Pero resulta que los ladrones volvieron a la roca y vieron que Kassim no estaba. Ninguno de los ladrones era muy inteligente que digamos, pero el jefe dijo:

–Si el muerto no está, quiere decir que alguien se lo llevó.

–Y si alguien se lo llevó, quiere decir que alguien salió de aquí llevándoselo –dijo otro ladrón.

–Pero si alguien salió de aquí llevándoselo, quiere decir que primero entró alguien que después se lo llevó –dijo el jefe de los ladrones.

–¿Pero cómo va a entrar alguien si para entrar tiene que pronunciar las palabras mágicas secretas, que por ser secretas nadie conoce? –dijo otro ladrón.

Después de cavilar hasta el anochecer, el jefe dijo:

–Quiere decir que si alguien salió llevándose a ese muerto, quiere decir que antes de salir entró, porque nadie puede salir de ningún lado si antes no entra. Quiere decir que el que entró pronunció las palabras secretas.

–¿Y eso qué quiere decir? –preguntaron los otros 39 ladrones.

–¡Quiere decir que alguien descubrió el secreto! –contestó el jefe.

–¿Y eso qué quiere decir? –preguntaron los 39.

–¡Que hay que cortar la cabeza!

–¡Muy bien! ¡Cortémosela ahora mismo!

Y ya salían a cortar la cabeza cuando el jefe dijo:

–Primero tenemos que saber quién es el que descubrió nuestro secreto. Uno de ustedes debe ir al pueblo y averiguarlo.

–Yo iré –dijo el ladrón número 39. (El número 40 era el jefe).

Cuando el ladrón número 39 llegó al pueblo, pasó frente al taller de un zapatero y entró. Dio la casualidad de que era el zapatero que ya sabemos.

–Zapatero –dijo el ladrón–, estoy buscando a un muerto que se murió hace poco. ¿No lo viste?

–¿Uno sin cabeza? –preguntó el zapatero.

–El mismo –dijo el ladrón.

–No, no lo vi –dijo el zapatero.

–De mí no se ríe ningún zapatero –dijo el ladrón–. Bien sabes de quién hablo.

–Sí que sé, pero juro que no lo vi.

Y el zapatero le contó todo.

–Qué lástima –se lamentó–, yo quería recompensarte con esta linda bolsita. Y le mostró una bolsita llena de moneditas de oro.

–Un momento –dijo el zapatero–, yo no vi nada, pero debes saber que los ciegos tienen muy desarrollados sus otros sentidos. Cuando me vendaron los ojos, súbitamente se me desarrolló el sentido del olfato. Creo que por el olor podría reconocer la casa a la que me llevaron.

Y agregó:

–Véndame los ojos y sígueme. Me guiaré por mi nariz.

Así se hizo. Con su nariz al frente fue el zapatero oliendo todo. Detrás de él iba el ladrón. Hasta que se pararon frente a una casa.

–Es ésta –dijo el zapatero–. La reconozco por el olor de la leña que sale de ella.

–Muy bien –respondió el ladrón–. Haré una marca en la puerta para que pueda guiar a mis compañeros hasta aquí y cumplir nuestra venganza amparados por la oscuridad de la noche.

Y el ladrón hizo una cruz en la puerta. Después ladrón y zapatero se fueron, cada cual por su camino. Pero Luz de la Noche había visto todo. Entonces salió a la calle y marcó la puerta de todas las casas con una cruz igual a la que había hecho el ladrón. Después se fue a dormir muy tranquila.

–Jefe –dijo el ladrón 39 cuando volvió a la guarida secreta–, con ayuda de un zapatero descubrí la casa del que sabe nuestro secreto y ahora puedo conducirlos hasta ese lugar.

–¿Aún en la oscuridad de la noche? ¿No te equivocarás de casa? –preguntó el jefe.

–No. Porque marqué la puerta con una cruz.

–Vamos –dijeron todos.

Y blandiendo sus alfanjes se lanzaron a todo galope.

–Ésta es la casa –dijo el ladrón 39 cuando llegaron a la primera puerta del pueblo.

–¿Cuál? –preguntó el jefe.

–La que tiene la cruz en la puerta.

–¡Todas tienen una cruz! ¿Cuántas puertas marcaste?

El ladrón 39 casi se desmaya. Pero no tuvo tiempo porque el jefe, enfurecido, le cortó la cabeza. Y, sin pérdida de tiempo, ordenó el regreso. No querían levantar sospechas.

–Alguien tiene que volver al pueblo, hablar con ese zapatero y tratar de dar con la casa.

–Iré yo –dijo el ladrón número 38.

Y fue.

Y encontró la casa del zapatero. Y el zapatero se hizo vendar los ojos. Y le señaló la casa. Y el ladrón número 38 hizo una cruz en la puerta. Pero de color rojo y tan chiquita que apenas se veía. Después zapatero y ladrón se fueron, cada cual por su camino.

Pero Luz de la Noche vio todo y repitió la estratagema anterior: en todas las puertas de la vecindad marcó una cruz roja, igual a la que había hecho el bandido.

–Jefe, ya encontré la casa y puedo guiarlos ahora mismo –dijo el ladrón 38 cuando volvió a la roca mágica.

–¿No te confundirás? –dijo el jefe.

–No, porque hice una cruz muy pequeña, que solo yo sé cuál es. Y los treinta y nueve ladrones salieron a todo galope.

–Esta es la casa –dijo el ladrón 38 cuando llegaron a la primera puerta del pueblo.

–¿Cuál? –preguntó el jefe.

–La que tiene esa pequeña cruz colorada en la puerta.

–Todas tienen una pequeña cruz colorada en la puerta –dijo el jefe de los bandidos. Y le cortó la cabeza.

Después el jefe dijo:

–Mañana hablaré yo con ese zapatero.

Y ordenó el regreso. Al día siguiente el jefe de los ladrones buscó al zapatero. Y lo encontró. Y el zapatero se hizo vendar los ojos. Y lo guió. Y le mostró la casa. Pero el jefe no hizo ninguna cruz en la puerta ni otra señal. Lo que hizo fue quedarse durante diez minutos mirando bien la casa.

–Ahora soy capaz de reconocerla entre diez mil casas parecidas.

Y fue en busca de sus muchachos.

–Ladrones –les dijo–, para entrar en la casa del que descubrió nuestro secreto y cortarle la cabeza sin ningún problema, me disfrazaré de vendedor de aceite. En cada caballo cargaré dos tinas de aceite sin aceite. Cada uno de ustedes se esconderá en una tina y cuando yo dé la orden ustedes saldrán de la tina y mataremos al que descubrió nuestro secreto y a todos los que salgan a defenderlo.

–Muy bien –dijeron los ladrones.

Los caballos fueron cargados con las tinas y cada ladrón se metió en una de ellas. El jefe se disfrazó de vendedor de aceite y después tapó las tinas.

Esa tarde los 38 ladrones entraron en el pueblo. Todos los que los vieron entrar pensaban que se trataba de un vendedor que traía 37 tinas de aceite.

Llegaron a la casa de Alí Babá y el jefe de los ladrones pidió permiso para pasar.

—¿Quién eres? —preguntó Alí Babá.

—Un pacífico vendedor de aceite —dijo el jefe de los bandidos—. Lo único que te pido es albergue, para mí y para mis caballos.

—Adelante, pacífico vendedor —dijo Alí Babá.

Y les dio albergue. Y también comida, y dulces y licores. Pero el jefe de los ladrones lo único que quería era que llegara la noche para matar a Alí Babá y a toda su familia.

Y la noche llegó.

Pero resulta que hubo que encender las lámparas.

—Nos hemos quedado sin una gota de aceite —dijo Luz de la Noche—, y no puedo encender las lámparas. Por suerte hay en casa un vendedor de aceites; sacaré un poco de esas grandes tinas que él tiene.

Luz de la Noche tomó un pesado cucharón de cobre y fue hasta la primera tina y levantó la tapa. El ladrón que estaba adentro creyó que era su jefe que venía a buscarlo para lanzarse al ataque, y asomó la cabeza.

—¡Qué aceite más raro! —exclamó Luz de la Noche, y le dio con el cucharón en la cabeza. El ladrón no se levantó más.

Luz de la Noche fue hasta la segunda tina y levantó la tapa, y otro ladrón asomó la cabeza, creyendo que era su jefe.

—Un aceite con turbantes —dijo Luz de la Noche. Y le dio con el cucharón. El ladrón no se levantó más. Tina por tina recorrió Luz de la Noche, y en todas le pasó lo mismo. A ella y al que estaba adentro. Enojadísima, fue a buscar al vendedor de aceite, y blandiendo el cucharón le dijo:

—Es una vergüenza. No encontré ni una miserable gota de aceite en ninguna de sus tinas. ¿Con qué enciendo ahora mis lámparas?

Y le dio con el cucharón en la cabeza.

El jefe de los ladrones cayó redondo.

—¿Por qué tratas así a mis huéspedes? —preguntó Alí Babá.

Entonces Luz de la Noche quitó el disfraz al jefe de la banda y todo quedó aclarado. Como es de imaginar, los ladrones recibieron su merecido.

Y eso fue lo que pasó con ellos.

En cuanto a Alí Babá, dicen que al día siguiente fue a buscar algunas monedas de oro a la roca, y que cuando llegó no encontró nada: la roca había desaparecido, con tesoro y todo.

Pero ésta es una versión que ha comenzado a circular en estos días y no se ha podido demostrar.

FIN

Historia de Aladino y La Lámpara Mágica | Noche 731 de *Las Mil y Una noches* (850 DC)

Érase una vez una viuda que vivía con su hijo, Aladino. Un día, un misterioso extranjero ofreció al muchacho una moneda de plata a cambio de un pequeño favor y como eran muy pobres aceptó.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

—Sígueme — respondió el misterioso extranjero.

El extranjero y Aladino se alejaron de la aldea en dirección al bosque, donde este último iba con frecuencia a jugar. Poco tiempo después se detuvieron delante de una estrecha entrada que conducía a una cueva que Aladino nunca antes había visto.

— No recuerdo haber visto esta cueva! —exclamó el joven— ¿Siempre ha estado ahí?

El extranjero sin responder a su pregunta, le dijo:

—Quiero que entres por esta abertura y me traigas mi vieja lámpara de aceite. Lo haría yo mismo si la entrada no fuera demasiado estrecha para mí.

—De acuerdo— dijo Aladino—, iré a buscarla.

—Algo más— agregó el extranjero—.

No toques nada más, ¿me has entendido? Quiero únicamente que me traigas mi lámpara de aceite.

El tono de voz con que el extranjero le dijo esto último, alarmó a Aladino. Por un momento pensó huir, pero cambió de idea al recordar la moneda de plata y toda la comida que su madre podía comprar con ella.

—No se preocupe, le traeré su lámpara, — dijo Aladino mientras se deslizaba por la estrecha abertura.

Una vez en el interior, Aladino vio una vieja lámpara de aceite que alumbraba débilmente la cueva. Cuál no sería su sorpresa al descubrir un recinto cubierto de monedas de oro y piedras preciosas.

"Si el extranjero solo quiere su vieja lámpara —pensó Aladino—, o está loco o es un brujo. Mmm, tengo la impresión de que no está loco! entonces es un ... !"

—¡La lámpara! ¡Tráemela inmediatamente!— gritó el brujo impaciente.

—De acuerdo pero primero déjeme salir —repuso Aladino mientras comenzaba a deslizarse por la abertura.

¡No! ¡Primero dame la lámpara! —exigió el brujo cerrándole el paso

—¡No! Gritó Aladino.

—¡Peor para ti! Exclamó el brujo empujándolo nuevamente dentro de la cueva.

Pero al hacerlo perdió el anillo que llevaba en el dedo, el cual rodó hasta los pies de Aladino.

En ese momento se oyó un fuerte ruido. Era el brujo que hacía rodar una roca para bloquear la entrada de la cueva.

Una oscuridad profunda invadió el lugar, Aladino tuvo miedo. ¿Se quedaría atrapado allí para siempre? Sin pensarlo, recogió el anillo y se lo puso en el dedo. Mientras pensaba en la forma de escaparse, distraídamente le daba vueltas y vueltas.

De repente, la cueva se llenó de una intensa luz rosada y un genio sonriente apareció.

–Soy el genio del anillo. ¿Qué deseas mi señor? Aladino aturdido ante la aparición, solo acertó a balbucear:

–Quiero regresar a casa.

Instantáneamente Aladino se encontró en su casa con la vieja lámpara de aceite entre las manos.

Emocionado el joven narró a su madre lo sucedido y le entregó la lámpara.

–Bueno no es una moneda de plata, pero voy a limpiarla y podremos usarla.

La estaba frotando, cuando de improviso otro genio aún más grande que el primero apareció.

–Soy el genio de la lámpara. ¿Qué deseas? La madre de Aladino contemplando aquella extraña aparición sin atreverse a pronunciar una sola palabra.

Aladino sonriendo murmuró:

–¿Por qué no una deliciosa comida acompañada de un gran postre?

Inmediatamente, aparecieron delante de ellos fuentes llenas de exquisitos manjares.

Aladino y su madre comieron muy bien ese día y a partir de entonces, todos los días durante muchos años.

Aladino creció y se convirtió en un joven apuesto, y su madre no tuvo necesidad de trabajar para otros. Se contentaban con muy poco y el genio se encargaba de suplir todas sus necesidades.

Un día cuando Aladino se dirigía al mercado, vio a la hija del Sultan que se paseaba en su litera. Una sola mirada le bastó para quedar locamente enamorado de ella. Inmediatamente corrió a su casa para contárselo a su madre:

–¡Madre, este es el día más feliz de mi vida! Acabo de ver a la mujer con la que quiero casarme.

–Iré a ver al Sultan y le pediré para ti la mano de su hija Halima dijo ella.

Como era costumbre llevar un presente al Sultan, pidieron al genio un cofre de hermosas joyas.

Aunque muy impresionado por el presente el Sultan preguntó:

–¿Cómo puedo saber si tu hijo es lo suficientemente rico como para velar por el bienestar de mi hija? Dile a Aladino que, para demostrar su riqueza debe enviarme cuarenta caballos de pura sangre cargados con cuarenta cofres llenos de piedras preciosas y cuarenta guerreros para escoltarlos.

La madre desconsolada, regreso a casa con el mensaje. –¿Dónde podemos encontrar todo lo que exige el Sultan? –preguntó a su hijo.

Tal vez el genio de la lámpara pueda ayudarnos –contestó Aladino. Como de costumbre, el genio sonrió e inmediatamente obedeció las órdenes de Aladino.

Instantáneamente, aparecieron cuarenta briosos caballos cargados con cofres llenos de zafiros y esmeraldas. Esperando impacientes las ordenes de Aladino, cuarenta Jinetes ataviados con blancos turbantes y anchas cimitarras, montaban a caballo.

–¡Al palacio del Sultan!– ordenó Aladino.

El Sultan muy complacido con tan magnifico regalo, se dio cuenta de que el joven estaba determinado a obtener la mano de su hija. Poco tiempo después, Aladino y Halima se casaron y el joven hizo construir un hermoso palacio al lado de el del Sultan (con la ayuda del genio claro está).

El Sultan se sentía orgulloso de su yerno y Halima estaba muy enamorada de su esposo que era atento y generoso.

Pero la felicidad de la pareja fue interrumpida el día en que el malvado brujo regresó a la ciudad disfrazado de mercader.

–¡Cambio lámparas viejas por nuevas! –pregonaba. Las mujeres cambiaban felices sus lámparas viejas.

–¡Aquí! –llamo Halima–. Tome la mía también entregándole la lámpara del genio.

Aladino nunca había confiado a Halima el secreto de la lámpara y ahora era demasiado tarde.

El brujo frotó la lámpara y dio una orden al genio. En una fracción de segundos, Halima y el palacio subieron muy alto por el aire y fueron llevados a la tierra lejana del brujo.

–¡Ahora serás mi mujer! –le dijo el brujo con una estruendosa carcajada. La pobre Halima, viéndose a la merced del brujo, lloraba amargamente.

Cuando Aladino regresó, vio que su palacio y todo lo que amaba habían desaparecido.

Entonces acordándose del anillo le dio tres vueltas. –Gran genio del anillo, ¿dime qué sucedió con mi esposa y mi palacio? –preguntó.

–El brujo que te empujó al interior de la cueva hace algunos años regresó mi amo, y se llevó con él, tu palacio y esposa y la lámpara –respondió el genio.

Tráemelos de regreso inmediatamente –pidió Aladino.

–Lo siento, amo, mi poder no es suficiente para traerlos. Pero puedo llevarte hasta donde se encuentran. Poco después, Aladino se encontraba entre los muros del palacio del brujo. Atravesó silenciosamente las habitaciones hasta encontrar a Halima. Al verla la estrechó entre sus brazos mientras ella trataba de explicarle todo lo que le había sucedido.

–¡Shhh! No digas una palabra hasta que encontremos una forma de escapar –susurró Aladino. Juntos trazaron un plan. Halima debía encontrar la manera de envenenar al brujo. El genio del anillo les proporcionó el veneno.

Esa noche, Halima sirvió la cena y sirvió el veneno en una copa de vino que le ofreció al brujo.

Sin quitarle los ojos de encima, esperó a que se tomara hasta la última gota. Casi inmediatamente este se desplomó inerte. Aladino entró presuroso a la habitación, tomó la lámpara que se encontraba en el bolsillo del brujo y la frotó con fuerza.

–¡Cómo me alegro de verte, mi buen Amo! –dijo sonriendo–.

¿Podemos regresar ahora?

–¡Al instante!– respondió Aladino y el palacio se elevó por el aire y flotó suavemente hasta el reino del Sultan.

El Sultan y la madre de Aladino estaban felices de ver de nuevo a sus hijos. Una gran fiesta fue organizada a la cual fueron invitados todos los súbditos del reino para festejar el regreso de la joven pareja.

Aladino y Halima vivieron felices y sus sonrisas aún se pueden ver cada vez que alguien brilla una vieja lámpara de aceite.

FIN

Una Vieja Princesa Conduce un Camión | Sergio Centurión *Dan ganas de matar* (2009)

La verdad es que no vivieron felices por siempre. Apenas unos meses más tarde discutieron y el príncipe azul prefirió volver a ser sapo antes que seguir con ella. Una noche escapó del Palacio y nunca más se supo de él. La princesa se quedó sola, la monarquía entró en decadencia y pronto perdió todo su dinero y su poder. Los años pasaron y la princesa, que ya no era princesa sino una pobre mujer, se hizo vieja y demacrada. Hay quienes dicen que ahora maneja un camión de transporte. Aseguran que sólo recupera su dulce sonrisa de princesa cuando las ruedas de su camión aplastan sapos en la ruta.

FIN

Un Elefante Ocupa Mucho Espacio | Elsa Bornemann (1975)

Que un elefante ocupa mucho espacio lo sabemos todos. Pero que Víctor, un elefante de circo, se decidió una vez a pensar "en elefante", esto es, a tener una idea tan enorme como su cuerpo... ah... eso algunos no lo saben, y por eso se los cuento:

Verano. Los domadores dormían en sus carromatos, alineados a un costado de la gran carpa. Los animales velaban desconcertados. No era para menos: cinco minutos antes el loro había volado de jaula en jaula comunicándoles la inquietante noticia. El elefante había declarado huelga general y proponía que ninguno actuara en la función del día siguiente.

–¿Te has vuelto loco, Víctor?– le preguntó el león, asomando el hocico por entre los barrotes de su jaula. –¿Cómo te atreves a ordenar algo semejante sin haberme consultado? ¡El rey de los animales soy yo!

La risita del elefante se desparramó como papel picado en la oscuridad de la noche:

–Ja. El rey de los animales es el hombre, compañero. Y sobre todo aquí, tan lejos de nuestras selvas...

– ¿De qué te quejas, Víctor? –interrumpió un osito, gritando desde su encierro. ¿No son acaso los hombres los que nos dan techo y comida?

– Tú has nacido bajo la lona del circo... –le contestó Víctor dulcemente. La esposa del criador te crió con mamadera... Solamente conoces el país de los hombres y no puedes entender, aún, la alegría de la libertad...

– ¿Se puede saber para qué hacemos huelga? –gruñó la foca, coleteando nerviosa de aquí para allá.

– ¡Al fin una buena pregunta! –exclamó Víctor, entusiasmado, y ahí nomás les explicó a sus compañeros que ellos eran presos... que trabajaban para que el dueño del circo se llenara los bolsillos de dinero... que eran obligados a ejecutar ridículas pruebas para divertir a la gente... que se los forzaba a imitar a los hombres... que no debían soportar más humillaciones y que patatín y que patatán. (Y que patatín fue el consejo de hacer entender a los hombres que los animales querían volver a ser libres... Y que patatán fue la orden de huelga general...)

– Bah... Pamplinas... –se burló el león-. ¿Cómo piensas comunicarte con los hombres? ¿Acaso alguno de nosotros habla su idioma?

– Sí –aseguró Víctor. El loro será nuestro intérprete –y enroscando la trompa en los barrotes de su jaula, los dobló sin dificultad y salió afuera. En seguida, abrió una tras otra las jaulas de sus compañeros.

Al rato, todos retozaban en los carromatos. ¡hasta el león!

Los primeros rayos de sol picaban como abejas zumbadoras sobre las pieles de los animales cuando el dueño del circo se desperezó ante la ventana de su casa rodante. El calor parecía cortar el aire en infinidad de líneas anaranjadas... (los animales nunca supieron si fue por eso que el dueño del circo pidió socorro y después se desmayó, apenas pisó el césped...)

De inmediato, los domadores aparecieron en su auxilio:

– Los animales están sueltos!– gritaron a coro, antes de correr en busca de sus látigos.

– ¡Pues ahora los usarán para espantarnos las moscas!– les comunicó el loro no bien los domadores los rodearon, dispuestos a encerrarlos nuevamente.

– ¡Ya no vamos a trabajar en el circo! ¡Huelga general, decretada por nuestro delegado, el elefante!

– ¿Qué disparate es este? ¡A las jaulas! –y los látigos silbadores ondularon amenazadoramente.

– ¡Ustedes a las jaulas! –gruñeron los orangutanes. Y allí mismo se lanzaron sobre ellos y los encerraron. Pataleando furioso, el dueño del circo fue el que más resistencia opuso. Por fin, también él miraba correr el tiempo detrás de los barrotes.

La gente que esa tarde se aglomeró delante de las boleterías, las encontró cerradas por grandes carteles que anunciaban:

CIRCO TOMADO POR LOS TRABAJADORES. HUELGA GENERAL DE ANIMALES.

Entretanto, Víctor y sus compañeros trataban de adiestrar a los hombres:

– ¡Caminen en cuatro patas y luego salten a través de estos aros de fuego! ¡Mantengan el equilibrio apoyados sobre sus cabezas!

– ¡No usen las manos para comer! ¡Rebuznen! ¡Maúllen! ¡Ladren! ¡Rujan!

– ¡BASTA, POR FAVOR, BASTA! – gimió el dueño del circo al concluir su vuelta número doscientos alrededor de la carpa, caminando sobre las manos–. ¡Nos damos por vencidos! ¿Qué quieren?

El loro carraspeó, tosió, tomó unos sorbitos de agua y pronunció entonces el discurso que le había enseñado el elefante:

– ... Con que esto no, y eso tampoco, y aquello nunca más, y no es justo, y que patatín y que patatán... porque... o nos envían de regreso a nuestras selvas... o inauguramos el primer circo de hombres animalizados, para diversión de todos los gatos y perros del vecindario. He dicho.

Las cámaras de televisión transmitieron un espectáculo insólito aquel fin de semana: en el aeropuerto, cada uno portando su correspondiente pasaje en los dientes (o sujeto en el pico en el caso del loro), todos los animales se ubicaron en orden frente a la puerta de embarque con destino al África.

Claro que el dueño del circo tuvo que contratar dos aviones: En uno viajaron los tigres, el león, los orangutanes, la foca, el osito y el loro. El otro fue totalmente utilizado por Víctor... porque todos sabemos que un elefante ocupa mucho, mucho espacio...

FIN

El Encuentro | Cuento de la Dinastía T'ang (618–907 DC)

Ch'ienniang era la hija del señor Chang Yi, funcionario de Hunan. Tenía un primo llamado Wang Chu, que era un joven inteligente y bien parecido. Se habían criado juntos, y como el señor Chang Yi quería mucho al joven, dijo que lo aceptaría como yerno. Ambos oyeron la promesa y como ella era hija única y siempre estaban juntos, el amor creció día a día. Ya no eran niños y llegaron a tener relaciones íntimas. Desgraciadamente, el padre era el único en no advertirlo. Un día un joven funcionario le pidió la mano de su hija. El padre, descuidando u olvidando su antigua promesa, consintió. Ch'ienniang, desgarrada por el amor y por la piedad filial, estuvo a punto de morir de pena, y el joven estaba tan despechado que resolvió irse del país para no ver a su novia casada con otro. Inventó un pretexto y comunicó a su tío que tenía que irse a la capital. Como el tío no logró disuadirlo, le dio dinero y regalos y le ofreció una fiesta de despedida. Wang Chu, desesperado, no cesó de cavilar durante la fiesta y se dijo que era mejor partir y no perseverar en un amor sin ninguna esperanza. Wang Chu se embarcó una tarde y había navegado unas pocas millas cuando cayó la noche. Le dijo al marinero que amarrara la embarcación y que descansaran. No pudo conciliar el sueño y hacia la media noche oyó pasos que se acercaban. Se incorporó y preguntó: “¿Quién anda a estas horas de la noche?” “Soy yo, soy Ch'ienniang”, fue la respuesta. Sorprendido y feliz, la hizo entrar en la embarcación. Ella le dijo que había esperado ser su mujer, que su padre había sido injusto con él y que no podía resignarse a la separación. También había temido que Wang Chu, solitario y en tierras desconocidas, se viera arrastrado al suicidio. Por eso había desafiado la reprobación de la gente y la cólera de los padres y había venido para seguirlo adonde fuera. Ambos, muy dichosos, prosiguieron el viaje a Szechuen. Pasaron cinco años de felicidad y ella le dio dos

hijos. Pero no llegaron noticias de la familia y Ch'ienniang pensaba diariamente en su padre. Esta era la única nube en su felicidad. Ignoraba si sus padres vivían o no y una noche le confesó a Wang Chu su congoja; como era hija única se sentía culpable de una grave impiedad filial. –Tienes un buen corazón de hija y yo estoy contigo –respondió él–. Cinco años han pasado y ya no estarán enojados con nosotros. Volvamos a casa–. Ch'ienniang se regocijó y se aprestaron para regresar con los niños. Cuando la embarcación llegó a la ciudad natal, Wang Chu le dijo a Ch'ienniang: –No sé en qué estado de ánimo encontraremos a tus padres. Déjame ir solo a averiguarlo–. Al avistar la casa, sintió que el corazón le latía. Wang Chu vio a su suegro, se arrodilló, hizo una reverencia y pidió perdón. Chang Yi lo miró asombrado y le dijo: –¿De qué hablas? Hace cinco años que Ch'ienniang está en cama y sin conciencia. No se ha levantado una sola vez. –No estoy mintiendo –dijo Wang Chu–. Está bien y nos espera a bordo. Chang Yi no sabía qué pensar y mandó dos doncellas a ver a Ch'ienniang. A bordo la encontraron sentada, bien ataviada y contenta; hasta les mandó cariños a sus padres. Maravilladas, las doncellas volvieron y aumentó la perplejidad de Chang Yi. Entre tanto, la enferma había oído las noticias y parecía ya libre de su mal y había luz en sus ojos. Se levantó de la cama y se vistió ante el espejo. Sonriendo y sin decir una palabra, se dirigió a la embarcación. La que estaba a bordo iba hacia la casa y se encontraron en la orilla. Se abrazaron y los dos cuerpos se confundieron y sólo quedó una Ch'ienniang, joven y bella como siempre. Sus padres se regocijaron, pero ordenaron a los sirvientes que guardaran silencio, para evitar comentarios. Por más de cuarenta años, Wang Chu y Ch'ienniang vivieron juntos y felices.

FIN

El Cautivo | Jorge Luis Borges *El Hacedor* (1960)

En Junín o en Tapalqué refieren la historia. Un chico desapareció después de un malón; se dijo que lo habían robado los indios. Sus padres lo buscaron inútilmente; al cabo de los años, un soldado que venía de tierra adentro les habló de un indio de ojos celestes que bien podía ser su hijo. Dieron al fin con él (la crónica ha perdido las circunstancias y no quiero inventar lo que no sé) y creyeron reconocerlo. El hombre, trabajado por el desierto y por la vida bárbara, ya no sabía oír las palabras de la lengua natal, pero se dejó conducir, indiferente y dócil, hasta la casa. Ahí se detuvo, tal vez porque los otros se detuvieron. Miró la puerta, como sin entenderla. De pronto bajó la cabeza, gritó, atravesó corriendo el zaguán y los dos largos patios y se metió en la cocina. Sin vacilar, hundió el brazo en la ennegrecida campana y sacó el cuchillito de mango de asta que había escondido ahí, cuando chico. Los ojos le brillaron de alegría y los padres lloraron porque habían encontrado al hijo.

Acaso a este recuerdo siguieron otros, pero el indio no podía vivir entre paredes y un día fue a buscar su desierto. Yo querría saber qué sintió en aquel instante de vértigo en que el pasado y el presente se confundieron; yo querría saber si el hijo perdido renació y murió en aquel éxtasis o si alcanzó a reconocer, siquiera como una criatura o un perro, los padres y la casa.

FIN

Cinthia Scoch y El Lobo | Ricardo Mariño (1994)

El lobo apareció cuando Cinthia Scoch ya había atravesado más de la mitad del Parque Lezama.

–¡Hola! ¡Pero qué linda niña! Seguro que vas a visitar a tu abuelita –la saludó.

–Sí, voy a visitarla y a llevarle esta torta porque está enferma.

–¿Y si la torta está enferma para qué se la llevas? ¿Tu idea es matarla?

–No, la que está enferma es mi abuela. La torta está bien.

–Ah, entiendo. Entonces puedo dejarme la torta como postre.

–¿Cómo?

–Que me gustaría acompañarte para que no te ocurra nada malo en el camino. Por acá anda mucho elemento peligroso. ¿Cuál es tu nombre?

–Cinthia Scoch.

–Lindo nombre.

–¿Usted cómo se llama?

–Jamás me llamo. Siempre son otros los que me llaman. ¿Vamos?

A poco de caminar, Cinthia y el lobo encontraron a una chica y a un chico que estaban sentados sobre un tronco, llorando.

–Pobres... –se apenó Cinthia–. ¿Qué les ocurrirá?

–Bah, no te detengas –murmuró el lobo–. Ya te dije: este lugar está lleno de pordioseros y granujas. Deben ser ladrones, carteristas, drogadictos, mendigos.

Pese a la advertencia, Cinthia se acercó a los niños.

–Estamos extraviados –le explicaron–. Nuestro padre nos abandonó porque se quedó sin trabajo y no tenía para alimentarnos.

–Lo siento –dijo Cinthia.

–¿Para qué? –preguntó el lobo, impaciente–. ¡Si ya está sentado! Mejor vamos a lo de tu abuelita.

–¿Cómo se llama... perdón, cuáles son sus nombres, chicos? –preguntó Cinthia.

–Yo, Hansel –respondió el chico, mirando con simpatía a Cinthia.

–Y yo, Gretel –balbuceó la nena, secándose las lágrimas con la manga del pulóver y mirando desconfiada al lobo.

–Bueno, vengan con nosotros. Vamos a lo de mi abuela y allá, mientras nos comemos esta torta, podemos pensar en alguna solución –propuso Cinthia.

Los cuatro siguieron camino. El lobo iba malhumorado porque se le estaba complicando el plan de comerse a Cinthia. De la rabia, no dejaba de patear cuanta piedrita había en el sendero.

Poco después se toparon con un grupo de siete niños o, para ser más preciso, seis y medio, ya que uno era una verdadera miniatura. Venían marchando en fila con el chiquitín adelante, y al encontrarse con los otros se detuvieron, confundidos.

–¿Perdieron algo? –los interrogó Cinthia.

–Es que... veníamos siguiendo unas piedritas que yo había dejado caer en el camino de ida para orientarnos al volver. Era la única forma que teníamos de encontrar el camino de regreso a nuestra casa...

–No entiendo –dijo Cinthia.

–Nuestros padres nos abandonaron porque no tienen trabajo –empezó a explicar el pequeñito.

–¡No lo había dicho, yo! ¡Este lugar está infestado de pordioseros, huérfanos y delincuentes! – lo interrumpió el lobo, tirando del brazo de Cinthia. Pero ella se resistió.

–¡Un momento! ¡Debemos prestar atención a este niño!

–¡No hay que prestar nada! ¡Después no te lo devuelven!

–El problema es que en esta parte del camino las piedras han desaparecido –terminó de explicar el niño.

Cinthia miró furiosa al lobo y éste se hizo el desentendido.

– Vengan con nosotros a lo de mi abuela. ¡Llevo una torta!

–Muchas gracias –dijo el chiquitín, emocionado, y muy respetuosamente se presentó:

–Me llaman Pulgarcito, y éstos son mis hermanos.

Continuaron camino.

El lobo estaba cada vez más impaciente porque al ser tantos, se complicaba el plan de comerse a Cinthia. Aunque enseguida, pensándolo mejor, se le ocurrió algo:

–Querida Cinthia –dijo el lobo–, como ya encontraste amiguitos que te pueden acompañar, puedo regresar a mis quehaceres. Hasta pronto y que les vaya bien a todos.

–Adiós, señor. Gracias por su compañía. Poco después el grupo llegó a la casa de la abuela. Cinthia golpeó la puerta y esperó. Pero en lugar de permitirle pasar con todos sus amigos, la abuela le dijo:

–Ay, querida, justo hoy que estoy enferma me visitas con todos tus amiguitos. ¡No quiero contagiarlos!

–Está bien, abuela –respondió Cinthia, desilusionada. Les pidió a los chicos que la esperaran afuera, y le dio la torta a Hansel para que la tuviera.

Una vez que pasó al interior de la casa, la abuela cerró la puerta y la miró de una manera extraña.

Cinthia notó algo raro.

–¡Qué orejas tan grandes, abuela!

–Para escuchar mejor lo que dicen los vecinos, querida.

–¡Y qué peludas tus manos!

–Para ahorrar en guantes...

–¡Y qué boca tan grande!

–¡Estaba esperando que dijeras eso! –exclamó el lobo, desfigurado de bestialidad–. Tengo esta boca tan grande... ¡para comerrrr...! –había empezado a decir la abuela, cuando se escucharon tres enérgicos golpes en la puerta.

Cinthia abrió. Era una loba.

–Vengo a buscar a mi marido.

–Acá no hay ningún lobo –le explicó Cinthia.

–No estoy para bromas, nena. Puedo oler a ese inútil a trescientos metros. ¡Oh! Ahí está. ¿Qué hace disfrazado de anciana humana? ¿De dónde sacó esa ropa?

–¡Sólo estaba haciéndole una broma a esta simpática criatura! –dijo el lobo.

–¿Broma? ¡Cómo para bromas estoy yo! –dijo la loba–. Acabo de encontrar a dos cachorros humanos en el parque. Sus padres los han abandonado. Se llaman Rómulo y Remo y pienso amamantarlos yo misma. Es necesario que vengas conmigo y me ayudes a armarles un lugar donde puedan dormir –dijo, o más bien ordenó, la loba.

Cuando el lobo se marchó, Cinthia, que no había entendido nada de lo ocurrido, encontró a su verdadera abuela amordazada en el baño. Sólo cuando la anciana se calmó, pudieron entrar los demás chicos y entre todos comieron la torta.

Los chicos vivieron unos días con la abuela de Cinthia y luego pudieron regresar con sus padres.

Hansel y Gretel, como todo el mundo sabe, lograron encontrar el camino que conducía a la casa de sus padres, aunque antes debieron vencer a una bruja que los tuvo prisioneros varios días.

Pulgarcito y sus hermanos también pasaron ciertas peripecias para regresar con su familia, pero finalmente lo consiguieron gracias al ingenio del diminuto, que hasta llegó a casarse con una princesa.

En cuanto al lobo, se vio obligado a buscar comida para alimentar a los robustos y apetentes Rómulo y Remo, y ya no tuvo tiempo para fechorías. De grandes, los niños viajaron a Europa y fueron muy importantes, aunque como hermanos no se puede decir que se llevaran bien.

La loba, por último, fue apreciada por todo el barrio de San Telmo, que premió su gesto levantando una estatua en el mismo Parque Lezama. Cualquiera que pase por allí puede verla. Es una escultura que muestra a una loba y a los dos niños, y está ubicada en el sitio donde el animal los encontró.

De Cinthia Scoch no podemos agregar demasiado, pero se dice que por allí circula un libro que cuenta parte de sus aventuras.

FIN

Triste Historia de Amor con Final Feliz | Gustavo Roldán *Cada cual se divierte como puede* (1985)

Las aguas del Bermejo corrían alborotadas después de la lluvia, de las hojas colgaban infinitos espejos de luz brillando bajo el sol y el monte florecía de colores y bailaba con el canto de los pájaros.

¡Qué lo tiró! –dijo el piojo–. ¡Esto es tan lindo que me da un no sé qué!, –y depuro nervioso lo picó tres veces al ñandú.

–¡Eh, don piojo, no se entusiasme tanto! –gritó el ñandú sacudiendo la cabeza.

–¡No se achique compañero! –dijo el piojo saltando de contento. Éste es un día para no desperdiciar. ¿No ve que anda contenta hasta doña vizcacha?

–¿Doña vizcacha contenta? ¡No lo puedo creer!

No hay más que mirarle la cara.

–¿No estará enferma? –dijo preocupado el quirquincho–. A ver si tiene algo grave.

–¿Grave? –dijo el sapo–. Grave fue lo que le pasó al abuelo del oso hormiguero cuando era mozo. Y me acuerdo porque estos días tan lindos a veces son peligrosos.

–¿Qué le pasó, don sapo?

–La culpa fue de un día como éste. Todos contentos, y al oso hormiguero se le dio por enamorarse. Ahí andaba la parejita jurándose amor eterno y todas esas cosas que se dicen en esos momentos.

–Bueno, –dijo la paloma–, andar enamorado no es nada malo...

–Hasta ahí estamos de acuerdo, y no va a ser este sapo el que hable mal del amor, pero aquí la historia es diferente. Resulta que se enamoró de la hormiga, y ustedes saben que el oso hormiguero no tiene ese nombre porque sí nomás. Y desde ese día no pudo comer hormigas, que es lo que come un buen oso hormiguero.

–¿Y qué hizo?, porque eso es bastante grave.

Probó vainas de algarrobo, frutitas de tala y mistol, un poco de puiquillín y chañar. Pero nada. Iba enflaqueciendo que era una tristeza. Al final estaba puro cuero y huesos. Con decirle que lo quisieron contratar de la universidad para estudiar el esqueleto. Le ofrecían un buen sueldo y todo.

–¿Y no aceptó?

–¡Qué iba a aceptar! ¡Si lo único que quería era estar con su hormiguita! ¡Mire que yo conozco historias de amores grandes, pero como éste, ninguna!

–Me tiene sobre ascuas, don sapo –dijo la pulga emocionada–. ¡Me enloquecen las historias de amor!

–¡A mí también –dijo la paloma–, siga, siga, don sapo, que estoy muerta de curiosidad! ¿Las cosas andaban bien entre ellos?

–Y bueno, bien o mal, según como se mire. Porque al final el oso hormiguero ya no tenía fuerzas ni para decirle un “te quiero” a la hormiguita.

–¡Ay! ¡Ya me imagino! –dijo la paloma–, ¡seguro que se cruzó una desgracia!

–Y... sí, o no... Según como se mire...

–Don sapo, usted no está hablando muy claro –dijo el piojo–. ¿Se cruzó o no se cruzó una desgracia?

–Y, sí o no... Según como se mire.

En realidad, lo que se cruzó fue un hormigo. Un hormigo simpático, buen mozo, que también se enamoró de la hormiguita.

–¡No me diga que la hormiguita se fue con el hormigo! –dijo la paloma.

–Si no quiere no se lo digo. Pero eso fue lo que le pasó. Ni más ni menos.

–¡Ay, qué triste historia! –dijo la pulga.

–Y, sí o no –dijo el sapo–, según como se mire. El oso hormiguero primero se puso muy triste, después más triste todavía, pero al final justo apareció por ahí una osa hormiguera que lo cuidó, se preocupó por hacerlo sentir bien...y ya se imaginarán cómo terminó el cuento.

–¡Ay, qué suerte! –dijo la pulga–. ¡Me vuelve el alma al cuerpo! ¡Este final sí que me pone contenta!

–A mí también –dijo el piojo– y saltando de alegría lo picó tres veces al ñandú.

Mientras los bichos volvían a corretear de un lado para el otro, aprovechando el día tan especial, el sapo se zambulló en el río. Algunos juran que lo oyeron decir: “Já, si sabrá este sapo de historias de amor”. Eso dicen algunos, pero otros aseguran que dijo “Me parece que yo también voy a aprovechar este día tan especial”, mientras nadaba hacia una sapita que estaba arriba de un tronco.

FIN

El Origen del Fuego. Mito Guaraní | Gustavo Roldán

Dicen que dicen...

...que hace mucho, pero mucho tiempo, los buitres eran los únicos poseedores del fuego.

Ellos eran los únicos dueños y solamente ellos podían cocinar los alimentos.

Cierta vez, un sapo habló con el dios Tupá y entre los dos planearon quitarle a los buitres tanpreciado bien, para obsequiárselo a los hombres. Tupá interrogó al sapo, preguntándole si él lo ayudaría obtener el fuego.

–Si tú me ayudas yo acepto el desafío– dijo el sapo, y entre los dos planearon tan difícil cometido.

Tupá dijo que él se tiraría al suelo y se haría pasar por muerto. Y así lo hizo. Allí estaba Tupá desparramado por el piso haciéndose el muerto, mientras el sapo esperaba ahí cerquita, escondido detrás de los matorrales.

No pasó mucho tiempo que aparecieron los buitres, aparecieron de repente, desplegadas sus alas y dando giros desafiantes en el aire. Venían en busca del muerto.

Los bicharracos encendieron el fuego, un fuego grande, crepitante y amenazador.

Luego, sobre el gran fuego acarrearón ramas con sus picos que comenzaron a arder con fuerza y fueron rodeando el supuesto cadáver. El fuego tomaba cada vez más fuerza hasta convertirse en brazas, con las cuales planeaban cocinar el alimento.

Al poco rato, cuando las brasas eran suficientes, en un descuido de los pajarracos, Tupá pateó con fuerza los leños y éstos dejaron volar cientos de chispas hacia donde se encontraba el sapo, sin embargo, el pequeño batracio le hizo señas a Tupá, haciéndole saber que había sido incapaz de alcanzar alguna.

Otra vez Tupá debió esperar el momento propicio, ya que los buitres poseían el poder mientras fuesen los únicos dueños.

El dios Tupá, en otra distracción de los buitres volvió a patear los abrazantes leños encendidos, pero esta vez con mucha más fuerza, haciendo llegar algunas brazas hasta los yuyales que albergaban al sapo; éste a pesar del calor que sintió tomó la braza en su boca, se la tragó y huyó con ella, tan rápido como pudo lo más lejos posible.

Cuando el sapo se supo lejos de los buitres, escupió la braza sobre el hueco de un tronco seco, que en instantes comenzó a arder.

Enterados los buitres que ya no eran los únicos poseedores del fuego, intentaron huir, pero Tupá condenó el egoísmo de los pajarracos convirtiéndolos en aves carroñeras para siempre y les quitó todo el poder que poseían.

Tupá y el sapo llegaron hasta los hombres y con infinita paciencia les enseñaron el secreto del fuego y como hacer un pequeño hueco en las maderas blandas, y a frotar con un palo la madera hasta hacerla encender.

Fue así como los hombres conocieron el fuego.

FIN

El Gato | H. A. Murena

¿Cuánto tiempo llevaba encerrado?

La mañana de mayo velada por la neblina en que había ocurrido aquello le resultaba tan irreal como el día de su nacimiento, ese hecho acaso más cierto que ninguno, pero que sólo atinamos a recordar como una increíble idea. Cuando descubrió, de improviso, el dominio secreto e impresionante que el otro ejercía sobre ella, se decidió a hacerlo. Se dijo que quizás iba a obrar en nombre de ella, para librarla de una seducción inútil y envilecedora. Sin embargo, pensaba en sí mismo, seguía un camino iniciado mucho antes. Y aquella mañana, al salir de esa casa, después que todo hubo ocurrido, vio que el viento había expulsado la neblina, y, al levantar la vista ante la claridad enceguedora, observó en el cielo una nube negra que parecía una enorme araña huyendo por un campo de nieve. Pero lo que nunca olvidaría era que a partir de ese momento el gato del otro, ese gato del que su dueño se había jactado de que jamás lo abandonaría, empezó a seguirlo, con cierta indiferencia, con paciencia casi ante sus intentos iniciales por ahuyentarlo, hasta que se convirtió en su sombra.

Encontró esa pensionsucha, no demasiado sucia ni incómoda, pues aún se preocupaba por ello. El gato era grande y musculoso, de pelaje gris, en partes de un blanco sucio. Causaba la sensación de un dios viejo degradado, pero que no ha perdido toda la fuerza para hacer daño a los hombres; no les gustó, lo miraron con repugnancia y temor, y, con la autorización de su accidental amo, lo echaron. Al día siguiente, cuando regresó a su habitación, encontró al gato instalado allí; sentado en el sillón; levantó apenas la cabeza, lo miró y siguió dormitando. Lo echaron por segunda vez, y volvió meterse en la casa, en la pieza, sin que nadie supiera cómo. Así ganó la partida, porque desde entonces la dueña de la pensión y sus acólitos renunciaron a lucha.

¿Se concibe que un gato influya sobre la vida de un hombre, que consiga modificarla?

Al principio él salía mucho; los largos hábitos de una vida regalada hacían que aquella habitación, con su lamparita de luz amarillenta y débil, que dejaba en la sombra muchos rincones, con sus muebles sorprendentemente feos y desvencijados si se los miraba bien, con las paredes cubiertas por un papel listado de colores chillones le resultaba poco tolerable. Salía y volvía más inquieto; andaba por las calles, andaba, esperando que el mundo le devolviera una paz ya prohibida. El gato no salía nunca. Una tarde que él estaba apurado por cambiarse y presenció desde la puerta cómo limpiaba la habitación la sirvienta, comprobó que ni siquiera en ese momento dejaba la pieza: a medida que la mujer avanzaba con su trapo y su plumero, se iba desplazando hasta que se instalaba en un lugar definitivamente limpio; raras veces había descuidos, y entonces la sirvienta soltaba un chistido suave, de advertencia, no de amenaza, y el animal se movía. ¿Se resistía a salir por miedo de que aprovecharan la ocasión para echarlo de nuevo o era un simple reflejo de su instinto de comodidad? Fuera lo que fuese, él decidió imitarlo, aunque para forjarse una especie de sabiduría con lo que en el animal era miedo o molicie.

En su plan figuraba privarse primero de las salidas matutinas y luego también de las de la tarde; y, pese a que al principio le costó ciertos accesos de sorda nerviosidad habituarse a los encierros, logró cumplirlo. Leía un librito de tapas negras que había llevado en el bolsillo; pero también se paseaba durante horas por la pieza, esperando la noche, la salida. El gato apenas si lo miraba; al parecer tenía suficiente con dormir, comer y lamerse con su rápida lengua. Una noche muy fría, sin embargo, le dio pereza vestirse y no salió; se durmió enseguida. Y a partir de ese momento todo le resultó sumamente fácil, como si hubiese llegado a una cumbre desde la que no tenía más que descender. Las persianas de su cuarto sólo se abrieron para recibir la comida; su boca, casi únicamente para comer. La barba le creció, y al cabo puso también fin a las caminatas por la habitación.

Tirado por lo común en la cama, mucho más gordo, entró en un período de singular beatitud. Tenía la vista casi siempre fija en las polvorientas rosetas de yeso que ornaban el cielo raso, pero no las distinguía, porque su necesidad de ver quedaba satisfecha con los cotidianos diez minutos de observación de las tapas del libro. Como si se hubieran despertado en él nuevas facultades, los reflejos de la luz amarillenta de la bombita sobre esas tapas negras le hacían ver sombras tan complejas, matices tan sutiles que ese solo objeto real bastaba para saturarlo, para sumirlo en una especie de hipnotismo. También su olfato debía haber crecido, pues los más leves olores se levantaban como grandes fantasmas y lo envolvían, lo hacían imaginar vastos bosques violáceos, el sonido de las olas contra las rocas. Sin saber por qué comenzó a poder contemplar agradables imágenes: la luz de la lamparita —eternamente encendida— menguaba hasta desvanecerse. y, flotando en los aires, aparecían mujeres cubiertas por largas vestimentas, de rostro color sangre o verde pálido, caballos de piel intensamente celeste...

El gato, entretanto, seguía tranquilo en su sillón.

Un día oyó frente a su puerta voces de mujeres. Aunque se esforzó, no pudo entender qué decían, pero los tonos le bastaron. Fue como si tuviera una enorme barriga fofa y le clavarán en ella

un palo, y sintiera el estímulo, pero tan remoto, pese a ser, sumamente intenso, que comprendiese que iba a tardar muchas horas antes de poder reaccionar. Porque una de las voces correspondía a la dueña de la pensión, pero la otra era la de ella, que finalmente debía haberlo descubierto.

Se sentó en la cama. Deseaba hacer algo, y no podía.

Observó al gato: también él se había incorporado y miraba hacia la persiana, pero estaba muy sereno. Eso aumentó su sensación de impotencia.

Le latía el cuerpo entero, y las voces no paraban. Quería hacer algo. De pronto sintió en la cabeza una tensión tal que parecía que cuando cesara él iba a deshacerse, a disolverse.

Entonces abrió la boca, permaneció un instante sin saber qué buscaba con ese movimiento, y al fin maulló, agudamente, con infinita desesperación, maulló.

FIN

Las Medias de Los Flamencos | Horacio Quiroga *Cuentos de la selva* (1918)

Un día, las víboras decidieron dar un gran baile. Fueron invitados los sapos, las ranas, los flamencos, los pescados y los yacarés.

El baile se hizo a la orilla del río y los pescados miraban asomaditos a la arena, aplaudiendo con la cola, pues no tienen patas para bailar. Los yacarés fumaban cigarros paraguayos y se adornaron los cuellos con collares de bananas. Los sapos se pegaron escamas de pescado en el cuerpo y se movían como si nadaran. Las ranas se habían perfumado el cuerpo y caminaban en dos pies, llevando un farolito con una luciérnaga.

Las que estaban mejor vestidas, eran las víboras, con trajes de bailarinas haciendo juego con el color de cada víbora. Bailaban apoyadas en la punta de sus colas, mientras los invitados aplaudían como locos.

Los únicos que no estaban felices, eran los flamencos, que por ese tiempo tenían las patas blancas, porque no eran inteligentes y no habían sabido adornarse. Ellos envidiaban los trajes de los otros invitados, principalmente los de las víboras de coral, las más hermosas.

Un flamenco tuvo una idea. Colocarse medias rojas, blancas y negras, para que las víboras se enamorasen de ellos. Fueron hasta el almacén del pueblo para comprar las medias. Pero el almacenero no tenía. Entonces fueron a otro almacén y a otro, y en todas partes los tomaban por locos.

Un tatú que estaba tomando agua en el río, escuchó lo que ocurría y quiso burlarse de ellos y se acercó.

– Buenas noches, señores flamencos. No van a encontrar lo que buscan en un almacén. Tal vez en Buenos Aires, pero eso demora. Mi cuñada, la lechuza, tiene medias así. Pueden pedírselas.

Los flamencos agradecidos se despidieron y fueron volando a la cueva de la lechuza.

– Buenas noches, lechuza. Venimos a pedirle medias rojas, blancas y negras, para el gran baile de las víboras.

– Con mucho gusto, respondió la lechuza. Aguarden un momento.

La lechuza se alejó volando y retornó un rato después con las medias. En realidad, no eran medias, sino los cueros de víboras de coral, recién sacados de las víboras que había cazado.

– Aquí les traigo las medias. Disfrútenlas, pero no dejen de bailar nunca, porque entonces van a llorar, dijo la lechuza.

Como los flamencos son tontos, no comprendieron a qué se refería la lechuza y se pusieron los cueros de víbora como si fueran medias. Así llegaron al baile.

Cuando llegaron al baile, todos estuvieron envidiosos. Las víboras quisieron bailar sólo con ellos. Como se movían constantemente, nadie podía ver de qué estaban hechas sus medias.

Pero las víboras comenzaron a sospechar. Comenzaron entonces a observar con intensidad aquellas medias, pero los flamencos no paraban de bailar.

Cuando las víboras se dieron cuenta que los flamencos estaban muy cansados y que deberían forzosamente parar, pidieron los farolitos a los sapos. Cuando los flamencos comenzaron a caer de cansancio, las víboras se acercaron a observar sus patas con los farolitos, pudiendo ver de qué estaban hechas las medias.

– ¡No son medias! – exclamaron– Nos han engañado. Mataron a nuestras hermanas y se pusieron sus cueros.

Los flamencos asustados quisieron huir, pero no pudieron debido al enorme cansancio que tenían. Entonces, las víboras de coral se abalanzaron sobre ellos, deshaciendo sus medias a mordiscones, mordiendo también sus patas para que murieran.

Los flamencos saltaban de un lado a otro por el dolor, pero sin poder quitarse de encima a las víboras. Hasta que finalmente los dejaron libres, para que murieran por el veneno que habían dejado en sus cuerpos.

Pero los flamencos corrieron a echarse en el agua, gritando de dolor. No murieron, pasaron días con el terrible ardor en las patas, que habían cambiado su color blanco, por un color sangre que venía del veneno que contenían.

Esto ocurrió hace muchísimo, pero los flamencos todavía deben tener las patas sumergidas en el agua por el intenso ardor. En ocasiones, deben arrollar una de sus patas, para aliviar el ardor.

FIN

El espejo Chino | Anónimo Cuento Chino

Un campesino chino se fue a la ciudad para vender la cosecha de arroz y su mujer le pidió que no se olvidase de traerle un peine.

Después de vender su arroz en la ciudad, el campesino se reunió con unos compañeros, y bebieron y lo celebraron largamente. Después, un poco confuso, en el momento de regresar, se acordó de que su mujer le había pedido algo, pero ¿qué era? No lo podía recordar. Entonces compró en una tienda para mujeres lo primero que le llamó la atención: un espejo. Y regresó al pueblo.

Entregó el regalo a su mujer y se marchó a trabajar sus campos.

La mujer se miró en el espejo y comenzó a llorar desconsoladamente. La madre le preguntó la razón de aquellas lágrimas. La mujer le dio el espejo y le dijo:

–Mi marido ha traído a otra mujer, joven y hermosa.

La madre cogió el espejo, lo miró y le dijo a su hija:

–No tienes de qué preocuparte, es una vieja.

FIN

¿Para qué adular? | Anónimo Cuento Chino

Un hombre rico y un hombre pobre conversaban:

–Si yo te diera el veinte por ciento de todo el oro que poseo, ¿me adularías? –preguntó el rico.

–El reparto sería demasiado desigual para que tú merecieras mis cumplidos –contestó el pobre.

–¿Y si yo te diera la mitad de mi fortuna?

–Entonces seríamos iguales, ¿con qué fin adularte?

–¿Y si yo te lo diera todo?

–En ese caso, ¡no veo qué necesidad tendría de adularte!

FIN

El Cofre Volador | Hans Christian Andersen Cuento de Hadas (1839)

Hubo un comerciante muy rico, tanto, que podría haber empedrado una calle con monedas de plata. Pero no lo hizo, invirtió muy bien todo su dinero. Pero murió.

Su hijo, heredó toda su fortuna y vivía alegremente despilfarrando sus riquezas, hasta que finalmente se quedó sin nada. Apenas cuatro perras gordas, una bata de noche y unas zapatillas. Sus amigos lo abandonaron porque ya no tenía nada que ofrecer. Pero uno de sus amigos que era de buen corazón, le envió un cofre viejo con una nota que decía: “¡Empaca!”. Era un buen consejo, pero no tenía nada para empacar, así que se metió en el baúl.

Era un cofre extraño, apenas se trancaba la cerradura y el cofre salía volando. El muchacho se metió y salió por los aires y siguió volando hasta que llegó a Turquía.

Escondió el cofre en el bosque y lo cubrió con hojarasca seca. Se dirigió a la ciudad, donde no llamaba la atención, pues los turcos vestían también bata y pantuflas.

Mientras caminaba por la ciudad, vio un enorme castillo y preguntó de quién era, y le contaron que allí vivía la hija del rey y que nadie podía verla, pues según las profecías, quien se enamorara de ella, la haría desgraciada. Por eso, el rey y la reina, no permitían que nadie la viese, a menos que ellos estuvieran presentes.

El hijo del mercader regresó al bosque y se metió en el cofre, y logró llegar al tejado del castillo, y entró en las habitaciones de la princesa. Ella dormía en un sofá. La joven era tan hermosa, que el joven le dio un beso sin poder resistirse. La princesa despertó asustada, pero el muchacho la calmó, contándole que era el dios de los turcos que había llegado por los aires.

Los jóvenes estuvieron conversando largo rato, el muchacho le contó infinidad de historias interesantes, hasta que le pidió a la princesa que fuera su esposa. Ella aceptó inmediatamente.

La princesa le dijo que regresara el sábado, que era el día que sus padres estaban invitados a tomar el té. Le pidió que les contara historias, pues les gustaban mucho.

El joven aceptó y cuando se despedían, la princesa le regaló un sable adornado con monedas de oro, que le vinieron muy bien al hijo del mercader. Con el dinero se compró una bata nueva. Luego marchó al bosque a componer un nuevo cuento, que debería estar listo para ese sábado.

Apenas terminó a tiempo, los reyes lo aguardaban para tomar el té y que les contara el cuento.

El mozo comenzó su historia, mientras los reyes le escuchaban atentamente:

– Había una vez un haz de fósforos orgullosos de su estirpe. Provenían de un gran pino y tenían felices recuerdos de su niñez, cuando formaban parte de las ramas. Pero un día llegó un leñador y derribó el árbol convirtiendo el tronco en palo mayor de un barco, las ramas en diversos objetos, y a ellos, que eran astillas, les había tocado alumbrar a los pobres en la cocina. A toda esta charla respondía la olla de hierro, cuya vida había transcurrido del fuego a la piletta de lavado y luego a los estantes, donde conversaba con el resto de los utensilios y se consideraba indispensable. Pero luego intervino el eslabón y se quejó de la conversación. Los fósforos propusieron que averiguaran quién entre ellos era más noble. Así comenzó la olla de barro a contar su historia y agradó tanto a todos que fue coronada. Después la tenaza se puso a bailar y también recibió galardón. Pero los fósforos pensaban que los demás eran vulgares. La tetera se excusó de cantar, porque sólo le gustaba hacerlo para los señores. Una pluma que usaba la sirvienta para escribir, que se indignó por la negación de la tetera y propuso que cantara el pájaro que estaba enjaulado. A lo que se opuso la cafetera, que también cantaba. El cesto de las compras propuso que todos se organizaran, que él dirigiría. Entonces todos se pusieron a hacer escándalo. Pero de pronto se abrió la puerta y entró la criada, que tomó los fósforos y encendió el fuego, mientras todos los objetos de la cocina estaban muy quietos. Y los fósforos pensaban que todos deberían darse cuenta de que eran los primeros. Y así se consumieron.

El cuento gustó tanto a los reyes, que le concedieron la mano de la princesa, y la boda se fijó para el lunes siguiente.

El día previo a la boda, se celebró una gran fiesta en la ciudad, a la que todos estuvieron invitados. El hijo del mercader compró muchos cohetes y petardos, los metió en el baúl y emprendió el vuelo.

Era un gran estrépito y los turcos daban grandes saltos al verlo. Estaban convencidos de que era el propio dios de los turcos quien se casaría con la princesa.

Cuando el muchacho llegó al bosque, decidió regresar a la ciudad para observar qué efecto había causado su estrepitoso paso.

Todos habían presenciado el espectáculo, pero cada uno había visto algo distinto, aunque coincidían en que era maravilloso.

– El dios de los turcos volaba envuelto en un manto de fuego— decía uno.

Estas y otras cosas decían, todas muy agradables. Regresó al bosque para instalarse en su cofre, pero éste había desaparecido. Se había incendiado con la chispa de uno de los cohetes, que había encendido el forro. El hijo del mercader ya no pudo volver a palacio y su prometida pasó el día entero esperándolo en el tejado. Y todavía sigue esperando, mientras él recorre el mundo contando cuentos, aunque ninguno es tan magnífico como el de los fósforos.

FIN

Las Advertencias | Anónimo Cuento Chino

Un día, un joven se arrodilló a orillas de un río. Metió los brazos en el agua para refrescarse el rostro y allí, en el agua, vio de repente la imagen de la muerte. Se levantó muy asustado y preguntó:

—Pero... ¿qué quieres? ¡Soy joven! ¿Por qué vienes a buscarme sin previo aviso?

—No vengo a buscarte —contestó la voz de la muerte—. Tranquilízate y vuelve a tu hogar, porque estoy esperando a otra persona. No vendré a buscarte sin prevenirte, te lo prometo.

El joven entró en su casa muy contento. Se hizo hombre, se casó, tuvo hijos, siguió el curso de su tranquila vida. Un día de verano, encontrándose junto al mismo río, volvió a detenerse para refrescarse. Y volvió a ver el rostro de la muerte. La saludó y quiso levantarse. Pero una fuerza lo mantuvo arrodillado junto al agua. Se asustó y preguntó:

—Pero ¿qué quieres?

—Es a ti a quien quiero —contestó la voz de la muerte—. Hoy he venido a buscarte.

—¡Me habías prometido que no vendrías a buscarme sin prevenirme antes! ¡No has mantenido tu promesa!

—¡Te he prevenido!

—¿Me has prevenido?

—De mil maneras. Cada vez que te mirabas a un espejo, veías aparecer tus arrugas, tu pelo se volvía blanco. Sentías que te faltaba el aliento y que tus articulaciones se endurecían. ¿Cómo puedes decir que no te he prevenido?

Y se lo llevó hasta el fondo del agua.

FIN

El crimen casi perfecto | Roberto Arlt *Revista Mundo Argentino* (1940)

La coartada de los tres hermanos de la suicida fue verificada. Ellos no habían mentido. El mayor, Juan, permaneció desde las cinco de la tarde hasta las doce de la noche (la señora Stevens se suicidó entre siete y diez de la noche) detenido en una comisaría por su participación imprudente en un accidente de tránsito. El segundo hermano, Esteban, se encontraba en el pueblo de Lister desde las seis de la tarde de aquel día hasta las nueve del siguiente, y, en cuanto al tercero, el doctor Pablo, no se había apartado ni un momento del laboratorio de análisis de leche de la Erpa Cía., donde estaba adjunto a la sección de dosificación de mantecas en las cremas.

Lo más curioso de caso es que aquel día los tres hermanos almorzaron con la suicida para festejar su cumpleaños, y ella, a su vez, en ningún momento dejó de traslucir su intención funesta. Comieron todos alegremente; luego, a las dos de la tarde, los hombres se retiraron.

Sus declaraciones coincidían en un todo con las de la antigua doméstica que servía hacía muchos años a la señora Stevens. Esta mujer, que dormía afuera del departamento, a las siete de la tarde se retiró a su casa. La última orden que recibió de la señora Stevens fue que le enviara por el portero un diario de la tarde. La criada se marchó; a las siete y diez el portero le entregó a la señora Stevens el diario pedido y el proceso de acción que ésta siguió antes de matarse se presume lógicamente así: la propietaria revisó las adiciones en las libretas donde llevaba anotadas las entradas y salidas de su contabilidad doméstica, porque las libretas se encontraban sobre la mesa del comedor con algunos gastos del día subrayados; luego se sirvió un vaso de agua con whisky, y en esta mezcla arrojó aproximadamente medio gramo de cianuro de potasio. A continuación se puso a leer el diario, bebió el veneno, y al sentirse morir trató de ponerse de pie y cayó sobre la alfombra. El periódico fue hallado entre sus dedos tremendamente contraídos.

Tal era la primera hipótesis que se desprendía del conjunto de cosas ordenadas pacíficamente en el interior del departamento pero, como se puede apreciar, este proceso de suicidio está cargado de absurdos psicológicos. Ninguno de los funcionarios que intervinimos en la investigación podíamos aceptar congruentemente que la señora Stevens se hubiese suicidado. Sin embargo, únicamente la Stevens podía haber echado el cianuro en el vaso. El whisky no contenía veneno. El agua que se agregó al whisky también era pura. Podía presumirse que el veneno había sido depositado en el fondo o las paredes de la copa, pero el vaso utilizado por la suicida había sido retirado de un anaquel donde se hallaba una docena de vasos del mismo estilo; de manera que el presunto asesino no podía saber si la señora Stevens iba a utilizar éste o aquél. La oficina policial de química nos informó que ninguno de los vasos contenía veneno adherido a sus paredes.

El asunto no era fácil. Las primeras pruebas, pruebas mecánicas como las llamaba yo, nos inclinaban a aceptar que la viuda se había quitado la vida por su propia mano, pero la evidencia de que ella estaba distraída leyendo un periódico cuando la sorprendió la muerte transformaba en disparatada la prueba mecánica del suicidio.

Tal era la situación técnica del caso cuando yo fui designado por mis superiores para continuar ocupándome de él. En cuanto a los informes de nuestro gabinete de análisis, no cabía dudas. Únicamente en el vaso, donde la señora Stevens había bebido, se encontraba veneno. El agua y el whisky de las botellas eran completamente inofensivos. Por otra parte, la declaración del portero era terminante; nadie había visitado a la señora Stevens después que él le alcanzó el periódico; de manera que si yo, después de algunas investigaciones superficiales, hubiera cerrado el sumario informando de un suicidio comprobado, mis superiores no hubiesen podido objetar palabra. Sin embargo, para mí cerrar el sumario significaba confesarme fracasado. La señora Stevens había sido asesinada, y había un indicio que lo comprobaba: ¿dónde se hallaba el envase que contenía el veneno antes de que ella lo arrojara en su bebida?

Por más que nosotros revisáramos el departamento, no nos fue posible descubrir la caja, el sobre o el frasco que contuvo el tóxico. Aquel indicio resultaba extraordinariamente sugestivo. Además había otro: los hermanos de la muerta eran tres bribones.

Los tres, en menos de diez años, habían despilfarrado los bienes que heredaron de sus padres. Actualmente sus medios de vida no eran del todo satisfactorios.

Juan trabajaba como ayudante de un procurador especializado en divorcios. Su conducta resultó más de una vez sospechosa y lindante con la presunción de un chantaje. Esteban era corredor de seguros y había asegurado a su hermana en una gruesa suma a su favor; en cuanto a Pablo, trabajaba de veterinario, pero estaba descalificado por la Justicia e inhabilitado para ejercer su profesión, convicto de haber dopado caballos. Para no morir de hambre ingresó en la industria lechera, se ocupaba de los análisis.

Tales eran los hermanos de la señora Stevens. En cuanto a ésta, había enviudado tres veces. El día del “suicidio” cumplió 68 años; pero era una mujer extraordinariamente conservada, gruesa, robusta, enérgica, con el cabello totalmente renegrido. Podía aspirar a casarse una cuarta vez y manejaba su casa alegremente y con puño duro. Aficionada a los placeres de la mesa, su despensa estaba provista de vinos y comestibles, y no cabe duda de que sin aquel “accidente” la viuda hubiera vivido cien años. Suponer que una mujer de ese carácter era capaz de suicidarse, es desconocer la naturaleza humana. Su muerte beneficiaba a cada uno de los tres hermanos con doscientos treinta mil pesos.

La criada de la muerta era una mujer casi estúpida, y utilizada por aquélla en las labores groseras de la casa. Ahora estaba prácticamente aterrorizada al verse engranada en un procedimiento judicial.

El cadáver fue descubierto por el portero y la sirvienta a las siete de la mañana, hora en que ésta, no pudiendo abrir la puerta porque las hojas estaban aseguradas por dentro con cadenas de acero, llamó en su auxilio al encargado de la casa. A las once de la mañana, como creo haber dicho anteriormente, estaban en nuestro poder los informes del laboratorio de análisis, a las tres de la tarde abandonaba yo la habitación que quedaba detenida la sirvienta, con una idea brincando en el magín: ¿y si alguien había entrado en el departamento de la viuda rompiendo un vidrio de la ventana y colocando otro después que volcó el veneno en el vaso? Era una fantasía de novela policial, pero convenía verificar la hipótesis.

Salí decepcionado del departamento. Mi conjetura era absolutamente disparatada: la masilla solidificada no revelaba mudanza alguna.

Eché a caminar sin prisa. El “suicidio” de la señora Stevens me preocupaba (diré una enormidad) no policialmente, sino deportivamente. Yo estaba en presencia de un asesino sagacísimo, posiblemente uno de los tres hermanos que había utilizado un recurso simple y complicado, pero imposible de presumir en la nitidez de aquel vacío.

Absorbido en mis cavilaciones, entré en un café, y tan identificado estaba en mis conjeturas, que yo que nunca bebo bebidas alcohólicas, automáticamente pedí un whisky. ¿Cuánto tiempo permaneció el whisky servido frente a mis ojos? No lo sé; pero de pronto mis ojos vieron el vaso de whisky, la garrafa de agua y un plato con trozos de hielo. Atónito quedé mirando el conjunto aquel. De pronto una idea alumbró mi curiosidad, llamé al camarero, le pagué la bebida que no había

tomado, subí apresuradamente a un automóvil y me dirigí a la casa de la sirvienta. Una hipótesis daba grandes saltos en mi cerebro. Entré en la habitación donde estaba detenida, me senté frente a ella y le dije:

– Míreme bien y fíjese en lo que me va a contestar: la señora Stevens, ¿tomaba el whisky con hielo o sin hielo?

–Con hielo, señor.

–¿Dónde compraba el hielo?

– No lo compraba, señor. En casa había una heladera pequeña que lo fabricaba en pancitos.

– Y la criada casi iluminada prosiguió, a pesar de su estupidez.

–Ahora que me acuerdo, la heladera, hasta ayer, que vino el señor Pablo, estaba descompuesta. Él se encargó de arreglarla en un momento.

Una hora después nos encontrábamos en el departamento de la suicida el químico de nuestra oficina de análisis, el técnico retiró el agua que se encontraba en el depósito congelador de la heladera y varios pancitos de hielo. El químico inició la operación destinada a revelar la presencia del tóxico, y a los pocos minutos pudo manifestarnos:

– El agua está envenenada y los panes de este hielo están fabricados con agua envenenada.

Nos miramos jubilosamente. El misterio estaba desentrañado.

Ahora era un juego reconstruir el crimen. El doctor Pablo, al reparar el fusible de la heladera (defecto que localizó el técnico) arrojó en el depósito del congelador una cantidad de cianuro disuelto. Después, ignorante de lo que aguardaba, la señora Stevens preparó un whisky; del depósito retiró un pancito de hielo (lo cual explicaba que el plato con hielo disuelto se encontrara sobre la mesa), el cual, al desleírse en el alcohol, lo envenenó poderosamente debido a su alta concentración. Sin imaginarse que la muerte la aguardaba en su vicio, la señora Stevens se puso a leer el periódico, hasta que juzgando el whisky suficientemente enfriado, bebió un sorbo. Los efectos no se hicieron esperar.

No quedaba sino ir en busca del veterinario. Inútilmente lo aguardamos en su casa. Ignoraban dónde se encontraba. Del laboratorio donde trabajaba nos informaron que llegaría a las diez de la noche.

A las once, yo, mi superior y el juez nos presentamos en el laboratorio de la Erpa. El doctor Pablo, en cuanto nos vio comparecer en grupo, levantó el brazo como si quisiera anatemizar nuestras investigaciones, abrió la boca y se desplomó inerte junto a la mesa de mármol. Había muerto de un síncope. En su armario se encontraba un frasco de veneno. Fue el asesino más ingenioso que conocí.

FIN

El Amor y La Locura | Leyenda Anónima

Cuentan las leyendas, que una vez, hace muchísimo tiempo, se reunieron todos los sentimientos y cualidades de los hombres.

La reunión estaba en pleno, pero el Aburrimiento ya había bostezado por tercera vez. Entonces la Locura propuso jugar a la escondida. La Intriga se sintió intrigada y la Curiosidad, preguntó de qué trataba. Locura les explicó que era un juego en el cual debían esconderse, mientras ella se cubría los ojos para no ver dónde lo hacían. Y que luego, debía descubrir sus escondites. El primero que descubriera, ocuparía su lugar, y así continuaba el juego.

Entusiasmo y Euforia aplaudían. Alegría bailaba y terminó por convencer a Duda, incluso Apatía se interesó.

No todos quisieron participar. Verdad no deseaba esconderse, pues siempre la hallaban. Para Soberbia, era un juego tonto. Cobardía no se atrevió a arriesgarse.

Locura comenzó a contar. La primera en esconderse, fue Pereza, que se dejó caer tras la primera piedra del camino. Pero Fe, subió al cielo. Envidia se escondió tras la sombra de Triunfo, que había subido a la copa más alta del árbol. Generosidad, parecía no encontrar un sitio, porque eran mejores para sus amigos. Un lago cristalino para Belleza, la rendija de un árbol para Timidez, una ráfaga de viento para Libertad. Terminó por esconderse en un rayito de Sol. Egoísmo encontró el lugar ideal desde el principio, un sitio cómodo y ventilado, pero sólo para él. Mentira se escondió detrás del arco iris, y Pasión y Deseo en los volcanes. Olvido, no recuerdo dónde se escondió.

Cuando Locura estaba por terminar de contar, Amor no había encontrado sitio para esconderse, porque todos estaban ocupados. Hasta que encontró un rosal y se escondió entre sus flores.

Locura comenzó a buscar y halló primero a Pereza, luego a Fe, discutiendo con Dios en el cielo. A Pasión y Deseo los descubrió en la vibración de los volcanes. Al descuidarse encontró a Envidia y con ella a Triunfo. Egoísmo salió solito del escondite, porque era un nido de avispas, e imagínense cómo quedó. El juego le dio sed y se acercó al lago, donde descubrió a Belleza. Duda no había decidido todavía dónde esconderse. Así, encontró a todos, menos a Amor, que seguía sin aparecer. Cuando ya estaba a punto de rendirse, vio un rosal. Tomó un palo y comenzó a mover las ramas y de pronto se sintió un grito terrible. Las espinas habían herido a Amor en los ojos. Locura no sabía cómo reparar su terrible error. Entonces, prometió ser su lazarillo por siempre.

Desde entonces, el Amor es ciego y la Locura siempre lo acompaña.

FIN

El peligroso Taumaturgo | M. R. Werner, Brigham Young (1925)

Un clérigo que descreía del mormonismo fue a visitar a Joseph Smith*, el profeta, y le pidió un milagro. Smith le contestó:

–Muy bien, señor. Lo dejo a su elección. ¿Quiere usted quedar ciego o sordo? ¿Elige la parálisis, o prefiere que le seque una mano? Hable, y en el nombre de Jesucristo yo satisfaré su deseo.

El clérigo balbuceó que no era esa la clase de milagro que él había solicitado.

–En tal caso, señor –dijo Smith–, usted se va a quedar sin milagro. Para convencerlo a usted no perjudicaré a otras personas.

** Joseph Smith, Jr. fue el fundador de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.*

FIN

El cielo ganado | Gabriel Cristián Taboada (Buenos Aires, 1972)

El día del Juicio Final, Dios juzga a todos y a cada uno de los hombres. Cuando llama a Manuel Cruz, le dice:

–Hombre de poca fe. No creíste en mí. Por eso no entrarás en el Paraíso.

–Oh Señor, contesta Cruz, es verdad que mi fe no ha sido mucha. Nunca he creído en Vos, pero siempre te he imaginado.

Tras escucharlo, Dios responde:

–Bien, hijo mío, entrarás en el cielo; mas no tendrás nunca la certeza de hallarte en él.

FIN

Sueño infinito de PAO YU | Tsao–Hsue–Kin *Sueño del Aposento Rojo* (1719–1764)

Pao Yu soñó que estaba en un jardín idéntico al de su casa. ¿Será posible, dijo, que haya un jardín idéntico al mío? Se le acercaron unas doncellas. Pao Yu se dijo atónito: ¿Alguien tendrá doncellas iguales a Hsi–Yen, Pin–Erh y a todas las de casa? Una de las doncellas exclamó: "Ahí está Pao Yu. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí?" Pao Yu pensó que lo habían reconocido. Se adelantó y les dijo: "Estaba caminando; por casualidad llegué hasta aquí. Caminemos un poco." Las doncellas se rieron. "¡Qué desatino! Te confundimos con Pao Yu, nuestro amo, pero no eres tan gallardo como él". Eran doncellas de otro Pao Yu. "Queridas hermanas –les dijo– yo soy Pao Yu. ¿Quién es vuestro amo?" "Es Pao Yu", contestaron. "Sus padres le dieron ese nombre, que está compuesto de los dos caracteres Pao (precioso) y Yu (jade), para que su vida fuera larga y feliz. ¿Quién eres tú para usurpar ese nombre?" Se fueron, riéndose.

Pao Yu quedó abatido. "Nunca me han tratado tan mal. ¿Por qué me aborrecerán estas doncellas? ¿Habrás, de veras, otro Pao Yu? Tengo que averiguarlo". Trabajado por esos pensamientos, llegó a un patio que le pareció extrañamente familiar. Subió la escalera y entró en su cuarto. Vio a un joven acostado; al lado de la cama reían y hacían labores unas muchachas. El joven suspiraba. Una de las doncellas le dijo: "¿Qué sueñas, Pao Yu, estás afligido?" "Tuve un

sueño muy raro. Soñé que estaba en un jardín y que ustedes no me reconocieron y me dejaron solo. Las seguí hasta la casa y me encontré con otro Pao Yu durmiendo en mi cama". Al oír este diálogo Pao Yu no pudo contenerse y exclamó: "Vine en busca de un Pao Yu; eres tú". El joven se levantó y lo abrazó, gritando: "No era un sueño, tú eres Pao Yu." Una voz llamó desde el jardín: "¡Pao Yu!" Los dos Pao Yu temblaron. El soñado se fue; el otro le decía: "¡Vuelve pronto, Pao Yu!". Pao Yu se despertó. Su doncella Hsi-Yen le preguntó: "¿Qué sueñas Pao Yu, estás afligido?" "Tuve un sueño muy raro. Soñé que estaba en un jardín y que ustedes no me reconocieron..."

FIN

Historia de los dos que soñaron | Gustav Weil *Geschichte des Abbassidenchalifats in Aegypten (1860–62)*

Cuentan los hombres dignos de fe (pero sólo Alá es omnisciente y poderoso y misericordioso y no duerme) que hubo en El Cairo un hombre poseedor de riquezas, pero tan magnánimo y liberal que todas las perdió, menos la casa de su padre, y que se vio forzado a trabajar para ganarse el pan. Trabajó, tanto que el sueño lo rindió debajo de una higuera de su jardín y vio en el sueño a un desconocido que le dijo:

–Tu fortuna está en Persia, en Isfaján; vete a buscarla.

A la madrugada siguiente se despertó y emprendió el largo viaje y afrontó los peligros de los desiertos, de los idólatras, de los ríos, de las fieras y de los hombres. Llegó al fin a Isfaján, pero en el recinto de esa ciudad lo sorprendió la noche y se tendió a dormir en el patio de una mezquita. Había, junto a la mezquita, una casa y por el decreto de Dios Todopoderoso una pandilla de ladrones atravesó la mezquita y se metió en la casa, y las personas que dormían se despertaron y pidieron socorro. Los vecinos también gritaron, hasta que el capitán de los serenos de aquel distrito acudió con sus hombres y los bandoleros huyeron por la azotea. El capitán hizo registrar la mezquita y en ella dieron con el hombre de El Cairo y lo llevaron a la cárcel. El juez lo hizo comparecer y le dijo:

–¿Quién eres y cuál es tu patria?

El hombre declaró:

–Soy de la ciudad famosa de El Cairo y mi nombre es Yacub El Magrebí.

El juez le preguntó:

–¿Qué te trajo a Persia?

El hombre optó por la verdad y le dijo:

–Un hombre me ordenó en un sueño que viniera a Isfaján, porque ahí estaba mi fortuna. Ya estoy en Isfaján y veo que la fortuna que me prometió ha de ser esta cárcel.

El juez echó a reír.

–Hombre desatinado –le dijo–, tres veces he soñado con una casa en la ciudad de El Cairo, en cuyo fondo hay un jardín y en el jardín, un reloj de sol y después del reloj de sol, una higuera, y bajo la higuera un tesoro. No he dado el menor crédito a esa mentira. Tú, sin embargo, has errado de

ciudad en ciudad, bajo la sola fe de tu sueño. Que no vuelva a verte en Isfaján. Toma estas monedas y vete.

El hombre las tomó y regresó a la patria. Debajo de la higuera de su casa (que era la del sueño del juez) desenterró el tesoro. Así Dios le dio bendición y lo recompensó y exaltó. Dios es el Generoso, el Oculto.

El Rey Secreto | Pablo de Santis (2005)

En la ciudad hay un rey secreto. Nadie –excepto los guardianes– saben quién es. Ni él mismo lo sabe. Puede ser un barrendero, un abogado criminalista, el jefe de estación de ferrocarril.

Sus decisiones mínimas son consideradas decisiones de estado. Sus palabras casuales se convierten en sentencias. Sin saberlo, ordena castigos y ejecuciones.

Imaginemos: enciende un fósforo y ordena un incendio. Acaricia un gato y es liberado un prisionero. Tira una piedra y derrumban una torre. Pero son ejemplos que imaginamos sin certeza alguna. Quizás no hay ninguna relación entre sus actos casuales y sus consecuencias: enciende un fósforo y derrumban una torre.

Cada siete años la conspiración triunfa y el rey es asesinado. Entonces se elige al azar otro rey cualquiera: un médico, un equilibrista, un nombre raro en la guía telefónica, alguien que pasa, el que escribe esto, el que lee esta página.

Un creyente | George Loring Frost *Memorbilia* (1923)

Al caer de la tarde, dos desconocidos se encuentran en los oscuros corredores de una galería de cuadros. Con un ligero escalofrío, uno de ellos dijo:

–Este lugar es siniestro. ¿Usted cree en fantasmas?

–Yo no –respondió el otro– ¿Y usted?

–Yo sí –dijo el primero y desapareció.

FIN

Responsabilidad Estética | Luis María Pescetti *Nadie te creería* (2004)

Mirá, Valeria, me tenés repodrido. Si sabés que me gustás, ¿¡por qué no me hablás por telefono, eh!? ¿¡Qué te pensás!? ¿¡Querés que me quede toda la tarde al lado del teléfono como un tarado!? El otro día por ejemplo, el lunes, me moría de ganas de que me llamas. ¡Y ni me hablaste! ¡Entonces resulta que no fui ni a jugar con los chicos, ni al club, ni a nada! ¡Al divino botón! ¡Porque no sonó el teléfono ni con una llamada equivocada! ¿¡Qué te creés!? ¿¡Te creíste mucho!? Sabés que sos muy linda, entonces tendrías que fijarte un poco, porque es como cuando alguien es muy fuerte: si no cuida cómo usa los músculos capaz que le da un empujón a alguien y no quiere hacerle nada, pero al otro lo tira al piso. O da la mano para ser amable y al otro le deja los huesos como un trapo torcido. Es lo mismo, ¿entendés?, porque vos sos linda, entonces tenés que tener un poco de cuidado, porque sin querer podés, no te digo lastimar, porque no es igual igual, pero

más o menos, ¿te das cuenta? Tal vez lo hacés sin querer, o no hacés nada, pero igual tendrías que prestar atención porque yo te cruzo enfrente y a lo mejor a vos no te pasa nada; pero vos me pasás enfrente y me quedo todo así. Parezco la momia, ¿entendés? Poné un poco de tu parte, también. Por eso no es lo mismo. Ahora que te expliqué y lo entendiste, fijate. Yo no te voy a decir nada, pero hoy me gustaría que me llames, así que no esperes que te hable yo.

FIN

Bendición del Dragón | Gustavo Roldán *Dragón* (1997)

Que las lluvias que te mojen sean suaves y cálidas.

Que el viento llegue lleno del perfume de las flores.

Que los ríos te sean propicios y corran para el lado que quieras navegar.

Que las nubes cubran el sol cuando estés en el desierto.

Que los desiertos se llenen de árboles cuando los quieras atravesar. O que encuentres esas plantas mágicas que guardan en su raíz el agua que hace falta.

Que el frío y la nieve lleguen cuando estés en una cueva tibia.

Que nunca te falte el fuego.

Que nunca te falte el agua.

Que nunca te falte el amor.

Tal vez el fuego se pueda prender.

Tal vez el agua pueda caer del cielo.

Si te falta el amor, no hay agua ni fuego que alcancen para seguir viviendo.

Maldición del Dragón | Gustavo Roldán *Dragón* (1997)

Que tengas comida hasta estar harto todos los días de tu vida.

Y que vivas muchos años.

Que nunca te falten ni el agua ni la luz.

Que los senderos sean suaves cuando los camines.

Que las espinas se aparten de tu lado.

Que tus enemigos te dejen pasar sin atacarte.

Que ningún dolor te hiera en el costado.

Que nadie te lastime a traición. Que nadie te ofenda ni siquiera con un gesto.

Que tengas todo lo que se pueda desear, por largos, larguísimos años.

Pero que te falte el amor.

FIN

El Regalo | Ray Bradbury *Remedio para melancólicos* (1960)

Mañana sería Navidad, y aún mientras viajaban los tres hacia el campo de cohetes, el padre y la madre estaban preocupados. Era el primer vuelo por el espacio del niño, su primer viaje en cohete, y deseaban que todo estuviese bien. Cuando en el despacho de la aduana los obligaron a dejar el regalo, que excedía el peso límite en no más de unos pocos kilos, y el arbolito con sus hermosas velas blancas, sintieron que les quitaban la fiesta y el cariño.

El niño los esperaba en el cuarto terminal. Los padres fueron allá, murmurando luego de la discusión inútil con los oficiales interplanetarios.

—¿Qué haremos?

—Nada, nada. ¿Qué podemos hacer?

—¡Qué reglamentos absurdos!

—¡Y tanto que deseaba el árbol!

La sirena aulló y la gente se precipitó al cohete de Marte. La madre y el padre fueron los últimos en entrar, y el niño entre ellos, pálido y silencioso.

—Ya se me ocurrirá algo — dijo el padre.

—¿Qué?... — preguntó el niño.

Y el cohete despegó y se lanzaron hacia arriba en el espacio oscuro. El cohete se movió y dejó atrás una estela de fuego, y dejó atrás la Tierra, un 24 de diciembre de 2052, subiendo a un lugar donde no había tiempo, donde no había meses, ni años, ni horas. Durmieron durante el resto del primer "día". Cerca de medianoche, hora terráquea, según sus relojes neoyorquinos, el niño despertó y dijo:

—Quiero mirar por el ojo de buey.

Había un único ojo de buey, una "ventana" bastante amplia, de vidrio tremendamente grueso, en la cubierta superior.

—Todavía no — dijo el padre.

—Te llevaré más tarde.

—Quiero ver dónde estamos y adónde vamos.

—Quiero que esperes por un motivo — dijo el padre.

El padre había estado despierto, volviéndose a un lado y otro, pensando en el regalo abandonado, el problema de la fiesta, el árbol perdido y las velas blancas. Al fin, sentándose, hacía apenas cinco minutos, creyó haber encontrado un plan. Si lograba llevarlo a cabo este viaje sería en verdad feliz y maravilloso.

—Hijo — dijo —, dentro de media hora, exactamente, será Navidad.

—Oh— dijo la madre consternada. Había esperado que, de algún modo, el niño olvidaría.

El rostro del niño se encendió. Le temblaron los labios.

—Ya lo sé, ya lo sé. ¿Tendré un regalo? ¿Tendré un árbol? Me lo prometieron...

—Sí, sí, todo eso y mucho más— dijo el padre.

—Pero... — empezó a decir la madre.

–Sí– dijo el padre – Sí, de veras. Todo eso y más, mucho más. Perdón, un momento. Vuelvo enseguida.

Los dejó solos unos veinte minutos. Cuando regresó, sonreía.

–Ya es casi la hora.

–¿Puedo tener tu reloj? – preguntó el niño.

Le dieron el reloj y el niño sostuvo el metal entre los dedos: un resto del tiempo arrastrado por el fuego, el silencio y el movimiento insensible.

–¡Navidad! ¡Ya es Navidad! ¿Dónde está mi regalo?

–A eso vamos – dijo el padre y tomó al niño por el hombro.

Salieron de la cabina, cruzaron el pasillo y subieron por una rampa. La madre los seguía.

–No entiendo.

–Ya entenderás. Hemos llegado – dijo el padre.

Se detuvieron frente a la puerta cerrada de una cabina. El padre llamó tres veces y luego dos, en código. La puerta se abrió y la luz llegó desde la cabina y se oyó un murmullo de voces.

–Entra, hijo – dijo el padre.

–Está oscuro.

–Te llevaré de la mano. Entra, mamá.

Entraron en el cuarto y la puerta se cerró, y el cuarto estaba, en verdad, muy oscuro. Y ante ellos se abría un inmenso ojo de vidrio, ojo de buey, una ventana de un metro y medio de alto y dos metros de ancho, por la que podían ver el espacio.

El niño se quedó sin aliento.

Detrás, el padre y la madre se quedaron también sin aliento, y entonces en la oscuridad del cuarto varias personas se pusieron a cantar.

–Feliz Navidad, hijo – dijo el padre.

Y las voces en el cuarto cantaban los viejos, familiares villancicos; y el niño avanzó lentamente y aplastó la nariz contra el vidrio frío del ojo de buey. Y allí se quedó largo rato, mirando simplemente el espacio, la noche profunda, y el resplandor, el resplandor de cien mil millones de maravillosas velas blancas...

FIN

El Hombre de Tiza | Pablo De Santis *Trasnoche* (2014)

El cine Lux estaba en una calle oscura, casi escondido por las ramas de los árboles. La sala pertenecía a una escuela parroquial y se usaba para actos escolares, pero los sábados a la noche daban dos películas de terror. Las funciones empezaban a las nueve y terminaban a la una de la mañana. Los espectadores nunca éramos más de diez, incluido el acomodador. Con Isabel y Fernando, mis amigos, asistíamos a todas las funciones, y luego emprendíamos temblando el camino de regreso.

Teníamos doce años, y a esa edad se aprende una cosa muy importante: el cine es sólo la mitad de la película. La otra mitad es conversar. En el camino hablábamos de monstruos. Hablábamos de Igor y del resto del personal doméstico que suele atender en castillos, laboratorios y mazmorras. Hablábamos del miedo.

Una noche, frente a la puerta de su casa, Isabel nos preguntó:

—¿Qué es lo que les da más miedo?

No recuerdo qué dijimos: tal vez La noche de los muertos vivientes , pero ella interrumpió:

—No hablo de películas. Hablo del miedo de verdad.

Para animarnos a hablar dijo que, Punto 1) Estaba prohibido reírse cuando los otros contaran los miedos. Punto 2) Tampoco valen libros ni programas de televisión. Y Punto 3) Lo que más la asustaba eran los ruidos nocturnos de una casa vecina, como si afilaran cuchillos.

Isabel me miró con insistencia, y al cabo dije:

—A mí me dan miedo los perros.

—¿Cuáles perros? ¿Los doberman?

—Todos. No tengo preferencias.

—¿Incluidos los chihuahuas? —preguntó Fernando.

—Incluidos los chihuahuas.

A pesar del Punto 1, se rieron. Fernando quiso cambiar de tema, pero al final dijo:

—A mí lo que me da más miedo es el hombre de tiza.

Nunca habíamos oído nada semejante.

—No valen películas —recordó Isabel.

—No es una película.

—¿Qué es?

El dedo de Fernando trazó una figura en el aire.

—Es un dibujo en un pizarrón.

Alguien nos chistó desde una ventana, e Isabel entró rápido a su casa.

El fin de semana siguiente la función se suspendió por un corte de luz (en esa época eran muy frecuentes) y nos volvimos a ver recién a los quince días. Como los tres íbamos a colegios distintos, sólo teníamos el cine como lugar de encuentro.

Después de la película a Fernando le tocó contar:

—Voy a una escuela que está a la vuelta de casa. Es muy grande, ocupa casi la mitad de la manzana. En abril, cuando la maestra entró en el aula descubrió un dibujo en el pizarrón. Era una figura humana, una silueta. No estaba bien dibujada. Tenía ojos grandes, unas orejas puntiagudas, pero nada fuera de lo normal. Los ojos miraban fijos, sin vida. Y las manos tenían sólo tres dedos cada una.

—¿Te da miedo un dibujo? Un dibujo se puede borrar. Los perros, no.

—El problema no es que yo le tenga miedo. El problema es que todo el mundo le tiene miedo. La maestra quiso borrarlo y no pudo. El trazo era de tiza, pero no se podía borrar, como si le hubieran

pasado una mano de barniz. Trató de dar clase como todos los días, pero el dibujo la distraía, la desanimaba. Al segundo día, la maestra se enfermó y no volvió en una semana. Nos mandaron una suplente. La directora ordenó cambiar el pizarrón por otro.

–¿Y qué pasó con el hombre de tiza?

–El portero de la escuela trató de lijar la superficie, para que el pizarrón se pudiera volver a usar. Se lo llevó al patio y trabajó durante toda la mañana, sin poder borrar la figura. Empezaban los primeros fríos y el hombre se enfermó. Estuvo diez días sin venir. La directora se dio por vencida e hizo llevar el pizarrón a la biblioteca. Todavía está allí. Le pusieron una sábana encima, para que nadie lo vea. Desde que está ahí nadie entra a la biblioteca.

–¿Y por qué no lo tiran?

–Es una escuela pública, hay que hacer trámites antes de tirar un pizarrón nuevo a la basura. Nos miró.

–A eso le tengo miedo yo. Y veo por sus caras que ustedes también.

–Nos asustó porque es de noche –dijo Isabel–. Pero si fuera de día, no nos asustaría nada.

–Además, no hay nada que no se pueda borrar –intervine.

–Si no me creen, vengan a verlo ustedes mismos.

–Sabés que no podemos hacer eso –dijo Isabel–. No somos alumnos de tu colegio.

–Desde el patio de mi casa se puede saltar al patio del colegio. Yo lo hice tres veces. ¿Qué? ¿No se animan?

En vez de ir al cine el sábado siguiente fuimos a la casa de Fernando. Vivía solo con el padre, que trabajaba en un restaurante hasta tarde. A mí no me interesaba ningún dibujo en ningún pizarrón, lo único que me importaba era que Fernando no quedara como el único valiente frente a Isabel.

Trepamos una pared baja y saltamos al patio de la escuela; por una pequeña ventana entramos en un cuarto donde había escobillones y escobas. Empuñando la linterna, Fernando nos guió por los pasillos de baldosas negras y blancas. Entramos a la biblioteca. Había paquetes con libros atados en el piso, un par de pupitres rotos, mapas enrollados. Apoyado en el suelo, estaba el pizarrón, grande, cubierto con una sábana.

–Acá está –dijo Fernando.

Arrancó la sábana e iluminó con la linterna la superficie negra. Yo no llegué a ver nada, pero Fernando dio tal grito que eché a correr hacia la salida y estuve a punto de perderme en los pasillos en penumbras. Es así la vida de un varón; una larga preparación para recibir el título de héroe, y en un segundo lo echamos todo a perder.

No hablamos hasta estar de nuevo en la casa.

–Nos asustaste en serio con tu grito –le dijo Isabel–. No se hacen esas bromas. En el pizarrón no había nada.

Bastó mirar los ojos de Fernando para ver que no nos había hecho ninguna broma. No sé qué creía, pero lo creía de verdad.

–El pizarrón estaba vacío –dijo.

–¿Y?

–El hombre de tiza se escapó.

Retomamos las idas al cine, pero Fernando siempre terminaba hablando del hombre de tiza.

–Siento que a veces está ahí. Que cuando salgo de mi cuarto, mira mis cosas, mi ropa, mis zapatos. El otro día encontré una huella de tiza en la tapa de un libro.

Isabel trató de tranquilizarlo.

–Muchas veces sin darnos cuenta nos apoyamos en el pizarrón. Todos terminamos manchados de tiza.

–No, son las huellas que deja él. En los discos, en los zapatos, dentro de los cajones, aunque estén cerrados con llave.

Fernando estaba raro, y eso hizo que las idas al cine agotaran su encanto. El cine es sólo la mitad de la película. Como volvíamos caminando en silencio, la otra mitad la perdíamos.

Al año siguiente los tres entramos en el secundario. Un sábado esperé en vano a mis dos amigos en la puerta del Lux, y al final entré solo a ver la película. Apenas terminó salí de la sala, sin esperar la segunda. Meses más tarde volví a encontrarme con Isabel, pero me dijo que el cine de terror había dejado de interesarle, que las películas le parecían tontas, para chicos. Una tarde toqué el timbre en la casa de Fernando y una mujer me dijo que se había mudado, no sabía adónde.

Ya estaba en tercer año cuando volví a ver a Fernando en el primer piso de un Pumper Nic, una casa de comidas que dejó de existir hace tiempo. Yo estaba solo, estudiando. Al día siguiente tenía que dar un examen de matemática. Trataba de concentrarme en los problemas, pero todo me distraía, y miraba la cara de cada uno que entraba en el salón. Entonces lo reconocí. Fernando estaba altísimo, muy delgado, y vestía uniforme de colegio: un blazer azul con un escudo, camisa blanca, pantalón gris, corbata azul.

Tuve que decirle mi nombre para que me reconociera, entonces se dibujó en su cara una sonrisa triste.

–Claro que me acuerdo. Las idas al cine. A Isabel la vi un tiempo más.

Como ya no éramos amigos, podíamos decirnos la verdad. Los dos aceptamos que Isabel nos había gustado siempre. Después miró mi carpeta y me ayudó a resolver un complicado problema de aritmética. Con paciencia y lentitud, como si le hablara a un niño de tres años, me explicó los procedimientos para llegar a la solución.

–No me imaginaba que sabías tanto de números.

–Soy buen alumno. Me saco diez en todo –dijo sin vanidad, con resignación–. Los números me ayudan a liberarme, a descansar.

Me extrañó que dijera eso. ¿A quién podían hacerlo descansar los números? Después hablamos de cine, de su colegio, de su padre, hasta que al fin dije lo que no debería haber dicho.

–¿Te acordás de tu hombre de tiza?

Pensé que no se acordaría, o que se reiría de su viejo miedo. Pero me agarró de la mano con fuerza y apretó hasta que me dolió.

—Nunca debí haber mirado lo que había en el pizarrón. No hay que jugar con el hombre de tiza.

Y eso fue todo lo que dijo. Yo quise disculparme, pero no me dio tiempo. Lo vi alejarse entre las mesas con pasos de sonámbulo. Antes de que se perdiera de vista descubrí, en el blazer azul, a la altura del hombro derecho, una huella blanca. Tres dedos de tiza.

FIN

El Dragón | Ray Bradbury (1955)

La noche soplaban en el pasto escaso del páramo. No había ningún otro movimiento. Desde hacía años, en el casco del cielo, inmenso y tenebroso, no volaba ningún pájaro. Tiempo atrás, se habían desmoronado algunos pedruscos convirtiéndose en polvo. Ahora, sólo la noche temblaba en el alma de los dos hombres, encorvados en el desierto, junto a la hoguera solitaria; la oscuridad les latía calladamente en las venas, les golpeaba silenciosamente en las muñecas y en las sienes.

Las luces del fuego subían y bajaban por los rostros despavoridos y se volcaban en los ojos como jirones anaranjados. Cada uno de los hombres espiaba la respiración débil y fría y los parpadeos de lagarto del otro. Al fin, uno de ellos atizó el fuego con la espada.

—¡No, idiota, nos delatarás!

—¡Qué importa! —dijo el otro hombre—. El dragón puede olerlos a kilómetros de distancia.

Dios, hace frío. Quisiera estar en el castillo.

—Es la muerte, no el sueño, lo que buscamos...

—¿Por qué? ¿Por qué? ¡El dragón nunca entra en el pueblo!

—¡Cállate, tonto! Devora a los hombres que viajan solos desde nuestro pueblo al pueblo vecino.

—¡Que se los devore y que nos deje llegar a casa!

—¡Espera, escucha!

Los dos hombres se quedaron quietos.

Aguardaron largo tiempo, pero sólo sintieron el temblor nervioso de la piel de los caballos, como tambores de terciopelo negro que repicaban en las argollas de plata de los estribos, suavemente, suavemente.

—Ah... —El segundo hombre suspiró—. Qué tierra de pesadillas. Todo sucede aquí. Alguien apaga el sol; es de noche. Y entonces, y entonces, ¡oh, Dios, escucha! Este dragón dicen que tiene ojos de fuego, y un aliento de gas blanquecino; se lo ve arder a través de los páramos oscuros. Corre echando rayos y azufre, quemando el pasto. Las ovejas, aterradas, enloquecen y mueren. Las mujeres dan a luz criaturas monstruosas. La furia del dragón es tan inmensa que los muros de las torres se conmueven y vuelven al polvo. Las víctimas, a la salida del sol, aparecen dispersas aquí y allá, sobre los cerros. ¿Cuántos caballeros, pregunto yo, habrán perseguido a este monstruo y habrán fracasado, como fracasaremos también nosotros?

—¡Suficiente te digo!

–¡Más que suficiente! Aquí, en esta desolación, ni siquiera sé en qué año estamos.

–Novecientos años después de Navidad.

–No, no –murmuró el segundo hombre con los ojos cerrados–. En este páramo no hay Tiempo, hay sólo Eternidad. Pienso a veces que si volviéramos atrás, el pueblo habría desaparecido, la gente no habría nacido todavía, las cosas estarían cambiadas, los castillos no tallados aún en las rocas, los maderos no cortados aún en los bosques; no preguntes cómo sé; el páramo sabe y me lo dice. Y aquí estamos los dos, solos, en la comarca del dragón de fuego. ¡Qué Dios nos ampare!

–¡Si tienes miedo, ponte tu armadura!

–¿Para qué? El dragón sale de la nada; no sabemos dónde vive. Se desvanece en la niebla; quién sabe a dónde va. Ay, vistamos nuestra armadura, moriremos ataviados.

Enfundado a medias en el corselete de plata, el segundo hombre se detuvo y volvió la cabeza.

En el extremo de la oscura campiña, henchido de noche y de nada, en el corazón mismo del páramo, sopló una ráfaga arrastrando ese polvo de los relojes que usaban polvo para contar el tiempo. En el corazón del viento nuevo había soles negros y un millón de hojas carbonizadas, caídas de un árbol otoñal, más allá del horizonte. Era un viento que fundía paisajes, modelaba los huesos como cera blanda, enturbiaba y espesaba la sangre, depositándola como barro en el cerebro. El viento era mil almas moribundas, siempre confusas y en tránsito, una bruma en una niebla de la oscuridad; y el sitio no era sitio para el hombre y no había año ni hora, sino sólo dos hombres en un vacío sin rostro de heladas súbitas, tempestades y truenos blancos que se movían por detrás de un cristal verde: el inmenso ventanal descendente, el relámpago. Una ráfaga de lluvia anegó la hierba; todo se desvaneció y no hubo más que un susurro sin aliento y los dos hombres que aguardaban a solas con su propio ardor, en un tiempo frío.

–Mira... –murmuró el primer hombre–. Oh, mira, allá...

A kilómetros de distancia, precipitándose, un cántico y un rugido, el dragón.

Los hombres vistieron las armaduras y montaron los caballos, en silencio. Un monstruoso ronquido quebró la medianoche desierta, y el dragón, rugiendo, se acercó, y se acercó todavía más. La deslumbrante mirada amarilla apareció de pronto en lo alto de un cerro, y en seguida, desplegando un cuerpo oscuro, lejano, impreciso, pasó por encima del cerro y se hundió en un valle.

–¡Pronto!

Espolearon las cabalgaduras hasta un claro.

–¡Por aquí pasa!

Los guanteletes empuñaron las lanzas y las viseras cayeron sobre los ojos de los caballeros.

–¡Señor!

–Sí, invoquemos su nombre.

En ese instante, el dragón rodeó un cerro. El monstruoso ojo ambarino se clavó en los hombres, iluminando las armaduras con destellos y resplandores bermejos. Hubo un terrible alarido quejumbroso, y un ímpetu demoledor, y la bestia prosiguió su carrera.

–¡Dios misericordioso!

La lanza golpeó bajo el ojo amarillo sin párpado, y el hombre voló por el aire. El dragón se le abalanzó, lo derribó, lo aplastó, y el hombro negro lanzó al otro jinete a unos treinta metros de distancia, contra la pared de una roca. Gimiendo, gimiendo siempre, el dragón pasó, vociferando, todo fuego alrededor y debajo: un sol rosado, amarillo, naranja, con plumones suaves de humo enneguecedor.

—¿Viste? —gritó una voz—. ¿No te lo había dicho?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Un caballero con armadura! ¡Lo atropellamos!

—¿Vas a detenerte?

—Me detuve una vez; no encontré nada. No me gusta detenerme en este páramo. Me pone la carne de gallina. No sé qué siento.

—Pero atropellamos algo.

—El tren silbó un buen rato; el hombre no se movió.

Una ráfaga de humo dividió la niebla.

—Llegaremos a Stokely a horario. Más carbón, ¿eh, Fred?

Un nuevo silbido, que desprendió el rocío del cielo desierto. El tren nocturno, de fuego y furia, entró en un barranco, trepó por una ladera y se perdió a lo lejos sobre la tierra helada, hacia el Norte, desapareciendo para siempre y dejando un humo negro y un vapor que pocos minutos después se disolvieron en el aire quieto.

FIN

El traje nuevo del Emperador | Hans Christian Andersen *Aventuras e Historias* (1837)

Hace muchos años había un Emperador tan aficionado a los trajes nuevos, que gastaba todas sus rentas en vestir con la máxima elegancia.

No se interesaba por sus soldados ni por el teatro, ni le gustaba salir de paseo por el campo, a menos que fuera para lucir sus trajes nuevos. Tenía un vestido distinto para cada hora del día, y de la misma manera que se dice de un rey: “Está en el Consejo”, de nuestro hombre se decía: “El Emperador está en el vestuario”.

La ciudad en que vivía el Emperador era muy alegre y bulliciosa. Todos los días llegaban a ella muchísimos extranjeros, y una vez se presentaron dos truhanes que se hacían pasar por tejedores, asegurando que sabían tejer las más maravillosas telas. No solamente los colores y los dibujos eran hermosísimos, sino que las prendas con ellas confeccionadas poseían la milagrosa virtud de ser invisibles a toda persona que no fuera apta para su cargo o que fuera irremediablemente estúpida.

—¡Deben ser vestidos magníficos! —pensó el Emperador—. Si los tuviese, podría averiguar qué funcionarios del reino son ineptos para el cargo que ocupan. Podría distinguir entre los inteligentes y los tontos. Nada, que se pongan enseguida a tejer la tela—. Y mandó abonar a los dos pícaros un buen adelanto en metálico, para que pusieran manos a la obra cuanto antes.

Ellos montaron un telar y simulaban que trabajaban; pero no tenían nada en la máquina. A pesar de ello, se hicieron suministrar las sedas más finas y el oro de mejor calidad, que se embolsaron

bonitamente, mientras seguían haciendo como que trabajaban en los telares vacíos hasta muy entrada la noche.

«Me gustaría saber si avanzan con la tela»—, pensó el Emperador. Pero había una cuestión que lo tenía un tanto cohibido, a saber, que un hombre que fuera estúpido o inepto para su cargo no podría ver lo que estaban tejiendo. No es que temiera por sí mismo; sobre este punto estaba tranquilo; pero, por si acaso, prefería enviar primero a otro, para cerciorarse de cómo andaban las cosas. Todos los habitantes de la ciudad estaban informados de la particular virtud de aquella tela, y todos estaban impacientes por ver hasta qué punto su vecino era estúpido o incapaz.

«Enviaré a mi viejo ministro a que visite a los tejedores —pensó el Emperador—. Es un hombre honrado y el más indicado para juzgar de las cualidades de la tela, pues tiene talento, y no hay quien desempeñe el cargo como él».

El viejo y digno ministro se presentó, pues, en la sala ocupada por los dos embaucadores, los cuales seguían trabajando en los telares vacíos. «¡Dios nos ampare! —pensó el ministro para sus adentros, abriendo unos ojos como naranjas—. ¡Pero si no veo nada!».

Sin embargo, no soltó palabra.

Los dos fulleros le rogaron que se acercase y le preguntaron si no encontraba magníficos el color y el dibujo. Le señalaban el telar vacío, y el pobre hombre seguía con los ojos desenchajados, pero sin ver nada, puesto que nada había. «¡Dios santo! —pensó—. ¿Seré tonto acaso? Jamás lo hubiera creído, y nadie tiene que saberlo. ¿Es posible que sea inútil para el cargo? No, desde luego no puedo decir que no he visto la tela».

—¿Qué? ¿No dice Vuecencia nada del tejido? —preguntó uno de los tejedores.

—¡Oh, precioso, maravilloso! —respondió el viejo ministro mirando a través de los lentes—. ¡Qué dibujo y qué colores! Desde luego, diré al Emperador que me ha gustado extraordinariamente.

—Nos da una buena alegría —respondieron los dos tejedores, dándole los nombres de los colores y describiéndole el raro dibujo. El viejo tuvo buen cuidado de quedarse las explicaciones en la memoria para poder repetirlas al Emperador; y así lo hizo.

Los estafadores pidieron entonces más dinero, seda y oro, ya que lo necesitaban para seguir tejiendo. Todo fue a parar a sus bolsillos, pues ni una hebra se empleó en el telar, y ellos continuaron, como antes, trabajando en las máquinas vacías.

Poco después el Emperador envió a otro funcionario de su confianza a inspeccionar el estado de la tela e informarse de si quedaría pronto lista. Al segundo le ocurrió lo que al primero; miró y miró, pero como en el telar no había nada, nada pudo ver.

—¿Verdad que es una tela bonita? —preguntaron los dos tramposos, señalando y explicando el precioso dibujo que no existía.

«Yo no soy tonto —pensó el hombre—, y el empleo que tengo no lo suelto. Sería muy fastidioso. Es preciso que nadie se dé cuenta». Y se deshizo en alabanzas de la tela que no veía, y ponderó su entusiasmo por aquellos hermosos colores y aquel soberbio dibujo.

—¡Es digno de admiración! —dijo al Emperador.

Todos los moradores de la capital hablaban de la magnífica tela, tanto, que el Emperador quiso verla con sus propios ojos antes de que la sacasen del telar. Seguido de una multitud de personajes escogidos, entre los cuales figuraban los dos probos funcionarios de marras, se encaminó a la casa donde paraban los pícaros, los cuales continuaban tejiendo con todas sus fuerzas, aunque sin hebras ni hilados.

—¿Verdad que es admirable? —preguntaron los dos honrados dignatarios—. Fíjese Vuestra Majestad en estos colores y estos dibujos —y señalaban el telar vacío, creyendo que los demás veían la tela.

«¡Cómo! —pensó el Emperador—. ¡Yo no veo nada! ¡Esto es terrible! ¿Seré tan tonto? ¿Acaso no sirvo para emperador? Sería espantoso».

—¡Oh, sí, es muy bonita! —dijo—. Me gusta, la apruebo—. Y con un gesto de agrado miraba el telar vacío; no quería confesar que no veía nada.

Todos los componentes de su séquito miraban y remiraban, pero ninguno sacaba nada en limpio; no obstante, todo era exclamar, como el Emperador: —¡oh, qué bonito!—, y le aconsejaron que estrenase los vestidos confeccionados con aquella tela en la procesión que debía celebrarse próximamente. —¡Es preciosa, elegantísima, estupenda!— corría de boca en boca, y todo el mundo parecía extasiado con ella.

El Emperador concedió una condecoración a cada uno de los dos bribones para que se las prendieran en el ojal, y los nombró tejedores imperiales.

Durante toda la noche que precedió al día de la fiesta, los dos embaucadores estuvieron levantados, con dieciséis lámparas encendidas, para que la gente viese que trabajaban activamente en la confección de los nuevos vestidos del Soberano. Simularon quitar la tela del telar, cortarla con grandes tijeras y coserla con agujas sin hebra; finalmente, dijeron: —¡Por fin, el vestido está listo!

Llegó el Emperador en compañía de sus caballeros principales, y los dos truhanes, levantando los brazos como si sostuviesen algo, dijeron:

—Esto son los pantalones. Ahí está la casaca. —Aquí tienen el manto... Las prendas son ligeras como si fuesen de telaraña; uno creería no llevar nada sobre el cuerpo, más precisamente esto es lo bueno de la tela.

—¡Sí! —asintieron todos los cortesanos, a pesar de que no veían nada, pues nada había.

—¿Quiere dignarse Vuestra Majestad quitarse el traje que lleva —dijeron los dos bribones— para que podamos vestirle el nuevo delante del espejo?

Quitose el Emperador sus prendas, y los dos simulaban ponerle las diversas piezas del vestido nuevo, que pretendían haber terminado poco antes. Y cogiendo al Emperador por la cintura, hicieron como si le atasen algo, la cola seguramente; y el Monarca todo era dar vueltas ante el espejo.

—¡Dios, y qué bien le sienta, le va estupendamente! —exclamaban todos—. ¡Vaya dibujo y vaya colores! ¡Es un traje precioso!

—El palio bajo el cual irá Vuestra Majestad durante la procesión, aguarda ya en la calle —anunció el maestro de Ceremonias.

—Muy bien, estoy a punto —dijo el Emperador—. ¿Verdad que me sienta bien? — y volvióse una vez más de cara al espejo, para que todos creyeran que veía el vestido.

Los ayudas de cámara encargados de sostener la cola bajaron las manos al suelo como para levantarla, y avanzaron con ademán de sostener algo en el aire; por nada del mundo hubieran confesado que no veían nada. Y de este modo echó a andar el Emperador bajo el magnífico palio, mientras el gentío, desde la calle y las ventanas, decía:

—¡Qué preciosos son los vestidos nuevos del Emperador! ¡Qué magnífica cola! ¡Qué hermoso es todo!

Nadie permitía que los demás se diesen cuenta de que nada veía, para no ser tenido por incapaz en su cargo o por estúpido. Ningún traje del Monarca había tenido tanto éxito como aquél.

—¡Pero si no lleva nada! —exclamó de pronto un niño.

—¡Dios bendito, escuchen la voz de la inocencia! —dijo su padre; y todo el mundo se fue repitiendo al oído lo que acababa de decir el pequeño.

—¡No lleva nada; es un chiquillo el que dice que no lleva nada!

—¡Pero si no lleva nada! —gritó, al fin, el pueblo entero.

Aquello inquietó al Emperador, pues barruntaba que el pueblo tenía razón; mas pensó: «Hay que aguantar hasta el fin». Y siguió más altivo que antes; y los ayudas de cámara continuaron sosteniendo la inexistente cola.

FIN

Ricardo el del Copete | Charles Perrault *Cuentos de Mamá Oca* (1697)

Había una vez una reina que dio a luz un hijo tan feo y tan contrahecho que mucho se dudó si tendría forma humana. Un hada, que asistió a su nacimiento, aseguró que el niño no dejaría de tener gracia pues sería muy inteligente, y agregó que en virtud del don que acababa de concederle él podría darle tanta inteligencia como la propia a la persona que más quisiera.

Todo esto consoló un poco a la pobre reina que estaba muy afligida por haber echado al mundo un bebé tan feo. Es cierto que este niño, no bien empezó a hablar, decía mil cosas lindas, y había en todos sus actos algo tan espiritual que irradiaba encanto. Olvidaba decir que vino al mundo con un copete de pelo en la cabeza, así es que lo llamaron Ricardo el del Copete, pues Ricardo era el nombre de familia.

Al cabo de siete u ocho años, la reina de un reino vecino dio a luz dos hijas. La primera que llegó al mundo era más bella que el día; la reina se sintió tan contenta que llegaron a temer que esta inmensa alegría le hiciera mal. Se hallaba presente la misma hada que había asistido al nacimiento del pequeño Ricardo el del Copete, y para moderar la alegría de la reina le declaró que esta princesita no tendría inteligencia, que sería tan estúpida como hermosa. Esto mortificó mucho a la reina; pero algunos momentos después tuvo una pena mucho mayor pues la segunda hija que dio a luz resultó extremadamente fea.

—No debe afligirse, señora —le dijo el hada— su hija tendrá una compensación: estará dotada de tanta inteligencia que casi no se notará su falta de belleza.

—Dios lo quiera —contestó la reina—; pero, ¿no había forma de darle un poco de inteligencia a la mayor que es tan hermosa?

—No tengo ningún poder, señora, en cuanto a la inteligencia, pero puedo todo por el lado de la belleza; y como nada dejaría yo de hacer por su satisfacción, le otorgaré el don de volver hermosa a la persona que le guste.

A medida que las princesas fueron creciendo, sus perfecciones crecieron con ellas y por doquier no se hablaba más que de la belleza de la mayor y de la inteligencia de la menor. Es cierto que también sus defectos aumentaron mucho con la edad. La menor se ponía cada día más fea, y la mayor cada vez más estúpida. O no contestaba lo que le preguntaban, o decía una tontería. Era además tan torpe que no habría podido colocar cuatro porcelanas en el borde de una chimenea sin quebrar una, ni beber un vaso de agua sin derramar la mitad en sus vestidos.

Aunque la belleza sea una gran ventaja para una joven, la menor, sin embargo, se destacaba casi siempre sobre su hermana en las reuniones. Al principio, todos se acercaban a la mayor para verla y admirarla, pero muy pronto iban al lado de la más inteligente, para escucharla decir mil cosas ingeniosas; y era motivo de asombro ver que en menos de un cuarto de hora la mayor no tenía ya a nadie a su lado y que todo el mundo estaba rodeando a la menor. La mayor, aunque era bastante tonta, se dio cuenta, y habría dado sin pena toda su belleza por tener la mitad del ingenio de su hermana.

La reina, aunque era muy prudente, no podía a veces dejar de reprocharle su tontera, con lo que esta pobre princesa casi se moría de pena. Un día que se había refugiado en un bosque para desahogar su desgracia, vio acercarse a un hombre bajito, muy feo y de aspecto desagradable, pero ricamente vestido. Era el joven príncipe Ricardo el del Copete que, habiéndose enamorado de ella por sus retratos que circulaban profusamente, había partido del reino de su padre para tener el placer de verla y de hablar con ella.

Encantado de encontrarla así, completamente sola, la abordó con todo el respeto y cortesía imaginables.

Habiendo observado, luego de decirle las amabilidades de rigor, que ella estaba bastante melancólica, él le dijo:

—No comprendo, señora, cómo una persona tan bella como usted puede estar tan triste como parece; pues, aunque pueda vanagloriarme de haber visto una infinidad de personas hermosas, debo decir que jamás he visto a alguien cuya belleza se acerque a la suya.

—Usted lo dice complacido, señor —contestó la princesa, y no siguió hablando.

—La belleza, replicó Ricardo el del Copete, es una ventaja tan grande que compensa todo lo demás; y cuando se tiene, no veo que haya nada capaz de afligirnos.

—Preferiría —dijo la princesa—, ser tan fea como usted y tener inteligencia, que tener tanta belleza como yo y ser tan estúpida como soy.

–Nada hay, señora, que denote más inteligencia que creer que no se tiene, y es de la naturaleza misma de este bien que mientras más se tiene, menos se cree tener.

–No sé nada de eso –dijo la princesa– pero sí sé que soy muy tonta, y de ahí viene esta pena que me mata.

–Si es sólo eso lo que le aflige, puedo fácilmente poner fin a su dolor.

–¿Y cómo lo hará? –dijo la princesa.

–Tengo el poder, señora –dijo Ricardo el del Copete– de otorgar cuanta inteligencia es posible a la persona que más llegue a amar, y como es usted, señora, esa persona, de usted dependerá que tenga tanto ingenio como se puede tener, si consiente en casarse conmigo.

La princesa quedó atónita y no contestó nada.

–Veo –dijo Ricardo el del Copete– que esta proposición le causa pena, y no me extraña; pero le doy un año entero para decidirse.

La princesa tenía tan poca inteligencia, y a la vez tantos deseos de tenerla, que se imaginó que el término del año no llegaría nunca; de modo que aceptó la proposición que se le hacía.

Tan pronto como prometiera a Ricardo el del Copete que se casaría con él dentro de un año exactamente, se sintió como otra persona; le resultó increíblemente fácil decir todo lo que quería y decirlo de una manera fina, suelta y natural. Desde ese mismo instante inició con Ricardo el del Copete una conversación graciosa y sostenida, en que se lució tanto que Ricardo el del Copete pensó que le había dado más inteligencia de la que había reservado para sí mismo.

Cuando ella regresó al palacio, en la corte no sabían qué pensar de este cambio tan repentino y extraordinario, ya que por todas las sandeces que se le habían oído anteriormente, se le escuchaban ahora otras tantas cosas sensatas y sumamente ingeniosas. Toda la corte se alegró a más no poder; sólo la menor no estaba muy contenta pues, no teniendo ya sobre su hermana la ventaja de la inteligencia, a su lado no parecía ahora más que una alimaña desagradable. El rey tomaba en cuenta sus opiniones y aun a veces celebraba el consejo en sus aposentos.

Habiéndose difundido la noticia de este cambio, todos los jóvenes príncipes de los reinos vecinos se esforzaban por hacerse amar, y casi todos la pidieron en matrimonio; pero ella encontraba que ninguno tenía inteligencia suficiente y los escuchaba a todos sin comprometerse. Sin embargo, se presentó un pretendiente tan poderoso, tan rico, tan genial y tan apuesto que no pudo refrenar una inclinación hacia él. Al notarlo, su padre le dijo que ella sería dueña de elegir a su esposo y no tenía más que declararse. Pero como mientras más inteligencia se tiene más cuesta tomar una resolución definitiva en esta materia, ella luego de agradecer a su padre, le pidió un tiempo para reflexionar.

Fue casualmente a pasear por el mismo bosque donde había encontrado a Ricardo el del Copete, a fin de meditar con tranquilidad sobre lo que haría. Mientras se paseaba, hundida en sus pensamientos, oyó un ruido sordo bajo sus pies, como de gente que va y viene y está en actividad. Escuchando con atención, oyó que alguien decía: “Tráeme esa marmita”; otro: “Dame esa caldera”; y el otro: “Echa leña a ese fuego”. En ese momento la tierra se abrió, y pudo ver, bajo sus pies, una

especie de enorme cocina llena de cocineros, pinches y toda clase de servidores como para preparar un magnífico festín. Salió de allí un grupo de unos veinte encargados de las carnes que fueron a instalarse en un camino del bosque alrededor de un largo mesón quienes, tocino en mano y cola de zorro en la oreja, se pusieron a trabajar rítmicamente al son de una armoniosa canción.

La princesa, asombrada ante tal espectáculo, les preguntó para quién estaban trabajando.

—Es —contestó el que parecía el jefe— para el príncipe Ricardo el del Copete, cuyas bodas se celebrarán mañana.

La princesa, más asombrada aún, y recordando de pronto que ese día se cumplía un año en que había prometido casarse con el príncipe Ricardo el del Copete, casi se cayó de espaldas. No lo recordaba porque, cuando hizo tal promesa, era estúpida, y al recibir la inteligencia que el príncipe le diera, había olvidado todas sus tonterías.

No había alcanzado a caminar treinta pasos continuando su paseo, cuando Ricardo el del Copete se presentó ante ella, elegante, magnífico, como un príncipe que se va a casar.

—Aquí me ve, señora —dijo él— puntual para cumplir con mi palabra, y no dudo que usted esté aquí para cumplir con la suya y, al concederme su mano, hacerme el más feliz de los hombres.

—Le confieso francamente —respondió la princesa— que aún no he tomado una resolución al respecto, y no creo que jamás pueda tomarla en el sentido que usted desea.

—Me sorprende, señora —le dijo Ricardo el del Copete.

—Pues eso creo —replicó la princesa— y seguramente si tuviera que habérmelas con un patán, un hombre sin finura, estaría harto confundida. Una princesa no tiene más que una palabra, me diría él, y se casará conmigo puesto que así lo prometió. Pero como el que está hablando conmigo es el hombre más inteligente del mundo, estoy segura que atenderá razones. Usted sabe que cuando yo era sólo una tonta, no pude resolverme a aceptarlo como esposo; ¿cómo quiere que teniendo la lucidez que usted me ha otorgado, que me ha hecho aún más exigente respecto a las personas, tome hoy una resolución que no pude tomar en aquella época? Si pensaba casarse conmigo de todos modos, ha hecho mal en quitarme mi simpleza y permitirme ver más claro que antes.

—Puesto que un hombre sin genio —respondió Ricardo el del Copete— estaría en su derecho, según acaba de decir, al reprochar su falta de palabra, ¿por qué quiere, señora, que no haga uno de él, yo también, en algo que significa toda la dicha de mi vida? ¿Es acaso razonable que las personas dotadas de inteligencia estén en peor condición que los que no la tienen? ¿Puede pretenderlo, usted que tiene tanta y que tanto deseó tenerla? Pero vamos a los hechos, por favor. ¿Aparte de mi fealdad, hay alguna cosa en mí que le desagrade? ¿Le disgustan mi origen, mi carácter, mis modales?

—De ningún modo —contestó la princesa— me agrada en usted todo lo que acaba de decir.

—Si es así —replicó Ricardo el del Copete seré feliz, ya que usted puede hacer de mí el más atrayente de los hombres.

—¿Cómo puedo hacerlo? —le dijo la princesa.

—Ello es posible —contestó Ricardo el del Copete— si me ama lo suficiente como para desear que así sea; y para que no dude, señora, ha de saber que la misma hada que al nacer yo, me otorgó el don de hacer inteligente a la persona que yo quisiera, le otorgó a usted el don de darle belleza al hombre que ame si quisiera concederle tal favor.

—Si es así —dijo la princesa— deseo con toda mi alma que se convierta en el príncipe más hermoso y más atractivo del mundo; y le hago este don en la medida en que soy capaz.

Apenas la princesa hubo pronunciado estas palabras, Ricardo el del Copete pareció antes sus ojos el hombre más hermoso, más apuesto y más agradable que jamás hubiera visto. Algunos aseguran que no fue el hechizo del hada, sino el amor lo que operó esta metamorfosis. Dicen que la princesa, habiendo reflexionado sobre la perseverancia de su amante, sobre su discreción y todas las buenas cualidades de su alma y de su espíritu, ya no vio la deformidad de su cuerpo, ni la fealdad de su rostro; que su joroba ya no le pareció sino la postura de un hombre que se da importancia, y su cojera tan notoria hasta entonces a los ojos de ella, la veía ahora como un ademán, que sus ojos bizcos le parecían aún más penetrantes, en cuya alteración veía ella el signo de un violento exceso de amor y, por último, que su gruesa nariz enrojecida tenía algo de heroico y marcial.

Comoquiera que fuese, la princesa le prometió en el acto que se casaría con él, siempre que obtuviera el consentimiento del rey su padre.

El rey, sabiendo que su hija sentía gran estimación por Ricardo el del Copete, a quien, por lo demás, él consideraba un príncipe muy inteligente y muy sabio, lo recibió complacido como yerno.

Al día siguiente mismo se celebraron las bodas, tal como Ricardo el del Copete lo tenía previsto y de acuerdo a las órdenes que había impartido con mucha anticipación.

MORALEJA

*Lo que observamos en este cuento
más que ficción es verdad pura:
En quien amamos vemos talento,
todo lo amado tiene hermosura.*

OTRA MORALEJA

*En alguien puede la naturaleza
haber puesto colorido y belleza
que jamás el arte logrará igualar.
Más para conmover a un corazón sensible
menos puede ese don que la gracia invisible
que el amor llega a detectar.*

FIN

La Sirenita | Hans Christian Andersen Aventuras e Historias (1837)

En el fondo del más azul de los océanos había un maravilloso palacio en el cual habitaba el Rey del Mar, un viejo y sabio tritón que tenía una abundante barba blanca. Vivía en esta espléndida mansión de coral multicolor y de conchas preciosas, junto a sus hijas, cinco bellísimas sirenas.

La Sirenita, la más joven, además de ser la más bella poseía una voz maravillosa; cuando cantaba acompañándose con el arpa, los peces acudían de todas partes para escucharla, las conchas se abrían, mostrando sus perlas, y las medusas al oírla dejaban de flotar.

La pequeña sirena casi siempre estaba cantando, y cada vez que lo hacía levantaba la vista buscando la débil luz del sol, que a duras penas se filtraba a través de las aguas profundas.

—¡Oh! ¡Cuánto me gustaría salir a la superficie para ver por fin el cielo que todos dicen que es tan bonito, y escuchar la voz de los hombres y oler el perfume de las flores!

—Todavía eres demasiado joven —respondió la abuela—. Dentro de unos años, cuando tengas quince, el rey te dará permiso para subir a la superficie, como a tus hermanas.

La Sirenita soñaba con el mundo de los hombres, el cual conocía a través de los relatos de sus hermanas, a quienes interrogaba durante horas para satisfacer su inagotable curiosidad cada vez que volvían de la superficie. En este tiempo, mientras esperaba salir a la superficie para conocer el universo ignorado, se ocupaba de su maravilloso jardín adornado con flores marítimas. Los caballitos de mar le hacían compañía y los delfines se le acercaban para jugar con ella; únicamente las estrellas de mar, quisquillosas, no respondían a su llamada.

Por fin llegó el cumpleaños tan esperado y, durante toda la noche precedente, no consiguió dormir. A la mañana siguiente el padre la llamó y, al acariciarle sus largos y rubios cabellos, vio esculpida en su hombro una hermosísima flor.

—¡Bien, ya puedes salir a respirar el aire y ver el cielo! ¡Pero recuerda que el mundo de arriba no es el nuestro, sólo podemos admirarlo! Somos hijos del mar y no tenemos alma como los hombres. Sé prudente y no te acerques a ellos. ¡Sólo te traerían desgracias!

Apenas su padre terminó de hablar, La Sirenita le dio un beso y se dirigió hacia la superficie, deslizándose ligera. Se sentía tan veloz que ni siquiera los peces conseguían alcanzarla. De repente emergió del agua. ¡Qué fascinante! Veía por primera vez el cielo azul y las primeras estrellas centelleantes al anochecer. El sol, que ya se había puesto en el horizonte, había dejado sobre las olas un reflejo dorado que se diluía lentamente. Las gaviotas revoloteaban por encima de La Sirenita y dejaban oír sus alegres graznidos de bienvenida.

—¡Qué hermoso es todo! —exclamó feliz, dando palmadas.

Pero su asombro y admiración aumentaron todavía: una nave se acercaba despacio al escollo donde estaba La Sirenita. Los marinos echaron el ancla, y la nave, así amarrada, se balanceó sobre la superficie del mar en calma. La Sirenita escuchaba sus voces y comentarios. “¡Cómo me gustaría hablar con ellos!”, pensó. Pero al decirlo, miró su larga cola cimbreante, que tenía en lugar de piernas, y se sintió acongojada: “¡Jamás seré como ellos!”

A bordo parecía que todos estuviesen poseídos por una extraña animación y, al cabo de poco, la noche se llenó de vítores: “¡Viva nuestro capitán! ¡Vivan sus veinte años!” La pequeña sirena, atónita y extasiada, había descubierto mientras tanto al joven al que iba dirigido todo aquel alborozo. Alto, moreno, de porte real, sonreía feliz. La Sirenita no podía dejar de mirarlo y una extraña sensación de alegría y sufrimiento al mismo tiempo, que nunca había sentido con anterioridad, le oprimió el corazón.

La fiesta seguía a bordo, pero el mar se encrespaba cada vez más. La Sirenita se dio cuenta en seguida del peligro que corrían aquellos hombres: un viento helado y repentino agitó las olas, el cielo entintado de negro se desgarró con relámpagos amenazantes y una terrible borrasca sorprendió a la nave desprevenida.

—¡Cuidado! ¡El mar...! —en vano la Sirenita gritó y gritó.

Pero sus gritos, silenciados por el rumor del viento, no fueron oídos, y las olas, cada vez más altas, sacudieron con fuerza la nave. Después, bajo los gritos desesperados de los marineros, la arboladura y las velas se abatieron sobre cubierta, y con un siniestro fragor el barco se hundió. La Sirenita, que momentos antes había visto cómo el joven capitán caía al mar, se puso a nadar para socorrerlo. Lo buscó inútilmente durante mucho rato entre las olas gigantescas. Había casi renunciado, cuando de improviso, milagrosamente, lo vio sobre la cresta blanca de una ola cercana y, de golpe, lo tuvo en sus brazos.

El joven estaba inconsciente, mientras la Sirenita, nadando con todas sus fuerzas, lo sostenía para rescatarlo de una muerte segura. Lo sostuvo hasta que la tempestad amainó. Al alba, que despuntaba sobre un mar todavía lívido, la Sirenita se sintió feliz al acercarse a tierra y poder depositar el cuerpo del joven sobre la arena de la playa. Al no poder andar, permaneció mucho tiempo a su lado con la cola lamiendo el agua, frotando las manos del joven y dándole calor con su cuerpo.

Hasta que un murmullo de voces que se aproximaban la obligaron a buscar refugio en el mar.

—¡Corran! ¡Corran! —gritaba una dama de forma atolondrada— ¡Hay un hombre en la playa! ¡Está vivo! ¡Pobrecito...! ¡Ha sido la tormenta...! ¡Llémoslo al castillo! ¡No! ¡No! Es mejor pedir ayuda...

La primera cosa que vio el joven al recobrar el conocimiento, fue el hermoso semblante de la más joven de las tres damas.

—¡Gracias por haberme salvado! —le susurró a la bella desconocida.

La Sirenita, desde el agua, vio que el hombre al que había salvado se dirigía hacia el castillo, ignorante de que fuese ella, y no la otra, quien lo había salvado.

Pausadamente nadó hacia el mar abierto; sabía que, en aquella playa, detrás suyo, había dejado algo de lo que nunca hubiera querido separarse. ¡Oh! ¡Qué maravillosas habían sido las horas transcurridas durante la tormenta teniendo al joven entre sus brazos!

Cuando llegó a la mansión paterna, la Sirenita empezó su relato, pero de pronto sintió un nudo en la garganta y, echándose a llorar, se refugió en su habitación. Días y más días permaneció encerrada sin querer ver a nadie, rehusando incluso hasta los alimentos. Sabía que su amor por el joven capitán era un amor sin esperanza, porque ella, la Sirenita, nunca podría casarse con un hombre.

Sólo la Hechicera de los Abismos podía socorrerla. Pero, ¿a qué precio? A pesar de todo decidió consultarla.

—¡...por consiguiente, quieres deshacerte de tu cola de pez! Y supongo que querrás dos piernas. ¡De acuerdo! Pero deberás sufrir atrozmente y, cada vez que pongas los pies en el suelo sentirás un terrible dolor.

—¡No me importa —respondió la Sirenita con lágrimas en los ojos— a condición de que pueda volver con él!

¡No he terminado todavía! —dijo la vieja—. ¡Deberás darme tu hermosa voz y te quedarás muda para siempre! Pero recuerda: si el hombre que amas se casa con otra, tu cuerpo desaparecerá en el agua como la espuma de una ola.

—¡Acepto! —dijo por último la Sirenita y, sin dudar un instante, le pidió el frasco que contenía la poción prodigiosa. Se dirigió a la playa y, en las proximidades de su mansión, emergió a la superficie; se arrastró a duras penas por la orilla y se bebió la pócima de la hechicera.

Inmediatamente, un fuerte dolor le hizo perder el conocimiento y cuando volvió en sí, vio a su lado, como entre brumas, aquel semblante tan querido sonriéndole. El príncipe allí la encontró y, recordando que también él fue un náufrago, cubrió tiernamente con su capa aquel cuerpo que el mar había traído.

—No temas —le dijo de repente—. Estás a salvo. ¿De dónde vienes?

Pero la Sirenita, a la que la bruja dejó muda, no pudo responderle.

—Te llevaré al castillo y te curaré.

Durante los días siguientes, para la Sirenita empezó una nueva vida: llevaba maravillosos vestidos y acompañaba al príncipe en sus paseos. Una noche fue invitada al baile que daba la corte, pero tal y

como había predicho la bruja, cada paso, cada movimiento de las piernas le producía atroces dolores como premio de poder vivir junto a su amado. Aunque no pudiese responder con palabras a las atenciones del príncipe, éste le tenía afecto y la colmaba de gentilezas. Sin embargo, el joven tenía en su corazón a la desconocida dama que había visto cuando fue rescatado después del naufragio.

Desde entonces no la había visto más porque, después de ser salvado, la desconocida dama tuvo que partir de inmediato a su país. Cuando estaba con la Sirenita, el príncipe le profesaba a ésta un sincero afecto, pero no desaparecía la otra de su pensamiento. Y la pequeña sirena, que se daba cuenta de que no era ella la predilecta del joven, sufría aún más. Por las noches, la Sirenita dejaba escondidas el castillo para ir a llorar junto a la playa.

Pero el destino le reservaba otra sorpresa. Un día, desde lo alto del torreón del castillo, fue avistada una gran nave que se acercaba al puerto, y el príncipe decidió ir a recibirla acompañado de la Sirenita.

La desconocida que el príncipe llevaba en el corazón bajó del barco y, al verla, el joven corrió feliz a su encuentro. La Sirenita, petrificada, sintió un agudo dolor en el corazón. En aquel momento supo que perdería a su príncipe para siempre. La desconocida dama fue pedida en matrimonio por el príncipe enamorado, y la dama lo aceptó con agrado, puesto que ella también estaba enamorada. Al cabo de unos días de celebrarse la boda, los esposos fueron invitados a hacer un viaje por mar en la gran nave que estaba amarrada todavía en el puerto. La Sirenita también subió a bordo con ellos, y el viaje dio comienzo.

Al caer la noche, la Sirenita, angustiada por haber perdido para siempre a su amado, subió a cubierta. Recordando la profecía de la hechicera, estaba dispuesta a sacrificar su vida y a desaparecer en el mar. Procedente del mar, escuchó la llamada de sus hermanas:

—¡Sirenita! ¡Sirenita! ¡Somos nosotras, tus hermanas! ¡Mira! ¿Ves este puñal? Es un puñal mágico que hemos obtenido de la bruja a cambio de nuestros cabellos. ¡Tómalo y, antes de que amanezca, mata al príncipe! Si lo haces, podrás volver a ser una sirenita como antes y olvidarás todas tus penas.

Como en un sueño, la Sirenita, sujetando el puñal, se dirigió hacia el camarote de los esposos. Mas cuando vio el semblante del príncipe durmiendo, le dio un beso furtivo y subió de nuevo a cubierta. Cuando ya amanecía, arrojó el arma al mar, dirigió una última mirada al mundo que dejaba y se lanzó entre las olas, dispuesta a desaparecer y volverse espuma.

Cuando el sol despuntaba en el horizonte, lanzó un rayo amarillento sobre el mar y, la Sirenita, desde las aguas heladas, se volvió para ver la luz por última vez. Pero de improviso, como por encanto, una fuerza misteriosa la arrancó del agua y la transportó hacia lo más alto del cielo. Las nubes se teñían de rosa y el mar rugía con la primera brisa de la mañana, cuando la pequeña sirena oyó cuchichear en medio de un sonido de campanillas:

—¡Sirenita! ¡Sirenita! ¡Ven con nosotras!

—¿Quiénes son? —murmuró la muchacha, dándose cuenta de que había recobrado la voz—. ¿Dónde están?

—Estás con nosotras en el cielo. Somos las hadas del viento. No tenemos alma como los hombres, pero es nuestro deber ayudar a quienes hayan demostrado buena voluntad hacia ellos.

La Sirenita, conmovida, miró hacia abajo, hacia el mar en el que navegaba el barco del príncipe, y notó que los ojos se le llenaban de lágrimas, mientras las hadas le susurraban:

—¡Fíjate! Las flores de la tierra esperan que nuestras lágrimas se transformen en rocío de la mañana. ¡Ven con nosotras! Volemos hacia los países cálidos, donde el aire mata a los hombres, para llevar ahí un viento fresco. Por donde pasemos llevaremos socorros y consuelos, y cuando hayamos hecho el bien durante trescientos años, recibiremos un alma inmortal y podremos participar de la eterna felicidad de los hombres —le decían.

—¡Tú has hecho con tu corazón los mismos esfuerzos que nosotras, has sufrido y salido victoriosa de tus pruebas y te has elevado hasta el mundo de los espíritus del aire, donde no depende más que de ti conquistar un alma inmortal por tus buenas acciones! —le dijeron.

Y la Sirenita, levantando los brazos al cielo, lloró por primera vez.

Oyéronse de nuevo en el buque los cantos de alegría: vio al Príncipe y a su linda esposa mirar con melancolía la espuma juguetona de las olas. La Sirenita, en estado invisible, abrazó a la esposa del Príncipe, envió una sonrisa al esposo, y en seguida subió con las demás hijas del viento envuelta en una nube color de rosa que se elevó hasta el cielo.

FIN

El cuento de los tres hermanos | Harry Potter y Las reliquias de la muerte

Había una vez tres hermanos que viajaban por un camino sinuoso y solitario, al atardecer. De pronto los hermanos llegaron a un río demasiado traicionero para cruzarlo. Pero siendo diestros en el arte de la magia los tres hermanos solo usaron sus varitas para crear un puente.

Sin embargo, antes de pasar, una figura encapuchada bloqueó su camino, era la muerte, y se sintió defraudada porque los viajeros normalmente se ahogaban en el río. Pero la muerte era astuta. Fingió felicitar a los tres hermanos por su magia y les dijo que se habían ganado un premio por ser lo bastante listos para evitarla. El mayor, pidió una varita más poderosa que cualquiera que existiera, y la muerte se la fabricó de un árbol de Sáuco que estaba cerca. El segundo hermano decidió que quería humillar a la muerte aún más, pidió el poder de traer a seres amados desde la tumba. Así la muerte tomó una piedra del río y se la entregó. Finalmente, la muerte giró hacia el tercer hermano, un hombre humilde. Él pidió algo que le permitiera irse de ese lugar evitando que la muerte lo siguiera, la muerte de mala gana, le dio su propio manto de invisibilidad.

El primer hermano viajó a un poblado distante y con la varita de Sáuco en la mano mató a un mago con quien una vez había peleado. Ebrio con el poder que le había dado la varita, presumió ser invencible. Pero esa noche, otro mago le robó la varita y le cortó el cuello de lado a lado. Y la muerte reclamó al primer hermano.

Mientras, el segundo hermano fue a su hogar donde tomó la piedra y la giró tres veces en su mano. Para su deleite, la mujer con la que había querido casarse antes de su repentina muerte, apareció frente a él, pero pronto se volvió triste y fría, pues ya no pertenecía al mundo de los mortales. Llevado a la locura por su tristeza, el segundo hermano se quitó la vida para estar con ella, y la muerte se llevó al segundo hermano.

Al tercer hermano la muerte lo buscó por muchos años, pero nunca pudo encontrarlo, solo cuando llegó a una edad muy avanzada, el hermano más joven se quitó el manto de invisibilidad y se lo dio a su hijo. Recibió a la muerte como a una vieja amiga y fue con ella con gusto, dejando esta vida como iguales.

FIN

La conspiración de las mujeres hermosas | Alejandro Dolina, *Crónicas del Ángel Gris* (1987)

Cuando Jorge Allen, el poeta, se cruzaba con alguna mujer hermosa, caía en el más hondo desasosiego.

Esta muchacha no será para mí— pensaba mientras la veía doblar para siempre la esquina.

Es que cada mujer que pasa frente a uno sin detenerse es una historia de amor que no se concretará nunca. Y ya se sabe que los hombres de corazón sueñan con vivir todas las vidas.

En ocasiones especiales, Allen usurpaba el tranco de las más buenas mozas para decirles algo.

— Vea: si no me conoce, no podrá usted darse el lujo de olvidarme.

Pero casi siempre ocurría lo mismo. Las pibas de Flores no mostraban el menor interés en olvidar o recordar al poeta.

Cabe ahora mismo salir al paso de la suspicacia general, aclarando que Allen era un joven de grata y recia figura. Además era muy versado en amorosas cuestiones. En verdad, casi no se ocupaba de otra cosa.

Una tarde, envenenado por la fría mirada de una morocha en la calle Bacacay, el hombre tuvo una inspiración: sospecho que la indiferencia de las hembras más notables no era casual. Adivinó una intención común en todas ellas. Y decidió que tenía que existir una conjura, una conspiración. Él la llamó La Conspiración de las Mujeres Hermosas.

Allen nunca fue un sujeto de pensamientos ordenados. Pero su idea interesó muchísimo a las personas más reflexivas del barrio de Flores. El primer fruto que se recuerda de estas inquietudes fue la memorable conferencia en el cine San Martín pronunciada por el polígrafo Manuel Mandeb.

Su título fue "De las mujeres mejor no hay que hablar" vale la pena transcribir algunos párrafos conservados en la dudosa memoria de supuestos asistentes.

"...Nadie puede negar el poder diabólico de la belleza. Se trata en realidad de una fuerza mucho más irresistible que la del dinero o la prepotencia. Cualquiera puede despreciar a quien lo sojuzga mediante el soborno o el temor. Por el contrario uno no tiene más remedio que amar a quien le impone humillaciones en virtud de su encanto. Y esta es una trágica paradoja."

"...Las mujeres hermosas de este barrio conocen perfectamente la calidad de sus armas y las utilizan con el único fin de provocar el sufrimiento de los hombres sensibles. Ostentan su belleza y sin embargo no permiten que uno la disfrute. Cuentan dinero delante de los pobres. Esta perversa conducta no puede ser inconsciente. Obedece, sin duda a un plan minuciosamente pensado."

"...Cada vez que me acerco a una señorita para presentarle mi respeto, no recibo otra cosa que gestos de desagrado, gambetas ampulosas y aun amenazas de escándalo. Ya no se puede ceder el paso a una dama sin que se sospeche que esta por permitido perpetrarse una violación."

Desde la cuarta fila, un grupo de colegialas le retrucó al conferenciante, llamando su atención acerca del comportamiento de los conductores de camionetas. Opinaban las niñas que estos profesionales, más que requerirlas de amores aprecian proponerse insultarlas.

Este que escribe opina que la objeción es interesante. Con toda frecuencia se ven por las calles individuos que lejos de postularse como admiradores de las señoritas que se les cruzan, proceden a agraviarlas con frases puercas.

Aquí surge un tema polémico. ¿En qué consiste el piropo? ¿Cuál es su objeto y esencia?

Algunos sostienen que se trata de un género artístico: Un hombre ve a una mujer, se inspira y suelta párrafos. No existe la esperanza de una recompensa, basta con la satisfacción de haber cumplido con los duendes interiores.

Si este es el criterio correcto, la actitud de los conductores de camionetas es perfectamente comprensible. Tal vez quepan reparos de índole académica. Se puede opinar que es artísticamente superior un madrigal que un manotazo, pero ambas expresiones se encuadran rigurosamente en la definición que se ha sugerido anteriormente.

Otra corriente –menos desinteresada– piensa que todo piropo manifiesta la intención de comenzar un romance. Vale decir que se espera de la dama que lo recibe una respuesta alentadora.

Difícil será –por cierto– que alguien obtenga una sonrisa a cambio de una grosería. El asunto es apasionante y fue desarrollado por el propio Mandeb, mucho después, en un libro que se llamó "La objeción de las colegialas", título que despertó un equivocado entusiasmo entre los conductores de camionetas.

Pero volvamos a la conferencia.

Manuel Mandeb presentó durante su exposición a un italiano y a un brasileño, quienes – dificultosamente– expresaron que, en sus países, los idilios se concertaban en forma rápida entre personas desconocidas y que muchas veces bastaba con leves gestos para entenderse bien.

Curiosamente, el propio conferencista desautorizó a sus invitados.

"...Esta muy bien reclamar la tolerancia de las señoritas. Pero todo amorío debe presentar una cantidad razonable de escollos. Para serles franco, no quisiera saber nada con una mujer capaz de entreverarse en dos minutos con un tipo como yo."

La conferencia terminó en un tumulto. Varias conspiradoras asistentes empezaron a quejarse de recibir propuestas indecorosas de los caballeros vecinos. Probablemente se trataba de conductores de camionetas.

Los Refutadores de Leyendas hicieron oír su voz algunos días más tarde. En una de sus habituales reuniones manifestaron que no creían en la posibilidad de la conspiración. El argumento de los racionalistas merece consideración: según ellos las mujeres hermosas se odian entre si y es inconcebible cualquier tipo de acuerdo. Declararon también que es falso que esta estirpe no haga caso de los hombres: todos los días uno ve hermosas muchachas acompañadas por algún señor.

Ya en el colmo de la locura, los Hombres Sensibles contestaron que allí estaba el punto: el señor que acompaña a las mujeres hermosas es siempre otro y esto provoca aún más tristeza que cuando uno las ve solas. No sería extraño que estas damas y sus acompañantes no fueran sino íncubos y súcubos que recorren el mundo para ser dique a las almas sencillas.

Ives Castagnino, el músico de Palermo, razonaba de este modo: si el propósito de las mujeres terribles es hacer sufrir a los hombres, tienen dos maneras de lograrlo:

- 1) No viviendo un romance con ellos.
- 2) Viviéndolo.

Según parece, al músico lo aterrorizaba mucho más la segunda posibilidad.

Como puede suponerse, las mujeres hermosas consultadas negaron siempre la existencia de la conjura. De cualquier modo, hay que reconocer que la encuesta no fue demasiado amplia. En primer lugar, las señoritas entrevistadas desconfiaban de los encuestadores y pensaban –con toda razón– que trataban de seducirlas. Y por otra parte resulta una verdadera ingenuidad que, quienes son capaces de una gesta tan oscura, se presten a revelar el secreto precisamente a sus víctimas.

Como suele ocurrir en estos casos, el tema de discusión se bifurcó innumerables veces y tomó el rumbo de los tomates.

Hubo quienes pidieron que se aclararan los límites de la hermosura para saber cabalmente quienes eran las mujeres que alcanzaban esa categoría.

La cuestión es ardua, como todo juicio estético. Se pueden tener en cuenta –quizá– algunos indicios. Se dice que si una dama es muy linda, las demás la tendrán por tonta. Pero no puede tomarse

este lugar común como precepto, pues es cosa evidente que existen mujeres que, siendo tontas, son al mismo tiempo feas. Inclusive hay gente que sostiene haber conocido señoritas hermosas e inteligentes, lo cual para mi gusto es demasiado.

El asunto se torna todavía más complejo a causa de la acción de los Agrandadores de Loros, unos caballeros más bien babosos que con halagos y falsedades consiguen que ciertos bagayos se crean la reina del corso.

Así, los hombres de corazón llegan a padecer la violencia de verse rechazados por damas que jamás pensaron seducir. La tarea de los Agrandadores ha ido muy lejos y ha llegado incluso a las tapas de las revistas y avisos de publicidad, donde se proponen a la admiración de la gente de toda clase de pescados con disfraz de Colombina.

Pero los Hombres Sensibles siempre supieron cuando se hallaban ante la presencia de una mujer hermosa. Sentían lo que Mandeb describía como una patada en el corazón. Y no se equivocaban nunca.

A decir verdad, jamás se alcanzaron a reunir pruebas convincentes sobre la existencia de la conspiración. Pero sus efectos se siguieron padeciendo.

Pese a todo, Allen, Mandeb y todos sus amigos siguieron recorriendo las esquinas haciendo fuerza para creer que detrás de alguna puerta iba a aparecer la mujer que les salvaría la vida.

Por suerte para los muchachos, hubo siempre entre las dilas conjuradas algunas Traidoras Adorables. Naturalmente toda traición tiene su precio y muchas veces la exigencia era el amor eterno. Los Hombres de Flores pagaban una y otra vez este arancel.

La denuncia de Jorge Allen ya ha sido olvidada en el barrio del Ángel Gris. Pero aunque nadie converse sobre el asunto, basta con asomarse a la puerta para comprobar que las cosas siguen como entonces.

Allí están las mujeres hermosas en Flores y en toda la ciudad, gritando con sus miradas de hielo que no están en nuestro futuro ni en nuestro pasado.

Allí está la abominable secta de las Chicas con Novio, poniéndonos ante la espantosa verdad de que siempre hay un hombre mejor que uno.

El camino para derrotar a esta muralla es largo y penoso, pero seguirlo es deber de los criollos arremetedores.

No hay más remedio que quererlas a pesar de todo. Y más todavía, tratar de que a uno lo quieran. Esta segunda labor es especialmente complicada y puede llevar la vida eterna. Consiste –por ejemplo– en ser bueno, aprender a tocar el piano, convertirse en héroe o en santo, estudiar las ciencias, comprarse una tricota nueva, lavarse los dientes, ser considerado y tierno y renunciar a los empleos nacionales.

Una vez hecho todo esto, ya puede el hombre enamorado, pararse en la calle y esperar el paso de la primera mujer hermosa para decirle bien fuerte:

– He sufrido mucho nada más que para saber su nombre.

Seguramente, la tipa fingirá no haber oído, mirará al horizonte y seguirá su camino.

Pero será injusto.

FIN

Las Ruinas Circulares | Jorge Luis Borges *Ficciones* (1944)

And if he left off dreaming about you...

Through the Looking-Glass, VI

Y si él dejara de soñar contigo...

“Alicia a través del espejo”

Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche, nadie vio la canoa de bambú sumiéndose en el fango sagrado, pero a los pocos días nadie ignoraba que el hombre taciturno venía del Sur y que su patria era una de las infinitas aldeas que están aguas arriba, en el flanco violento de la montaña, donde el idioma zend no está contaminado de griego y donde es infrecuente la lepra. Lo cierto es que el hombre gris besó el fango, repechó la ribera sin apartar (probablemente, sin sentir) las cortaderas que le dilaceraban las carnes y se arrastró, mareado y ensangrentado, hasta el recinto circular que corona un tigre o caballo de piedra, que tuvo alguna vez el color del fuego y ahora el de la ceniza. Ese redondel es un templo que devoraron los incendios antiguos, que la selva palúdica ha profanado y cuyo dios no recibe honor de los hombres. El forastero se tendió bajo el pedestal. Lo despertó el sol alto. Comprobó sin asombro que las heridas habían cicatrizado; cerró los ojos pálidos y durmió, no por flaqueza de la carne sino por determinación de la voluntad. Sabía que ese templo era el lugar que requería su invencible propósito; sabía que los árboles incesantes no habían logrado estrangular, río abajo, las ruinas de otro templo propicio, también de dioses incendiados y muertos; sabía que su inmediata obligación era el sueño. Hacia la medianoche lo despertó el grito inconsolable de un pájaro. Rastros de pies descalzos, unos higos y un cántaro le advirtieron que los hombres de la región habían espiado con respeto su sueño y solicitaban su amparo o temían su magia. Sintió el frío del miedo y buscó en la muralla dilapidada un nicho sepulcral y se tapó con hojas desconocidas.

El propósito que lo guiaba no era imposible, aunque sí sobrenatural. Quería soñar un hombre: quería soñarlo con integridad minuciosa e imponerlo a la realidad. Ese proyecto mágico había agotado el espacio entero de su alma; si alguien le hubiera preguntado su propio nombre o cualquier rasgo de su vida anterior, no habría acertado a responder. Le convenía el templo inhabitado y despedazado,

porque era un mínimo de mundo visible; la cercanía de los labradores también, porque éstos se encargaban de subvenir a sus necesidades frugales. El arroz y las frutas de su tributo eran pábulo suficiente para su cuerpo, consagrado a la única tarea de dormir y soñar.

Al principio, los sueños eran caóticos; poco después, fueron de naturaleza dialéctica. El forastero se soñaba— en el centro de un anfiteatro circular que era de algún modo el templo incendiado: nubes de alumnos taciturnos fatigaban las gradas; las caras de los últimos pendían a muchos siglos de distancia y a una altura estelar, pero eran del todo precisas. El hombre les dictaba lecciones de anatomía, de cosmografía, de magia: los rostros escuchaban con ansiedad y procuraban responder con entendimiento, como si adivinaran la importancia de aquel examen, que redimiría a uno de ellos de su condición de vana apariencia y lo interpolaría en el mundo real. El hombre, en el sueño y en la vigilia, consideraba las respuestas de sus fantasmas, no se dejaba embaucar por los impostores, adivinaba en ciertas perplejidades una inteligencia creciente. Buscaba un alma que mereciera participar en el universo.

A las nueve o diez noches comprendió con alguna amargura que nada podía esperar de aquellos alumnos que aceptaban con pasividad su doctrina y sí de aquellos que arriesgaban, a veces, una contradicción razonable. Los primeros, aunque dignos de amor y de buen afecto, no podían ascender a individuos; los últimos preexistían un poco más. Una tarde (ahora también las tardes eran tributarias del sueño, ahora no velaba sino un par de horas en el amanecer) licenció para siempre el vasto colegio ilusorio y se quedó con un solo alumno. Era un muchacho taciturno, cetrino, díscolo a veces, de rasgos afilados que repetían los de su soñador. No lo desconcertó por mucho tiempo la brusca eliminación de los condiscípulos; su progreso, al cabo de unas pocas lecciones particulares, pudo maravillar al maestro. Sin embargo, la catástrofe sobrevino. El hombre, un día, emergió del sueño como de un desierto viscoso, miró la vana luz de la tarde que al pronto confundió con la aurora y comprendió que no había soñado. Toda esa noche y todo el día, la intolerable lucidez del insomnio se abatió contra él. Quiso explorar la selva, extenuarse; apenas alcanzó entre la cicuta unas rachas de sueño débil, veteadas fugazmente de visiones de tipo rudimental: inservibles. Quiso congregar el colegio y apenas hubo articulado unas breves palabras de exhortación, éste se deformó, se borró. En la casi perpetua vigilia, lágrimas de ira le quemaban los viejos ojos.

Comprendió que el empeño de modelar la materia incoherente y vertiginosa de que se componen los sueños es el más arduo que puede acometer un varón, aunque penetre todos los enigmas del orden superior y del inferior: mucho más arduo que tejer una cuerda de arena o que amonedar el viento sin cara. Comprendió que un fracaso inicial era inevitable. Juró olvidar la enorme alucinación que lo había desviado al principio y buscó otro método de trabajo. Antes de ejercitarlo, dedicó un mes a la reposición de las fuerzas que había malgastado el delirio. Abandonó toda premeditación de soñar y casi acto continuo logró dormir un trecho razonable del día. Las raras veces que soñó durante ese período, no

reparó en los sueños. Para reanudar la tarea, esperó que el disco de la luna fuera perfecto. Luego, en la tarde, se purificó en las aguas del río, adoró los dioses planetarios, pronunció las sílabas lícitas de un nombre poderoso y durmió. Casi inmediatamente, soñó con un corazón que latía.

Lo soñó activo, caluroso, secreto, del grandor de un puño cerrado, color granate en la penumbra de un cuerpo humano aún sin cara ni sexo; con minucioso amor lo soñó, durante catorce lúcidas noches. Cada noche, lo percibía con mayor evidencia. No lo tocaba; se limitaba a atestiguarlo, a observarlo, tal vez a corregirlo con la mirada. Lo percibía, lo vivía, desde muchas distancias y muchos ángulos. La noche catorcena rozó la arteria pulmonar con el índice y luego todo el corazón, desde afuera y adentro. El examen lo satisfizo. Deliberadamente no soñó durante una noche: luego retomó el corazón, invocó el nombre de un planeta y emprendió la visión de otro de los órganos principales. Antes de un año llegó al esqueleto, a los párpados. El pelo innumerable fue tal vez la tarea más difícil. Soñó un hombre íntegro, un mancebo, pero éste no se incorporaba ni hablaba ni podía abrir los ojos. Noche tras noche, el hombre lo soñaba dormido.

En las cosmogonías gnósticas, los demiurgos amasan un rojo Adán que no logra ponerse de pie; tan inhábil y rudo y elemental como ese Adán de polvo era el Adán de sueño que las noches del mago habían fabricado. Una tarde, el hombre casi destruyó toda su obra, pero se arrepintió. (Más le hubiera valido destruirla.) Agotados los votos a los númenes de la tierra y del río, se arrojó a los pies de la efigie que tal vez era un tigre y tal vez un potro, e imploró su desconocido socorro. Ese crepúsculo, soñó con la estatua. La soñó viva, trémula: no era un atroz bastardo de tigre y potro, sino a la vez esas dos criaturas vehementes y también un toro, una rosa, una tempestad. Ese múltiple dios le reveló que su nombre terrenal era Fuego, que en ese templo circular (y en otros iguales) le habían rendido sacrificios y culto y que mágicamente animaría al fantasma soñado, de suerte que todas las criaturas, excepto el Fuego mismo y el soñador, lo pensarán un hombre de carne y hueso. Le ordenó que una vez instruido en los ritos, lo enviara al otro templo despedazado cuyas pirámides persisten aguas abajo, para que alguna voz lo glorificara en aquel edificio desierto. En el sueño del hombre que soñaba, el soñado se despertó.

El mago ejecutó esas órdenes. Consagró un plazo (que finalmente abarcó dos años) a descubrirle los arcanos del universo y del culto del fuego. Íntimamente, le dolía apartarse de él. Con el pretexto de la necesidad pedagógica, dilataba cada día las horas dedicadas al sueño. También rehízo el hombre derecho, acaso deficiente. A veces, lo inquietaba una impresión de que ya todo eso había acontecido... En general, sus días eran felices; al cerrar los ojos pensaba: «Ahora estaré con mi hijo». O, más raramente: «El hijo que he engendrado me espera y no existirá si no voy».

Gradualmente, lo fue acostumbrando a la realidad. Una vez le ordenó que embanderara una cumbre lejana. Al otro día, flameaba la bandera en la cumbre. Ensayó otros experimentos análogos, cada vez más audaces. Comprendió con cierta amargura que su hijo estaba listo para nacer —y tal vez

impaciente—. Esa noche lo besó por primera vez y lo envió al otro templo cuyos despojos blanqueaban río abajo, a muchas leguas de inextricable selva y de ciénaga. Antes (para que no supiera nunca que era un fantasma, para que se creyera un hombre como los otros) le infundió el olvido total de sus años de aprendizaje.

Su victoria y su paz quedaron empañadas de hastío. En los crepúsculos de la tarde y del alba, se prosternaba ante la figura de piedra, tal vez imaginando que su hijo irreal ejecutaba idénticos ritos, en otras ruinas circulares, aguas abajo; de noche no soñaba, o soñaba como lo hacen todos los hombres. Percibía con cierta palidez los sonidos y formas del universo: el hijo ausente se nutría de esas disminuciones de su alma. El propósito de su vida estaba colmado; el hombre persistió en una suerte de éxtasis. Al cabo de un tiempo que ciertos narradores de su historia prefieren computar en años y otros en lustros, lo despertaron dos remeros a medianoche: no pudo ver sus caras, pero le hablaron de un hombre mágico en un templo del Norte, capaz de hollar el fuego y de no quemarse. El mago recordó bruscamente las palabras del dios. Recordó que de todas las criaturas que componen el orbe, el fuego era la única que sabía que su hijo era un fantasma. Ese recuerdo, apaciguador al principio, acabó por atormentarlo. Temió que su hijo meditara en ese privilegio anormal y descubriera de algún modo su condición de mero simulacro. No ser un hombre, ser la proyección del sueño de otro hombre, ¡qué humillación incomparable, qué vértigo! A todo padre le interesan los hijos que ha procreado (que ha permitido) en una mera confusión o felicidad; es natural que el mago temiera por el porvenir de aquel hijo, pensado entraña por entraña y rasgo por rasgo, en mil y una noches secretas.

El término de sus cavilaciones fue brusco, pero lo prometieron algunos signos. Primero (al cabo de una larga sequía) una remota nube en un cerro, liviana como un pájaro; luego, hacia el Sur, el cielo que tenía el color rosado de la encía de los leopardos; luego las humaredas que herrumbraron el metal de las noches; después la fuga pánica de las bestias. Porque se repitió lo acontecido hace muchos siglos. Las ruinas del santuario del dios del fuego fueron destruidas por el fuego. En un alba sin pájaros el mago vio cernirse contra los muros el incendio concéntrico. Por un instante, pensó refugiarse en las aguas, pero luego comprendió que la muerte venía a coronar su vejez, y a absolverlo de sus trabajos. Caminó contra los jirones de fuego. Estos no mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo.

FIN

El muerto | Jorge Luis Borges, *El Aleph* (1949)

Que un hombre del suburbio de Buenos Aires, que un triste compadrito sin más virtud que la infatuación del coraje, se interne en los desiertos ecuestres de la frontera del Brasil y llegue a capitán de contrabandistas, parece de antemano imposible. A quienes lo entienden así, quiero contarles el

destino de Benjamín Otálora, de quien acaso no perdura un recuerdo en el barrio de Balvanera y que murió en su ley, de un balazo, en los confines de Río Grande do Sul. Ignoro los detalles de su aventura; cuando me sean revelados, he de rectificar y ampliar estas páginas. Por ahora, este resumen puede ser útil.

Benjamín Otálora cuenta, hacia 1891, diecinueve años. Es un mocetón de frente mezquina, de sinceros ojos claros, de reciedumbre vasca; una puñalada feliz le ha revelado que es un hombre valiente; no lo inquieta la muerte de su contrario, tampoco la inmediata necesidad de huir de la República. El caudillo de la parroquia le da una carta para un tal Azevedo Bandeira, del Uruguay. Otálora se embarca, la travesía es tormentosa y crujiente; al otro día, vaga por las calles de Montevideo, con inconfesada y tal vez ignorada tristeza. No da con Azevedo Bandeira; hacia la medianoche, en un almacén del Paso del Molino, asiste a un altercado entre unos troperos. Un cuchillo relumbra; Otálora no sabe de qué lado está la razón, pero lo atrae el puro sabor del peligro, como a otros la baraja o la música. Para, en el entrevero, una puñalada baja que un peón le tira a un hombre de galera oscura y de poncho. Éste, después, resulta ser Azevedo Bandeira. (Otálora, al saberlo, rompe la carta, porque prefiere debérselo todo a sí mismo.) Azevedo Bandeira da, aunque fornido, la injustificable impresión de ser contrahecho; en su rostro, siempre demasiado cercano, están el judío, el negro y el indio; en su empaque, el mono y el tigre; la cicatriz que le atraviesa la cara es un adorno más, como el negro bigote cerdoso.

Proyección o error del alcohol, el altercado cesa con la misma rapidez con que se produjo. Otálora bebe con los troperos y luego los acompaña a una farra y luego a un caserón en la Ciudad Vieja, ya con el sol bien alto. En el último patio, que es de tierra, los hombres tienden su recado para dormir. Oscuramente, Otálora compara esa noche con la anterior; ahora ya pisa tierra firme, entre amigos. Lo inquieta algún remordimiento, eso sí, de no extrañar a Buenos Aires. Duerme hasta la oración, cuando lo despierta el paisano que agredió, borracho, a Bandeira. (Otálora recuerda que ese hombre ha compartido con los otros la noche de tumulto y de júbilo y que Bandeira lo sentó a su derecha y lo obligó a seguir bebiendo.) El hombre le dice que el patrón lo manda buscar. En una suerte de escritorio que da al zaguán (Otálora nunca ha visto un zaguán con puertas laterales) está esperándolo Azevedo Bandeira, con una clara y desdeñosa mujer de pelo colorado. Bandeira lo pondera, le ofrece una copa de caña, le repite que le está pareciendo un hombre animoso, le propone ir al Norte con los demás a traer una tropa. Otálora acepta; hacia la madrugada están en camino, rumbo a Tacuarembó.

Empieza entonces para Otálora una vida distinta, una vida de vastos amaneceres y de jornadas que tienen el olor del caballo. Esa vida es nueva para él, y a veces atroz, pero ya está en su sangre, porque lo mismo que los hombres de otras naciones veneran y presienten el mar, así nosotros (también el hombre que entreteje estos símbolos) ansiamos la llanura inagotable que resuena bajo los cascos. Otálora se ha criado en los barrios del carrero y del cuarteador; antes de un año se hace gaucho.

Aprende a jinetear, a entropillar la hacienda, a carnear, a manejar el lazo que sujeta y las boleadoras que tumban, a resistir el sueño, las tormentas, las heladas y el sol, a arrear con el silbido y el grito. Sólo una vez, durante ese tiempo de aprendizaje, ve a Azevedo Bandeira, pero lo tiene muy presente, porque ser hombre de Bandeira es ser considerado y temido, y porque, ante cualquier hombrada, los gauchos dicen que Bandeira lo hace mejor. Alguien opina que Bandeira nació del otro lado del Cuareim, en Rio Grande do Sul; eso, que debería rebajarlo, oscuramente lo enriquece de selvas populosas, de ciénagas, de inextricable y casi infinitas distancias. Gradualmente, Otálora entiende que los negocios de Bandeira son múltiples y que el principal es el contrabando. Ser tropero es ser un sirviente; Otálora se propone ascender a contrabandista. Dos de los compañeros, una noche, cruzarán la frontera para volver con unas partidas de caña; Otálora provoca a uno de ellos, lo hiere y toma su lugar. Lo mueve la ambición y también una oscura fidelidad. Que el hombre (piensa) acabe por entender que yo valgo más que todos sus orientales juntos.

Otro año pasa antes que Otálora regrese a Montevideo. Recorren las orillas, la ciudad (que a Otálora le parece muy grande); llegan a casa del patrón; los hombres tienden los recados en el último patio. Pasan los días y Otálora no ha visto a Bandeira. Dicen, con temor, que está enfermo; un moreno suele subir a su dormitorio con la caldera y con el mate. Una tarde, le encomiendan a Otálora esa tarea. Éste se siente vagamente humillado, pero satisfecho también.

El dormitorio es desmantelado y oscuro. Hay un balcón que mira al poniente, hay una larga mesa con un resplandeciente desorden de taleros, de arreadores, de cintos, de armas de fuego y de armas blancas, hay un remoto espejo que tiene la luna empañada. Bandeira yace boca arriba; sueña y se queja; una vehemencia de sol último lo define. El vasto lecho blanco parece disminuirlo y oscurecerlo; Otálora nota las canas, la fatiga, la flojedad, las grietas de los años. Lo subleva que los esté mandando ese viejo. Piensa que un golpe bastaría para dar cuenta de él. En eso, ve en el espejo que alguien ha entrado. Es la mujer de pelo rojo; está a medio vestir y descalza y lo observa con fría curiosidad. Bandeira se incorpora; mientras habla de cosas de la campaña y despacha mate tras mate, sus dedos juegan con las trenzas de la mujer. Al fin, le da licencia a Otálora para irse.

Días después, les llega la orden de ir al Norte. Arriban a una estancia perdida, que está como en cualquier lugar de la interminable llanura. Ni árboles ni un arroyo la alegran, el primer sol y el último la golpean. Hay corrales de piedra para la hacienda, que es guampuda y menesterosa. El Suspiro se llama ese pobre establecimiento.

Otálora oye en rueda de peones que Bandeira no tardará en llegar de Montevideo. Pregunta por qué; alguien aclara que hay un forastero agauchado que está queriendo mandar demasiado. Otálora comprende que es una broma, pero le halaga que esa broma ya sea posible. Averigua, después, que Bandeira se ha enemistado con uno de los jefes políticos y que éste le ha retirado su apoyo. Le gusta esa noticia.

Llegan cajones de armas largas; llegan una jarra y una palangana de plata para el aposento de la mujer; llegan cortinas de intrincado damasco; llega de las cuchillas, una mañana, un jinete sombrío, de barba cerrada y de poncho. Se llama Ulpiano Suárez y es el capanga o guardaespaldas de Azevedo Bandeira. Habla muy poco y de una manera abrasilerada. Otálora no sabe si atribuir su reserva a hostilidad, a desdén o a mera barbarie. Sabe, eso sí, que para el plan que está maquinando tiene que ganar su amistad.

Entra después en el destino de Benjamin Otálora un colorado cabos negros que trae del sur Azevedo Bandeira y que luce apero chapeado y carona con bordes de piel de tigre. Ese caballo liberal es un símbolo de la autoridad del patrón y por eso lo codicia el muchacho, que llega también a desear, con deseo rencoroso, a la mujer de pelo resplandeciente. La mujer, el apero y el colorado son atributos o adjetivos de un hombre que él aspira a destruir.

Aquí la historia se complica y se ahonda. Azevedo Bandeira es diestro en el arte de la intimidación progresiva, en la satánica maniobra de humillar al interlocutor gradualmente, combinando veras y burlas; Otálora resuelve aplicar ese método ambiguo a la dura tarea que se propone. Resuelve suplantar, lentamente, a Azevedo Bandeira. Logra, en jornadas de peligro común, la amistad de Suárez. Le confía su plan; Suárez le promete su ayuda. Muchas cosas van aconteciendo después, de las que sé unas pocas. Otálora no obedece a Bandeira; da en olvidar, en corregir, en invertir sus órdenes. El universo parece conspirar con él y apresura los hechos. Un mediodía, ocurre en campos de Tacuarembó un tiroteo con gente riograndense; Otálora usurpa el lugar de Bandeira y manda a los orientales. Le atraviesa el hombro una bala, pero esa tarde Otálora regresa al Suspiro en el colorado del jete y esa tarde unas gotas de su sangre manchan la piel de tigre y esa noche duerme con la mujer de pelo reluciente. Otras versiones cambian el orden de estos hechos y niegan que hayan ocurrido en un solo día.

Bandeira, sin embargo, siempre es nominalmente el jefe. Da órdenes que no se ejecutan; Benjamín Otálora no lo toca, por una mezcla de rutina y de lástima.

La última escena de la historia corresponde a la agitación de la última noche de 1894. Esa noche, los hombres del Suspiro comen cordero recién carneado y beben un alcohol pendenciero. Alguien infinitamente rasguea una trabajosa milonga. En la cabecera de la mesa, Otálora, borracho, erige exultación sobre exultación, júbilo sobre júbilo; esa torre de vértigo es un símbolo de su irresistible destino. Bandeira, taciturno entre los que gritan, deja que fluya clamorosa la noche. Cuando las doce campanadas resuenan, se levanta como quien recuerda una obligación. Se levanta y golpea con suavidad a la puerta de la mujer. Ésta le abre en seguida, como si esperara el llamado. Sale a medio vestir y descalza. Con una voz que se afemina y se arrastra, el jefe le ordena:

—Ya que vos y el porteño se quieren tanto, ahora mismo le vas a dar un beso a vista de todos.

Agrega una circunstancia brutal. La mujer quiere resistir, pero dos hombres la han tomado del brazo y la echan sobre Otálora. Arrasada en lágrimas, le besa la cara y el pecho. Ulpiano Suárez ha empuñado el revólver. Otálora comprende, antes de morir, que desde el principio lo han traicionado, que ha sido condenado a muerte, que le han permitido el amor, el mando y el triunfo, porque ya lo daban por muerto, porque para Bandeira ya estaba muerto.

Suárez, casi con desdén, hace fuego.

FIN

La Intrusa | Jorge Luis Borges *El Informe de Brodie* (1970)

2 Reyes, I, 26.

Dicen, lo cual es improbable, que la historia fue referida por Eduardo, el menor de los Nelson, en el velorio de Cristián, el mayor, que falleció de muerte natural, hacia mil ochocientos noventa y tantos, en el partido de Morón. Lo cierto es que alguien la oyó de alguien, en el decurso de esa larga noche perdida, entre mate y mate, y la repitió a Santiago Dabove, por quien la supe. Años después, volvieron a contármela en Turdera, donde había acontecido. La segunda versión, algo más prolija, confirmaba en suma la de Santiago, con las pequeñas variaciones y divergencias que son del caso. La escribo ahora porque en ella se cifra, si no me engaño, un breve y trágico cristal de la índole de los orilleros antiguos. Lo haré con probidad, pero ya preveo que cederé a la tentación literaria de acentuar o agregar algún pormenor.

En Turdera los llamaban los Nilsen. El párroco me dijo que su predecesor recordaba, no sin sorpresa, haber visto en la casa de esa gente una gastada Biblia de tapas negras, con caracteres góticos; en las últimas páginas entrevió nombres y fechas manuscritas. Era el único libro que había en la casa. La azarosa crónica de los Nilsen, perdida como todo se perderá. El caserón, que ya no existe, era de ladrillo sin revocar; desde el zaguán se divisaban un patio de baldosa colorada y otro de tierra. Pocos, por lo demás, entraron ahí; los Nilsen defendían su soledad. En las habitaciones desmanteladas dormían en catres; sus lujos eran el caballo, el apero, la daga de hoja corta, el atuendo rumboso de los sábados y el alcohol pendenciero. Sé que eran altos, de melena rojiza. Dinamarca o Irlanda, de las que nunca oírían hablar, andaban por la sangre de esos dos criollos. El barrio los temía a los Colorados; no es imposible que debieran alguna muerte. Hombro a hombro pelearon una vez a la policía. Se dice que el menor tuvo un altercado con Juan Iberra, en el que no llevó la peor parte, lo cual, según los entendidos, es mucho. Fueron troperos, cuarteadores, cuatrerros y alguna vez tahúres. Tenían fama de avaros, salvo cuando la bebida y el juego los volvían generosos. De sus deudos nada se sabe ni de dónde vinieron. Eran dueños de una carreta y una yunta de bueyes.

Físicamente diferían del compadraje que dio su apodo forajido a la Costa Brava. Esto, y lo que ignoramos, ayuda a comprender lo unidos que fueron. Malquistarse con uno era contar con dos enemigos.

Los Nilsen eran calaveras, pero sus episodios amorosos habían sido hasta entonces de zaguán o de casa mala. No faltaron, pues, comentarios cuando Cristián llevó a vivir con él a Juliana Burgos. Es verdad que ganaba así una sirvienta, pero no es menos cierto que la colmó de horrendas baratijas y que la lucía en las fiestas. En las pobres fiestas de conventillo, donde la quebrada y el corte estaban prohibidos y donde se bailaba, todavía, con mucha luz. Juliana era de tez morena y de ojos rasgados; bastaba que alguien la mirara para que se sonriera. En un barrio modesto, donde el trabajo y el descuido gastan a las mujeres, no era mal parecida.

Eduardo los acompañaba al principio. Después emprendió un viaje a Arrecifes por no sé qué negocio; a su vuelta llevó a la casa una muchacha, que había levantado por el camino, y a los pocos días la echó. Se hizo más hosco; se emborrachaba solo en el almacén y no se daba con nadie. Estaba enamorado de la mujer de Cristián. El barrio, que tal vez lo supo antes que él, previó con alevosa alegría la rivalidad latente de los hermanos.

Una noche, al volver tarde de la esquina, Eduardo vio el oscuro de Cristián atado al palenque. En el patio, el mayor estaba esperándolo con sus mejores pilchas. La mujer iba y venía con el mate en la mano. Cristián le dijo a Eduardo:

—Yo me voy a una farra en lo de Farías. Ahí la tenés a la Juliana; si la querés, usala.

El tono era entre mandón y cordial. Eduardo se quedó un tiempo mirándolo; no sabía qué hacer. Cristián se levantó, se despidió de Eduardo, no de Juliana, que era una cosa, montó a caballo y se fue al trote, sin apuro.

Desde aquella noche la compartieron. Nadie sabrá los pormenores de esa sórdida unión, que ultrajaba las decencias del arrabal. El arreglo anduvo bien por unas semanas, pero no podía durar. Entre ellos, los hermanos no pronunciaban el nombre de Juliana, ni siquiera para llamarla, pero buscaban, y encontraban, razones para no estar de acuerdo. Discutían la venta de unos cueros, pero lo que discutían era otra cosa. Cristián solía alzar la voz y Eduardo callaba. Sin saberlo, estaban celándose. En el duro suburbio, un hombre no decía, ni se decía, que una mujer pudiera importarle, más allá del deseo y la posesión, pero los dos estaban enamorados. Esto, de algún modo, los humillaba.

Una tarde, en la plaza de Lomas, Eduardo se cruzó con Juan Iberra, que lo felicitó por ese primor que se había agenciado. Fue entonces, creo, que Eduardo lo injurió. Nadie, delante de él, iba a hacer burla de Cristián.

La mujer atendía a los dos con sumisión bestial; pero no podía ocultar alguna preferencia por el menor, que no había rechazado la participación, pero que no la había dispuesto.

Un día, le mandaron a la Juliana que sacara dos sillas al primer patio y que no apareciera por ahí, porque tenían que hablar. Ella esperaba un diálogo largo y se acostó a dormir la siesta, pero al rato la recordaron. Le hicieron llenar una bolsa con todo lo que tenía, sin olvidar el rosario de vidrio y la crucecita que le había dejado su madre. Sin explicar nada la subieron a la carreta y emprendieron un silencioso y tedioso viaje. Había llovido; los caminos estaban muy pesados y serían las tres de la mañana cuando llegaron a Morón. Ahí la vendieron a la patrona del prostíbulo. El trato ya estaba hecho; Cristián cobró la suma y la dividió después con el otro.

En Turdera, los Nilsen, perdidos hasta entonces en la maraña (que también era una rutina) de aquel monstruoso amor, quisieron reanudar su antigua vida de hombres entre hombres. Volvieron a las trucadas, al reñidero, a las juergas casuales. Acaso, alguna vez, se creyeron salvados, pero solían incurrir, cada cual por su lado, en injustificadas o harto justificadas ausencias. Poco antes de fin de año el menor dijo que tenía que hacer en la Capital. Cristián se fue a Morón; en el palenque de la casa que sabemos reconoció al overo de Eduardo. Entró; adentro estaba el otro, esperando turno. Parece que Cristián le dijo:

–De seguir así, los vamos a cansar a los pingos. Más vale que la tengamos a mano.

Habló con la patrona, sacó unas monedas del tirador y se la llevaron. La Juliana iba con Cristián; Eduardo espoleó al overo para no verlos.

Volvieron a lo que ya se ha dicho. La infame solución había fracasado; los dos habían cedido a la tentación de hacer trampa. Caín andaba por ahí, pero el cariño entre los Nilsen era muy grande –¡quién sabe qué rigores y qué peligros habían compartido!– y prefirieron desahogar su exasperación con ajenos. Con un desconocido, con los perros, con la Juliana, que había traído la discordia.

El mes de marzo estaba por concluir y el calor no cejaba. Un domingo (los domingos la gente suele recogerse temprano) Eduardo, que volvía del almacén, vio que Cristián uncía los bueyes. Cristián le dijo:

–Vení; tenemos que dejar unos cueros en lo del Pardo. Ya los cargué; aprovechemos la fresca.

El comercio del Pardo quedaba, creo, más al sur; tomaron por el Camino de las Tropas; después, por un desvío. El campo iba agrandándose con la noche. Orillaron un pajonal; Cristián tiró el cigarro que había encendido y dijo sin apuro:

–A trabajar, hermano. Después nos ayudarán los caranchos. Hoy la maté. Que se quede aquí con sus pilchas. Ya no hará más perjuicios.

Se abrazaron, casi llorando. Ahora los ataba otro vínculo: la mujer tristemente sacrificada y la obligación de olvidarla.

FIN

I

Debo a la conjunción de un espejo y de una enciclopedia el descubrimiento de Uqbar. El espejo inquietaba el fondo de un corredor en una quinta de la calle Gaona, en Ramos Mejía; la enciclopedia falazmente se llama *The Anglo-American Cyclopaedia* (New York, 1917) y es una reimpresión literal, pero también morosa, de la *Encyclopaedia Britannica* de 1902. El hecho se produjo hará unos cinco años. Bioy Casares había cenado conmigo esa noche y nos demoró una vasta polémica sobre la ejecución de una novela en primera persona, cuyo narrador omitiera o desfigurara los hechos e incurriera en diversas contradicciones, que permitieran a unos pocos lectores —a muy pocos lectores— la adivinación de una realidad atroz o banal. Desde el fondo remoto del corredor, el espejo nos acechaba. Descubrimos (en la alta noche ese descubrimiento es inevitable) que los espejos tienen algo monstruoso. Entonces Bioy Casares recordó que uno de los heresiarcas de Uqbar había declarado que los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres. Le pregunté el origen de esa memorable sentencia y me contestó que *The Anglo-American Cyclopaedia* la registraba, en su artículo sobre Uqbar. La quinta (que habíamos alquilado amueblada) poseía un ejemplar de esa obra. En las últimas páginas del volumen XLVI dimos con un artículo sobre Upsala; en las primeras del XLVII, con uno sobre Ural-Altaic Languages, pero ni una palabra sobre Uqbar. Bioy, un poco azorado, interrogó los tomos del índice. Agotó en vano todas las lecciones imaginables: Ukbar, Uqbar, Ookbar, Oukbahr... Antes de irse, me dijo que era una región del Irak o del Asia Menor. Confieso que asentí con alguna incomodidad. Conjeturé que ese país indocumentado y ese heresiarca anónimo eran una ficción improvisada por la modestia de Bioy para justificar una frase. El examen estéril de uno de los atlas de Justus Perthes fortaleció mi duda.

Al día siguiente, Bioy me llamó desde Buenos Aires. Me dijo que tenía a la vista el artículo sobre Uqbar, en el volumen XXVI de la Enciclopedia. No constaba el nombre del heresiarca, pero sí la noticia de su doctrina, formulada en palabras casi idénticas a las repetidas por él, aunque —tal vez— literariamente inferiores. Él había recordado: *Copulation and mirrors are abominable*. El texto de la Enciclopedia decía: Para uno de esos gnósticos, el visible universo era una ilusión o (más precisamente) un sofisma. Los espejos y la paternidad son abominables (*mirrors and fatherhood are hateful*) porque lo multiplican y lo divulgan. Le dije, sin faltar a la verdad, que me gustaría ver ese artículo. A los pocos días lo trajo. Lo cual me sorprendió, porque los escrupulosas índices cartográficos de la *Erdkunde* de Ritter ignoraban con plenitud el nombre de Uqbar.

El volumen que trajo Bioy era efectivamente el XXVI de la *Anglo-American Cyclopaedia*. En la falsa carátula y en el lomo, la indicación alfabética (Tor-Ups) era la de nuestro ejemplar, pero en vez de 917 páginas constaba de 921. Esas cuatro páginas adicionales comprendían al artículo sobre Uqbar;

no previsto (como habrá advertido el lector) por la indicación alfabética. Comprobamos después que no hay otra diferencia entre los volúmenes. Los dos (según creo haber indicado) son reimpressiones de la décima Encyclopaedia Britannica. Bioy había adquirido su ejemplar en uno de tantos remates.

Leímos con algún cuidado el artículo. El pasaje recordado por Bioy era tal vez el único sorprendente. El resto parecía muy verosímil, muy ajustado al tono general de la obra y (como es natural) un poco aburrido. Releyéndolo, descubrimos bajo su rigurosa escritura una fundamental vaguedad. De los catorce nombres que figuraban en la parte geográfica, sólo reconocimos tres – Jorasán, Armenia, Erzerum–, interpolados en el texto de un modo ambiguo. De los nombres históricos, uno solo: el impostor Esmerdis el mago, invocado más bien como una metáfora. La nota parecía precisar las fronteras de Uqbar, pero sus nebulosos puntos de referencias eran ríos y cráteres y cadenas de esa misma región. Leímos, verbigracia, que las tierras bajas de Tsai Jaldún y el delta del Axa definen la frontera del sur y que en las islas de ese delta procrean los caballos salvajes. Eso, al principio de la página 918. En la sección histórica (página 920) supimos que a raíz de las persecuciones religiosas del siglo trece, los ortodoxos buscaron amparo en las islas, donde perduran todavía sus obeliscos y donde no es raro exhumar sus espejos de piedra. La sección idioma y literatura era breve. Un solo rasgo memorable: anotaba que la literatura de Uqbar era de carácter fantástico y que sus epopeyas y sus leyendas no se referían jamás a la realidad, sino a las dos regiones imaginarias de Mlejnas y de Tlön... La bibliografía enumeraba cuatro volúmenes que no hemos encontrado hasta ahora, aunque el tercero –Silas Haslam: *History of the Land Called Uqbar*, 1874–figura en los catálogos de librería de Bernard Quaritch¹. El primero, *Lesbare und lesenswerthe Bemerkungen über das Land Ukkbar in Klein-Asien*, data de 1641 y es obra de Johannes Valentinus Andreä. El hecho es significativo; un par de años después, di con ese nombre en las inesperadas páginas de De Quincey (*Writings*, decimotercero volumen) y supe que era el de un teólogo alemán que a principios del siglo XVII describió la imaginaria comunidad de la Rosa–Cruz –que otros luego fundaron, a imitación de lo prefigurado por él.

Esa noche visitamos la Biblioteca Nacional. En vano fatigamos atlas, catálogos, anuarios de sociedades geográficas, memorias de viajeros e historiadores: nadie había estado nunca en Uqbar. El índice general de la enciclopedia de Bioy tampoco registraba ese nombre. Al día siguiente, Carlos Mastronardi (a quien yo había referido el asunto) advirtió en una librería de Corrientes y Talcahuano los negros y dorados lomos de la *Anglo–American Cyclopaedia*... Entró e interrogó el volumen XXVI. Naturalmente, no dio con el menor indicio de Uqbar.

II

¹ Haslam ha publicado también *A General History of Labyrinths*.

Algún recuerdo limitado y menguante de Herbert Ashe, ingeniero de los ferrocarriles del Sur, persiste en el hotel de Adrogué, entre las efusivas madre selvas y en el fondo ilusorio de los espejos. En vida padeció de irrealidad, como tantos ingleses; muerto, no es siquiera el fantasma que ya era entonces. Era alto y desganado y su cansada barba rectangular había sido roja. Entiendo que era viudo, sin hijos. Cada tantos años iba a Inglaterra: a visitar (juzgo por unas fotografías que nos mostró) un reloj de sol y unos robles. Mi padre había estrechado con él (el verbo es excesivo) una de esas amistades inglesas que empiezan por excluir la confidencia y que muy pronto omiten el diálogo. Solían ejercer un intercambio de libros y de periódicos; solían batirse al ajedrez, taciturnamente... Lo recuerdo en el corredor del hotel, con un libro de matemáticas en la mano, mirando a veces los colores irre recuperables del cielo. Una tarde, hablamos del sistema duodecimal de numeración (en el que doce se escribe 10). Ashe dijo que precisamente estaba trasladando no sé qué tablas duodecimales a sexagesimales (en las que sesenta se escribe 10). Agregó que ese trabajo le había sido encargado por un noruego: en Rio Grande do Sul. Ocho años que lo conocíamos y no había mencionado nunca su estadía en esa región... Hablamos de vida pastoril, de capangas, de la etimología brasilera de la palabra gaucho (que algunos viejos orientales todavía pronuncian gaúcho) y nada más se dijo –Dios me perdone– de funciones duodecimales. En setiembre de 1937 (no estábamos nosotros en el hotel) Herbert Ashe murió de la rotura de un aneurisma. Días antes, había recibido del Brasil un paquete sellado y certificado. Era un libro en octavo mayor. Ashe lo dejó en el bar, donde –meses después– lo encontré. Me puse a hojearlo y sentí un vértigo asombrado y ligero que no describiré, porque ésta no es la historia de mis emociones sino de Uqbar y Tlön y Orbis Tertius. En una noche del Islam que se llama la Noche de las Noches se abren de par en par las secretas puertas del cielo y es más dulce el agua en los cántaros; si esas puertas se abrieran, no sentiría lo que en esa tarde sentí. El libro estaba redactado en inglés y lo integraban 1001 páginas. En el amarillo lomo de cuero leí estas curiosas palabras que la falsa carátula repetía: A First Encyclopaedia of Tlön. vol. XI. Hlaer to Jangr. No había indicación de fecha ni de lugar. En la primera página y en una hoja de papel de seda que cubría una de las láminas en colores había estampado un óvalo azul con esta inscripción: Orbis Tertius. Hacía dos años que yo había descubierto en un tomo de cierta enciclopedia práctica una somera descripción de un falso país; ahora me deparaba el azar algo más precioso y más arduo. Ahora tenía en las manos un vasto fragmento metódico de la historia total de un planeta desconocido, con sus arquitecturas y sus barajas, con el pavor de sus mitologías y el rumor de sus lenguas, con sus emperadores y sus mares, con sus minerales y sus pájaros y sus peces, con su álgebra y su fuego, con su controversia teológica y metafísica. Todo ello articulado, coherente, sin visible propósito doctrinal o tono paródico.

En el “onceno tomo” de que hablo hay alusiones a tomos ulteriores y precedentes. Néstor Ibarra, en un artículo ya clásico de la N. R. F., ha negado que existen esos aláteres; Ezequiel Martínez Estrada y Drieu La Rochelle han refutado, quizá victoriosamente, esa duda. El hecho es que hasta ahora las

pesquisas más diligentes han sido estériles. En vano hemos desordenado las bibliotecas de las dos Américas y de Europa. Alfonso Reyes, harto de esas fatigas subalternas de índole policial, propone que entre todos acometamos la obra de reconstruir los muchos y macizos tomos que faltan: *ex ungue leonem*. Calcula, entre veras y burlas, que una generación de *tlönistas* puede bastar. Ese arriesgado cómputo nos retrae al problema fundamental: ¿Quiénes inventaron a *Tlön*? El plural es inevitable, porque la hipótesis de un solo inventor –de un infinito Leibniz obrando en la tiniebla y en la modestia– ha sido descartada unánimemente. Se conjetura que este *brave new world* es obra de una sociedad secreta de astrónomos, de biólogos, de ingenieros, de metafísicos, de poetas, de químicos, de algebristas, de moralistas, de pintores, de geómetras... dirigidos por un oscuro hombre de genio. Abundan individuos que dominan esas disciplinas diversas, pero no los capaces de invención y menos los capaces de subordinar la invención a un riguroso plan sistemático. Ese plan es tan vasto que la contribución de cada escritor es infinitesimal. Al principio se creyó que *Tlön* era un mero caos, una irresponsable licencia de la imaginación; ahora se sabe que es un cosmos y las íntimas leyes que lo rigen han sido formuladas, siquiera en modo provisional. Básteme recordar que las contradicciones aparentes del *Onceno Tomo* son la piedra fundamental de la prueba de que existen los otros: tan lúcido y tan justo es el orden que se ha observado en él. Las revistas populares han divulgado, con perdonable exceso, la zoología y la topografía de *Tlön*; yo pienso que sus tigres transparentes y sus torres de sangre no merecen, tal vez, la continua atención de todos los hombres. Yo me atrevo a pedir unos minutos para su concepto del universo.

Hume notó para siempre que los argumentos de Berkeley no admiten la menor réplica y no causan la menor convicción. Ese dictamen es del todo verídico en su aplicación a la tierra; del todo falso en *Tlön*. Las naciones de ese planeta son –congénitamente– idealistas. Su lenguaje y las derivaciones de su lenguaje –la religión, las letras, la metafísica– presuponen el idealismo. El mundo para ellos no es un concurso de objetos en el espacio; es una serie heterogénea de actos independientes. Es sucesivo, temporal, no espacial. No hay sustantivos en la conjetural *Ursprache* de *Tlön*, de la que proceden los idiomas “actuales” y los dialectos: hay verbos impersonales, calificados por sufijos (o prefijos) monosilábicos de valor adverbial. Por ejemplo: no hay palabra que corresponda a la palabra luna, pero hay un verbo que sería en español *lunecer* o *lunar*. Surgió la luna sobre el río se dice *hlör u fang axaxaxas mlö* o sea en su orden: hacia arriba (*upward*) detrás duradero–fluir *luneció*. (*Xul Solar* traduce con brevedad: *upa tras perfluyue lunó. Upward, behind the onstreaming it mooned.*)

Lo anterior se refiere a los idiomas del hemisferio austral. En los del hemisferio boreal (de cuya *Ursprache* hay muy pocos datos en el *Onceno Tomo*) la célula primordial no es el verbo, sino el adjetivo monosilábico. El sustantivo se forma por acumulación de adjetivos. No se dice luna: se dice *aéreo–claro sobre oscuro–redondo o anaranjado–tenue–de1 cielo* o cualquier otra agregación. En el caso elegido la masa de adjetivos corresponde a un objeto real; el hecho es puramente fortuito. En la

literatura de este hemisferio (como en el mundo subsistente de Meinong) abundan los objetos ideales, convocados y disueltos en un momento, según las necesidades poéticas. Los determina, a veces, la mera simultaneidad. Hay objetos compuestos de dos términos, uno de carácter visual y otro auditivo: el color del naciente y el remoto grito de un pájaro. Los hay de muchos: el sol y el agua contra el pecho del nadador, el vago rosa trémulo que se ve con los ojos cerrados, la sensación de quien se deja llevar por un río y también por el sueño. Esos objetos de segundo grado pueden combinarse con otros; el proceso, mediante ciertas abreviaturas, es prácticamente infinito. Hay poemas famosos compuestos de una sola enorme palabra. Esta palabra integra un objeto poético creado por el autor. El hecho de que nadie crea en la realidad de los sustantivos hace, paradójicamente, que sea interminable su número. Los idiomas del hemisferio boreal de Tlön poseen todos los nombres de las lenguas indoeuropeas y otros muchos más.

No es exagerado afirmar que la cultura clásica de Tlön comprende una sola disciplina: la psicología. Las otras están subordinadas a ella. He dicho que los hombres de ese planeta conciben el universo como una serie de procesos mentales, que no se desenvuelven en el espacio sino de modo sucesivo en el tiempo. Spinoza atribuye a su inagotable divinidad los atributos de la extensión y del pensamiento; nadie comprendería en Tlön la yuxtaposición del primero (que sólo es típico de ciertos estados) y del segundo –que es un sinónimo perfecto del cosmos–. Dicho sea con otras palabras: no conciben que lo espacial perdure en el tiempo. La percepción de una humareda en el horizonte y después del campo incendiado y después del cigarro a medio apagar que produjo la quemazón es considerada un ejemplo de asociación de ideas.

Este monismo o idealismo total invalida la ciencia. Explicar (o juzgar) un hecho es unirlo a otro; esa vinculación, en Tlön, es un estado posterior del sujeto, que no puede afectar o iluminar el estado anterior. Todo estado mental es irreductible: el mero hecho de nombrarlo –id est, de clasificarlo– importa un falseo. De ello cabría deducir que no hay ciencias en Tlön –ni siquiera razonamientos. La paradójica verdad es que existen, en casi innumerable número. Con las filosofías acontece lo que acontece con los sustantivos en el hemisferio boreal. El hecho de que toda filosofía sea de antemano un juego dialéctico, una Philosophie des Als Ob, ha contribuido a multiplicarlas. Abundan los sistemas increíbles, pero de arquitectura agradable o de tipo sensacional. Los metafísicos de Tlön no buscan la verdad ni siquiera la verosimilitud: buscan el asombro. Juzgan que la metafísica es una rama de la literatura fantástica. Saben que un sistema no es otra cosa que la subordinación de todos los aspectos del universo a uno cualquiera de ellos. Hasta la frase “todos los aspectos” es rechazable, porque supone la imposible adición del instante presente y de los pretéritos. Tampoco es lícito el plural “los pretéritos”, porque supone otra operación imposible... Una de las escuelas de Tlön llega a negar el tiempo: razona que el presente es indefinido, que el futuro no tiene realidad sino como esperanza presente, que el

pasado no tiene realidad sino como recuerdo presente². Otra escuela declara que ha transcurrido ya todo el tiempo y que nuestra vida es apenas el recuerdo o reflejo crepuscular, y sin duda falseado y mutilado, de un proceso irrecuperable. Otra, que la historia del universo –y en ellas nuestras vidas y el más tenue detalle de nuestras vidas– es la escritura que produce un dios subalterno para entenderse con un demonio. Otra, que el universo es comparable a esas criptografías en las que no valen todos los símbolos y que sólo es verdad lo que sucede cada trescientas noches. Otra, que mientras dormimos aquí, estamos despiertos en otro lado y que así cada hombre es dos hombres.

Entre las doctrinas de Tlön, ninguna ha merecido tanto escándalo como el materialismo. Algunos pensadores lo han formulado, con menos claridad que fervor, como quien adelanta una paradoja. Para facilitar el entendimiento de esa tesis inconcebible, un heresiarca del undécimo siglo³ ideó el sofisma de las nueve monedas de cobre, cuyo renombre escandaloso equivale en Tlön al de las aporías eleáticas. De ese “razonamiento especioso” hay muchas versiones, que varían el número de monedas y el número de hallazgos; he aquí la más común:

El martes, X atraviesa un camino desierto y pierde nueve monedas de cobre. El jueves, Y encuentra en el camino cuatro monedas, algo herrumbradas por la lluvia del miércoles. El viernes, Z descubre tres monedas en el camino. El viernes de mañana, X encuentra dos monedas en el corredor de su casa. El heresiarca quería deducir de esa historia la realidad –id est la continuidad– de las nueve monedas recuperadas. Es absurdo (afirmaba) imaginar que cuatro de las monedas no han existido entre el martes y el jueves, tres entre el martes y la tarde del viernes, dos entre el martes y la madrugada del viernes. Es lógico pensar que han existido –siquiera de algún modo secreto, de comprensión vedada a los hombres– en todos los momentos de esos tres plazos.

El lenguaje de Tlön se resistía a formular esa paradoja; los más no la entendieron. Los defensores del sentido común se limitaron, al principio, a negar la veracidad de la anécdota. Repitieron que era una falacia verbal, basada en el empleo temerario de dos voces neológicas, no autorizadas por el uso y ajenas a todo pensamiento severo: los verbos encontrar y perder, que comportan una petición de principio, porque presuponen la identidad de las nueve primeras monedas y de las últimas. Recordaron que todo sustantivo (hombre, moneda, jueves, miércoles, lluvia) sólo tiene un valor metafórico. Denunciaron la pérfida circunstancia *algo herrumbradas por la lluvia del miércoles*, que presupone lo que se trata de demostrar: la persistencia de las cuatro monedas, entre el jueves y el martes. Explicaron que una cosa es igualdad y otra identidad y formularon una especie de reductio ad absurdum, o sea el caso hipotético de nueve hombres que en nueve sucesivas noches padecen un vivo dolor. ¿No sería

² Russell. (*The Analysis of Mind*, 1921, página 159) supone que el planeta ha sido creado hace pocos minutos, provisto de una humanidad que “recuerda” un pasado ilusorio.

³ Siglo, de acuerdo con el sistema duodecimal, significa un período de ciento cuarenta y cuatro años.

ridículo –interrogaron– pretender que ese dolor es el mismo?⁴ Dijeron que al heresiarca no lo movía sino el blasfematorio propósito de atribuir la divina categoría de ser a unas simples monedas y que a veces negaba la pluralidad y otras no. Argumentaron: si la igualdad comporta la identidad, habría que admitir asimismo que las nueve monedas son una sola.

Increíblemente, esas refutaciones no resultaron definitivas. A los cien años de enunciado el problema, un pensador no menos brillante que el heresiarca pero de tradición ortodoxa, formuló una hipótesis muy audaz. Esa conjetura feliz afirma que hay un solo sujeto, que ese sujeto indivisible es cada uno de los seres del universo y que éstos son los órganos y máscaras de la divinidad. X es Y y es Z. Z descubre tres monedas porque recuerda que se le perdieron a X; X encuentra dos en el corredor porque recuerda que han sido recuperadas las otras... El Onceno Tomo deja entender que tres razones capitales determinaron la victoria total de ese panteísmo idealista. La primera, el repudio del solipsismo; la segunda, la posibilidad de conservar la base psicológica de las ciencias; la tercera, la posibilidad de conservar el culto de los dioses. Schopenhauer (el apasionado y lúcido Schopenhauer) formula una doctrina muy parecida en el primer volumen de *Parerga und Paralipomena*.

La geometría de Tlön comprende dos disciplinas algo distintas: la visual y la táctil. La última corresponde a la nuestra y la subordinan a la primera. La base de la geometría visual es la superficie, no el punto. Esta geometría desconoce las paralelas y declara que el hombre que se desplaza modifica las formas que lo circundan. La base de su aritmética es la noción de números indefinidos. Acentúan la importancia de los conceptos de mayor y menor, que nuestros matemáticos simbolizan por $>$ y por $<$. Afirman que la operación de contar modifica las cantidades y las convierte de indefinidas en definidas. El hecho de que varios individuos que cuentan una misma cantidad logran un resultado igual, es para los psicólogos un ejemplo de asociación de ideas o de buen ejercicio de la memoria. Ya sabemos que en Tlön el sujeto del conocimiento es uno y eterno.

En los hábitos literarios también es todopoderosa la idea de un sujeto único. Es raro que los libros estén firmados. No existe el concepto del plagio: se ha establecido que todas las obras son obra de un solo autor, que es intemporal y es anónimo. La crítica suele inventar autores: elige dos obras disímiles –el Tao Te King y las 1001 Noches, digamos–, las atribuye a un mismo escritor y luego determina con probidad la psicología de ese interesante homme de lettres...

También son distintos los libros. Los de ficción abarcan un solo argumento, con todas las permutaciones imaginables. Los de naturaleza filosófica invariablemente contienen la tesis y la antítesis, el riguroso pro y el contra de una doctrina. Un libro que no encierra su contralibro es considerado incompleto.

⁴ En el día de hoy, una de las iglesias de Tlön sostiene platónicamente que tal dolor, que tal matiz verdoso del amarillo, que tal temperatura, que tal sonido, son la única realidad. Todos los hombres, en el veniginoso instante del coito, son el mismo hombre. Todos los hombres que repiten una línea de Shakespeare, *son* William Shakespeare.

Siglos y siglos de idealismo no han dejado de influir en la realidad. No es infrecuente, en las regiones más antiguas de Tlön, la duplicación de objetos perdidos. Dos personas buscan un lápiz; la primera lo encuentra y no dice nada; la segunda encuentra un segundo lápiz no menos real, pero más ajustado a su expectativa. Esos objetos secundarios se llaman hrönir y son, aunque de forma desairada, un poco más largos. Hasta hace poco los hrönir fueron hijos casuales de la distracción y el olvido. Parece mentira que su metódica producción cuente apenas cien años, pero así lo declara el Onceno Tomo. Los primeros intentos fueron estériles. El *modus operandi*, sin embargo, merece recordación. El director de una de las cárceles del estado comunicó a los presos que en el antiguo lecho de un río había ciertos sepulcros y prometió la libertad a quienes trajeran un hallazgo importante. Durante los meses que precedieron a la excavación les mostraron láminas fotográficas de lo que iban a hallar. Ese primer intento probó que la esperanza y la avidez pueden inhibir; una semana de trabajo con la pala y el pico no logró exhumar otro hrön que una rueda herrumbrada, de fecha posterior al experimento. Éste se mantuvo secreto y se repitió después en cuatro colegios. En tres fue casi total el fracaso; en el cuarto (cuyo director murió casualmente durante las primeras excavaciones) los discípulos exhumaron –o produjeron– una máscara de oro, una espada arcaica, dos o tres ánforas de barro y el verdinoso y mutilado torso de un rey con una inscripción en el pecho que no se ha logrado aún descifrar. Así se descubrió la improcedencia de testigos que conocieran la naturaleza experimental de la busca... Las investigaciones en masa producen objetos contradictorios; ahora se prefiere los trabajos individuales y casi improvisados. La metódica elaboración de hrönir (dice el Onceno Tomo) ha prestado servicios prodigiosos a los arqueólogos. Ha permitido interrogar y hasta modificar el pasado, que ahora no es menos plástico y menos dócil que el porvenir. Hecho curioso: los hrönir de segundo y de tercer grado –los hrönir derivados de otro hrön, los hrönir derivados del hrön de un hrön– exageran las aberraciones del inicial; los de quinto son casi uniformes; los de noveno se confunden con los de segundo; en los de undécimo hay una pureza de líneas que los originales no tienen. El proceso es periódico: el hrön de duodécimo grado ya empieza a decaer. Más extraño y más puro que todo hrön es a veces el ur: la cosa producida por sugestión, el objeto educido por la esperanza. La gran máscara de oro que he mencionado es un ilustre ejemplo.

Las cosas se duplican en Tlön; propenden asimismo a borrarse y a perder los detalles cuando los olvida la gente. Es clásico el ejemplo de un umbral que perduró mientras lo visitaba un mendigo y que se perdió de vista a su muerte. A veces unos pájaros, un caballo, han salvado las ruinas de un anfiteatro.

Salto Oriental, 1940.

Posdata de 1947. –Reproduzco el artículo anterior tal como apareció en la *Antología de la literatura fantástica*, 1940, sin otra escisión que algunas metáforas y que una especie de resumen burlón que ahora resulta frívolo. Han ocurrido tantas cosas desde esa fecha... Me limitaré a recordarlas.

En marzo de 1941 se descubrió una carta manuscrita de Gunnar Erfjord en un libro de Hinton que había sido de Herbert Ashe. El sobre tenía el sello postal de Ouro Preto, la carta elucidaba enteramente el misterio de Tlön. Su texto corrobora las hipótesis de Martínez Estrada. A principios del siglo XVII, en una noche de Lucerna o de Londres, empezó la espléndida historia. Una sociedad secreta y benévola (que entre sus afilados tuvo a Dalgarno y después a George Berkeley) surgió para inventar un país. En el vago programa inicial figuraban los “estudios herméticos”, la filantropía y la cábala. De esa primera época data el curioso libro de Andreä. Al cabo de unos años de conciliábulos y de síntesis prematuras comprendieron que una generación no bastaba para articular un país. Resolvieron que cada uno de los maestros que la integraban eligiera un discípulo para la continuación de la obra. Esa disposición hereditaria prevaleció; después de un hiato de dos siglos la perseguida fraternidad resurge en América. Hacia 1824, en Memphis (Tennessee) uno de los afiliados conversa con el ascético millonario Ezra Buckley. Éste lo deja hablar con algún desdén –y se ríe de la modestia del proyecto. Le dice que en América es absurdo inventar un país y le propone la invención de un planeta. A esa gigantesca idea añade otra, hija de su nihilismo:⁵ la de guardar en el silencio la empresa enorme. Circulaban entonces los veinte tomos de la Encyclopaedia Britannica; Buckley sugiere una enciclopedia metódica del planeta ilusorio. Les dejará sus cordilleras auríferas, sus ríos navegables, sus praderas holladas por el toro y por el bisonte, sus negros, sus prostíbulos y sus dólares, bajo una condición: “La obra no pactará con el impostor Jesucristo.” Buckley descrea de Dios, pero quiere demostrar al Dios no existente que los hombres mortales son capaces de concebir un mundo. Buckley es envenenado en Baton Rouge en 1828; en 1914 la sociedad remite a sus colaboradores, que son trescientos, el volumen final de la Primera Enciclopedia de Tlön. La edición es secreta: los cuarenta volúmenes que comprende (la obra más vasta que han acometido los hombres) serían la base de otra más minuciosa, redactada no ya en inglés, sino en alguna de las lenguas de Tlön. Esa revisión de un mundo ilusorio se llama provisoriamente Orbis Tertius y uno de sus modestos demiurgos fue Herbert Ashe, no sé si como agente de Gunnar Erfjord o como afiliado. Su recepción de un ejemplar del Onceno Tomo parece favorecer lo segundo. Pero ¿y los otros? Hacia 1942 arreciaron los hechos. Recuerdo con singular nitidez uno de los primeros y me parece que algo sentí de su carácter premonitorio. Ocurrió en un departamento de la calle Laprida, frente a un claro y alto balcón que miraba el ocaso. La princesa de Faucigny Lucinge había recibido de Poitiers su vajilla de plata. Del vasto fondo de un cajón rubricado de sellos internacionales iban saliendo finas cosas inmóviles: platería de Utrecht y de París con dura fauna heráldica, un samovar. Entre ellas –con un perceptible y tenue temblor de pájaro dormido– latía misteriosamente una brújula. La princesa no la reconoció. La aguja azul anhelaba el norte magnético; la caja de metal era cóncava; las letras de la esfera correspondían a uno de los alfabetos de Tlön. Tal

⁵ Buckley era librepensador, fatalista y defensor de la esclavitud.

fue la primera intrusión del mundo fantástico en el mundo real. Un azar que me inquieta hizo que yo también fuera testigo de la segunda. Ocurrió unos meses después, en la pulpería de un brasileiro, en la Cuchilla Negra. Amorim y yo regresábamos de Sant'Anna. Una creciente del río Tacuarembó nos obligó a probar (y a sobrellevar) esa rudimentaria hospitalidad. El pulpero nos acomodó unos catres crujientes en una pieza grande, entorpecida de barriles y cueros. Nos acostamos, pero no nos dejó dormir hasta el alba la borrachera de un vecino invisible, que alternaba denuestos inextricables con rachas de milongas –más bien con rachas de una sola milonga. Como es de suponer, atribuimos a la fogosa caña del patrón ese griterío insistente... A la madrugada, el hombre estaba muerto en el corredor. La aspereza de la voz nos había engañado: era un muchacho joven. En el delirio se le habían caído del tirador unas cuantas monedas y un cono de metal reluciente, del diámetro de un dado. En vano un chico trató de recoger ese cono. Un hombre apenas acertó a levantarlo. Yo lo tuve en la palma de la mano algunos minutos: recuerdo que su peso era intolerable y que después de retirado el cono, la opresión perduró. También recuerdo el círculo preciso que me grabó en la carne. Esa evidencia de un objeto muy chico y a la vez pesadísimo dejaba una impresión desagradable de asco y de miedo. Un paisano propuso que lo tiraran al río correntoso. Amorim lo adquirió mediante unos pesos. Nadie sabía nada del muerto, salvo “que venía de la frontera”. Esos conos pequeños y muy pesados (hechos de un metal que no es de este mundo) son imagen de la divinidad, en ciertas religiones de Tlön.

Aquí doy término a la parte personal de mi narración. Lo demás está en la memoria (cuando no en la esperanza o en el temor) de todos mis lectores. Básteme recordar o mencionar los hechos subsiguientes, con una mera brevedad de palabras que el cóncavo recuerdo general enriquecerá o ampliará. Hacia 1944 un investigador del diario *The American* (de Nashville, Tennessee) exhumó en una biblioteca de Memphis los cuarenta volúmenes de la Primera Enciclopedia de Tlön. Hasta el día de hoy se discute si ese descubrimiento fue casual o si lo consintieron los directores del todavía nebuloso *Orbís Tertius*. Es verosímil lo segundo. Algunos rasgos increíbles del *Onceno Tomo* (verbigracia, la multiplicación de los *hrönir*) han sido eliminados o atenuados en el ejemplar de Memphis; es razonable imaginar que esas tachaduras obedecen al plan de exhibir un mundo que no sea demasiado incompatible con el mundo real. La diseminación de objetos de Tlön en diversos países complementaría ese plan...⁶ El hecho es que la prensa internacional voceó infinitamente el “hallazgo”. Manuales, antologías, resúmenes, versiones literales, reimpresiones autorizadas y reimpresiones piráticas de la *Obra Mayor de los Hombres* abarrotaron y siguen abarrotando la tierra. Casi inmediatamente, la realidad cedió en más de un punto. Lo cierto es que anhelaba ceder. Hace diez años bastaba cualquier simetría con apariencia de orden –el materialismo dialéctico, el antisemitismo, el nazismo– para embelesar a los hombres. ¿Cómo no someterse a Tlön, a la minuciosa y vasta

⁶ Queda, naturalmente, el problema de la matesia de algunos objetos.

evidencia de un planeta ordenado? Inútil responder que la realidad también está ordenada. Quizá lo esté, pero de acuerdo a leyes divinas –traduzco: a leyes inhumanas– que no acabamos nunca de percibir. Tlön será un laberinto, pero es un laberinto urdido por hombres, un laberinto destinado a que lo descifren los hombres.

El contacto y el hábito de Tlön han desintegrado este mundo. Encantada por su rigor, la humanidad olvida y torna a olvidar que es un rigor de ajedrecistas, no de ángeles. Ya ha penetrado en las escuelas el (conjetural), “idioma primitivo” de Tlön; ya la enseñanza de su historia armoniosa (y llena de episodios conmovedores) ha obliterado a la que presidió mi niñez; ya en las memorias un pasado ficticio ocupa el sitio de otro, del que nada sabemos con certidumbre –ni siquiera que es falso. Han sido reformadas la numismática, la farmacología y la arqueología. Entiendo que la biología y las matemáticas aguardan también su avatar... Una dispersa dinastía de solitarios ha cambiado la faz del mundo. Su tarea prosigue. Si nuestras previsiones no erran, de aquí a cien años alguien descubrirá los cien tomos de la Segunda Enciclopedia de Tlön.

Entonces desaparecerán del planeta el inglés y el francés y el mero español. El mundo será Tlön. Yo no hago caso, yo sigo revisando en los quietos días del hotel de Adrogué una indecisa traducción quevediana (que no pienso dar a la imprenta) del *Urn Burial* de Browne.

FIN

El Pastor Mentiroso | Esopo *Fábulas* (Siglo IV A.C.)

Había una vez en la cima de la colina un pequeño pastor que pasaba todo el tiempo cuidando a sus ovejas y mientras las veía, se le ocurrió hacer una broma a los demás pastores del pueblo para divertirse.

Es así que una mañana se dirigió a lo alto de la colina, donde pastaban sus corderos y se puso a gritar:

– ¡Socorro! ¡El lobo! ¡Viene el lobo! ¡Ayuda!

Entonces, los pastores y habitantes del pueblo alertados al oírle gritar desesperado, corrieron a brindarle auxilio, pero al llegar donde él encontraron al Pastorcillo acostado tranquilamente bajo la sombra de un árbol riéndose.

–¿Dónde está el lobo? – le preguntaron al pastorcillo.

Pero él nuevamente sonriendo les contestó:

– ¡Ja, ja, ja! que risa me dan ¡No es verdad! Sólo era una broma. Aquí no hay ningún lobo.

Al día siguiente el pastor, con más ganas de seguir diciendo mentiras para burlarse de los pastores, volvió a la cima de la colina para gritar la misma mentira:

"¡Socorro, socorro! ¡viene el lobo!"

Los demás campesinos escucharon el auxilio pero pensaron que podría ser que el pastorcillo se estaba burlando nuevamente de ellos

—¿Será verdad? preguntó uno de los pastores.

—¡No! — contestó el otro pastor— Lo que quiere es hacernos correr otra vez para burlarse de nosotros! replicó el otro pastor.

— Es probable, dijo el otro pastor, pero si es verdad que el lobo se acerca, qué hacemos.

Entonces los campesinos acudieron inmediatamente armados con hachas y palos a la cima de la colina. Sin embargo, se sorprendieron al no encontrar lobo alguno, y comprendieron una vez más la mentira, al ver al pastorcillo riéndose! Los pastores indignados, regresaron disgustados al pueblo.

Hasta que un día sucedió lo que se temía. El Lobo se apareció esta vez de verdad cerca del rebaño del pastor mentiroso. Es así que pastorcillo mentiroso sintió mucho miedo y, al ver que se acercaba cada vez más, empezó a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Socorro! ¡Socorro, el lobo quiere matar a mis ovejas! ¡Por favor, vengan a ayudarme!

Los pastores y habitantes del pueblo lo oyeron, pero ya nadie puso atención a sus gritos, y mucho menos pensaron en acudir a auxiliarlo. Mientras que el lobo, se abalanzaba sobre sus ovejas comiéndose uno a uno todo el rebaño, el pastorcillo mentiroso corrió despavorido.

Moraleja

"En boca del mentiroso, lo cierto se hace dudoso"

FIN

Kilómetro 11 | Mempo Giardinelli

—PARA MÍ QUE es Segovia —dice Aquiles, pestañeando, nervioso, mientras codea al Negro López—. El de anteojos oscuros, por mi madre que es el cabo Segovia. El Negro observa rigurosamente al tipo que toca el bandoneón, frunciendo el ceño, y es como si en sus ojos se proyectara un montón de películas viejas, imposibles de olvidar.

La escena, durante un baile en una casa de Barrio España. Un grupo de amigos se ha reunido a festejar el cumpleaños de Aquiles. Son todos ex presos que estuvieron en la U-7 durante la dictadura. Han pasado ya algunos años, y tienen la costumbre de reunirse con sus familias para festejar todos los cumpleaños. Esta vez decidieron hacerlo en grande, con asado al asador, un lechón de entrada y todo el vino y la cerveza disponibles en el barrio. El Moncho echó buena la semana pasada en el Bingo y entonces el festejo es con orquesta. Bajo el emparrado, un cuarteto desgrana chamamés y polkas, tangos y pasodobles. En el momento en que Aquiles se fija en el bandoneonista de anteojos negros, están tocando "Kilómetro 11".

—Sí, es —dice el Negro López, y le hace una seña a Jacinto.

Jacinto asiente como diciendo yo también lo reconocí.

Sin hablarse, a puras miradas, uno a uno van reconociendo al cabo Segovia.

Morocho y labiudo, de ojitos sapipí, siempre tocaba "Kilómetro 11" mientras a ellos los torturaban. Los milicos lo hacían tocar y cantar para que no se oyeran los gritos de los prisioneros.

Algunos comentan el descubrimiento con sus compañeras, y todos van rodeando al bandoneonista. Cuando termina la canción, ya nadie baila. Y antes de que el cuarteto arranque con otro tema, Luis le pide, al de anteojos oscuros, que toque otra vez "Kilómetro 11".

La fiesta se ha acabado y la tarde tambalea, como si el crepúsculo se hiciera más lento o no se decidiera a ser noche. Hay en el aire una densidad rítmica, como si los corazones de todos los presentes marcharan al unísono y sólo se pudiera escuchar un único y enorme corazón.

Cuando termina la repetición del chamamé, nadie aplaude. Todos los asistentes a la fiesta, algunos vaso en mano, otros con las manos en los bolsillos, o abrazados con sus damas, rodean al cuarteto y el emparrado semeja una especie de circo romano en el que se hubieran invertido los roles de fiera y víctimas.

Con el último acorde, El Moncho dice:

—De nuevo —y no se dirige a los cuatro músicos, sino al bandoneonista—. Tocalo de nuevo.

—Pero si ya lo tocamos dos veces —responde éste con una sonrisa falsa, repentinamente nerviosa, como de quien acaba de darse cuenta de que se metió en el lugar equivocado.

—Sí, pero lo vas a tocar de nuevo.

Y parece que el tipo va a decir algo, pero es evidente que el tono firme y conminatorio del Moncho lo ha hecho caer en la cuenta de quiénes son los que lo rodean.

—Una vez por cada uno de nosotros, Segovia —tercia El Flaco Martínez.

El bandoneón, después de una respiración entrecortada y afónica que parece metáfora de la de su ejecutante, empieza tímidamente con el mismo chamamé. A los pocos compases lo acompaña la guitarra, y enseguida se agregan el contrabajo y la verdulera. Pero Aquiles alza una mano y les ordena silenciarse.

—Que toque él solo —dice.

Y después de un silencio que parece largo como una pena amorosa, el bandoneón hace un da cappello y las notas empiezan a parir un "Kilómetro 11" agudo y chillón, pero legítimo.

Todos miran al tipo, incluso sus compañeros músicos. Y el tipo transpira: le caen de las sienes dos gotones que flirtean por los pómulos como lentos y minúsculos ríos en busca de un cauce. Los dedos teclean, mecánicos, sin entusiasmo, se diría que sin saber lo que tocan. Y el bandoneón se abre y se cierra sobre la rodilla derecha del tipo, boqueando como si el fueye fuera un pulmón averiado del que cuelga una cintita argentina.

Cuando termina, el hombre separa las manos de los teclados. Flexiona los dedos amasando el aire, y no se decide a hacer algo. No sabe qué hacer. Ni qué decir.

—Sacate los anteojos —le ordena Miguel—. Sacátelos y seguí tocando.

El tipo, lentamente, con la derecha, se quita los anteojos negros y los tira al suelo, al costado de su silla. Tiene los ojos clavados en la parte superior del fueye. No mira a la concurrencia, no puede mirarlos. Mira para abajo o eludiendo focos, como cuando hay mucho sol.

–"Kilómetro 11", de nuevo –ordena la mujer del Cholo. El tipo sigue mirando para abajo.

–Dale, tocá. Tocá, hijo de puta –dicen Luis, y Miguel, y algunas mujeres.

Aquiles hace una seña como diciendo no, insultos no, no hacen falta.

Y el tipo toca: "Kilómetro 11". Un minuto después, cuando suenan los arpeggios del estribillo, se oye el llanto de la mujer de Tito, que está abrazada a Tito, y los dos al chico que tuvieron cuando él estaba adentro. Los tres, lloran. Tito moquea. Aquiles va y lo abraza. Luego es el turno del Moncho.

A cada uno, "Kilómetro 11" le convoca recuerdos diferentes. Porque las emociones siempre estallan a destiempo. Y cuando el tipo va por el octavo o noveno "Kilómetro 11", es Miguel el que llora. Y el Colorado Aguirre le explica a su mujer, en voz baja, que fue Miguel el que inventó aquello de ir a comprarle un caramelo todos los días a Leiva Longhi. Cada uno iba y le compraba un caramelo mirándolo a los ojos. Y eso era todo. Y le pagaban, claro. El tipo no quería cobrarles. Decía: no, lleve nomás, pero ellos le pagaban el caramelo. Siempre un único caramelo. Ninguna otra cosa, ni puchos. Un caramelo. De cualquier gusto, pero uno solo y mirándolo a los ojos a Leiva Longhi. Fue un desfile de ex presos que todas las tardes se paró frente al kiosco, durante tres años y pico, del 83 al 87, sin faltar ni un solo día, ninguno de ellos, y sólo para decir: "Un caramelo, déme un caramelo", Y así todas las tardes hasta que Leiva Longhi murió, de cáncer.

De pronto, el tipo parece que empieza a acalambrarse. En esas últimas versiones pifió varias notas. Está tocando con los ojos cerrados, pero se equivoca por el cansancio.

Nadie se ha movido de su lado. El círculo que lo rodea es casi perfecto, de una equidistancia tácitamente bien ponderada. De allí no podría escapar. Y sus compañeros están petrificados. Cada uno se ha quedado rígido, como los chicos cuando juegan a la tatuíta. El aire cargado de rencor que impera en la tarde los ha esculpido en granito.

–Nosotros no nos vengamos– dice el Sordo Pérez, mientras Segovia va por el décimo "Kilómetro 11". Y empieza a contar en voz alta, sobreimpresa a la música, del día en que fue al consultorio de Camilo Evans, el urólogo, tres meses después que salió de la cárcel, en el verano del 84. Camilo era uno de los médicos de la cárcel durante el Proceso. Y una vez que de tanto que lo torturaron el Sordo empezó a mear sangre, Camilo le dijo, riéndose, que no era nada, y le dijo "eso te pasa por hacerte tanto la paja". Por eso cuando salió en libertad, el Sordo lo primero que hizo fue ir a verlo, al consultorio, pero con otro nombre. Camilo, al principio, no lo reconoció. Y cuando el Sordo le dijo quién era se puso pálido y se echó atrás en la silla y empezó a decirle que él sólo había cumplido órdenes, que lo perdonase y no le hiciera nada. El Sordo le dijo no, si yo no vengo a hacerte nada, no tengas miedo; sólo quiero que me mires a los ojos mientras te digo que sos una mierda y un cobarde.

–Lo mismo con este hijo de puta que no nos mira –dice Aquiles–. ¿Cuántos van?

–Con éste son catorce –responde el Negro– ¿No?

–Sí, los tengo contados –dice Pitín–. Y somos catorce.

–Entonces cortala, Segovia –dice Aquiles.

Y el bandoneón enmudece. En el aire queda flotando, por unos segundos, la respiración agónica del fueye. El tipo deja caer las manos al costado de su cuerpo. Parecen más largas; llegan casi hasta el suelo.

–Ahora alzá la vista, miranos y andate –le ordena Miguel.

Pero el tipo no levanta la cabeza. Suspira profundo, casi jadeante, asmático como el bandoneón. Se produce un silencio largo, pesadísimo, apenas quebrado por el quejido del bebé de los Margoza, que parece que perdió el chupete pero se lo reponen enseguida.

El tipo cierra el instrumento y aprieta los botones que fijan el acordeón. Después agarra el instrumento con las dos manos, como si fuera una ofrenda, y lentamente se pone de pie. En ningún momento deja de mirarse la punta de los zapatos. Pero una vez que está parado todos ven que además de transpirar, lagrimea. Hace un puchero, igual que un chico, y es como si de repente la verticalidad le cambiara la dirección de las aguas: porque primero solloza, y después llora, pero mudo.

Y en eso Aquiles, codeando de nuevo al Negro López, dice:

–Parece mentira pero es humano, nomás, este hijo de puta. Mírenlo cómo llora.

–Que se vaya –dice una de las chicas.

Y el tipo, el Cabo Segovia, se va.

FIN

La última visita del caballero enfermo | Giovanni Papini *El trágico cotidiano* (1906)

Nadie supo jamás el verdadero nombre de aquel a quien todos llamaban el Caballero Enfermo. No ha quedado de él, después de su impensada desaparición, más que el recuerdo de sus sonrisas y un retrato de Sebastiano del Piombo, que lo representa envuelto en una pelliza, con una mano enguantada que cae blandamente como la de un ser dormido. Alguno de los que más lo quisieron –yo estoy entre esos pocos– recuerda también su cutis de un pálido amarillo, transparente, la ligereza casi femenina de los pasos, la languidez habitual de los ojos.

Era, verdaderamente, un sembrado de espanto. Su presencia daba un color fantástico a las cosas más sencillas; cuando su mano tocaba algún objeto, parecía que éste ingresara al mundo de los sueños. Nadie le preguntó cuál era su enfermedad y por qué no se cuidaba. Vivía andando siempre, sin detenerse, día y noche. Nadie supo nunca dónde estaba su casa, nadie le conoció padres o hermanos. Apareció un día en la ciudad y, después de algunos años, otro día, desapareció.

La víspera de este día, a primer hora de la mañana, cuando apenas el cielo empezaba a iluminarse, vino a despertarme a mi cuarto. Sentí la caricia de su guante sobre mi frente y lo vi ante mí, con la sonrisa que parecía el recuerdo de una sonrisa y los ojos más extraviados que de costumbre. Me di cuenta, a causa del enrojecimiento de los párpados, que había pasado toda la noche velando y que debía haber esperado la aurora con gran ansiedad porque sus manos temblaban y todo su cuerpo parecía presa de fiebre.

—¿Qué le pasa? —le pregunté—. ¿Su enfermedad lo hace sufrir más que otros días?

—¿Mi enfermedad? —respondió—. Usted cree, como todos, que yo tengo una enfermedad? ¿Que se trata de una enfermedad mía? ¿Por qué no decir que yo soy una enfermedad? Nada me pertenece. ¡Pero yo soy de alguien y hay alguien a quien pertenezco.

Estaba acostumbrado a sus extraños discursos y por eso no le contesté. Se acercó a mi cama y me tocó otra vez la frente con su guante.

—No tiene usted ningún rastro de fiebre —continuó diciéndome—, está usted perfectamente sano y tranquilo. Puedo, pues, decirle algo que tal vez lo espantará; puedo decirle quién soy. Escúcheme con atención, se lo ruego, porque tal vez no podré repetirle las mismas cosas y es, sin embargo, necesario que las diga al menos una vez.

Al decir esto se tumbó en un sillón y continuó con voz más alta:

—No soy un hombre real. No soy un hombre como los otros, un hombre con huesos y músculos, un hombre generado por hombres. Yo soy —y quiero decirlo a pesar de que tal vez no quiera creerme— yo no soy más que la figura de un sueño. Una imagen de Shakespeare es, con respecto a mí, literal y trágicamente exacta; ¡yo soy de la misma sustancia de que están hechos los sueños! Existo porque hay uno que me sueña, hay uno que duerme y suena y me ve obrar y vivir y moverme y en este momento sueña que yo digo todo esto. Cuando ese uno empezó a soñarme, yo empecé a existir; cuando se despierte cesaré de existir. Yo soy una imaginación, una creación, un huésped de sus largas fantasías nocturnas. El sueño de este uno es tan intenso que me ha hecho visible incluso a los hombres que están despiertos. Pero el mundo de la vigilia no es el mío. Mi verdadera vida es la que discurre lentamente en el alma de mi durmiente creador.

“No se figure que hablo con enigmas o por medio de símbolos. Lo que le digo es la verdad, la sencilla y tremenda verdad.

“Ser el actor de un sueño no es lo que más me atormenta. Hay poetas que han dicho que la vida de los hombres es la sombra de un sueño y hay filósofos que han sugerido que la realidad es una alucinación. En cambio, yo estoy preocupado por otra idea. ¿Quién es el que me sueña? ¿Quién ese uno, ese desconocido ser que me ha hecho surgir de repente y que al despertarse me borrará? ¡Cuántas veces pienso en ese dueño mío que duerme, en ese creador mío! Sus sueños deben de ser tan vivos y tan profundos que pueden proyectar sus imágenes hasta hacerlas aparecer como cosas

reales. Tal vez el mundo entero no es más que el producto de un entrecruzarse de sueños de seres semejantes a él. Pero no quiero generalizar. Me basta la tremenda seguridad de ser yo la imaginaria criatura de un vasto soñador?

“¿Quién es? Tal es la pregunta que me agita desde que descubrí la materia en que estoy hecho. Usted comprende la importancia que tiene para mí este problema. De su respuesta depende mi destino. Los personajes de los sueños disfrutaban de una libertad bastante amplia y por eso mi vida no está determinada del todo por mi origen sino también por mi albedrío. En los primeros tiempos me espantaba pensar que bastaba la más pequeña cosa para despertarlo, es decir, para aniquilarme. Un grito, un rumor, podían precipitarme en la nada. Temblaba a cada momento ante la idea de hacer algo que pudiera ofenderlo, asustarlo, y por lo tanto, despertarlo. Imaginé durante algún tiempo que era una especie de divinidad evangélica y procuré llevar la más virtuosa vida del mundo. En otro momento creí que estaba en el sueño de un sabio y pasé largas noches velando, inclinado sobre los números de las estrellas y las medidas del mundo y la composición de los mortales.

“Finalmente me sentí cansado y humillado al pensar que debía servir de espectáculo a ese dueño desconocido e incognoscible. Comprendí que esta ficción de vida no valía tanta bajeza. Anhelé ardientemente lo que antes me causaba horror, esto es, que despertara. Traté de llenar mi vida con espectáculos horribles, que lo despertaran. Todo lo he intentado para obtener el reposo de la aniquilación, todo lo he puesto en obra para interrumpir esta triste comedia de mi vida aparente, para destruir esta ridícula larva de vida que me hace semejante a los hombres. No dejé de cometer ningún delito, ninguna cosa mala me fue ignorada, ningún terror me hizo retroceder. Me parece que aquel que me sueña no se espanta de lo que hace temblar a los demás hombres. O disfruta con la visión de lo más horrible o no le da importancia y no se asusta. Hasta hoy no he conseguido despertarlo y debo todavía arrastrar esta innoble vida, irreal y servil.

“¿Quién me liberará, pues, da mi soñador? ¿Cuándo despuntará el alba que lo llamará a su trabajo? ¿Cuándo sonará la campana, cuándo cantará el gallo, cuándo gritará la voz que debe despertarlo? Espero hace tiempo mi liberación. Espero con tanto deseo el fin de este sueño, del que soy una parte tan monótona.

“Lo que hago en este momento es la última tentativa. Le digo a mi soñador que yo soy un sueño, quiero que él sueñe que sueña. Esto pasa también a los hombres. ¿No es verdad? ¿No ocurre que se despiertan cuando se dan cuenta de que sueñan? Por esto he venido a verlo y le he hablado y desearía que mi soñador se diese cuenta en este momento de que yo no existo como hombre real y entonces dejaré de existir, hasta como imagen irreal. ¿Cree que lo conseguiré? ¿Cree que a fuerza de repetirlo y de gritarlo despertaré sobresaltado a mi propietario invisible?”

Al pronunciar estas palabras el Caballero Enfermo se quitaba y se ponía el guante de la mano izquierda. Parecía esperar de un momento a otro algo maravilloso y atroz.

—¿Cree usted que miento? —dijo—. ¿Por qué no puedo desaparecer, por qué no tengo libertad para concluir? ¿Soy tal vez parte de un sueño que no acabará nunca? ¿El sueño de un eterno soñador? Consuéleme un poco, sugiérame alguna estratagema, alguna intriga, algún fraude que me suprima. ¿No tiene piedad de este aburrido espectro?

Como yo seguía callado, él me miro y se puso en pie. Me pareció mucho más alto que antes y observé que su piel era un poco diáfana. Se veía que sufría enormemente. Su cuerpo se agitaba, como un animal que trata de escurrirse de una red. La mano enguantada estrechó la mía; fue la última vez. Murmurando algo en voz baja, salió de mi cuarto y sólo uno ha podido verlo desde entonces.

FIN

Polemistas | Luis L. Antuñano Cincuenta Años en Gorchs, *Medio Siglo en campo de Buenos Aires* (Olavarría, 1911)

Varios gauchos en la pulpería conversan sobre temas de escritura y de fonética. El santiagueño Albarracín no sabe leer ni escribir, pero supone que Cabrera ignora su analfabetismo; afirma que la palabra *trara** (trípode de hierro para la pava del mate) no puede escribirse. Crisanto Cabrera, también analfabeto, sostiene que todo lo que se habla puede ser escrito.

—Pago la copa para todos —le dice el santiagueño— si escribe trara.

—Se la juego —contesta Cabrera; saca el cuchillo y con la punta traza unos garabatos en el piso de tierra.

De atrás se asoma el viejo Álvarez, mira el suelo y sentencia:

—Clarito, trara.

FIN

La secta del Loto Blanco | Richard Wilhelm *Chinesische Volksmaerchen* (1924)

Había una vez un hombre que pertenecía a la secta del Loto Blanco. Muchos, deseosos de dominar las artes tenebrosas, lo tomaban por maestro.

Un día el mago quiso salir. Entonces colocó en el vestíbulo un tazón cubierto con otro tazón y ordenó a los discípulos que los cuidaran. Les dijo que no descubrieran los tazones ni vieran lo que había adentro.

Apenas se alejó, levantaron la tapa y vieron que en el tazón había agua pura y en el agua un barquito de paja, con mástiles y velamen. Sorprendidos, lo empujaron con el dedo. El barco se volcó. De prisa lo enderezaron y volvieron a tapar el tazón.

El mago apareció inmediatamente y les dijo:

—¿Por qué me han desobedecido?

Los discípulos se pusieron de pie y negaron. El mago declaró:

—Mi nave ha zozobrado en el confín del Mar Amarillo. ¿Cómo se atreven a engañarme?

Una tarde, encendió en un rincón del patio una pequeña vela. Les ordenó que la cuidaran del viento. Había pasado la segunda vigilia y el mago no había vuelto. Cansados y soñolientos, los discípulos se acostaron y se durmieron. Al otro día la vela estaba apagada. La encendieron de nuevo.

El mago apareció inmediatamente y les dijo:

—¿Por qué me han desobedecido?

Los discípulos negaron:

—De veras, no hemos dormido. ¿Cómo iba a apagarse la luz?

El mago les dijo:

—Quince leguas erré en la oscuridad de los desiertos tibetanos y ahora quieren engañarme

Esto atemorizó a los discípulos.

FIN

SENNIN | Ryunosuke Agutagawa (1892–1927)

Escritor japonés. Antes de quitarse la vida, explicó fríamente las razones que lo llevaban a tal decisión y compuso una lista de suicidas históricos, en la que incluyó a Cristo. Entre sus obras citaremos Cuentos grotescos y curiosos, Los tres tesoros, Kappa, Rashomon, Cuentos breves japoneses. Tradujo obras de Browning al japonés.

Un hombre que quería emplearse como sirviente llegó una vez a la ciudad de Osaka. No sé su verdadero nombre, lo conocían por el nombre de sirviente, Gonsuké, pues él era, después de todo, un sirviente para cualquier trabajo.

Este hombre —que nosotros llamaremos Gonsuké— fue a una agencia de colocaciones para cualquier trabajo, y dijo al empleado que estaba fumando su larga pipa de bambú:

—Por favor, señor Empleado, yo desearía ser un sennin (*según la tradición china, el Sennin es un ermitaño sagrado que vive en el corazón de una montaña, y que tiene poderes mágicos como el de volar cuando quiere y disfrutar de una extrema longevidad*). ¿Tendría usted la gentileza de buscar una familia que me enseñara el secreto de serlo, mientras trabajo como sirviente?

El empleado, atónito, quedó sin habla durante un rato, por el ambicioso pedido de su cliente.

—¿No me oyó usted, señor Empleado? —dijo Gonsuké—. Yo deseo ser un sennin. ¿Quisiera usted buscar una familia que me tome de sirviente y me revele el secreto?

—Lamentamos desilusionarlo —musitó el empleado, volviendo a fumar su olvidada pipa—, pero ni una sola vez en nuestra larga carrera comercial hemos tenido que buscar un empleo para aspirantes al grado de sennin. Si usted fuera a otra agencia, quizá...

Gonsuké se le acercó más, rozándolo con sus presuntuosas rodillas, de pantalón azul, y empezó a argüir de esta manera:

–Ya, ya, señor, eso no es muy correcto. ¿Acaso no dice el cartel colocaciones para cualquier trabajo? Puesto que promete cualquier trabajo, usted debe conseguir cualquier trabajo que le pidamos. Usted está mintiendo intencionalmente, si no lo cumple.

Frente a un argumento tan razonable, el empleado no censuró el explosivo enojo:

–Puedo asegurarle, señor Forastero, que no hay ningún engaño. Todo es correcto –se apresuró a alegar el empleado–, pero si usted insiste en su extraño pedido, le rogaré que se dé otra vuelta por aquí mañana. Trataremos de conseguir lo que nos pide.

Para desentenderse, el empleado hizo esa promesa y logró, momentáneamente por lo menos, que Gonsuké se fuera. No es necesario decir, sin embargo, que no tenía la posibilidad de conseguir una casa donde pudieran enseñar a un sirviente los secretos para ser un sennin. De modo que al deshacerse del visitante, el empleado acudió a la casa de un médico vecino.

Le contó la historia del extraño cliente y le preguntó ansiosamente:

–Doctor, ¿qué familia cree usted que podría hacer de este muchacho un sennin, con rapidez?

Aparentemente, la pregunta desconcertó al doctor. Quedó pensando un rato, con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando vagamente un gran pino del jardín. Fue la mujer del doctor, una mujer muy astuta, conocida como la Vieja Zorra, quien contestó por él al oír la historia del empleado.

–Nada más simple. Envíelo aquí. En un par de años lo haremos sennin.

–¿Lo hará usted realmente, señora? ¡Sería maravilloso! No sé cómo agradecerle su amable oferta. Pero le confieso que me di cuenta desde el comienzo que algo relaciona a un doctor con un sennin.

El empleado, que felizmente ignoraba los designios de la mujer, agradeció una y otra vez, y se alejó con gran júbilo.

Nuestro doctor lo siguió con la vista; parecía muy contrariado; luego, volviéndose hacia la mujer, le regañó malhumorado:

–Tonta, ¿te has dado cuenta de la tontería que has hecho y dicho? ¿Qué harías si el tipo empezara a quejarse algún día de que no le hemos enseñado ni una pizca de tu bendita promesa después de tantos años?

La mujer, lejos de pedirle perdón, se volvió hacia él y graznó:

–Estúpido. Mejor no te metas. Un atolondrado tan estúpidamente tonto como tú, apenas podría arañar lo suficiente en este mundo de te comeré o me comerás, para mantener alma y cuerpo unidos.

Esta frase hizo callar a su marido.

A la mañana siguiente, como había sido acordado, el empleado llevó a su rústico cliente a la casa del doctor. Como había sido criado en el campo, Gonsuké se presentó aquel día ceremoniosamente vestido con haori y hakama, quizá en honor de tan importante ocasión. Gonsuké aparentemente no se diferenciaba en manera alguna del campesino corriente: fue una pequeña sorpresa para el doctor, que

esperaba ver algo inusitado en la apariencia del aspirante a sennin. El doctor lo miró con curiosidad, como a un animal exótico traído de la lejana India, y luego dijo:

—Me dijeron que usted desea ser un sennin, y yo tengo mucha curiosidad por saber quién le ha metido esa idea en la cabeza.

—Bien señor, no es mucho lo que puedo decirle —replicó Gonsuké—. Realmente fue muy simple: cuando vine por primera vez a esta ciudad y miré el gran castillo, pensé de esta, manera: que hasta nuestro gran gobernante Taiko, que vive allá, debe morir algún día; que usted puede vivir suntuosamente, pero aun así volverá al polvo como el resto de nosotros. En resumidas cuentas, que toda nuestra vida es un sueño pasajero... justamente lo que sentía en ese instante.

—Entonces —prontamente la Vieja Zorra se introdujo en la conversación—, ¿haría usted cualquier cosa con tal de ser un sennin?

—Sí, señora, con tal de serlo.

—Muy bien. Entonces usted vivirá aquí y trabajará para nosotros durante veinte años a partir de hoy y, al término del plazo, será el feliz poseedor del secreto.

—¿Es verdad, señora? Le quedaré muy agradecido.

—Pero —añadió ella—, de aquí a veinte años usted no recibirá de nosotros ni un centavo de sueldo. ¿De acuerdo?

—Sí, señora. Gracias, señora. Estoy de acuerdo en todo.

De esta manera empezaron a transcurrir los veinte años que pasó Gonsuké al servicio del doctor. Gonsuké acarreaba agua del pozo, cortaba la leña, preparaba las comidas y hacía todo el fregado y el barrido. Pero esto no era todo, tenía que seguir al doctor en sus visitas, cargando en sus espaldas el gran botiquín. Ni siquiera por todo este trabajo Gonsuké pidió un solo centavo. En verdad, en todo el Japón, no se hubiera encontrado mejor sirviente por menos sueldo.

Pasaron por fin los veinte años y Gonsuké, vestido otra vez ceremoniosamente con su almidonado haori como la primera vez que lo vieron, se presentó ante los dueños de casa.

Les expresó su agradecimiento por todas las bondades recibidas durante los pasados veinte años.

—Y ahora, señor —prosiguió Gonsuké—. ¿quisieran ustedes enseñarme hoy, como lo prometieron hace veinte años, cómo se llega a ser sennin y alcanzar juventud eterna e inmortalidad?

—Y ahora ¿qué hacemos? —suspiró el doctor al oír el pedido. Después de haberlo hecho trabajar durante veinte largos años por nada, ¿cómo podría en nombre de la humanidad decir ahora a su sirviente que nada sabía respecto al secreto de los sennin? El doctor se desentendió diciendo que no era él sino su mujer quien sabía los secretos.

—Usted tiene que pedirle a ella que se lo diga —concluyó el doctor y se alejó torpemente.

La mujer, sin embargo, suave e imperturbable, dijo:

–Muy bien, entonces se lo enseñaré yo, pero tenga en cuenta que usted debe hacer lo que yo le diga, por difícil que le parezca. De otra manera, nunca podría ser un sennin; y además, tendría que trabajar para nosotros otros veinte años, sin paga, de lo contrario, créame, el Dios Todopoderoso lo destruirá en el acto.

–Muy bien, señora, haré cualquier cosa por difícil que sea –contestó Gonsuké. Estaba muy contento y esperaba que ella hablara.

–Bueno –dijo ella–, entonces trepe a ese pino del jardín.

Desconociendo por completo los secretos, sus intenciones habían sido simplemente imponerle cualquier tarea imposible de cumplir para asegurarse sus servicios gratis por otros veinte años. Sin embargo, al oír la orden, Gonsuké empezó a trepar al árbol, sin vacilación.

–Más alto –le gritaba ella–, más alto, hasta la cima.

De pie en el borde de la baranda, ella erguía el cuello para ver mejor a su sirviente sobre el árbol; vio su haori flotando en lo alto, entre las ramas más altas de ese pino tan alto.

–Ahora suelte la mano derecha.

Gonsuké se aferró al pino lo más que pudo con la mano izquierda y cautelosamente dejó libre la derecha.

–Suelte también la mano izquierda.

–Ven, ven, mi buena mujer –dijo al fin su marido atisbando las alturas–. Tú sabes que si el campesino suelta la rama, caerá al suelo. Allá abajo hay una gran piedra y, tan seguro como yo soy doctor, será hombre muerto.

–En este momento no quiero ninguno de tus preciosos consejos. Déjame tranquila. ¡He! ¡Hombre! Suelte la mano izquierda. ¿Me oye?

En cuanto ella habló, Gonsuké levantó la vacilante mano izquierda. Con las dos manos fuera de la rama ¿cómo podría mantenerse sobre el árbol? Después, cuando el doctor y su mujer retomaron aliento, Gonsuké, y su haori se divisaron desprendidos de la rama, y luego... y luego... Pero ¿qué es eso? ¡Gonsuké se detuvo! ¡se detuvo! en medio del aire, en vez de caer como un ladrillo, y allá arriba quedó, en plena luz del mediodía, suspendido como una marioneta.

–Les estoy agradecido a los dos, desde lo más profundo de mi corazón. Ustedes me han hecho un sennin –dijo Gonsuké desde lo alto.

Se le vio hacerles una respetuosa reverencia y luego comenzó a subir cada vez más alto, dando suaves pasos en el cielo azul, hasta transformarse en un puntito y desaparecer entre las nubes.

FIN

La verdad sobre el caso de M. Valdemar | Edgar Allan Poe *Tales* (1845)

De ninguna manera me parece sorprendente que el extraordinario caso del señor Valdemar haya provocado tantas discusiones. Hubiera sido un milagro que ocurriera lo contrario, especialmente en tales circunstancias. Aunque todos los participantes deseábamos mantener el asunto alejado del público –al menos por el momento, o hasta que se nos ofrecieran nuevas oportunidades de investigación–, a pesar de nuestros esfuerzos no tardó en difundirse una versión tan espuria como exagerada que se convirtió en fuente de muchas desagradables tergiversaciones y, como es natural, de profunda incredulidad.

El momento ha llegado de que yo dé a conocer los hechos –en la medida en que me es posible comprenderlos–. Helos aquí sucintamente:

Durante los últimos años el estudio del hipnotismo había atraído repetidamente mi atención. Hace unos nueve meses, se me ocurrió súbitamente que en la serie de experimentos efectuados hasta ahora existía una omisión tan curiosa como inexplicable: jamás se había hipnotizado a nadie in articulo mortis. Quedaba por verse si, en primer lugar, un paciente en esas condiciones sería susceptible de influencia magnética; segundo, en caso de que lo fuera, si su estado aumentaría o disminuiría dicha susceptibilidad, y tercero, hasta qué punto, o por cuánto tiempo, el proceso hipnótico sería capaz de detener la intrusión de la muerte. Quedaban por aclarar otros puntos, pero éstos eran los que más excitaban mi curiosidad, sobre todo el último, dada la inmensa importancia que podían tener sus consecuencias.

Pensando si entre mis relaciones habría algún sujeto que me permitiera verificar esos puntos, me acordé de mi amigo Ernest Valdemar, renombrado compilador de la Bibliotheca Forensica y autor (bajo el nom de plume de Issachar Marx) de las versiones polacas de Wallenstein y Gargantúa. El señor Valdemar, residente desde 1839 en Harlem, Nueva York, es (o era) especialmente notable por su extraordinaria delgadez, tanto que sus extremidades inferiores se parecían mucho a las de John Randolph, y también por la blancura de sus patillas, en violento contraste con sus cabellos negros, lo cual llevaba a suponer con frecuencia que usaba peluca. Tenía un temperamento muy nervioso, que le convertía en buen sujeto para experiencias hipnóticas. Dos o tres veces le había adormecido sin gran trabajo, pero me decepcionó no alcanzar otros resultados que su especial constitución me había hecho prever. Su voluntad no quedaba nunca bajo mi entero dominio, y, por lo que respecta a la clarividencia, no se podía confiar en nada de lo que había conseguido con él. Atribuía yo aquellos fracasos al mal estado de salud de mi amigo. Unos meses antes de trabar relación con él, los médicos le habían declarado tuberculoso. El señor Valdemar acostumbraba referirse con toda calma a su próximo fin, como algo que no cabe ni evitar ni lamentar.

Cuando las ideas a que he aludido se me ocurrieron por primera vez, lo más natural fue que acudiese a Valdemar. Demasiado bien conocía la serena filosofía de mi amigo para temer algún

escrúpulo de su parte; por lo demás, no tenía parientes en América que pudieran intervenir para oponerse. Le hablé francamente del asunto y, para mi sorpresa, noté que se interesaba vivamente. Digo para mi sorpresa, pues si bien hasta entonces se había prestado libremente a mis experimentos, jamás demostró el menor interés por lo que yo hacía. Su enfermedad era de las que permiten un cálculo preciso sobre el momento en que sobrevendrá la muerte. Convinimos, pues, en que me mandaría llamar veinticuatro horas antes del momento fijado por sus médicos para su fallecimiento.

Hace más de siete meses que recibí la siguiente nota, de puño y letra de Valdemar:

Estimado P...:

Ya puede usted venir. D... y F... coinciden en que no pasaré de mañana a medianoche, y me parece que han calculado el tiempo con mucha exactitud.

Valdemar

Recibí el billete media hora después de escrito, y quince minutos más tarde estaba en el dormitorio del moribundo. No le había visto en los últimos diez días y me aterró la espantosa alteración que se había producido en tan breve intervalo. Su rostro tenía un color plomizo, no había el menor brillo en los ojos y, tan terrible era su delgadez, que la piel se había abierto en los pómulos. Expectoraba continuamente y el pulso era casi imperceptible. Conservaba no obstante una notable claridad mental, y cierta fuerza. Me habló con toda claridad, tomó algunos calmantes sin ayuda ajena y, en el momento de entrar en su habitación, le encontré escribiendo unas notas en una libreta. Se mantenía sentado en el lecho con ayuda de varias almohadas, y estaban a su lado los doctores D... y E..

Luego de estrechar la mano de Valdemar, llevé aparte a los médicos y les pedí que me explicaran detalladamente el estado del enfermo. Desde hacía dieciocho meses, el pulmón izquierdo se hallaba en un estado semióseo o cartilaginoso, y, como es natural, no funcionaba en absoluto. En su porción superior el pulmón derecho aparecía parcialmente osificado, mientras la inferior era tan sólo una masa de tubérculos purulentos que se confundían unos con otros. Existían varias dilatadas perforaciones y en un punto se había producido una adherencia permanente a las costillas. Todos estos fenómenos del lóbulo derecho eran de fecha reciente; la osificación se había operado con insólita rapidez, ya que un mes antes no existían señales de la misma y la adherencia sólo había sido comprobable en los últimos tres días. Aparte de la tuberculosis los médicos sospechaban un aneurisma de la aorta, pero los síntomas de osificación volvían sumamente difícil un diagnóstico. Ambos facultativos opinaban que Valdemar moriría hacia la medianoche del día siguiente (un domingo). Eran ahora las siete de la tarde del sábado.

Al abandonar la cabecera del moribundo para conversar conmigo, los doctores D... y F... se habían despedido definitivamente de él. No era su intención volver a verle, pero, a mi pedido, convinieron en examinar al paciente a las diez de la noche del día siguiente.

Una vez que se fueron, hablé francamente con Valdemar sobre su próximo fin, y me referí en detalle al experimento que le había propuesto. Nuevamente se mostró dispuesto, e incluso ansioso por llevarlo a cabo, y me pidió que comenzara de inmediato. Dos enfermeros, un hombre y una mujer, atendían al paciente, pero no me sentí autorizado a llevar a cabo una intervención de tal naturaleza frente a testigos de tan poca responsabilidad en caso de algún accidente repentino. Aplacé, por tanto, el experimento hasta las ocho de la noche del día siguiente, cuando la llegada de un estudiante de medicina de mi conocimiento (el señor Theodore L...I) me libró de toda preocupación. Mi intención inicial había sido la de esperar a los médicos, pero me vi obligado a proceder, primeramente por los urgentes pedidos de Valdemar y luego por mi propia convicción de que no había un minuto que perder, ya que con toda evidencia el fin se acercaba rápidamente.

El señor L...I tuvo la amabilidad de acceder a mi pedido, así como de tomar nota de todo lo que ocurriera. Lo que voy a relatar ahora procede de sus apuntes, ya sea en forma condensada o verbatim.

Faltaban cinco minutos para las ocho cuando, después de tomar la mano de Valdemar, le pedí que manifestara con toda la claridad posible, en presencia de L...I, que estaba dispuesto a que yo le hipnotizara en el estado en que se encontraba.

Débil, pero distintamente, el enfermo respondió: «Sí, quiero ser hipnotizado», agregando de inmediato: «Me temo que sea demasiado tarde.»

Mientras así decía, empecé a efectuar los pases que en las ocasiones anteriores habían sido más efectivos con él. Sentía indudablemente la influencia del primer movimiento lateral de mi mano por su frente, pero, aunque empleé todos mis poderes, me fue imposible lograr otros efectos hasta algunos minutos después de las diez, cuando llegaron los doctores D... y F..., tal como lo habían prometido. En pocas palabras les expliqué cuál era mi intención, y, como no opusieron inconveniente, considerando que el enfermo se hallaba ya en agonía, continué sin vacilar, cambiando, sin embargo, los pases laterales por otros verticales y concentrando mi mirada en el ojo derecho del sujeto.

A esta altura su pulso era imperceptible y respiraba entre estertores, a intervalos de medio minuto.

Esta situación se mantuvo sin variantes durante un cuarto de hora. Al expirar este período, sin embargo, un suspiro perfectamente natural, aunque muy profundo, escapó del pecho del moribundo, mientras cesaba la respiración estertorosa o, mejor dicho, dejaban de percibirse los estertores; en cuanto a los intervalos de la respiración, siguieron siendo los mismos. Las extremidades del paciente estaban heladas.

A las once menos cinco, advertí inequívocas señales de influencia hipnótica. La vidriosa mirada de los ojos fue reemplazada por esa expresión de intranquilo examen interior que jamás se ve sino en casos de hipnotismo, y sobre la cual no cabe engañarse. Mediante unos rápidos pases laterales hice palpar los párpados, como al acercarse el sueño, y con unos pocos más los cerré por completo. No bastaba esto para satisfacerme, sin embargo, sino que continué vigorosamente mis manipulaciones,

poniendo en ellas toda mi voluntad, hasta que hube logrado la completa rigidez de los miembros del durmiente, a quien previamente había colocado en la posición que me pareció más cómoda. Las piernas estaban completamente estiradas; los brazos reposaban en el lecho, a corta distancia de los flancos. La cabeza había sido ligeramente levantada.

Al dar esto por terminado era ya medianoche y pedí a los presentes que examinaran el estado de Valdemar. Luego de unas pocas verificaciones, admitieron que se encontraba en un estado insólitamente perfecto de trance hipnótico. La curiosidad de ambos médicos se había despertado en sumo grado. El doctor D... decidió pasar toda la noche a la cabecera del paciente, mientras el doctor F... se marchaba, con promesa de volver por la mañana temprano. L...l y los enfermeros se quedaron.

Dejamos a Valdemar en completa tranquilidad hasta las tres de la madrugada, hora en que me acerqué y vi que seguía en el mismo estado que al marcharse el doctor F...; vale decir, yacía en la misma posición y su pulso era imperceptible. Respiraba sin esfuerzo, aunque casi no se advertía su aliento, salvo que se aplicara un espejo a los labios. Los ojos estaban cerrados con naturalidad y las piernas tan rígidas y frías como si fueran de mármol. No obstante ello, la apariencia general distaba mucho de la muerte.

Al acercarme intenté un ligero esfuerzo para influir sobre el brazo derecho, a fin de que siguiera los movimientos del mío, que movía suavemente sobre su cuerpo. En esta clase de experimento jamás había logrado buen resultado con Valdemar, pero ahora, para mi estupefacción, vi que su brazo, débil pero seguro, seguía todas las direcciones que le señalaba el mío. Me decidí entonces a intentar un breve diálogo.

—Valdemar..., ¿duerme usted? —pregunté.

No me contestó, pero noté que le temblaban los labios, por lo cual repetí varias veces la pregunta. A la tercera vez, todo su cuerpo se agitó con un ligero temblor; los párpados se levantaron lo bastante para mostrar una línea del blanco del ojo; moviéronse lentamente los labios, mientras en un susurro apenas audible brotaban de ellos estas palabras:

—Sí... ahora duermo. ¡No me despierte! ¡Déjeme morir así!

Palpé los miembros, encontrándolos tan rígidos como antes. Volví a interrogar al hipnotizado:

—¿Sigue sintiendo dolor en el pecho, Valdemar?

La respuesta tardó un momento y fue aún menos audible que la anterior:

—No sufro... Me estoy muriendo.

No me pareció aconsejable molestarle más por el momento, y no volví a hablarle hasta la llegada del doctor F..., que arribó poco antes de la salida del sol y se quedó absolutamente estupefacto al encontrar que el paciente se hallaba todavía vivo. Luego de tomarle el pulso y acercar un espejo a sus labios, me pidió que le hablara otra vez, a lo cual accedí.

—Valdemar —dije—. ¿Sigue usted durmiendo?

Como la primera vez, pasaron unos minutos antes de lograr respuesta, y durante el intervalo el moribundo dio la impresión de estar juntando fuerzas para hablar. A la cuarta repetición de la pregunta, y con voz que la debilidad volvía casi inaudible, murmuró:

—Sí... Dormido... Muriéndome.

La opinión o, mejor, el deseo de los médicos era que no se arrancase a Valdemar de su actual estado de aparente tranquilidad hasta que la muerte sobreviniera, cosa que, según consenso general, sólo podía tardar algunos minutos. Decidí, sin embargo, hablarle una vez más, limitándome a repetir mi pregunta anterior.

Mientras lo hacía, un notable cambio se produjo en las facciones del hipnotizado. Los ojos se abrieron lentamente, aunque las pupilas habían girado hacia arriba; la piel adquirió una tonalidad cadavérica, más semejante al papel blanco que al pergamino, y los círculos héticos, que hasta ese momento se destacaban fuertemente en el centro de cada mejilla, se apagaron bruscamente. Empleo estas palabras porque lo instantáneo de su desaparición trajo a mi memoria la imagen de una bujía que se apaga de un soplo. Al mismo tiempo el labio superior se replegó, dejando al descubierto los dientes que antes cubría completamente, mientras la mandíbula inferior caía con un sacudimiento que todos oímos, dejando la boca abierta de par en par y revelando una lengua hinchada y ennegrecida. Supongo que todos los presentes estaban acostumbrados a los horrores de un lecho de muerte, pero la apariencia de Valdemar era tan espantosa en aquel instante, que se produjo un movimiento general de retroceso.

Comprendo que he llegado ahora a un punto de mi relato en el que el lector se sentirá movido a una absoluta incredulidad. Me veo, sin embargo, obligado a continuarlo.

El más imperceptible signo de vitalidad había cesado en Valdemar; seguros de que estaba muerto lo confiábamos ya a los enfermeros, cuando nos fue dado observar un fuerte movimiento vibratorio de la lengua. La vibración se mantuvo aproximadamente durante un minuto. Al cesar, de aquellas abiertas e inmóviles mandíbulas brotó una voz que sería insensato pretender describir. Es verdad que existen dos o tres epítetos que cabría aplicarle parcialmente: puedo decir, por ejemplo, que su sonido era áspero y quebrado, así como hueco. Pero el todo es indescriptible, por la sencilla razón de que jamás un oído humano ha percibido resonancias semejantes. Dos características, sin embargo —según lo pensé en el momento y lo sigo pensando—, pueden ser señaladas como propias de aquel sonido y dar alguna idea de su calidad extraterrena. En primer término, la voz parecía llegar a nuestros oídos (por lo menos a los míos) desde larga distancia, o desde una caverna en la profundidad de la tierra. Segundo, me produjo la misma sensación (temo que me resultará imposible hacerme entender) que las materias gelatinosas y viscosas producen en el sentido del tacto.

He hablado al mismo tiempo de «sonido» y de «voz». Quiero decir que el sonido consistía en un silabeo clarísimo, de una claridad incluso asombrosa y aterradora. El señor Valdemar hablaba, y era

evidente que estaba contestando a la interrogación formulada por mí unos minutos antes. Como se recordará, le había preguntado si seguía durmiendo. Y ahora escuché:

–Sí... No... Estuve durmiendo... y ahora... ahora... estoy muerto.

Ninguno de los presentes pretendió siquiera negar ni reprimir el inexpressable, estremecedor espanto que aquellas pocas palabras, así pronunciadas, tenían que producir. L...I, el estudiante, cayó desvanecido. Los enfermeros escaparon del aposento y fue imposible convencerlos de que volvieran. Por mi parte, no trataré de comunicar mis propias impresiones al lector. Durante una hora, silenciosos, sin pronunciar una palabra, nos esforzamos por reanimar a L...I. Cuando volvió en sí, pudimos dedicarnos a examinar el estado de Valdemar.

Seguía, en todo sentido, como lo he descrito antes, salvo que el espejo no proporcionaba ya pruebas de su respiración. Fue inútil que tratáramos de sangrarlo en el brazo. Debo agregar que éste no obedecía ya a mi voluntad. En vano me esforcé por hacerle seguir la dirección de mi mano. La única señal de la influencia hipnótica la constituía ahora el movimiento vibratorio de la lengua cada vez que volvía a hacer una pregunta a Valdemar. Se diría que trataba de contestar, pero que carecía ya de voluntad suficiente. Permanecía insensible a toda pregunta que le formulara cualquiera que no fuese yo, aunque me esforcé por poner a cada uno de los presentes en relación hipnótica con el paciente. Creo que con esto he señalado todo lo necesario para que se comprenda cuál era la condición del hipnotizado en ese momento. Se llamó a nuevos enfermeros, y a las diez de la mañana abandoné la morada en compañía de ambos médicos y de L...I.

Volvimos por la tarde a ver al paciente. Su estado seguía siendo el mismo. Discutimos un rato sobre la conveniencia y posibilidad de despertarlo, pero poco nos costó llegar a la conclusión de que nada bueno se conseguiría con eso. Resultaba evidente que hasta ahora, la muerte (o eso que de costumbre se denomina muerte) había sido detenida por el proceso hipnótico. Parecía claro que, si despertábamos a Valdemar, lo único que lograríamos sería su inmediato o, por lo menos, su rápido fallecimiento.

Desde este momento hasta fines de la semana pasada –vale decir, casi siete meses– continuamos acudiendo diariamente a casa de Valdemar, acompañados una y otra vez por médicos y otros amigos. Durante todo este tiempo el hipnotizado se mantuvo exactamente como lo he descrito. Los enfermeros le atendían continuamente.

Por fin, el viernes pasado resolvimos hacer el experimento de despertarlo, o tratar de despertarlo: probablemente el lamentable resultado del mismo es el que ha dado lugar a tanta discusión en los círculos privados y a una opinión pública que no puedo dejar de considerar como injustificada.

A efectos de librar del trance hipnótico al paciente, acudí a los pases habituales. De entrada resultaron infructuosos. La primera indicación de un retorno a la vida lo proporcionó el descenso parcial del iris. Como detalle notable se observó que este descenso de la pupila iba acompañado de un

abundante flujo de icor amarillento, procedente de debajo de los párpados, que despedía un olor penetrante y fétido. Alguien me sugirió que tratara de influir sobre el brazo del paciente, como al comienzo. Lo intenté, sin resultado. Entonces el doctor F... expresó su deseo de que interrogara al paciente. Así lo hice, con las siguientes palabras:

—Señor Valdemar... ¿puede explicarnos lo que siente y lo que desea?

Instantáneamente reaparecieron los círculos hécticos en las mejillas; la lengua tembló, o, mejor dicho, rodó violentamente en la boca (aunque las mandíbulas y los labios siguieron rígidos como antes), y entonces resonó aquella horrenda voz que he tratado ya de describir:

—¡Por amor de Dios... pronto... pronto... hágame dormir... o despiérteme... pronto... despiérteme! ¡Le digo que estoy muerto!

Perdí por completo la serenidad y, durante un momento, me quedé sin saber qué hacer. Por fin, intenté calmar otra vez al paciente, pero al fracasar, debido a la total suspensión de la voluntad, cambié el procedimiento y luché con todas mis fuerzas para despertarlo. Pronto me di cuenta de que lo lograría, o, por lo menos, así me lo imaginé; y estoy seguro de que todos los asistentes se hallaban preparados para ver despertar al paciente.

Pero lo que realmente ocurrió fue algo para lo cual ningún ser humano podía estar preparado.

Mientras ejecutaba rápidamente los pases hipnóticos, entre los clamores de: «¡Muerto! ¡Muerto!», que literalmente explotaban desde la lengua y no desde los labios del sufriente, bruscamente todo su cuerpo, en el espacio de un minuto, o aún menos, se encogió, se deshizo... se pudrió entre mis manos. Sobre el lecho, ante todos los presentes, no quedó más que una masa casi líquida de repugnante, de abominable putrefacción.

FIN

Ante la ley | Franz Kafka *Un doctor de campo* (1919)

Ante la ley hay un guardián. Un campesino se presenta frente a este guardián, y solicita que le permita entrar en la Ley. Pero el guardián contesta que por ahora no puede dejarlo entrar. El hombre reflexiona y pregunta si más tarde lo dejarán entrar.

—Tal vez —dice el centinela— pero no por ahora.

La puerta que da a la Ley está abierta, como de costumbre; cuando el guardián se hace a un lado, el hombre se inclina para espiar. El guardián lo ve, se sonríe y le dice:

—Si tu deseo es tan grande haz la prueba de entrar a pesar de mi prohibición. Pero recuerda que soy poderoso. Y sólo soy el último de los guardianes. Entre salón y salón también hay guardianes, cada uno más poderoso que el otro. Ya el tercer guardián es tan terrible que no puedo mirarlo siquiera.

El campesino no había previsto estas dificultades; la Ley debería ser siempre accesible para todos, piensa, pero al fijarse en el guardián, con su abrigo de pieles, su nariz grande y aguileña, su barba

negra de tártaro, rala y negra, decide que le conviene más esperar. El guardián le da un escabel y le permite sentarse a un costado de la puerta.

Allí espera días y años. Intenta infinitas veces entrar y fatiga al guardián con sus súplicas. Con frecuencia el guardián conversa brevemente con él, le hace preguntas sobre su país y sobre muchas otras cosas; pero son preguntas indiferentes, como las de los grandes señores, y, finalmente siempre le repite que no puede dejarlo entrar. El hombre, que se ha provisto de muchas cosas para el viaje, sacrifica todo, por valioso que sea, para sobornar al guardián. Este acepta todo, en efecto, pero le dice:

—Lo acepto para que no creas que has omitido ningún esfuerzo.

Durante esos largos años, el hombre observa casi continuamente al guardián: se olvida de los otros y le parece que éste es el único obstáculo que lo separa de la Ley. Maldice su mala suerte, durante los primeros años audazmente y en voz alta; más tarde, a medida que envejece, sólo murmura para sí. Retorna a la infancia, y como en su cuidadosa y larga contemplación del guardián ha llegado a conocer hasta las pulgas de su cuello de piel, también suplica a las pulgas que lo ayuden y convenzan al guardián. Finalmente, su vista se debilita, y ya no sabe si realmente hay menos luz, o si sólo lo engañan sus ojos. Pero en medio de la oscuridad distingue un resplandor, que surge inextinguible de la puerta de la Ley. Ya le queda poco tiempo de vida. Antes de morir, todas las experiencias de esos largos años se confunden en su mente en una sola pregunta, que hasta ahora no ha formulado. Hace señas al guardián para que se acerque, ya que el rigor de la muerte comienza a endurecer su cuerpo. El guardián se ve obligado a agacharse mucho para hablar con él, porque la disparidad de estaturas entre ambos ha aumentado bastante con el tiempo, para desmedro del campesino.

—¿Qué quieres saber ahora? —pregunta el guardián—. Eres insaciable.

—Todos se esfuerzan por llegar a la Ley —dice el hombre—; ¿cómo es posible entonces que durante tantos años nadie más que yo pretendiera entrar?

El guardián comprende que el hombre está por morir, y para que sus desfallecientes sentidos perciban sus palabras, le dice junto al oído con voz atronadora:

—Nadie podía pretenderlo porque esta entrada era solamente para ti. Ahora voy a cerrarla.

La Oveja Negra | Patricia Suárez

La Oveja Negra tenía 17 hermanas: todas eran blancas. Las 17 le hacían ascos a la Oveja Negra, no les importaba que fuera su hermana. Las 17 eran un poco crueles. Porque la Oveja Negra era bonita, con su mullido vellón azabache, sus ojos oscuros como la noche, y unas patitas que parecían medias cancán de red con mucho firulete. Oveja-negra

También era muy simpática, con lo cual se contradecía con aquel supuesto de mala fama que tienen desde largo tiempo atrás las ovejas negras. No incitaba a sus compañeras a hacer el daño: ni siquiera por pura diversión, como se supone que hacen desde siempre las ovejas negras. No obstante,

el perro pastor que ya era muy anciano, veía a la Oveja Negra y le parecía que estaba viendo a Drácula. Decía que la Oveja Negra cuando comía pasto lo arrancaba de cuajo y el pasto aullaba con voz de niño recién nacido; o que cuando el resto del rebaño dormía iba la Oveja Negra y susurraba en sus orejas chismes y maldades obre las demás; o que a los corderos les aconsejaba que se hicieran amigos del lobo, alegando que era una criatura de las praderas como cualquier otra...¿Por qué el perro pastor creía en estas infamias? Porque de joven había conocido una verdadera Oveja Negra. Sí. Y sucedió lo imposible: se enamoraron. Cómo el perro tuvo un romance con la antigua Oveja Negra, la que trabaja en la whiskería, es una historia que contaré después, a su debido tiempo. O tal vez en otro libro, porque este libro pertenece exclusivamente a las aventuras de la Oveja Negra.

FIN

La Oveja Negra | Patricia Suárez

La Oveja Negra tenía 17 hermanas: todas eran blancas. Las 17 le hacían ascos a la Oveja Negra, no les importaba que fuera su hermana. Las 17 eran un poco crueles. Porque la Oveja Negra era bonita, con su mullido vellón azabache, sus ojos oscuros como la noche, y unas patitas que parecían medias cancán de red con mucho firulete. Oveja-negra

También era muy simpática, con lo cual se contradecía con aquel supuesto de mala fama que tienen desde largo tiempo atrás las ovejas negras. No incitaba a sus compañeras a hacer el daño: ni siquiera por pura diversión, como se supone que hacen desde siempre las ovejas negras. No obstante, el perro pastor que ya era muy anciano, veía a la Oveja Negra y le parecía que estaba viendo a Drácula. Decía que la Oveja Negra cuando comía pasto lo arrancaba de cuajo y el pasto aullaba con voz de niño recién nacido; o que cuando el resto del rebaño dormía iba la Oveja Negra y susurraba en sus orejas chismes y maldades obre las demás; o que a los corderos les aconsejaba que se hicieran amigos del lobo, alegando que era una criatura de las praderas como cualquier otra...¿Por qué el perro pastor creía en estas infamias? Porque de joven había conocido una verdadera Oveja Negra. Sí. Y sucedió lo imposible: se enamoraron. Cómo el perro tuvo un romance con la antigua Oveja Negra, la que trabaja en la whiskería, es una historia que contaré después, a su debido tiempo. O tal vez en otro libro, porque este libro pertenece exclusivamente a las aventuras de la Oveja Negra.

FIN

El Amor según Aristófanes

En español tenemos el problema de que el amor se llama amor siempre, lo cual es un problema. Los griegos, que sabían muchas más cosas que nosotros, llamaban al amor de tres maneras distintas. Primero había el Eros. El Eros es el amor pasional, el amor erótico. Después había el Ágape; el Ágape es el amor puro, es el amor paternofilial, es el amor fraternal. Y después había la Filia; que es el amor

a las cosas. Así que ellos llamaban al amor de tres maneras distintas. Para nosotros, en español, es amor y ya está.

¿Cómo funciona esta cosa del Amor? Ya sabéis, Platón, el hombre que solía escribir sus libros como diálogos, en uno de ellos que se llama “El Banquete”, se discute sobre Eros. Y hay unos cuantos personajes que discuten sobre cuál es el poder de Eros y cómo funciona Eros, entonces Aristófanes, el comediógrafo, hay un momento que toma la palabra, es muy divertido porque tiene hipo y no puede hablar, quiere hablar y no puede hablar y hasta que no se le pasa el hipo no puede hablar, y cuando termina, finalmente explica a los demás cómo funciona Eros y cuál es su poder. Entonces dice: nosotros no hemos sido siempre como somos ahora. Nosotros antes éramos distintos. Antes había tres tipos de personas: Había mujer- mujer, hombre-hombre y hombre-mujer. Y vivíamos juntos y éramos un único ser. Éramos como dos seres juntos enganchados por la espalda y teníamos cuatro patas y dos brazos y veíamos en las dos direcciones opuestas y nos auto reproducíamos; y éramos tan poderosos, tan veloces y tan capaces de hacer tantísimas cosas que un día desafiábamos a los mismísimos Dioses y subimos al Olimpo para destronar a Zeus. Entonces Zeus dijo, pero qué se han creído éstos!? Y ahí mismo castigó a los hombres, mandó su Rayo y los dividió por la mitad, y les dijo: a partir de ahora serán la mitad de poderosos, y les partió por la mitad. Puso el sexo delante. Hizo un nudo justo en el ombligo con toda la piel que sobraba; giró las cabezas y desde entonces, según Aristófanes, todos estamos destinados a buscar la otra mitad de la que nos separó Zeus.

Argirea y Selemno (Mito Griego)

Argirea era una ninfa de una fuente de la Arcadia y se había enamorado de Selemno, un joven pastor muy guapo y muy hermoso. Todo anduvo bien por algunos años hasta que Selemno empezó a envejecer, cuando perdió la belleza, Argirea lo abandonó. Entonces Selemno se murió de desesperación.

La diosa Afrodita, que es la diosa del Amor, se apiadó de él y lo convirtió en río, que no es una gran cosa. Pero parece, que aún siendo río, seguía llorando y seguía quejándose de su desventura. Entonces Afrodita optó por decretar un olvido general para Selemno, y le concedió el deseo de que olvidara todas sus penas.

Dicen que hoy en día, quién se baña en ese río, que todavía se llama Selemno, alcanza olvidar todos sus pesares amorosos.

A mí me parece que en realidad el que padece un rechazo amoroso casi nunca tiene la sabiduría de elegir el olvido. A la persona, le parece que su pena lo va a salvar, entonces persevera en el llanto, se convierte él mismo en lágrima que cae rodando hasta el infierno más profundo...

FIN

Hades y Perséfone | Mito Griego (versión de Gabriel Rolón)

Así como el Cielo promete la superación de los sufrimientos de la vida cotidiana, la amenaza del Infierno consiste en seguir sufriendolos pero de un modo mucho más intenso. Los griegos imaginaron un Infierno atroz, con un río pestilente, un guardián sanguinario, un barquero cruel que cruzaba las almas y un dios oscuro que mandaba sobre las criaturas que habitaban ese reino perversamente humano.

El rey del Infierno no es otro que Hades, aquel que junto a sus hermanos Zeus y Poseidón derrotó a su padre Cronos para iniciar la dinastía de «los olímpicos». En esa rebelión su papel fue decisivo. Los Cíclopes le habían obsequiado un casco que tenía la facultad de volverlo invisible. Gracias a eso, Hades logró acercarse sin ser visto y desarmar a su padre y el resto de los Titanes, al tiempo que Zeus los atacaba con sus rayos y Poseidón los sujetaba con su tridente. En su origen la palabra Hades fue asociada a ese casco, de allí se desplazó a su poseedor y de él, al lugar donde reinaba. Por ende, Hades era tanto el nombre del dios como del Infierno. Los antiguos evitaban pronunciar esa palabra porque creían que atraía a la desgracia. Por eso utilizaban eufemismos para nombrar al Señor de los muertos. Dado que de la tierra provenían las riquezas y los nutrientes vitales, se lo llamó «el rico» o «el nutridor», aunque era más común que se lo nombrara como «el invisible». A pesar de su importancia en el derrocamiento de Cronos, Hades no tuvo suerte a la hora del reparto. Mientras que a Zeus le tocó gobernar el Cielo y a Poseidón los Mares, él tuvo que conformarse con reinar sobre el Inframundo. Un lugar tan espantoso que no pudo soportarlo solo. No fue sencillo encontrar esposa. Vivir en el Hades no era un plan demasiado atractivo para ninguna diosa, por lo cual «el invisible» optó por conseguir una compañera por la fuerza y decidió secuestrar a Core. Un día la joven recogía flores en la pradera y la tierra se abrió a sus pies. En ese momento apareció Hades, la tomó contra su voluntad y se la llevó a los Infiernos. La madre de Core, Deméter, la buscó sin descanso. Durante nueve días y nueve noches recorrió el mundo llamándola, pero no obtuvo resultados. Tiempo más tarde, unos jóvenes manifestaron que mientras cuidaban a sus cerdos observaron como la tierra se abrió tragándose a los animales. Al rato escucharon un ruido de cascos y vieron aparecer un carro tirado por caballos negros. El rostro del conductor era invisible. Antes de desaparecer, el desconocido tomó con su brazo a una muchacha que gritó y se resistió, aunque no logró escapar y se hundió junto a su raptor. Con ese dato en su poder, Deméter consultó a Helio (el Sol), que todo lo ve, y lo obligó a confesar la identidad del secuestrador. Deméter, hermana de Zeus y Hades, era la diosa de la tierra cultivada. Furiosa por lo ocurrido con su hija se negó a volver al Olimpo y se dedicó a recorrer el mundo impidiendo que crecieran las hierbas y

que los árboles dieran frutos. Su empecinamiento se sostuvo hasta que la raza humana estuvo en peligro de extinción.

Intentando revertir su postura Zeus ordenó a Hermes, el mensajero de los dioses, que llevara un recado a Deméter. Como no tuvo respuesta satisfactoria envió toda una delegación de dioses olímpicos con regalos, pero aun así no pudo convencerla. Su hermana estaba decidida a dejar que la vida sobre la Tierra desapareciera si su hija no volvía. Zeus no tenía opción. Llamó a Hermes y le encargó que llevara un mensaje a Hades: “Si no devuelves a Core estamos todos perdidos”. Y luego otro a Deméter: “Puedes tener de nuevo a tu hija con la única condición de que todavía no haya probado la comida de los muertos”. Como Core se había negado a ingerir nada desde su rapto, Hades se vio obligado a devolverla. Pero ocurrió que el jardinero del Infierno la había visto comer siete semillas de granada. Entusiasmado con la noticia, Hades tomó su carro y junto a la joven y el testigo abandonó su reino. Deméter y su hija se reencontraron en Eleusis. Pero al enterarse del episodio de las semillas de granada, la diosa desconsolada manifestó que no volvería al Olimpo ni quitaría su maldición sobre la Tierra. Sin otra opción, Zeus le pidió a su madre, Rea, que le hiciera cambiar de parecer. Al tiempo llegaron a un acuerdo. Core, ahora rebautizada Perséfone, pasaría tres meses al año en el Infierno como compañera de Hades, y los nueve restantes junto a Deméter en la superficie. A partir de entonces, durante el lapso que la joven permanece en el Inframundo, la Tierra se seca y se vuelve estéril. Es el invierno, la estación más triste del año. Cuando recupera su libertad, las flores renacen y la vida se ilumina en esa etapa que llamamos primavera. En un intento por congraciarse con Perséfone, Hades le ofreció compartir con ella su reino.

Algunos mitógrafos sugieren que con el tiempo ella venció su odio y su asco, y hasta llegó a disfrutar de su condición como reina de los muertos. Core cedió su nombre, su vida, su risa y su identidad.

FIN

El Kintsugi

Hace cinco siglos, surgió en el lejano Oriente el *kintsugi*, una apreciada técnica artesanal con el fin de reparar un cuenco de cerámica roto. Según la leyenda, esta técnica nació cuando el shogun japonés Ashikaga Yoshimasa envió un chawan –o tazón de té– roto a China para ser reparado. Al ser enviado de vuelta, Yoshimasa se disgustó al ver que la pieza había sido enmendada con unas feas grapas de metal. Así fue que buscó a los mejores artesanos de su país para que dieran con una solución atractiva y duradera. Mediante el encaje y la unión de los fragmentos con un barniz espolvoreado de oro, si bien la cerámica recuperó su forma original, las cicatrices doradas y visibles transformaron su esencia estética. Así que, en lugar de disimular las líneas de rotura, las piezas tratadas con este

cuidadoso método exhibían las marcas de su pasado, con lo que adquirieron una nueva vida. Se volvieron únicas y, por lo tanto, ganaron en belleza y hondura. Entonces, cuando los orientales reparan los objetos rotos, enaltecen las zonas dañadas rellenando las grietas con oro. Creen que cuando algo ha sufrido un daño y tiene una historia, se vuelve más hermoso.

FIN

La leyenda del Picaflor o Colibrí

Cuenta la leyenda que una vez hubo una india hija del cacique de su tribu que se llamaba Potí, que en guaraní significa flor. Era muy hermosa, y estaba enamorada de un indio llamado Guanumby que a su vez la amaba, pero había un problema... el indio pertenecía a una tribu enemiga y como siempre ha pasado en tantas historias su amor era prohibido.

Pero Potí y Guanumby no querían renunciar a su amor y entonces se veían a escondidas, cada vez que el sol caía, se encontraban junto a los árboles y con la luna como testigo y al resguardo de las hojas, se profesaban su amor en las sombras libremente.

Era muy escaso el tiempo de sus encuentros, pero no importaba, los amantes aprovechaban cada segundo de su amor... Eran muy cuidadosos pero no lo suficiente.

Un día, una india de la tribu de Potí, descubrió a los amantes, y como ésta era una mujer que envidiaba a Potí, sin dudarlo denunció el romance. A la pobre Potí le prohibieron ver de nuevo a Guanumby y se asegurarían de ello.

En cuanto a Guanumby, no cabía de su angustia, le atormentaba no saber nada de su amada, la Luna otrora testigo de su amor, se apiadó del indio y una noche le contó que había visto a Potí, le contó acerca de su gran pena y aflicción... Le dijo que la había visto llorando sin consuelo, que la querían obligar a casarse con otro indio de su tribu, y que entonces Potí desconsolada le pidió al gran Tupá que le arrebatara la vida, que la liberase de su maldita suerte.

El gran Tupá escucho su súplica, pero no le quitó la vida sino que la transformó en una flor, esto último se lo contó el viento...

Entonces Guanumby desesperado le pregunto a la Luna

-Cuéntame señora ¿En qué flor convirtieron a mi amada?

-No lo sé y ni siquiera lo sabe el viento.

Así eran los designios misteriosos de Tupá y nadie podía cuestionarlos.

-¡Oh gran Tupá! Yo sé que reconoceré el sabor de los besos de mi amada en sus pétalos, sé que la podré encontrar.... Escúchame Tupá... ¡Tú lo puedes todo!

Y entonces Tupá escuchó su ruego y ante la mirada atónita de la Luna, Guanumby se transformó en un pequeño y hermoso pájaro que salió volando velozmente... Era un picaflor... al que algunos indios llaman Gunumby

Dice la leyenda que desde esa noche, el amante pasa sus días besando flores, buscando ansiosamente el sabor de una, sólo una la de su amada Potí... y según dicen, aún no la ha encontrado...

FIN

Ventanas | Elsa Bornemann “No somos irrompibles”

LA PRIMERA VENTANA ES UN VENTANAL

La primera ventana de Nicolás se perdía, como la de todos nosotros, en el caleidoscopio de los recuerdos de la cuna.

¡Ah...pero si éstos no pueden llamarse exactamente “recuerdos”!

Sin embargo, Nicolás recordaba, aunque vagamente, que cuando tenía... ¿dos años y medio?... ¿tres?... se empinaba a más no poder, aferrándose de una baranda, e intentaba mirar a través de una enorme ventana. Junto a ella se alineaban su cuna y las de muchos chiquitos. Entonces... un ventanal. Eso es. la primera ventana de Nicolás era un ventanal.

¿Y qué había visto a través de él, las veces en que su mamá lo había alzado cada mediodía, cuando llegaba la hora de la visita? Pues un extendido patio gris y automóviles estacionados.

Aquel ventanal era el de la guardería de una empresa. Su mamá había trabajado allí como secretaria. Ahora estaba empleada en una empresa de turismo.

Nicolás ya no pasaba ocho horas diarias en una guardería. Iba a la escuela por las mañanas y hacía los deberes durante las tardes, solo en su casa, mientras Dido se acurrucaba a sus pies como si en vez de un robusto cocker fuera una laucha y la gata buscaba su hueco predilecto entre los almohadones del sofá de la sala.

Nicolás tenía ahora doce años. Y recordaba... y pensaba Mucho. Mucho. Demasiado para un chico de su edad.

Ni siquiera sabía explicarse a sí mismo por qué, pero lo cierto era que, entre sus recuerdos y sus pensamientos, las ventanas ocupaban un sitio de preferencia.

LA VENTANA DE LA NOCHE

Así denominaba a la de su primer cuarto, la de aquel departamento en el que habían vivido hasta que empezó a ir a la escuela primaria. Entonces se habían mudado a la casa que ahora ocupaban, amplia como para permitir la llegada de Dido (regalo de su cumpleaños número nueve) y, un poco más adelante, la de la gata. Claro que, a ella, sus padres la habían aceptado a regañadientes...

-Pero, Nicolás, ¿no te basta con el perro?

-La encontré en la calle... va a morir si nadie la recoge... ¿No puedo quedármela unas semanas?

Esas semanas se estiraron en años. Y Trilca seguía allí, con ellos, habiendo tomado posesión de los lugarcitos más cómodos de toda la casa.

Pero Nicolás recordaba especialmente “la ventana de la noche”. Porque eran puras noches las que había visto a través de ella, cuando su mamá lo depositaba dulcemente en su cama, tras la jornada de trabajo en la empresa.

El sol de sus años más chiquitos le había pertenecido, casi por completo, a la primera ventana.

LA VENTANA ABRACADABRA

Ésa era la suya actual, la de su dormitorio en la casa nueva.

Era propiedad exclusiva de Nicolás, aunque solía compartirla con Dido o con Trilaca, cuando los tomaba a upa mientras miraba hacia fuera.

¿Y qué veía entonces? Ah, por algo la llamaba “la ventana abracadabra”, ¿no? Tal como si estuviera frente a la pantalla de un cine, Nicolás proyectaba en esa ventana todos sus deseos, los más íntimos. Los más suyos. Y era como si en realidad “viese” lo que imaginaba.

LA VENTANA DEL VÉRTIGO

Ésa era, y ella aún continuaba viviendo en el mismo piso diecisiete, la ventana del comedor de la abuela Carmen. Abierta a la avenida céntrica que, desde allí, se veía como la pequeña pista de su “Scalextric”, ese juego que lo esperaba cada domingo “para que no te aburras”, como le había dicho la abuela al comprárselo.

-¿Quién se aburre con semejante ventana? –pensaba Nicolás, pero le daba vergüenza confesar que le gustaba más que el carísimo “Scalextric”. Sentir, por unos instantes, que era un pájaro detenido en lo alto, cuando se asomaba para mirar hacia abajo. Sentir un nudo en el estómago al imaginar que la pared podía desprenderse y arrastrarlo al vacío. Sentir, por fin, el vértigo de la altura, que lo atraía y le daba miedo a la par. Como crecer. Y los techos de los edificios vecinos... tan minúsculos... La calle... una cintita... Las personas... piezas de ajedrez... Los ruidos atemperados... casi fantasmas de sonidos...

Indudablemente, ésa era una ventana que merecía tomarse en cuenta.

LA VENTANA HACIA EL RECREO

Se diría que era común y corriente, si Nicolás miraba a través de ella, desde el patio de la escuela, su aula vacía. ¿Pero hace falta aclarar que él se sentaba en uno de los bancos ubicados junto a la ventana? ¡Y qué distinto era atravesarla con la vista desde adentro del salón durante las horas de clase!

Dejaba correr las miradas sobre mañanas cálidas, nubladas, frías, lluviosas, soleadas... Mientras el pensamiento se le perdía en el aire del patio y a todos sus ensueños le era posible gritarles piedra libre.

También le gustaba encontrar los cristales empañados. Y no sólo por los monigotes que podían cobrar momentánea vida gracias a los dibujos de sus dedos.

El árbol del patio parecía otro entonces, con el brumoso manchón verde de la copa agitándose sobre un tronco borroneado... ¡Y había que adivinar a quiénes pertenecían las siluetas de los que pasaban del otro lado! Cuando llovía, Nicolás descifraba los mensajes que la lluvia escribía secretamente para él, a golpe y suma de gota tras gota. ¡Nicolás! ¡Siempre estás en Babia! ¡Bobaliqueando! ¿Se puede saber qué es lo que ves a través de la ventana? Así lo reprendía la maestra al sorprenderlo distraído.

¿Cómo explicarle? –pensaba el muchacho, y por un rato se esforzaba en prestar atención a la pizarra. Aunque, muy a menudo, con la mirada “vuelta hacia adentro”. Lo que se dice “dejar la cara” y escapar con la imaginación hacia un mundo más ancho que el rectángulo de la pizarra. Eso hacía Nicolás una y otra vez, para evitar que la maestra cumpliera con la amenaza de cambiarlo de sitio, mandándole sentarse en algún rincón de la pared.

LA VENTANA NI FU NI FA

Ésa era la que se abría sobre un costado de su casa. La única estrecha y sin cortina “porque es casi un tragaluz”, había dicho su mamá. Nada que ver con las otras dos de la misma habitación, amplias y distinguidas con impecables cortinas.

Abiertas al frente de la casa, también por su ubicación parecían ostensiblemente “las preferidas”. En cambio... esa tajada de ventana... ¿Qué se vería a través de ella sino el paredón del chalet lindero, alzándose sobre el ligustro?

Y desde que Nicolás recordaba, ese chalet había estado permanentemente “en ventana”.

-Debe de ser muy caro, o algo siniestro se esconde ahí dentro... –suponía Nicolás.

Y reafirmaba su segunda suposición cada sábado por la mañana, cuando un silencioso viejo entraba y permanecía en el chalet por espacio de unas horas.

Durante ese tiempo, inútil que se madre le repitiera que se trataba del cuidador. Sin embargo, nunca pasaba nada allí al lado...

Finalmente, Nicolás tuvo la certeza de que ningún otro nombre era más adecuado que “NI FU NI FA” para esa ventana sin emociones, que no valía la pena considerar.

LA VENTANA DE LA SOLEDAD

A pesar de que era una de las dos “distinguidas” de la sala, hacía bastante que a Nicolás le dolía mirar a través de ella. Cada vez que lo hacía, la imagen de su mamá, sentada en el silloncito de cuero y mirando sin ver hacia la calle, ocupaba su pensamiento.

Y le hacía daño.

Desde que su padre se había ido de la casa, ella se ubicaba allí todas las noches, después de cenar, cuando le aseguraba que sólo sentía cansancio por el trabajo en la agencia y que se fuera a dormir tranquilo.

-Me duele la cabeza, Nicolás. Voy a esperar que me haga efecto la aspirina y luego me acuesto.

Era innegable que ella veía únicamente su tristeza a través de esa ventana. Como si en vez de una ventana fuera un espejo.

LA VENTANA DE LA PENA

Nicolás nunca le había dado importancia hasta aquella madrugada de verano en que se despertó sobresaltado. Recordaba que luego se había dirigido hacia la cocina, en puntas de pie, para tomar un vaso de agua.

Raro: en el jardincito del fondo había luz.

Entonces los vio a través de ese pequeño cuadrado que se abría por encima de la piletta: sus padres discutían. No podía entender lo que estaba pasando pero debía de ser algo muy grave porque su padre fumaba nervioso y su mamá lloraba.

Volvió a la cama de inmediato, asustado, y trató de pensar en otra cosa.

-La ventana de la pena... -se dijo, de repente, pero siguió tratando de pensar en otra cosa.

Lamentablemente, esa ventana de la cocina acababa de ser correctamente bautizada.

LA VENTANA NI FU NI FA CAMBIA DE NOMBRE

¡Ay! ¡Cómo se había equivocado Nicolás! ¿De modo que estaba convencido de que ésa era una ventanita aburrida? Pues, de repente, tuvo que cambiar esa impresión: nunca antes, a través de una ventana (aunque tenía que reconocer que tampoco cara a cara) había visto una personita semejante.

¿De modo que el chalet lindero era aquel en el que “nunca pasaba nada”? ¿Y eso? ¿El encontrarse de pronto, del otro lado del cristal, con la misma maravilla?

Atención, no confundirse. Nicolás no estaba mirando por su ventana abracadabra. Era la NI FU NI FA la que le brindaba esa visión. Cierta. Tan cierta como que esa ventanita se había convertido en un verdadero tragaluz.

Recién ahora notaba cuánta verdad encerraba esa palabra. Porque... ¿qué si no la misma luz era esa niña podando la ligustrina? Acaso era el reflejo del sol, pero a Nicolás le parecía que la chica brillaba.

-La ventana luminosa... –se le ocurrió entonces. Y, en un impulso, la abrió, por primera vez desde que vivía en esa casa.

¿Fue el aire tibio de la siesta el que le sonrosó las mejillas cuando ella advirtió su presencia allí, observándola?

Apenas una sonrisa y un: “Hola. Soy tu nueva vecina. Me llamo Clara” le bastaron a Nicolás para sentir que, por fin, había encontrado una amiga.

Corrijo: su amiga.

¿Y por qué sentía eso?

¿Qué le interesaba averiguarlo? Lo importante era que lo sentía. Él. Nicolás.

Por Clara.

LA VENTANA DE LA ALEGRÍA

Aquella en la que en los últimos tiempos ni siquiera miraba a causa de la otra, tan próxima, la “de la soledad”. Una de las dos del frente de la sala. Ésa fue para Nicolás “la ventana de la alegría”.

Un sábado, su mamá lo despertó más temprano que de costumbre. Estaba maquillada como para ir a una fiesta. Y a esa hora...

Habitualmente, se ocupaba entonces de encarar la limpieza general de la casa. Raro... pintada y, también, muy bien vestida...

-¿Vamos a pasear? –le preguntó Nicolás, semidormido.

-Sí. Hoy vamos a pasear. ¡Pero sobre la alegría! ¡Y aquí!

Cuando Nicolás terminó de tomar el desayuno, fue hacia la sala. Allí estaba su mamá, parada en medio de la habitación y mirando hacia la calle. A través de las dos grandes ventanas. Ésas, “las distinguidas”.

Había corrido las cortinas. El solcito de las nueve de la mañana se colaba hasta brincar tímidamente sobre el lomo de Trilca, acurrucada en el revistero y ajena a todo.

Ajena, por ejemplo, a los ojos de la mamá: únicamente Nicolás se daba cuenta de que ahora volvían a ver “mirando”.

-Está esperando a alguien... –pensó; y ya iba a preguntarle cuando, a través de una de las ventanas que le dolían, vio aparecer a su papá. Cruzaba el jardín de la entrada cargando dos valijas y un bolso.

Antes de que transcurrieran tres segundos, su mamá le abrió la puerta y lo recibía con un largo abrazo largo.

Dido saltaba, reclamando una caricia del ausente.

Trilca maulló como si acabara de entender, igual que Nicolás, que aquello era una reconciliación.

LA VENTANA LUMINOSA

No fue de inmediato que Nicolás abandonó su modo de contemplar a Clara a través de aquella ventana. Le costó decidirse a hablarle. Pero lo hizo otra siesta, alguna después de la vez en que había descubierto a la chica, porque la ligustrina ya estaba perfectamente parejita y ella no volvía por ese sector de la casa.

¿Por dónde andaría en ese momento?

Era domingo. En el chalet lindero estaban preparando un asado. Había oído el arribo de algunos automóviles y escuchado voces de bienvenida. De seguro que aquél sería un almuerzo de inauguración de la nueva vivienda.

¿Y Clara?

No fue hacia una ventana hacia donde se dirigió entonces Nicolás. Inventando un pretexto cualquiera para sus padres, tomó una escalera del galpón y subió al techo. Desde allí era posible observar el jardín del fondo de la casa de al lado. Gente en la pileta, en las mecedoras, alrededor del asador...

Entonces la vio. Clara ayudaba a poner las mesitas del quincho. En uno de sus ires y venires detectó la presencia de Nicolás, que la saludaba desde el techo.

Su risa cristalina, luego su sonrisa y enseguida: -¡Hola! ¿No te gustaría venir a mi casa? ¿A comer con nosotros?

-¿Yo...? Este... ¡Ya voy! -Y Nicolás bajó apresurado para avisarle a sus padres.

Al momento, ellos lo vieron alejarse rumbo a la casa de al lado y se miraron divertidos, con una mirada cómplice.

-Nicolás está creciendo... -dijo el papá. El muchacho ya no le oía: parado frente a la puerta del chalet vecino, se disponía a llamar a la puerta.

Entonces, por primera vez, sintió, extrañado, que empezaba a interesarse por las puertas. Y cuando Clara abrió ésa de su casa, para recibirlo, descubrió, de golpe, que eran la más hermosa vía para acercarse a los demás.

Sí. Tal como había dicho el padre un ratito antes: Nicolás estaba creciendo.

FIN

Pequeña ola | Elsa Bornemann “No somos irrompibles”

-¿Qué tiene que hacer un viejo como yo dentro de un libro de chicos enamorados? Ésta es la pregunta que me repetí una y otra vez antes de decidirme a contarte mi historia.

No, no se trata del relato de todos mis sucesos, de la cadena de anécdotas que podría narrarte de acuerdo con los tantos años que he vivido... “Mi” historia es breve. Le bastarán apenas unas páginas

para desarrollarse por escrito. Ahora comprendo que fue lo más hermoso que me pasó y acaso por ella, sólo por ella, mi vida adquirió verdadero sentido.

Yo acababa de cumplir diez años aquel verano. Mi casa se alzaba frente al mar, una cabaña de pescadores en la que el tiempo se deslizaba con tanta calidez como simpleza. Mis abuelos, mis tíos, mis padres, mis primos, mi hermana y yo (el más chico de todos) compartíamos trabajo y sueños a la par. Día tras día exactamente iguales. Una rutina dulzona que se interrumpía, de tanto en tanto, por la visita de la familia más cercana, pescadora como la nuestra, y con quien solíamos pasar algunas noches festejando la alegría de estar juntos. Y a esa familia pertenecía Malva, una muchachita escuálida a la que me unía un sentimiento también escuálido: ¡estábamos condenados a ser amigos! No había otros chicos de nuestra edad en kilómetros a la redonda.

Ah... Encontrarnos era empezar a pelear por cualquier motivo. Y eso que nos habíamos criado juntos, que los fines de semana los pasábamos a dúo, jugando en la playa invierno y verano. Pero no había vuelta que darle: éramos como perro y gato. Sin embargo, nuestros padres hacían sus planes: - Dentro de unos años vamos a ser parientes... El Grillo se va a casar con Malvita. ¿Hace falta que te aclare que "el Grillo" era yo y el por qué de la maldita gracia que me hacían esos comentarios?

No porque Malva fuera mala o fea, nada de eso. Pero me molestaba que fuera tan práctica, que continuamente me preguntara, por ejemplo: -¿Y eso para qué te sirve?- cuando yo recogía caracoles, los restos de algún cangrejo, piedras o trozos de vidrio como si fueran tesoros... O que se burlara de mi gusto de canturrear por lo bajo, durante las prolongadas caminatas, mientras ella insistía en charlar, charlar y charlar.

-¡Con razón que te pusieron Grillo como sobrenombre! —me decía entonces, con cara de "aquí va a desatarse una tormenta". O: ¡Ufa! ¿Se puede saber qué es lo que les ves de nuevo a las olas? ¿No te harta mirarlas? ¿Se puede oír con los ojos?

Ya sé: dirás que no. Pero es preciso que supongas que eso fue posible pues justamente allí, en las melodías que yo podía oír al mismo tiempo que contemplaba las olas, tiene su principio mi historia, ésta de la que te hablé al principio.

Las olas. Partiéndose en la orilla para, de inmediato, rearmarse y volver enteras mar adentro. Para mí, eran siempre las mismas. Las esperaba. Por eso no me cansaba de mirarlas, con el corazón caliente y la misma confianza que se siente cuando uno se reencuentra con viejas amistades. Hasta creía distinguirlas.

-Ésa es la que apareció ayer al mediodía. La reconozco por el canto...Suen a caja de música...

-Aquella, hace varios días que no visitaba las orillas. Se le nota por las ganas que tiene de desparramarse sobre la arena. Se diría que chilla de contenta...Extrañaba la playa...

-Esa otra... ¿Y esa otra?

Pequeña ola recién descubierta, todavía no se animaba a acercarse hasta mis pies...Pero... ¡qué dulce es su canto! Pequeña ola. Pequeña ola que una tarde te animaste y me esperaste (ya no tengo dudas, eras tú) bajo la apariencia de una niña. Pelilarga y pelilacia, con el cabello obviamente húmedo y encrespado. Delgadita y blanca; piel de espuma y pies descalzos. Ojos... ¿Ojos? Tuve que esperar hasta que te despertaras, para marearme con tanto verde, porque dormías cuando te encontré. Dormías, pequeña ola. Dormías; misteriosamente a flote sobre las aguas. Dormías, Mar y Ola y cantabas tu sueño, porque yo lo oí. Decías que eras mi ola porque yo te había elegido entre todas y que tenías los ojos de agua y que te amaría por eso y que después... que después. Después, el rugido del mar tapó tu canto y ya sólo pude mirarte.

Dormías, Mar y Ola. Dormías.

Pero yo estaba despierto.

Atardecía.

-¡Esa chica está desmayada! –De pronto reaccioné y me lancé al agua. En unos instantes estuve junto a ella. Abrió los ojos y se incorporó. Apenas si me llegaba al hombro. La tomé de la mano y, casi a la rastra, la saqué del mar.

-¿Estás loca? ¿Qué es eso de hacer “la plancha” a estas horas? Me asustaste –le rezongué cuando pisamos la orilla. Ella echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse a carcajadas.

-¡Si soy una ola! ¿No te diste cuenta?

No bromees. Vamos –y eché a andar-. Voy a acompañarte hasta tu casa. ¿Dónde queda? Volvió a reírse, mientras permanecía parada en el mismo sitio. Me volví y la contemplé sacudiéndose el pelo. No daba señales de moverse de allí.

-Yo vivo en el mar y desde este momento soy tu ola. Necesito que me pongas un nombre.

Aunque no lo creía en absoluto, sus disparates me divertían. Decidí seguirle el juego.

-Está bien. De modo que no eres una niña. Una ola. Y nada menos que la mía, ¿eh?

-Así es. ¿Cómo vas a llamarme?

-Mar... Mar... Mar y ola... ¡Ya está! ¡Mariola! ¿Te gusta?

Extendió los brazos, dejó caer la cabeza hacia atrás y gritó su nombre tres veces, antes de preguntarme el mío.

-¡Me dicen Grillo!

-¡Grillo! ¡Grillo! –La voz de Malva, afinándose desde las dunas, interrumpió mi diálogo con aquella niña tan rara. Enseguida Malva estuvo a mi lado. Llegó agitada por la carrera y se desplomó de rodillas sobre la arena, con la lengua afuera.

-Hola. ¿Qué hacías? ¿Ahora se te da por hablar solo? –me dijo.

¡Con qué ganas le hubiera dado un tirón de orejas! Pero tuve que reprimirme: en cuanto quise presentarle a mi nueva amiga, ella había desaparecido como por encanto.

Malva me juró que no la había visto. Confundido como estaba, consideré oportuno no contarle lo ocurrido y volví a mi casa con ella, donde nos esperaban para comer.

-¿Qué te pasa? –me preguntaron mil veces durante la cena.

-Nada –respondía-. Nada.

¿Qué decirles? ¿Qué me pasaba todo porque pensaba en una ola? Aquel extraño encuentro y la no menos extraña desaparición me habían dejado aturdido. Algo empezaba a tironear desde lo más adentro de mí. Si en ese entonces hubiese sido más grande, hubiera podido advertir que eran aquellos ojos de agua lo que se habían hundido en mi alma. Me hubiera dado cuenta de que me había enamorado. Por primera vez.

-Esa chica... Debe de haber disparado en cuanto me di vuelta para recibir a Malva. ¿Dónde vivirá?

Y, desde ese momento, ya no deseé otra cosa que volver a verla.

-Yo no miento –me dijo Mariola cuando a la tarde siguiente, salió a mi encuentro abriéndose camino desde el mar-. Soy tu ola. Y seré tu amiga mientras no dudes de mí. De lo contrario, no me verás más. Todas las olas volverán a parecerte iguales y ya no podrás distinguirme. Con tal de no perderla, al principio fingí creerle. Pero pronto me conmovió la certeza de que era realmente una ola. De tarde en tarde, nos encontrábamos en la playa, lejos de mi casa. Su presencia comenzó a hacérseme tan necesaria como respirar. Hermosa. Mariola era hermosa. Y doblemente, porque actuaba como si no lo supiera. (Y acaso no tenía la menor idea de lo linda que era...) ¡Puaf! ¿Qué ojos aguados! ¡Cómo me gustaría que fueran castaños, como los tuyos! –me dijo una tarde, a la par que se contemplaba en el espejito que yo acababa de regalarle. Con ella aprendí las tonadas más dulce más dulces, me enseñó el valor de cada instante que se comparte con quien se ama y sentí la belleza de los silencios entre los dos.

Jamás me preguntaba nada. Parecía saberlo todo de mí, adivinarme los pensamientos con sólo mirarme. Y debía de ser así no más, porque una tarde me dio un beso ligerito, justo cuando la vergüenza que tenía no me hubiera permitido nunca dárselo yo.

El roce de sus labios saló los míos, y como un tonto, me quedé frente a ella parado como una estaca y sin saber qué hacer. Su abrazo mojado me envolvió un segundo. Enseguida, me tomó de la mano y ambos nos zambullimos en el mar.

El verano reventaba sobre nuestras cabezas.

-¿Así que es una ola? No me digas. ¡Qué interesante! Y vive en el mar, claro. ¿Son novios? Malva ardía de celos, a pesar de que no me creyó una palabra cuando le revelé mi secreto. Necesitaba contárselo a alguien. ¿Y a quién si no a ella? ¿Qué sabía yo de los celos entonces?

Contárselo fue fatal. Ya no perdió oportunidad para burlarse ni para hacer crecer la duda dentro de mí.

-Le regalaste el viejo sillón de mimbre... Ajá. ¿Y un espejo? ¿Y para qué le sirven si vive en el agua?

-¡Ella no pregunta para qué sirve cada cosa! ¡Las toma feliz y sin preguntas! ¡Y si no se queda aquí todo el día es porque no puede estar demasiado tiempo fuera del mar! ¡Es una ola! “Que te baste saber que te quiero y que todos los días saldré especialmente para verte”, me había dicho Mariola la tarde anterior antes de internarse en las aguas. No me sigas.

-Claro. ¡Qué viva!, siguiéndola descubrirías que es una mentirosa. ¿Quién se traga ese cuento de que es una ola? Seguro que nada hacia allá y sale lo más pancha cuando ya no la ves. Te toma el pelo, bobo. Se hace la misteriosa y así se llena de regalos. Si tu mamá se entera de que le diste los almohadones, te mata. ¿Y para qué le sirven si vive en el mar? ¿Para empaparlos?

Ah...eran para ella. ¡Por eso te pasaste enhebrando collares de caracoles todo el domingo!

¡Oh, qué romántico! De modo que yo no puedo verla, que solamente aparece para tus ojos... Buah. Ésa tiene miedo de que yo le descubra el pastel, por eso se escapa cada vez que intento sorprenderlos.

-Grillo, estuve pensando en que todo puede ser un invento tuyo. Para impresionarme. Siempre te gustó fantasear. Y te vuelven loco los cuentos de hadas...

Malva me aguijoneaba continuamente. Comprendí que había sido un error confiarle mi secreto, pero ya era tarde para corregirlo. Tenía que aguantar sus burlas o demostrarle que todo lo que había contado era pura verdad. Sin embargo, yo no me engañaba: algo me decía que también empezaba a dudar y que, más que demostrarle nada a Malva, era por mí que necesitaba comprobar si Mariola no me había mentido.

Una tarde me decidí. Y cada vez que lo recuerdo, el corazón se me vuelve a encoger como entonces.

Dudé de mi ola y me interné en el mar detrás de ella. No me vio. Jamás se daba vuelta para controlar si la seguía o no. Ella no dudaba de mí. Fue en un remolino, mar adentro, cuando se hundió en las aguas. Me sumergí tras ella. El aire con el que llené mis pulmones me alcanzó exactamente para ver lo que no debería haber visto: rodeada por sus hermanas, niñas-olas como ella, la mía se trenzaba los cabellos frente al espejito que una mano transparente le sostenía. A su alrededor, flotaban los almohadones, el viejo sillón de mimbre y los collares que yo le había regalado, levemente mecidos por el vaivén de las aguas y deslizándose entre algas, como fantasmas de aquella fantástica habitación flotante. Mariola me vio por el espejo. No volvió la cabeza. Su grito de relámpago o de cristales atravesó mi garganta y una repentina correntada me arrastró hacia la orilla.

Dicen que me sacaron semiahogado del mar, que nadé estúpidamente sabiendo que estaba picado y que eso no era posible en una familia de pescadores. Cuando volví a abrir los ojos estaba en mi cama. Mi madre lloraba, abrazada a Malva. Malva. Gracias a ella estaba vivo. Me había seguido para sorprender mi encuentro con esa amiga por la que la había desplazado en mis juegos y llegó justo a

tiempo para verme cuando me internaba en el mar. Alertó a mis hermanos y fueron ellos los que me rescataron.

Malva. Niña concreta, niña de carne y huesos, niña preguntona, querida niña que aún hoy, después de los muchos años que llevamos de casados, me sigue diciendo: ¿Y eso para qué te sirve? –cuando yo recojo caracoles, los restos de algún cangrejo, piedras o trozos de vidrio como si fueran tesoros... – A tu edad, Grillo... –y yo le acaricio la melena grisada y su ternura se me desovilla en el pecho como cuando éramos jóvenes.

Seguimos viviendo frente al mar. Las olas van y vienen, pero ya sólo escucho el rugido de todas juntas. Me parecen iguales. Ninguna es mi ola. La mía desapareció con mi infancia y todo lo suyo se fue con ella. Desde entonces, sé que la duda ante la maravilla es casi un pecado.

Mi ola... Era tan hermosa y el verano se quebraba con tal fuerza, que desconfiar de sus palabras fue desleal.

Quise contarte esta historia para que sepas que, acaso, existe una, entre todas las olas, que te pertenece solamente a ti. Por eso, si la reconoces y te abre al prodigio de decirte que te quiere, que te baste saberlo. No la sigas empujando por la duda. Su mundo es de las aguas. Sin embargo, vendrá a tu encuentro, para concederte el claro privilegio de su compañía, mientras creas en ella.

FIN